

Emeterio Toj Medrano
Rodrigo Véliz Estrada

Cuando el indio tomó las armas

La vida de Emeterio Toj Medrano



CIALC
Centro de Investigaciones sobre
América Latina y el Caribe

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

RECTOR

Dr. Enrique Luis Graue Wiechers

SECRETARIO GENERAL

Dr. Leonardo Lomelí Vanegas

SECRETARIO DE DESARROLLO INSTITUCIONAL

Dr. Alberto Ken Oyama Nakagawa

COORDINADORA DE HUMANIDADES

Dra. Guadalupe Valencia García

CENTRO DE INVESTIGACIONES
SOBRE AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE

DIRECTOR

Mtro. Rubén Ruiz Guerra

SECRETARIA ACADÉMICA

Dra. Guadalupe Gómez-Aguado

ENCARGADO DE PUBLICACIONES

Gerardo López Luna

CUANDO EL INDIO
TOMÓ LAS ARMAS

LA VIDA DE EMETERIO TOJ MEDRANO

CUANDO EL INDIIO TOMÓ LAS ARMAS

LA VIDA DE EMETERIO TOJ MEDRANO

Emeterio Toj Medrano
Rodrigo Véliz Estrada



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
CENTRO DE INVESTIGACIONES SOBRE AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE
México 2021

La publicación de esta obra se hace en el marco del proyecto "GUATEMALA, 1960-1996. EL CONFLICTO ARMADO Y SUS IMPLICACIONES PARA MÉXICO." Proyecto Apoyado por el Fondo Sectorial de Investigación para la Educación, SEP-CONACYT, A1-S-39611

Catalogación en la publicación UNAM. Dirección General de Bibliotecas y Servicios Digitales de Información.

Nombres: Toj Medrano, Emeterio, 1940- , autor. | Véliz Estrada, Rodrigo, autor.

Título: Cuando el indio tomó las armas : la vida de Emeterio Toj Medrano / Emeterio Toj Medrano, Rodrigo Véliz Estrada.

Otros títulos: La vida de Emeterio Toj Medrano.

Descripción: Primera edición. | México : Universidad Nacional Autónoma de México, Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe, 2021.

Identificadores: LIBRUNAM 2100477 | ISBN: 978-607-30-4317-5.

Temas: Toj Medrano, Emeterio, 1940- . | Campesinos -- Actividad política -- Guatemala. | Indios de América Central -- Guatemala -- Condiciones sociales. | Resistencia civil -- Guatemala. | Guatemala -- Historia -- Siglo XX.

Clasificación: LCC F1466.5.T65 2021 | DDC 972.81052—dc23

Diseño de la cubierta: Mtra. Marie-Nicole Brutus H.
Diseño de interiores: D.G. Irma Martínez Hidalgo

Primera edición: marzo de 2021

Fecha de edición: 29 de marzo de 2021

D. R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México
Ciudad Universitaria, Coyoacán
C.P. 04510, México, Ciudad de México

CENTRO DE INVESTIGACIONES SOBRE AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE
Torre II de Humanidades, 8º piso,
Ciudad Universitaria, 04510, México, Ciudad de México
Correo electrónico: cialc@unam.mx
<http://www.cialc.unam.mx>

ISBN 978-607-30-4317-5

Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio sin la autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales.

Impreso y hecho en México

Un pueblo merece todo el amor del mundo.

EMETERIO TOJ MEDRANO

ÍNDICE

Agradecimientos.....	11
Índice de siglas y acrónimos	15
Prólogo. Cuando un torturado vence al Estado torturador . . .	19
Prefacio	35
Un estudio introductorio: las circunstancias que dan sentido.	45

PARTE I. EL LEVANTAMIENTO

1. Santa Cruz del Quiché.....	83
2. Acción Católica	93
3. Primer encuentro con el ejército	99
4. La entrada de la democracia cristiana.	105
5. Radio Quiché	113
6. El despertar	117
7. Los seminarios indígenas.	127
8. El terremoto de 1976	135
9. La formación del CUC.....	139
10. Lucha y represión.	151
11. La relación con el EGP	165

PARTE II. PRISIÓN POLÍTICA

12. El secuestro	185
13. En el cuartel Lisandro Barillas	193
14. Terribles días en Huehuetenango	203
15. Traslado a cárceles clandestinas en ciudad de Guatemala	223
16. Junto a compañeras y compañeros	233
17. Regreso a Santa Cruz del Quiché	243
18. Hacia la capital	251
19. El sorpresivo y angustioso viaje a Quetzaltenango	259
20. Traslado al cuartel Justo Rufino Barrios	275
21. Las Declaraciones de Pellecer Faena	283
22. Los ensayos en el Canal 5	287
23. La Conferencia del 22 de Octubre	297
24. La familia	315
25. Sololá	323
26. Las giras	343
27. Benedicto Lucas García	353
28. La fuga: 26 de noviembre de 1981	367
29. Al día siguiente	385

PARTE III. LA MONTAÑA

30. Clandestino en la ciudad	403
31. Empecé a resucitar	407
32. Camino a la frontera con México	421
33. CPR-Ixcán	431
34. La ofensiva final	447
35. La caída de Selvin	453
36. Educación para la liberación	457
37. La salida al claro y el éxodo	465
38. Los acuerdos de paz	477
39. La vida en el Ixcán	487
Fuentes	493

AGRADECIMIENTOS

A la memoria de:

Mis abuelos Emeterio Toj Álvarez y Juana Tzunún Matzar;
Zoilo Medrano y Guadalupe Mendoza.

Mis padres Rufino Toj Tzunún y Francisca Medrano Mendoza.

Mi hijo Juan Carlos Toj Zacarías, capturado, herido en combate
y luego desaparecido por el criminal ejército de Guatemala en
1989.

Mis hermanos Francisco y Baltazar, asesinados por fuerzas re-
presivas del Estado de Guatemala en los años ochenta.

Mi hermana Guadalupe.

Mi primera esposa Marta Zacarías Medrano.

Sobrinos y primos asesinados por el Estado, en especial a Mario
Manuel Morales, desaparecido por el ejército de Guatemala en
1982.

Las 200 mil muertes causadas por el Estado de Guatemala du-
rante el conflicto armado interno 1960-1996.

Las y los 45 mil desaparecidos por el Estado durante el conflicto armado interno en Guatemala 1960-1996.

Los ancestros, hombres y mujeres, que resistieron la criminal invasión y las crueldades de los 300 años de colonización extranjera, y otros sufrimientos causados por los gobiernos dictatoriales que se establecieron después de la independencia de los criollos hijos de las y los invasores.

Los mártires, heroínas y héroes que ofrendaron su generosa sangre por la construcción de un país con justicia, igualdad y democracia, en especial a los jóvenes que dieron su vida en una espectacular pero riesgosa operación, el 2 de diciembre de 1981, para divulgar mi fuga en unas emisoras de la capital de Guatemala.

Gloria eterna a su memoria.

Dedicado a:

Mis hijas e hijos: María del Rosario, Juana Francisca, Marta Elena, Virginia Guadalupe, Justo Rufino, Manuel (Manolo), José María y Francisco Emeterio Toj Zacarías; María Francisca, Ixmucané, Ixkik, Juan, Juan Jacinto, Tix Tijax, Rufino y Carlos Emeterio Toj Matías.

María Matías Mateo, mi actual pareja.

Mi hermana María.

Mis nietas, nietos, bisnietos y bisnietas, así como sobrinos y sobrinas; primos y primas, nueras y yernos.

Agradezco profundamente a:

Gustavo Meoño, miembro de la Dirección Nacional del Ejército Guerrillero del Pueblo, por su fe y confianza en los primeros momentos cruciales luego de mi fuga en noviembre de 1981. A Martita Gutiérrez y Rodrigo Véliz quienes, durante años y tras largos viajes a Ixcán, se empeñaron y persistieron en las

grabaciones y transcripciones y me animaron a echar adelante este proyecto. En especial a Rodrigo, quien no descansó hasta ver la obra editada, pasando por su permanente acompañamiento en la revisión de la misma.

A mi hija María del Rosario y su esposo Manuel Camposeco, por su dedicación y empeño en acompañarme en el impulso de sacar adelante este libro. Por su pronta y siempre oportuna colaboración con Rodrigo Véliz para diversos requerimientos de este libro.

A Mario Vázquez, por sus gestiones para la edición en la Universidad Nacional Autónoma de México.

Al Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe de la UNAM por la edición de esta obra.

A mis hijas María del Rosario, Juana Francisca (Chiki), y eventualmente Marta Elena (Tita) por su elemental solidaridad económica para terminar de escribir y revisar el presente texto, cuando me quedé sin empleo.

A mi Comunidad Primavera del Ixcán por tenerme como un hijo más.

A los hombres y mujeres de Ixcán por brindarme hospitalidad y ciudadanía en el municipio.

A los pueblos originarios y mestizos por su histórica lucha y resistencia.

A las organizaciones políticas y sociales que protestaron ante el cobarde secuestro del que fui víctima.

A todas y todos los que me animaron y me tendieron su generosa mano para reinsertarme en el seno del pueblo después de mi fuga, lo que constituyó mi resurrección a la vida.

Infinitas gracias a todas y todos.

SIGLAS Y ACRÓNIMOS

AC	Acción Católica
AFI	Escuela Nacional de Cuadros Antonio Fernández Izaguirre
AIDPI	Acuerdo sobre Identidad y Derechos de los Pueblos Indígenas
AHPN	Archivo Histórico de la Policía Nacional
AL	Archivo Legislativo
CAD	Consejo Agrario Departamental
CAL	Comité Agrario Local
CAN	Consejo Agrario Nacional
CCL	Comité Clandestino Local
CEDFOG	Centro de Estudios y Documentación de la Frontera Occidental de Guatemala
CEH	Comisión para el Esclarecimiento Histórico
CEPI	Comité de Emergencia de los Parcelarios de Ixcán
CNO	Coordinación Nacional de Organización
CNT	Central Nacional de Trabajadores
Coloco	Comité Local de Coordinación

ÍNDICE DE SIGLAS

Conaco	Comité Nacional de Coordinación
Copmagua	Coordinación de Organizaciones de Pueblos Mayas de Guatemala
Cozoco	Comité Zonal de Coordinación
CPR	Comunidades de Población en Resistencia
CRIÓ	Centro de Reunión de Información y Operaciones
CUC	Comité de Unidad Campesina
DC	Democracia Cristiana
Efop	Equipo de Formación Política
EGP	Ejército Guerrillero de los Pobres
ESA	Ejército Secreto Anticomunista
Fasgua	Federación Autónoma Sindical Guatemalteca
FCG	Federación Campesina de Guatemala
FDCR	Frente Democrático Contra la Represión
Fecetrag	Federación Central de Trabajadores de Guatemala
Fenacoac	Federación Nacional de Cooperativas Agrícolas de Crédito
FENOT	Federación Nacional de Obreros del Transporte
FGACS	Frente Guerrillero Augusto César Sandino
FMLN	Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional
FP-31	Frente Popular 31 de enero
FRG	Frente Republicano Guatemalteco
FTN	Franja Transversal del Norte
Fundamaya	Fundación Maya
FURD	Frente Unido de la Revolución Democrática
IDESAC	Instituto para el Desarrollo Económico y Social de América Central
Inacop	Instituto Nacional de Cooperativas
INTA	Instituto Nacional de Transformación Agraria
MANO	Movimiento Anticomunista Nacional Organizado

MLN	Movimiento de Liberación Nacional
MRP	Movimiento Revolucionario del Pueblo
ORPA	Organización Revolucionaria del Pueblo en Armas
PAC	Patrullas de Autodefensa Civil
PAR	Partido Auténtico Revolucionario
PGT	Partido Guatemalteco del Trabajo
PID	Partido Institucional Democrático
PN	Policía Nacional
PR	Partido Revolucionario
PUA	Partido Unificación Anticomunista
UASP	Unidad de Acción Sindical y Popular
UNE	Unidad Nacional de Esperanza
UPA	Unidad de Partidos Anticomunistas
URNG	Unidad Revolucionaria Nacional Guatemalteca

PRÓLOGO. CUANDO UN TORTURADO VENCE AL ESTADO TORTURADOR

¿QUÉ ME MUEVE A ESCRIBIR?

Emeterio Toj Medrano me solicitó encarecidamente que le hiciera un prólogo a su libro. No me podía yo negar —aunque ya me cuesta escribir—, por ser un amigo de décadas y por unirnos en la vida experiencias pasadas fuertes. Lo conocí en 1970, cuando yo trabajaba para mi disertación en un pueblo vecino a Santa Cruz del Quiché, donde él nació y creció. Años más tarde, estuvimos juntos en las Comunidades de Población en Resistencia (CPR). Tal vez él recuerde que sufrimos en una misma trinchera el bombardeo de 1987, que él menciona en el libro, junto a unas mujeres y unos niños. Pero también discutimos y él me habló fuerte en algún momento. Era mi responsable superior en cuestiones de seguridad de un equipo bisagra entre la población civil y la guerrilla a la que él pertenecía: —Vos no conocés al ejército genocida, yo sí, yo lo conozco por dentro —me dijo una vez. Y me contó en una

hora cómo había sido su secuestro en 1981 y cómo se había fugado meses después, aprovechando que el cuartel donde lo tenían custodiado estaba casi vacío, pues todas las tropas se encontraban en el interior rural del país en la ofensiva de las grandes masacres, ciertamente genocidas, de 1981 y 1982.

Además, entre Emeterio y mi persona hubo un compañero jesuita, que luego se alzó, Fernando Hoyos, quien me exige por dentro acometer este prólogo. Desde la comunidad nuestra de los jesuitas de la Zona 5 en la ciudad de Guatemala, Fernando se desplazó al Quiché, donde habíamos aprovechado el contacto con Emeterio y otros estudiantes para iniciar un trabajo de concientización a partir de la alfabetización y luego de la organización campesina. En la práctica, Fernando, ya sacerdote, fue el coordinador informal del grupo que también contaba con estudiantes universitarios de la ciudad. Recuerdo muy bien las preocupaciones de maestro y guía que tuvo Fernando con Emeterio. Por algo Emeterio lo llama:

Educador responsable
forjador de hombres libres,
dirigente incansable.¹

Lo llama así en una canción que le compuso después de que Fernando cayera en una emboscada de patrulleros civiles en las estribaciones de los Cuchumatanes con Chepito ixil (Ku' Yat) el 13 de julio de 1982. Entre Fernando y Emeterio hubo una relación muy estrecha de amistad. Cuando Emeterio abjuró públicamente

¹ María del Pilar Hoyos de Asig, *¿Dónde estás? Fernando Hoyos*, Guatemala, Fondo de Cultura Editorial, 2007, p. 170.

de la lucha revolucionaria, al día siguiente Fernando escribió en su diario, que el que abjuraba no era Emeterio. Era otro. Dice:

Pasó lo peor. El trago amargo de ver al amigo presionado a traicionar. No eras tú. No eras el Emeterio que conocí y conozco. Apenas reconocible por quién sabe qué torturas físicas y morales, como drogado, con voz ajena y mirada perdida, apareciste en la televisión. Definitivamente no eras tú, aunque tuviera tu cuerpo, tu voz y tus gestos. Algo debió fallarles. Tal vez a última hora pudo más tu conciencia revolucionaria que todas las torturas juntas; y ya no hemos vuelto a oír de vos. Lloré oyéndote llamar al pueblo indio a no seguir el camino de la Guerra Popular Revolucionaria (GPR), me extrañó que no denunciaras mi nombre. (23 de octubre 1981, 2:05 pm).²

Fernando lo conocía y, en efecto, al mes se comprobó que la declaración había sido forzada, cuando Emeterio se escapó de sus captores (26 de noviembre de 1981) y a los pocos días se oyó su voz a través de las radios de la ciudad, militarmente tomadas por el Ejército Guerrillero Popular (EGP) el 2 de diciembre de 1981. Había sido secuestrado el 4 de julio de ese año. Casi cinco meses estuvo capturado.

Pero hay otra motivación para este prólogo, y es que otro compañero jesuita de la misma comunidad también fue secuestrado, como Emeterio, un mes antes (8 de junio 1981). Ambos secuestros fueron seguidos de un par de meses de silencio en que creíamos que los habían desaparecido hasta que los dos abjuraron públicamente de la lucha, uno detrás del otro, en fechas distintas. Pero nuestro compañero, Luis Eduardo Pellecer Faena, no se escapó y Emeterio sí. Inmediatamente después del secuestro de nuestro pobre compañero, mataron en su apartamento a Mario Solórzano,

² *Ibid.*

hijo de la poeta Alaíde Foppa, en lo que pareció ser el efecto de la delación. En cambio, Emeterio, sí dijo nombres, los dijo sabiendo que estaban ya protegidos por la clandestinidad o de otra forma (fuera del país). No se conoció de nadie que hubiera caído por él. Pues este libro que he debido leer de cabo a rabo ha sido un material de indagación apasionante para barruntar por qué Emeterio resistió y el “Cuache”, como le decíamos a Pellecer, no aguantó.

VERACIDAD Y RIQUEZA DEL TESTIMONIO

Una palabra en la línea de lo que Rodrigo Véliz, autor del estudio introductorio del libro, acertadamente dice sobre el género testimonio, trayendo a colación el testimonio de Rigoberta Menchú y otros, ya sea polarizados o más serenos. Siempre está presente el tema de la veracidad del testimonio. Además, Rodrigo compara el testimonio de Emeterio, kiché, con otros narradores de las experiencias de la lucha: Pablo Ceto, ixil; Santiago Boc Tay, kakchikel; y Carlos Chen Osorio, kekchí, y al compararlos vemos cómo todos se enriquecen y se comprenden mejor.

En el caso de este prólogo yo quiero acercarme al testimonio de Emeterio, para ambas cosas, para sustentar su veracidad y a la vez para encontrar más riqueza en él al comprenderlo mejor. Para ello voy a hacer una comparación de su testimonio, como aparece aquí en la Parte II: Prisión política, con dos relatos de él mismo, uno antes y otro después, suponiendo que, si los tres relatos tienen coherencia, los tres dicen relación con un hecho que les da veracidad, y si los relatos son diferentes y contrastan entre sí, por ejemplo, en las circunstancias, ellos se enriquecen mutuamente. Siempre puede haber alguien que diga que no hay quién contradiga las torturas que él dice que sufrió y que lo que cuenta puede

ser una invención. Incluso podría aparecer un testigo militar. No habría que temerle, si su testimonio tiene veracidad. Ambos se enriquecerían. Por eso, este pequeño esfuerzo en el prólogo es para que quien vaya a leer este libro tenga la seguridad de estar ante un testimonio sólido. Además, muy rico.

Los testimonios de Emeterio que tenemos a disposición, entonces, son los siguientes, uno, sólo mencionado en el libro, que es el relato de Emeterio (2 de diciembre de 1981) inmediatamente después de su fuga. Un segundo, escrito por él, el de este libro, finalizado en noviembre de 1984. Y un tercero, que él escribió en 2011 para la Secretaría de la Paz.⁵ Lo fundamental que se mantiene en los tres es que él no se entregó, sino que el ejército lo secuestró y torturó salvajemente, forzándolo a colaborar y abjurar de la lucha, pero él se escapó y está comprometido a seguir luchando.

Los cambios circunstanciales son enriquecedores. En 1981 el testimonio tiene como fin afirmar, lo más pronto posible, que fue secuestrado y no se entregó libremente, que su abjuración fue forzada y que fue constantemente torturado, pero se escapó. Está hablando, a través de las radios de la capital de Guatemala, militarmente tomadas por la guerrilla, a todo el país. El testimonio hace propaganda de la lucha revolucionaria y es triunfalista, en cuanto que cree todavía que esta lucha llegará al triunfo final. Pero no es retórico. Porque está lleno de información inmediata de sus torturas y de masacres de las que oyó hablar a los mismos soldados mientras estaba detenido. Es el primer borbobón de la memoria. Para la parte más política debió ser asesorado por Gustavo Meoño,

⁵ Sepaz, *Emeterio Toj Medrano. En Dignidad a pesar de lo vivido. Sobrevivientes de masacres, desaparición forzada y tortura durante el conflicto armado interno en Guatemala*, Guatemala, Dirección de los Archivos de la Paz, Secretaría de la Paz de la Presidencia de la República, junio de 2011, 238 pp.

alias Poncho, de la Dirección Nacional (DN), que lo protegió al escaparse. Fue escrito y Emeterio lo leyó. Se conserva en casete.

El testimonio de 1984, el de este libro, fue escrito como un pronunciamiento privado, probablemente clandestino, para pocos. No es una declaración nacional, como fue la de 1981, sin embargo, como en ésta, en él reafirma “mi compromiso de luchar”. La intención de publicarlo fue naciendo luego en pláticas con compañeros y miembros de la familia, como explica Rodrigo. Yo no quise entrevistar a Emeterio de nuevo para saber qué pensó entonces. Esa fue tarea de Rodrigo. Es un documento reposado, fruto de meses de reflexión en la clandestinidad, durante un tiempo de cierto descanso para sanar heridas. Pero también tiene una finalidad política interna que fue justificar ante dirigencias superiores de la organización revolucionaria, no sólo su propia sinceridad (no es un infiltrado), sino también la decisión de Gustavo Meoño, de haberlo protegido. Pudo haberlo mandado fusilar como traidor, pero no siguió esa línea del EGP de los orígenes frente al traidor arrepentido, como sucedió con el ixil, Fonseca.⁴

El de 2011 está escrito en un contexto distinto. Ya se firmó la paz. No se logró el triunfo. No tiene sentido reafirmar el compromiso de una lucha revolucionaria. Ahora hay que dignificar esa lucha porque nació de causas justas, no hay que tener vergüenza de recordar, y hay que pasar a una nueva lucha contra la impunidad. Esta intención se trasluce en el libro, aunque no se afirme explícitamente, la de preparar el camino para juicios a responsables de todas esas grandes violaciones. A cada testimonio de ese libro

⁴ Mario Payeras, *Los días de la selva. Relatos sobre la implantación de las guerrillas populares en el norte del Quiché, 1972-1976* (primera edición, La Habana, 1980), Nuestro Tiempo, México, 1981.

le corresponde un cuadro con la cadena de mando y nombres y apellidos. El testimonio de Emeterio, como los de las otras personas que narran su caso, se pueden ver como una herramienta para preparar posibles juicios y así cumplir con el resarcimiento de la verdad. Sin la verdad no hay paz. Por eso, es la Sepaz la que edita esa publicación. Están presentes las torturas y su fuga, pero con ese nuevo trasfondo del momento. Es un resumen del de 1984, a veces con expresiones calcadas de este. Por ser un resumen, resalta más el todo de la estrategia de la tortura y del torturado.

Para la lectura interpretativa de las tres narraciones es útil leer otro relato, el de la Comisión de Esclarecimiento Histórico (CEH),⁵ no de Emeterio mismo, pero con citas profusas del testimonio de 1984. Aunque la CEH entrevistó a uno de los sobrinos de Emeterio quien relata lo que vio de la captura forzada, no hay señas de que haya oído a Emeterio en vivo, ni haya entrevistado a alguien más. Ayuda a interpretar los testimonios de Emeterio sobre todo para identificar el punto clímax de la tortura, que decíamos arriba. La autora o el autor del relato debe haber tenido mucho conocimiento de la psicología contrainsurgente. Hizo un trabajo impecable.

Además, como dije arriba, el 14 de octubre de 1987, él me contó en privado cómo se fugó. Ese día lo vi cantando con la guitarra la canción a Fernando y me acerqué. Así iniciamos la plática. Se comenzó a emocionar al llegar en la narración al primer encuentro de la fuga con el conocido que dudaba si darle posada. Y lloró cada vez más. Yo escribí en mi diario, “veo que sus lágrimas lo construyen y que su experiencia está bastante asimilada. Le da

⁵ Comisión de Esclarecimiento Histórico (CEH), Caso ilustrativo 98: “Privación arbitraria de libertad y tortura de Emeterio Toj Medrano”, 1999.

fuerza, aunque a él no le gusta o le molesta o le da vergüenza llorar, porque se reprime un poco haciendo muecas”.

VALÍA Y RELEVANCIA DE ESTE LIBRO

Lo dicho hasta aquí ya muestra que estamos frente a un libro sólido y muy importante, que toca un tema humano de reflexión sobre la vida en general y que ayuda a comprender un momento de nuestra historia guatemalteca. Quiero ahora bajar a tres o cuatro puntos de su valía y relevancia para el público en general.

Primero, este libro no sólo es de denuncia de las torturas inhumanas que practicó el ejército de Guatemala como método de contrainsurgencia psicológica. Es un libro de resistencia a dichas torturas. No mira a la víctima pasiva, sino al luchador que busca la fuga, más aún, que no busca el suicidio, como se recomendaba entonces a los posibles secuestrados, sino la vida. Sin quitar el mérito a muchos estudios de derechos humanos vinculados con juicios, que casi únicamente presentan una lista de asesinatos, violaciones y masacres, como si las víctimas no hubieran luchado, a veces incluso con temor de que si se descubre la participación en organizaciones revolucionarias se perdería fuerza para la prueba de inocencia, este libro es abierto. No calla que el testimonio está inscrito en una guerra popular revolucionaria, la cual no tuvo éxito en la toma del poder, aunque fue una oportunidad para cambiar paradigmas sobre la democracia y el racismo.

La tortura de Emeterio es una lucha activa contra el Estado torturador. Cuando fue lo de Pellecer, algunos psicólogos colombianos, que no conocí, ni supe quiénes eran, nos instruyeron a los jesuitas más amigos de él sobre las etapas del proceso de tortura en general. Quien lea este libro puede ayudarse de ese marco para comprender

cada paso del testimonio de Emeterio. Decían los psicólogos que en estas torturas no sólo pretendían lograr información, sino colaboración, se daban cuatro etapas interpenetradas, es decir, sus extremos se montan. Primero, la etapa en que se pretende desidentificar al torturado del espacio y tiempo (por ejemplo el encierro en lugares oscuros). Segundo, la de desidentificación del sentido de la vida, llevándolo hasta un extremo de la existencia en que casi muere, pero es importante que no muera. Es el clímax de la tortura. Tercero, abrazarlo con un rostro positivo, curándolo, dándole de comer, sacándolo al sol... El torturador cambia de rostro. Se pone la máscara benévola o aparece otro individuo con vestido diferente, tal vez de civil, que lo trata bien. Ya el torturado se ha quebrado y hay que aceptarlo a una nueva vida, una nueva sociedad, la que apoya a ese Estado. Y cuarto, el ensayo de la declaración que va a dar el torturado, ya convertido, ante el público nacional, abjurando de su lucha y de lo que ha sido, es decir, retractándose de su identidad.

Al leer este libro me he ido preguntando cómo se cumplen, no mecánicamente, estas etapas, y cuál es el momento clímax (o los momentos) desde donde el ejército comienza a considerarlo colaborador. Y también se puede uno preguntar, en qué momento el quiebre de su resistencia a colaborar se ve acompañado de la búsqueda, cada vez más insistente, del momento de la fuga. Colaboración e intención de fuga van caminando juntas y hacen tolerable la contradicción atormentadora de ser un traidor y a la vez de no serlo. Emeterio es una víctima activísima en su resistencia, no porque se mueva y pelee con las manos, sino porque piensa, sufre, ora continuamente. Este libro, por eso, creo que es fascinante y puede mover a muchos luchadores del pasado, que no se atreven todavía a abrirse, a mostrar su riqueza y, a la vez, a sanarse al comprender su proceso dentro de un marco más amplio.

Segundo, este libro es muy actual y provechoso, porque nos muestra, en un caso de lucha extrema, cómo se organizan las identidades para construir sentido y resistencia.⁶ Nos decían también los psicólogos colombianos, que lo que el ejército pretende en el torturado es cambiar su identidad, no hacerle un “lavado de cerebro” o borrarle ideas. Lo que pretende es que si antes dice que es revolucionario y lo es, después diga que no lo es y lo sienta. Y nos decían que, para este cambio, la estrategia buscaba usar una identidad puente, que no se tocara, más bien que se reforzara y que sobre esta identidad giraría la transformación de la persona.

Al leerlo encontrará tal vez, quien lo lee, algo de lo que aquí he podido analizar a la carrera. El torturador pretende utilizar la identidad familiar como esa identidad puente y llegar a la familia como correlato social de esa misma identidad. Astutamente pretende encontrar, con la colaboración de Emeterio, a la esposa e hijos chiquitos para llevarlos al lado de Emeterio y aislarlos a todos ellos juntos de “los compañeros”, pero no los encuentran. Tampoco sabe el torturador, por lo que se ve, que otros hijos de Emeterio están ya alzados y que con ellos difícilmente podría servir la identidad familiar como puente. En definitiva, le fracasa al torturador esa identidad como puente.

La identidad familiar está estrechamente unida a la identidad de pueblo de Emeterio. Por la declaración de abjuración, mencionada arriba (no aparece textualmente en este escrito, pero está resumida), se ve que el ejército pretendió usar esa identidad. Es decir, nunca pretendió que Emeterio renunciara a ser kiché y se avergonzara de serlo, pues en la conferencia pública de abjuración “hizo un llamado al pueblo indígena y a la ciudadanía para respe-

⁶ Manuel Castells, *La era de la información*, México, Siglo XXI, 2001.

tar y valorar la lengua y la cultura indígena”.⁷ Pero para Emeterio el pueblo indígena con el que se identifica es tal pueblo kiché, no el pueblo kiché en general, el pueblo que lucha en su organización campesina (CUC), casi confundido en ese momento con los compañeros armados. Desde este pueblo en lucha ve también a todo el pueblo maya, quichelense y más, si no involucrado ya en la lucha, destinado a ella. Es una identidad muy fuerte que el ejército no logra quebrar. Y si aparenta quebrarla logrando su colaboración, no toca el sentido de esa identidad, que es algo más profundo que la pertenencia a cualquier pueblo. Por eso, creo que Emeterio, algunas veces, eleva pueblo a Pueblo, con mayúsculas, indicando que hay algo simbólico que lo abre a todo pueblo pobre de Guatemala y del mundo, como insistía la formación clasista de este tiempo. Hay un proceso mental en Emeterio que abre su identidad imaginariamente a más.

Aquí parece que se ata, porque todas las identidades van en madeja y es difícil seccionarlas con bisturí, la identidad espiritual (religiosa) mamada de sus padres y de la potente organización de iglesia de ese tiempo (Acción Católica) que abarcaba linajes y cantones. Es notable en el testimonio cómo aparecen los clamores a Dios y a la Virgen desde lo más profundo de su debilidad, no sólo cuando lo golpean, sino cuando ya está colaborando y se ve ante encrucijadas de decisión que le torturan, porque cada camino que escoge está minado de peligros. En estos momentos de colaboración pone de testigo a Dios, Él es testigo de que no es traidor. Le salen expresiones populares, católicas de siempre, aunque atravesadas por el espíritu de la Teología de la Liberación. No está queriendo quedar bien con nadie al expresarse así. Le sale lo que le

⁷ *Inforpress*, núm. 466, 29 de octubre, 1981.

sale. Tampoco, en ese momento, respira de su interior la que después de los Acuerdos de Paz se ha llamado “espiritualidad maya”. Su momento espiritual es de principios de los ochenta. Al ejército lo que le importa es que abjure de gente de iglesia que el mismo ejército busca, seguramente para asesinar, y que abjure de su Dios, que Emeterio llama “el Dios de los pobres”. El torturador no pretende suprimir su identidad espiritual en general, sino tal identidad, la identidad de tal Dios, de la misma manera que no pretende borrarle su identidad de pueblo, sino sólo la de tal pueblo.

Al mantener esas identidades de sentido que le sostienen, Emeterio logra mantener la idea de la fuga, a pesar de las declaraciones con apariencia de traición que él espera desmentir. Parece que las identidades sociales, cuando están integradas y no son “desma-dejables” una de otra, y cuando construyen sentido —no son meramente identidades de pertenencia, como la de un joven con su mara—, entonces son un poder muy grande. “El poder de la identidad” dice Castells. Su poder conlleva la atracción imaginaria de la cercanía, es decir, que el sujeto (Emeterio) acerca a sí y hace vivos y presentes esos correlatos imaginarios (Pueblo y Dios). De ahí que, en su testimonio: su familia, sus hijos, su pueblo, su Pueblo y su Dios estuvieran en todo momento presentes. (Nótese que al hablar así de este tema estoy intentando prescindir de mi fe).

Según esto, otra nota que da para mucha reflexión es que la fuerza no es suya, sino que son las fuerzas de todos ellos juntos. Son tuyas, porque él las imagina unidas y presentes en él. Pero no son de él, porque le vienen dadas. Por eso, este testimonio de Emeterio es doblemente valioso, porque apunta a una resistencia que es don. Emeterio no se ve como un héroe de película, un héroe de acero. Sino como un hombre débil que ve que su fuga fue “un milagro”, algo increíble, aunque lógico, un don de la Vida.

Tercero, este libro nos introduce a un pueblo luchador. En el caso de Emeterio, dos pueblos en uno. El primero, el pueblo quichelense y kiché donde nace, crece, se organiza primero religiosamente, luego como campesino y por fin como guerrillero, aunque no combatiente. Importante esto último. Todo ello en Santa Cruz del Quiché (I Parte: El levantamiento). El segundo, el pueblo multilingüe, mayoritariamente maya, de la resistencia organizada bajo la selva del Ixcán (CPR), donde participa como bisagra organizativa entre la guerrilla y la población civil, especialmente coordinando la educación primaria. Hasta 1996, cuando se firma la paz y la guerrilla se desmoviliza, estuvo desempeñando esta función. Desde esa fecha hasta el presente, ha seguido viviendo como civil en medio de la misma población de la resistencia, pero en una nueva comunidad llamada Primavera, distante de donde vivió la guerra (III Parte: La montaña).

Podemos decir que se trata de un solo pueblo en la mente de Emeterio, el de donde nació y el de donde reside. Pero en la realidad él optó por residir en el segundo, donde formó una nueva familia. En el libro no toca cómo se dio esta opción. Habría sido muy rico saberlo, pero uno comprende que hay cosas privadas que no se pueden declarar. Es necesario dejar pasar los años.

Pues bien, este libro describe ambos pueblos. Cada uno ocupa su parte en el libro. Pero el segundo aparece más idealizado, más como un ideal utópico. Cuando Emeterio y ese pueblo se trasladan a la comunidad de Primavera, río arriba y dejan el lugar donde lucharon o resistieron, entonces Emeterio dice: “Muchos lloramos al voltear a ver y dejar para siempre ese lugar”. En sus palabras resuenan como un eco las palabras de los primeros “madrepadres” del *Popol Vuh*, cuando se despidieron de Tula, la ciudad de sus sueños civilizatorios. “¡Dejar para siempre!”. ¿Dejar para siem-

pre la resistencia? “¡No, no, nunca!”, gritarían todos y Emeterio el primero. Pero el modo de vida les cambió radicalmente y para Emeterio empezó desde allí todo un sí y un no, lleno de pasos de desilusión y de vuelta al entusiasmo, con fondo siempre de una añoranza, tanto más, que abajo, quedó el lugar donde su hijo cayó combatiendo al ejército y su cadáver no se encontró. Un lugar como de tumba-no tumba o un lugar de tumba vacía.

Volver a ver para atrás nos recuerda al ángel de la historia (Benjamin) que pone sus ojos escudriñadores en el pasado fijándose en dos cosas juntas: una, en el paraíso de la comunidad elemental, y la otra, en la destrucción creciente que desde ese pasado se originó hasta el presente: un vendaval que nos echa siempre para atrás, es decir, paradójicamente, al presente, para olvidar. Esas comunidades de la resistencia en red, parece Emeterio sugerirnos, son fuente de inspiración para que el espíritu de la historia idee modelos de una nueva sociedad. Pero esas comunidades nacieron de las masacres genocidas del Ixcán (Masacre de 4º Pueblo, 14 de marzo de 1982), cuando los sobrevivientes buscaron la sombra de la selva para resistir. Entonces, no se comprende que haya una capacidad inspiradora para idear esos nuevos modelos, si no vemos que esas comunidades nacieron del genocidio. Nos dicen “estamos vivas, aunque seamos chiquitas, estamos vivas por la forma de ser y de organizarnos que encontramos para resistir”.

Y un cuarto punto, que añadí una vez terminada la redacción de este prólogo. Es sobre el título del libro: “Cuando el indio tomó las armas”. Rodrigo insiste que el título es de Emeterio, como distanciándose de él. Dos cosas en el título, “el indio” y “tomó las armas”. A lo primero, Emeterio da una inversión simbólica al término despectivo “indio” para recuperar así desde el desprecio el orgullo de un pueblo que se levanta y que está identitariamente

en él, como hemos visto, cuando lucha contra el Estado torturador. Es muy actual y se encuentra profundamente en sintonía con el estallido antirracista que se vivió en todo el mundo con el caso de George Floyd y que tuvo aquí en Guatemala un eco en la explosión, todavía sólo en las redes sociales, después del linchamiento y quema del guía espiritual kekchí, Domingo Choc Che (6 de junio de 2020).

Y a lo segundo “tomó las armas”, yo siento, con perdón, que en esto el título no representa lo que ha sido la lucha y la vida de Emeterio. Él estuvo ciertamente alzado en una organización que siguió la estrategia de la guerra popular revolucionaria, pero él no fue un combatiente, ni era experimentado en el manejo de las armas, como en el libro se atestigua varias veces. Antes de organizarse y luego ya organizado, su trabajo estuvo inmerso en la lucha social con civiles o en funciones bisagra de constante arraigo en las comunidades de población. Su testimonio no habla de cómo era la vida en los campamentos guerrilleros. Habla de la vida con la población civil. Y el triunfo como torturado sobre el Estado, no se dio a través de las armas, fue un triunfo de resistencia civil activa.

Parecería, pues, que en esa partecita del título queda un ansia por superar el fracaso de la guerra que no queda suficientemente reflexionada en el libro y una añoranza a que vuelva una revolución armada, exitosa, en que “el indio” de nuevo se levante a tomar las armas. Resucita en Emeterio, que es un héroe de carne y hueso, el sueño del héroe militar, como si este fuera “el ideal del hombre nuevo”. Yo tiendo a pensar que en principio hoy todas las guerras son injustas. Y no tiene caso levantar hoy la utopía de una guerra de liberación más.

Este libro nos deja frente a temas de discusión más amplios, temas existenciales, temas de vida o muerte que deberían llevarnos

a la meditación, la reflexión y la discusión calmada, intentando evitar la polarización, la cual sólo impide la libertad de pensar. Tal vez así lleguemos a asimilar los hechos pasados y podamos compartir la memoria para seguir dando saltos adelante.

TERMINO

Con esto termino felicitando a ambos autores, Emeterio y Rodrigo, el primero como fuente y el segundo como entrevistador y amigo, como muy hábil editor y aclarador del texto con una batería de notas bibliográficas necesarias para entender la voz de Emeterio. Su trabajo ha sido el de atenta partera. También, Rodrigo es el autor del estudio introductorio que es una muy buena contextualización histórica con datos originales para ayudar a comprender la vida de Emeterio, como un hombre de carne y hueso, a quien agradecemos por haberse decidido a compartir su experiencia. Sólo le deseamos que siga adelante apegado a la cercanía e identidad profunda con su pueblo y su Pueblo.

RICARDO FALLA

PREFACIO

Es la última semana de mayo de 2019. Es un mediodía de esos calurosos, llenos de humedad, de una agresiva luz solar en pésima combinación con el exceso de concreto que compone el centro de la ciudad de Guatemala. Me encuentro sentado en una banca sobre la transitada Octava Calle, histórica vía de paso para los capitalinos que se mueven del norte y noreste de la ciudad hacia el centro. Han pasado diez minutos desde la hora en que quedé con la persona a la que espero. Veo su contacto en la aplicación de mensajería y señala que no se conecta desde las 3 de la mañana. Lo más seguro es que venga del Ixcán (Quiché), pienso. Inquieto, me levanto para acercarme desde el costado sur de la Catedral hacia la Plaza Central, pero no, ni una seña todavía.

Minutos después, a lo lejos, comienza a divisarse su figura. Pelo entrecanado bajo un sombrero, lentes con grueso marco café, una camisa blanca con pequeñas tiras de colores sobre el cuello y las

mangas cortas, un pantalón ancho de tela y unas sandalias acompañan su paso. Llega agitado y me saluda. Son días de caos y los minutos están contados. Mi acompañante se disculpa, pero luego de una reunión se demoró buscando con qué planchar su ropa, que el partido le acaba de informar que tiene una entrevista de radio con otros candidatos a diputado por el Quiché. La entrevista es para Emisoras Unidas, la de más amplia cobertura nacional. Hablamos diez minutos, máximo, sobre nuestro tema. Un par de intercambios después, nos apresuramos hacia la oficina de la bancada de su partido, la Unidad Revolucionaria Nacional Guatemalteca (URNG), donde tendrá una sesión previa a la entrevista en la radio. Por primera vez en su vida es candidato a elección popular.

Dos horas después de despedirnos, escuché en la entrevista cómo debatió junto a otros candidatos. “Legislaremos en favor de la vida porque las grandes empresas han secuestrado el agua”, dijo en medio de la incomodidad del resto de candidatos y del locutor, que parecía ensañado en las preguntas que le hacía. Al terminar la entrevista y visitar a su familia, salió de nuevo para tomar un bus de regreso al norte de Quiché, en un trayecto que usualmente supera las 10 horas en los días lluviosos.

Así pasó esos agitados días Emeterio Toj Medrano, quien coquetea con los 80 años de vida. Pese al esfuerzo, no logró alcanzar la diputación. “La Unidad Nacional de la Esperanza (UNE) lo tiene todo comprado”, me dijo sobre sus posibilidades días antes de las elecciones de junio.

La jornada me hizo pensar en lo especial de su figura —tan activo y lúcido a esa edad—, como valor que justifique su biografía. Pero esos no son rasgos suficientes para hacerlo. Muchas personas tienen una vida llena de frenesí sin que eso propicie una semblanza de esa naturaleza. Otras son las características y vivencias que

resaltan en Emeterio. Tal vez sea su secuestro durante cinco meses por parte del ejército, y que se haya logrado escapar luego de ganar su confianza. O pueden ser los años que vivió en la selva del Ixcán dedicado a la educación de comunidades desplazadas, en medio de la más grande ofensiva que lanzó el ejército, o ser fundador de una de las organizaciones campesinas que más peso ha tenido en la historia del país. O, posiblemente, sea su imperante pulsión por la organización, su capacidad de empatar valores con prácticas, o su temple ante el caos. Lo que es indiscutible es que al recorrer su vida, los pasos de Emeterio tienen esas características distintivas que inmediatamente llaman la atención.

Y sin embargo, comparte rasgos con otros pobladores de los cantones de Santa Cruz del Quiché, donde nació en 1940.¹ Emeterio también es parte de una generación de jóvenes mayas que decidió tomar las armas para buscar un cambio en sus comunidades, luego que las vías institucionales se les cerraron una y otra vez. Su vida hilvana una tradición local de larga data con vivencias muy particulares en un momento de agitado cambio político. En cualquier caso, en contraste con otras historias de vida, su carácter,

¹ Sobre el debate acerca de la tensión entre la singularidad y la representatividad de los personajes que merecen una biografía o un testimonio, véase John Lewis Gaddis, *The landscape of history. How historians map the past*, Nueva York, Oxford University Press, 2002, pp. 116-119; Margaret Randall, “¿Qué es y cómo se hace un testimonio?”, en *Testimonios*, San José, CEA, 1985; George Yudice, “Testimonio and postmodernism”, en *Latin American Perspectives*, vol. 18, núm. 3, 1991, pp. 15-31, Marc Zimmerman, “El ‘Otro’ de Rigoberta: los testimonios de Ignacio Bizarro Ujpán y la resistencia indígena en Guatemala”, en *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, vol. 18, núm. 36, 1992, p. 327 y Nathaniel Gardner, “El subalterno excepcional: testimonio latinoamericano y representación”, en *Hipertexto*, núm. 4, 2006, pp. 38-46.

reputación y trayectoria me dejaron claro que su vida debía ser contada a detalle.

* * *

La idea de realizar una biografía sobre Emeterio vino a mediados de 2007. En junio de ese año realicé mi primera visita a Primavera del Ixcán, una aislada comunidad en medio de una planicie que se encuentra arrinconada entre los altos cerros de la Sierra de los Cuchumatanes y la frontera mexicana. Primavera es el actual asentamiento de las Comunidades de Población en Resistencia (CPR) del Ixcán, antiguos grupos desplazados que se negaron a salir al exilio o estar bajo el control del ejército. El objetivo era encontrar un tema de tesis de grado, que finalmente se centró en la educación al momento de transición luego de los Acuerdos de Paz.²

En Primavera hubo el consenso que tenía que hablar con Emeterio, que en ese momento vivía en uno de los barrios de Primavera con sus pequeños hijos y esposa. Me aseguraban que tenía una gran experiencia política, había vivido “cosas bastante fuertes” y tenía un ojo crítico. Lo hice y, efectivamente, así fue. Mientras más preguntaba, más hondas eran sus reflexiones.

A mi regreso al Ixcán por tres meses a inicios de 2008, Emeterio fue una fuente recurrente de información y análisis. En una de esas pláticas me contó sobre su secuestro por parte de una unidad de la G-2 (inteligencia militar) de Quetzaltenango en julio de 1981. Al ver que mis preguntas sobre el tema no encontraban fondo, me dijo que había escrito sobre esa experiencia al escaparse

² Véase Rodrigo Véliz Estrada, “Education in Communities of Population in Resistance in the Ixcán: State denial and educational mediation”, en *Interamerican Journal for Education in Democracy*, vol. 4, núm. 2, enero de 2013.

cinco meses después de la Zona Militar 1 —al oriente próximo del centro de ciudad de Guatemala—, donde permanecía cautivo. Una primera redacción del documento la comenzó en diciembre de 1981, poniéndole fin en febrero de 1982. Esas hojas manuscritas tuvieron que ser quemadas en marzo de ese año debido a una emergencia en la casa de seguridad donde se encontraba. Una nueva versión fue escrita en los meses que siguieron a febrero de 1983. Desde entonces el documento estaba guardado, y lo había revisado solamente una vez en la segunda mitad de los noventa, cuando tomó un formato digital.

La rica vivencia narrada en su texto no sólo da luces sobre la condición humana en momentos de intensa violencia física y psicológica, sino que devela lo que parecía una compleja estructura de contrainsurgencia —secuestros, tortura, operaciones psicológicas, batallas, logística militar, relaciones geopolíticas, etc.—,³ en la que el general Benedicto Lucas García —jefe del Estado Mayor de la Defensa— tenía una posición a todas luces central, como se espera de su puesto de mando.

Tras una primera plática, decidimos que era importante darle contexto de vida al documento y que eso podía, fácil, ser una biografía. Para no quebrar o marcar saltos en la narración del documento original, decidimos que debía seguir siendo en primera persona, en un formato clásico de testimonio. Esto tenía implicaciones académicas que se asumieron.⁴

³ Véase Jennifer Schirmer, *The guatemalan military project. A violence called democracy*, Filadelfia, Pennsylvania University Press, 1998.

⁴ Puntualmente me refiero a los testimonios entendidos, en parte, como una estrategia de dar un espacio de expresión a sujetos que no necesariamente cuentan con espacios a grandes públicos y que plantean, a través de su vivencia, una crítica al Estado. Sobre la naturaleza de los testimonios, véanse los textos

La decisión final vino luego de momentos de titubeo de su parte. Al final de cuentas, yo era un entusiasta joven de 24 años sin una probada calificación para realizar esa tarea y, estoy seguro, sin un fino criterio político para desmenuzar las implicaciones del documento. Emeterio, al final, confió en mí.

Desde enero de 2009 hasta inicios de 2010 nos enfrascamos en entrevistas mensuales en su casa de Primavera del Ixcán y, a veces, en comedores o espacios públicos en Cantabal, la cabecera de Ixcán. En estas por algunos meses se unió la antropóloga Marta Gutiérrez, cuyo aporte fue invaluable en la perspectiva del relato. El método era simple: se llevaba una propuesta de temas, los discutíamos, y Emeterio comenzaba su narración. Al regresar a ciudad de Guatemala, lo transcribía de manera literal, encontraba agujeros que en la siguiente visita buscábamos llenar, junto a los temas que seguían en fila.

Para mediados de 2010 un borrador inicial (bastante precario) estaba listo. A su texto inicial le habíamos agregado una narración desde su nacimiento hasta su secuestro, y desde su fuga hasta el 2010. Las pláticas para encontrar a alguien que lo publicara no llegaron a mucho: Emeterio dudó de la conveniencia política de hacerlo por las intimidades del relato, y yo vine a México a estu-

clásicos de Randall, *op. cit.*; John Beverley, “The margin at the center”, en *Modern Fiction Studies*, vol. 35, núm. 1, 1989, pp. 11-28; Marc Zimmerman, “Testimony, Menchú, Me and You”, en *The Journal of Midwest Modern Language Association*, vol. 33, núm. 3 y vol. 34, núm. 1, 2001, pp. 4-10; y las síntesis de Werner Mackenbach, “Realidad y ficción en el testimonio centroamericano”, en *Istmo*, Johann Wolfgang Goethe/Universität Frankfurt am Main, 2001 y Mercé Picornell, “Autoría, autoridad y verdad. Apuntes para una nueva lectura ‘en frío’ de la polémica Menchú-Stoll”, en *Kamchatka*, núm. 6, 2015, pp. 349-379.

diar. En 2013, al regresar a Guatemala, intentamos darle continuidad al proyecto, pero nada parecía concretarse.

Hasta que en 2015 —en plena agitación política— se me acercaron María del Rosario Toj y Jorge Morales Toj, hija y sobrino de Emeterio, respectivamente. En diferentes pláticas me hicieron saber que, como familia, veían urgente que el texto se publicara: las siguientes generaciones debían conocer sus raíces.

Conseguir el dinero para publicar el libro fue tortuoso y lleno de golpes de suerte. Domingo Hernández Ixcoy, gran amigo de Emeterio y antes parte del Frente Popular 31 de enero (FP-31), ofreció dinero para complementar lo que encontramos de otras fuentes. El Comité de Unidad Campesina (CUC), del que Emeterio fue fundador, no respondió a ninguna de nuestras misivas. Finalmente recibimos un ofrecimiento de parte de Enrique Corral Alonso, en ese momento parte de la Fundación Guillermo Toriello, pero el antiguo cura alzado murió semanas después y perdimos contacto con la institución. Una salida mía por estudios en 2016 pareció truncar la publicación, pese a los impulsos que recibí de parte de varias personas, sobre todo de Manolo Vela Castañeda, quien está trabajando un tema similar.

Fue finalmente hasta inicios de 2019 que en una reunión en Ciudad de México con Mario Vázquez Olivera, investigador del Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe (CIALC) de la UNAM, salió el tema y me ofreció la posibilidad de publicarlo. Vázquez se ha especializado en la región, y la vida y el papel de Emeterio no le son extraños.

Así, me embarqué en la tarea de pulir el texto de 2010. Éste, como me lo había advertido Emeterio, estaba lleno de repeticiones y agujeros, por lo que era necesario un trabajo minucioso. Mis dilemas en 2010 sobre qué tanto debía modificar la transcripción

original del relato encontraron una respuesta simple de parte de él: “Rodrigo, usted me conoce, lleva años de entrevistarme, usted sabe lo que pienso: pula el texto lo más posible”. En esta tarea, el ejercicio de desarrollar una empatía hacia lo que Emeterio buscaba expresar fue central.⁵ También fue importante haber realizado transcripciones literales, cuyo resultado fue un material a la mano para robustecer la línea cronológica de la narración. Mi edición, es necesario hacerlo explícito, fue sólo de forma: ninguno de los temas que decidimos tratar con Emeterio fue suprimido. Entender el debate sobre el poder que conlleva la edición fue clave en plantear el problema con ética y responsabilidad, como creo haberlo hecho.⁶

El título del libro fue propuesto por Emeterio. La polémica que pueda generar es precisamente lo que él busca resaltar al exponer las vivencias que le tocó experimentar.

La narración de Emeterio, como todo ejercicio de memoria, tiene silencios, sobrestimaciones y elipses; todo sesgo parte de una “perspectiva falaz” —como diría Albert Einstein— que guarda una verdad personal según el momento en que se narró. Ello está teñido, estoy seguro al contrastar con fuentes lo narrado, de una honestidad sobre lo dicho.⁷

A la edición se sumó la tarea de realizar un estudio introductorio que lo contextualizara y dejara clara la relevancia histórica del

⁵ Cfr. Gaddis, *op. cit.*

⁶ Al respecto pueden revisarse los textos de Randall, *op. cit.*, Beverley, *op. cit.*, Yudice, *op. cit.*, p. 17 y Barbara Dröscher, “El testimonio y los intelectuales en el triángulo atlántico. Desde El Cimarrón, traducido por H. M. Enzensberger, hasta la polémica actual en torno a Rigoberta Menchú, de Elizabeth Burgos”, en *Istmo*, Lateinamerika-Institut/Freie Universität Berlin, 2001.

⁷ Véanse Doris Sommer, “Sin secretos”, en John Beverley y Hugo Achúgar, *La voz del otro*, Lima, Latinoamericana Editores, 1992; Dröscher, *op. cit.*

relato. También ayudó para presentar aclaraciones, ampliaciones y sugerencias de lectura en forma de notas al pie de página a lo largo del texto.

Este estudio introductorio es el último paso en esta tarea de más de doce años. Se ha buscado hacerlo sucinto para no ahuyentar al lector del núcleo del documento: en una primera parte se presenta un contexto que enlace con los momentos de vida de Emeterio,⁸ para terminar con una primera aproximación a los argumentos que una nueva camada de testimonios ha traído a lo que conocemos de los años más cruentos de las dictaduras militares.

⁸ Una parte de la información presentada a continuación fue recopilada para una investigación sobre la Democracia Cristiana en el departamento de Quiché. Rodrigo Véliz Estrada, “‘Triunfo electoral y derrota política’: las estrategias de las Democracias Cristianas centroamericanas (1955-1974). El caso guatemalteco”, 2020 (Tesis de doctorado en Historia, CIESAS).

UN ESTUDIO INTRODUCTORIO: LAS CIRCUNSTANCIAS QUE DAN SENTIDO

LA FAMILIA TOJ Y EL QUICHÉ LIBERAL

El relato de Emeterio describe desde un inicio la situación de precariedad por la que pasaron sus abuelos, la que estuvo marcada por la condición de mozo-colonos (o peones acasillados, según la terminología mexicana) en la que vivían. Los Toj tuvieron tierras en la aldea de Xesic, Santa Cruz del Quiché, sólo para perderlas en el primer cuarto del siglo xx frente al español Casimiro Gutiérrez Blanco, un agente vinculado a dos de las más fuertes familias agroexportadoras del país en esos años, los Herrera Dorión y los Ibargüen Uribe.

La afrenta a las tierras de la familia Toj fue un hecho generalizado en ciertas regiones del país a inicios del siglo xx, parte de un proceso de estira y encoje que llevaba varios siglos en tensión. No es exagerado plantear el inicio de esta tensión en la invasión espa-

ñola y en los años de colonización, aunque es importante matizar el proceso concreto para Santa Cruz del Quiché.

Como se sabe, la conquista de Q'umarkaaaj —capital k'iche'— creó automáticamente un agujero de poder, que significó un quiebre en su conformación regional y un relativo aislamiento de los antiguos poblados.⁹ Carmack¹⁰ afirma que éstos fueron sacados de esta órbita de influencia y asignados como encomiendas tributarias a los subordinados de Pedro de Alvarado o enviados como esclavos a la estrenada capital, Santiago de los Caballeros.¹¹

Ese periodo fue catastrófico, pero duró poco. La nueva Santa Cruz del Quiché (antes Q'umarkaaaj) se convirtió en centro recaudador de tributos. A esta nueva división administrativa estaba superpuesta la división que lograron generar los dominicos. Esta orden se encargó de reducir la influencia de los encomenderos y mantener las tierras comunales de los poblados a su cargo intactas, bajo el visto bueno de la Corona.¹²

⁹ Véase Robert Carmack y John Weeks, “The Archaeology and Ethnohistory of Uatatlán: A conjunctive approach”, en *American Antiquity*, vol. 46, núm. 2, abril de 1981, pp. 329; Robert Carmack, *Rebels of Highland Guatemala: the Quiche-Mayas of Momostenango*, Oklahoma University of Oklahoma Press, 1995, p. 41; Robert Hill, *Los kaqchikeles de la época colonial. Adaptaciones de los mayas del altiplano al gobierno español, 1600-1700*, Guatemala, Cholsamaj/Plumsock, Mesoamerican Studies, 2001.

¹⁰ Robert Carmack, *Historia social de los quichés*, Guatemala, José Pineda Ibarra, 1979, p. 401.

¹¹ Sobre Pedro de Alvarado el reciente libro de George Lovell, Christopher Lutz y Wendy Kramer, *Aterrorizar la tierra: Pedro de Alvarado y la conquista de Guatemala*, Guatemala, F&G Editores, 2016, ofrece una síntesis importante.

¹² Al establecer en Santa Cruz del Quiché y Sacapulas (al norte de sierra la Chuacús) su convento y su principal centro de formación, los dominicos quebraron antiguas fronteras y unieron esa parte de k'iche' al área que les había sido dada para sus dominios, la Verapaz, al oriente de la sierra Chuacús, en la

Tras la salida del área de los dominicos a inicios del siglo xvii los ladinos¹⁵ comenzaron a merodear con más decisión las tierras ejidales. Tomando como sede Santa Cruz por su estratégica centralidad y sede de control tributario, muchos ladinos lanzaron avanzadas sobre aldeas y poblados cercanos, quedándose con trozos de tierra mediante invasiones y pagos a la Corona —las llamadas composiciones.¹⁴

Bajo asedio, el camino de las tierras comunales de Santa Cruz dependió de la capacidad de sus élites locales —caciques y principales— para legalizar su tierra ejidal y mantener un control sin intermediarios de las finanzas comunitarias (cajas comunales). Lo lograron en un término medio, si se le compara con la gran capacidad que demostró Quetzaltenango y Totonicapán.¹⁵

El fracaso de la Federación liberal (1825-1839), apoyada por ladinos del occidente del país, evitó la pérdida de las tierras comunales. Pero una posterior revolución liberal (1871) planteó el primer

primera parte de sierra de las Minas, y en el norte de estas dos líneas montañosas. Jean Piel, *Sajcabajo. Muerte y resurrección de un pueblo de Guatemala (1550-1970)*, México, CEMCA, 1989.

¹⁵ Durante los años coloniales, el término ladino se refería a un grupo social al margen jurídicamente de las dos repúblicas (indios y españoles). Por esos años estuvo conformado por mestizos, mulatos libres, blancos empobrecidos e indios “ladinizados”. Luego, a partir de la República liberal a fines del siglo xix, el Estado guatemalteco, por razones de censo, usó el mismo término para describir a los no indígenas. Véase Severo Martínez Peláez, *La Patria del criollo*, Puebla, BUAP, 1982; Richard Adams y Santiago Bastos, *Las relaciones étnicas en Guatemala, 1944-2000*, Antigua, CIRMA, 2003; Arturo Taracena Arriola, *Etnicidad y nación en Guatemala*, vol. II, Antigua, CIRMA, 2004.

¹⁴ Piel, *op. cit.*, pp. 190 y 200.

¹⁵ Robert Carmack, *Evolución del Reino Quiché*, Piedra Santa, Guatemala, 1979; Greg Grandin, *La sangre de Guatemala: raza y nación en Quetzaltenango. 1750-1954*, Guatemala, CIRMA/Plumsock, 2007; Arturo Taracena Arriola, *Invencción criolla, sueño ladino, pesadilla indígena: Los Altos de Guatemala, de región a Estado (1740-1871)*, Guatemala, Serviprensa, 2011.

intento de reorganización espacial del territorio a partir de la dinámica que exigía la creciente exportación del café. Gracias a una parte de esta reorganización se creó el departamento de Quiché en agosto de 1872, orientado a un control más preciso de la mano de obra por medio de la existencia de las “fincas de mozos”.¹⁶

La creación de nuevos asentamientos productivos y la necesidad de infraestructura activó una importante compulsión extraeconómica de parte del Estado central (repartimiento de trabajadores semiforzados para infraestructura pública o para fincas de café y servicio militar), o permitido por él (trabajo por deuda y colonato), lo que afectó sobre todo a los segmentos campesinos más empobrecidos de Santa Cruz del Quiché y de otros poblados.¹⁷

Según McCreery, lo usual era que el habilitador —Gutiérrez Blanco en el caso de los Toj— prestara a las familias de trabajadores temporales dinero para su trayecto hacia las plantaciones de café. La deuda muchas veces era imposible de pagar, por lo que los terrenos servían para ello. Con la deuda, la familia Toj quedó atada a migrar temporalmente a las fincas de la familia Herrera Luna y, luego, Herrera Dorión.¹⁸

¹⁶ Arturo Taracena Arriola, Juan Pira, Celia Marcos, *Los departamentos y la construcción del territorio nacional en Guatemala, 1825-2002*, Guatemala, Asociación de Investigación y Estudios Sociales/Fundación Soros Guatemala, 2002, p. 6.

¹⁷ Carol Smith, “Local history in global context: social and economic transitions in Western Guatemala”, en *Comparative Studies in Society and History*, vol. 26, núm. 2, 1984, p. 208.

¹⁸ Los Herrera tuvieron su auge con los gobiernos liberales. El tronco de la familia Herrera debía su explosivo ascenso al liberal Manuel María Herrera, que para mediados del siglo XIX era dueño de la finca San Andrés Osuna y Velásquez en la costa sur, donde producía cacao, caña y ganado. La revolución de 1871 lo catapultó: desde 1877 fue delegado en la Asamblea Nacional Constituyente y en 1881 se volvió el ministro de Desarrollo del dictador liberal Justo

En los expedientes del Fondo Decreto 900 en el Archivo General de Centroamérica es posible ver con exactitud las maniobras de Gutiérrez Blanco para obtener tierra.¹⁹ También se transparenta quiénes eran sus socios: luego de conseguir las tierras mediante adelantos, pedía hipotecas a los hermanos Iburgüen Uribe como forma de pago por la obtención de nueva mano de obra.²⁰

Las aldeas de Santa Cruz del Quiché fueron afectadas por esta dinámica de despojo, las que luego serían la base de las organizaciones donde Emeterio participó: Acción Católica (AC), la Democracia Cristiana (DC) y, por último, el CUC.

Los Toj y la Reforma Agraria

Emeterio Toj Álvarez es el nombre del abuelo de Emeterio Toj Medrano. Su familia tuvo finalmente la oportunidad de recuperar

Rufino Barrios. En esos años obtuvo por lo menos 1 120 hectáreas (11.2 km²) de tierra por un precio ínfimo. Sus hijos, Carlos, Julio y Salvador Herrera Luna, siguieron ese ascenso, y los troncos Herrera Dorión y, en menor medida, Herrera Cordón ampliaron el alcance de la red familiar. NACLA, *Guatemala*, Washington, NACLA, 1974, pp. 233-238; Marta Casaús, *Guatemala: linaje y racismo*, Guatemala, F&G Editores, 2010.

¹⁹ AGCA, Fondo Decreto 900, Quiché, paquete 10, exp. 6, Z-7-340.3, caso finca Choacorrall y paquete 8, exp. 9, Z-7-340.3, caso finca Buena Vista.

²⁰ El inmigrante vasco Rufino Iburgüen se casó con una colombiana de apellido Uribe, hija de un gran exportador cafetalero de ese país. Los Iburgüen Uribe habían obtenido tierras a bajo precio por parte de los gobiernos liberales a inicios de siglo y tenían acciones en el Banco Occidental. Fueron fundadores de la Cámara de Comercio de Guatemala, innovaron en el cultivo del algodón y diversificaron importaciones para su redistribución en la capital del país. Una de las hermanas Iburgüen Uribe, Julia Elisa, se casó con Carlos Herrera Dorión (ver cita 7). Uno de los hijos de la pareja, Roberto Herrera Iburgüen, fue fundador del Movimiento de Liberación Nacional (MLN) en 1959, el ala más a la derecha del oficialista MDN, y luego su diputado en 1966, para pasar a ser ministro de Gobernación en 1973.

tierras en 1952, en medio de la agitación agrarista que se desató con el Decreto 900, promulgado ese año por un Congreso atiborrado de diputados revolucionarios.²¹

La denuncia de Toj Álvarez se realizó el 12 de diciembre de 1952 sobre un terreno que no era el que habitaba.²² Para enero del siguiente año, el Comité Agrario Local (CAL) de Santa Cruz del Quiché envió la solicitud al Consejo Agrario Departamental (CAD), en ese momento a cargo del coronel arbencista Emilio Castellanos B. (promoción 16, 1926). La solicitud señalaba información sobre Toj Álvarez: tenía 62 años, contaba con solamente 15 cuerdas (2.4 manzanas), que “no alcanzaban para mi subsistencia”, con lo que pedía una parcela de 40 cuerdas (6.4 manzanas) en el cantón Xesic. Toj Álvarez no sabía escribir, por lo que la petición estaba firmada por un miembro del CAL.²³

El CAD procedió con el expediente el 13 de enero de 1953, dando cinco días para que las partes se presentaran a la sede de la Comisión en Santa Cruz del Quiché.²⁴ Gutiérrez Blanco respondió al CAD el 10 de febrero. En un acta bastante sucinta dijo que “ciertamente” el terreno era de él, pero no era de 40 cuerdas sino de 35. No tenía ninguna documentación que acreditara la propiedad, ya que “el documento simple se me extravió”. Pero afirmaba haberlo adquirido por “compra legal” a Bernabé Natareno “hace como 15 años”.

²¹ El departamento de Quiché fue especialmente activo en solicitar expropiaciones, con más de 63 realizadas en menos de dos años de vigencia de Reforma Agraria y más de 53 mil manzanas otorgadas a los Comités Agrarios Locales, encargados de realizar las solicitudes.

²² Todas las referencias vienen de AGCA, Fondo Decreto 900, Quiché. Para este caso, se trata del paquete 9, exp. 9, T-44-540.3, caso finca Xesic.

²³ Exp. 13, informe del CAD, *op. cit.*

²⁴ Audiencia de CAD, 13 de enero de 1953, *op. cit.*

El CAD puso como fecha para una resolución el 21 de febrero de 1953. En esa fecha el coronel Castellanos dijo que, pese a que Gutiérrez Blanco se había negado a la expropiación, “no presentó ninguna prueba” para evitarla. El CAD agregó en su resolución que, aunque el terreno era de pequeña extensión, en realidad Gutiérrez tenía múltiples terrenos pequeños a lo largo del departamento, por lo que sí podía ser afectado si se tomaban sus propiedades en conjunto (véase tabla 1).

Tabla 1. Propiedades de Casimiro Gutiérrez Blanco
en Quiché para 1952

<i>Municipio</i>	<i>Número de inmuebles</i>	<i>Extensión métrica (ha)</i>	<i>Valor (Q) al 9-05-1952</i>
Chiché	7	7.07	550
Chinique	1	0.87	150
Cotzal	3	26.34	595
Nebaj	1	4.92	400
Patzité	7	8.3	628
Quiché	65	217.1	5 753.55
SAI+	18	48.8	1 312.66
SPJ*	5	45.6	995
Uspantán	7	564.5	2 500
Total	114	923.6	12 884.21

+ San Antonio Ilotenango

* San Pedro Jocopilas

Fuente: Elaboración propia basada en AGCA, Fondo Decreto 900, Quiché, paquete 9, exp. 10, Ch-28, Cz-N, caso finca Choacamán, p. 30.

El CAD resolvió, entonces, dar lugar a la expropiación. Cinco días después, Gutiérrez envió otra acta al CAD pidiendo la revocatoria de la resolución, reafirmando sus mismos argumentos.²⁵

La resolución del Consejo Agrario Nacional (CAN), encabezado por el mismo presidente del país, el coronel Jacobo Árbenz Guzmán, tuvo atrasos que no se explican en los expedientes. La audiencia fue hasta el 6 de junio de 1954 y en ella se requirió más papelería para poder dar una resolución final. Se agendó una nueva audiencia con el fin de dar una sentencia, pero ésta no pudo llevarse a cabo. Días antes de su realización vino la renuncia del presidente Árbenz y el fin del proceso revolucionario.²⁶ Ésta y varias fincas regresaron a Gutiérrez una vez caída la Revolución. El sueño agrario de los Toj y otras familias campesinas había terminado.

Santa Cruz del Quiché desde 1954

Emeterio recuerda en su relato la tristeza que el fin de la Revolución generó en su padre y abuelo, y que eso fue clave en su formación política. Al mismo tiempo, resalta que organizado en Acción

²⁵ Acta de Resolución de CAD, 21 de febrero de 1953 y Acta de Casimiro Gutiérrez Blanco, 26 de febrero de 1953, *op. cit.*

²⁶ La suerte no fue la única que jugó a favor de Gutiérrez Blanco. A lo largo de los múltiples casos que se presentaron en su contra, el habilitador español buscó evitar de diferentes maneras ser expropiado. En una ocasión logró vender antes un terreno que iba a ser expropiado. En otra hizo que uno de sus mozo-colonos, el joven Pedro Osorio Lux, reclamara el mismo terreno que los agraristas. La tarea de hacer que sus propios colonos disputaran las denuncias de otros campesinos o jornaleros fue repetida varias veces por Gutiérrez Blanco. Y en más de alguna ocasión le resultó favorable, como en el caso de la finca Patzalan, en el cantón Choacamán, en Santa Cruz. Véase AGCA, Fondo Decreto 900, Quiché, paquete 10, exp. 1, P.638-33 caso finca Patzalan.

Católica (AC) recibió charlas sobre anticomunismo, impulsó la imagen del arzobispo Mariano Rossell Arellano, y celebró la llegada de la Liberación; todas acciones contrarias a la Revolución. La aparente paradoja familiar se explica por la complejidad de intereses que irrumpían en Santa Cruz por esos años.²⁷ El municipio no estaba compuesto únicamente por pequeños campesinos y mozos-colonos, sino que en su seno comenzaban a surgir nuevos sectores sociales que pujaban por ver representados sus intereses. En este cuadro se insertó la militancia de Emeterio.

En primer lugar, se sabe, según el censo de 1950, que para ese año el departamento contaba con 183 767 personas, las cuales en los siguientes años vieron un aumento acusado: para 1964 había crecido 37.56 % (252 789) y 13 años después había reducido su ritmo, pero mantenía un crecimiento de 23.81 % (312 983). Para el primer año citado 12.43 % eran “ladinos” —que para el caso incluía a “mestizos” y “blancos”— mientras que el resto era población “indígena”, en su mayoría k'iche', aunque también se encontraban al norte sakapultecos, ixiles y uspantecos, entre otros. El crecimiento demográfico que registró el departamento en los

²⁷ Arturo Arias, “Changing Indian identity: Guatemala’s violent transition to modernity”, en Carol Smith [ed.], *Guatemalan Indians and the state (1524-1989)*, Austin, University of Texas Press, 1989, pp. 230-257; Robert Carmack, “The Story of Santa Cruz Quiché”, en Robert Carmack [ed.], *Cosecha de violencia*, San José, Flacso, 1991, pp. 39-69; Charles Brockett, “The structure of political opportunities and peasant mobilization in Central America”, en *Comparative politics*, vol. 23, núm. 3, 1991, pp. 253-274; Greg Grandin, “To end with all these evils: Ethnic transformation and community mobilization in Guatemala’s Western Highlands, 1954-1980”, en *Latin American Perspectives*, vol. 24, núm. 2, 1997, pp. 7-34.

siguientes 23 años no varió de manera sustancial los porcentajes étnicos, según los datos corregidos que da Early.²⁸

Está ampliamente documentado que la división entre “indígenas” y “ladinos” producía un fuerte contraste de vivencias. Emerterio recuerda en su relato las burlas y la discriminación por la que pasó él, su familia y amigos al visitar la cabecera de Santa Cruz del Quiché. Las divisiones étnicas tenían una expresión espacial: en la cabecera existía una marcada segregación residencial. Los k'iche', la gran mayoría, vivían en las aldeas rurales del municipio, mientras los ladinos se ubicaban en el núcleo urbano, donde tenían acceso a los diferentes servicios públicos que otorgaba el Estado central.²⁹

Así, un municipio en pleno crecimiento demográfico, con una marcada segregación étnica, y una reciente agitación agrarista, comenzó a presenciar tres elementos emergentes: la lenta formación de una capa de comerciantes y artesanos, atados a mercados regionales; un resurgir de la Iglesia católica y la llegada de un partido político que aglutinaba estos esfuerzos, la DC, y, ligado a esto, el deterioro acusado de la forma tradicional de organización —las cofradías— para la población k'iche' de las aldeas.

La formación de artesanos y comerciantes tenía ya varias décadas de venirse gestando, aunque fue hasta la década de los treinta que vio una explosión significativa. Según Smith, desde la última década del siglo XIX pequeños y emergentes segmentos k'iche' de Quetzaltenango y Totonicapán empezaron a dedicarse a la artesanía y al comercio regional y local, estableciendo nuevas (aunque

²⁸ John Early, *La población de Guatemala. La estructura y evolución demográfica de un sistema campesino*, Miami, CIRMA/Vermont/PMS, 2000, p. 35.

²⁹ Véase Carmack, *Cosecha de violencia...*

precarias) redes y rutas hacia los poblados intermedios como Santa Cruz del Quiché.⁵⁰

Dos hechos aceleraron su crecimiento: el último dictador liberal, el capitalino Jorge Ubico Castañeda (1931-1944), reorganizó el trabajo forzado y canceló las deudas de los colonos o peones encasillados, incluyendo a los abuelos de Emeterio. La Revolución de 1944, por su parte, prohibió las habilitaciones⁵¹ y propició un crecimiento económico en torno a la capital, lo que permitió cierto afianzamiento de las pequeñas redes de comerciantes regionales que se venían formando años atrás.

De esa manera, en la década de 1950, la función principal de Santa Cruz en la región había dejado de ser un centro proveedor de mano de obra,⁵² para ser parte de una red regional de producción y comercio de granos básicos y artesanías.⁵³ También existían importantes segmentos de burocracia local vinculada a las nuevas instituciones del Estado central.

El padre de Emeterio fue parte de estas redes comerciales, lo que le dio cierta holgura a la familia Toj Medrano, la que se manifestó en su ingreso a la escuela pública de Santa Cruz y a viajes

⁵⁰ Carmack, *Rebels of highland Guatemala...*, p. 139; Grandin, *La sangre de Guatemala...*, pp. 167 y 207.

⁵¹ Es importante anotar que la prohibición fue de norma, y el Estado no tuvo la capacidad de hacer cumplir la ley a lo largo del territorio nacional. Así, la práctica continuó hasta entrada la década de los setenta.

⁵² Según Schmid los campesinos emigrantes de Quiché iban sobre todo a trabajar algodón a la costa del departamento de Retalhuleu (56 %). Lester Schmid, *The role of migratory labor in the economic development of Guatemala*, 1967 (Tesis de doctorado en Economía, Universidad de Wisconsin), pp. 33-43.

⁵³ Carol Smith, "Market articulation and economic stratification in Western Guatemala", en *Food Research Institute Studies*, núm. 2, 1972, pp. 203-235.

constantes a la ciudad capital. Emeterio mismo, por su lado, fue por unos años artesano de sombreros.

Paralelo a esto, desde la década de los cuarenta la Iglesia católica formó AC como instrumento de una avanzada para recuperar el terreno perdido por los ataques liberales desde el siglo XIX.³⁴ Primero con curas seculares nacionales y con un marcado anticomunismo, para pasar a una segunda etapa con clérigos regulares extranjeros, influidos por las ideas de la Teología de la Liberación.³⁵

Esta presencia creó tensiones con las estructuras comunitarias, ligadas a las cofradías y a los ancianos-principales.³⁶ Aunque en Santa Cruz estas estructuras presentaban ya cierto deterioro si se le compara con poblaciones vecinas (Chichicastenango), la ofensiva de Acción Católica (AC) y la Iglesia crearon una enconada tensión.³⁷

El abuelo de Emeterio era miembro activo de estas estructuras comunitarias, mientras que él lo era de AC.

AC y el militarismo

Acción Católica fue un polvorín en el municipio. A partir de ese espacio comenzó a plantearse la necesidad de organizarse, que

³⁴ Acción Católica fue formada en Italia en el siglo XIX y tuvo auge en la España franquista. Esta nueva cruzada de la Iglesia católica llegó a Guatemala en la década de 1950. Virginia Garrard, *Protestantism in Guatemala. Living in the New Jerusalem*, Texas, University of Texas Press, 1998, p. 105.

³⁵ Véase José Chea, *The process and the implications of change in the Guatemalan Catholic Church*, 1989 (Tesis de doctorado, Universidad de Texas en Austin), p. 75.

³⁶ Eric Wolf, "Closed corporate peasant communities in Mesoamerica and Central Java", en *Southwestern Journal of Anthropology*, vol. 13, núm. 1, 1957, pp. 1-18.

³⁷ Carmack, "The story of Santa Cruz Quiché" ...; Ricardo Falla, *Quiché rebelde*, Guatemala, Editorial Universitaria, 1995.

tuvo varias expresiones: cada una buscaba resolver las múltiples problemáticas locales. Además de ser dirigente cantonal y, después, municipal, de AC, Emeterio ayudó a formar cooperativas, agrupaciones culturales y era parte de la juventud de la DC en el departamento. Como lo dejó claro el sacerdote Luis Gurriarán, fue importante en este proceso de agitación organizativa, AC “era un elemento más de un denso entramado social, cultural, económico y político”.⁵⁸

Acción Católica de Santa Cruz fue particularmente fuerte y familias k’iche’ enteras pasaron a engrosar sus filas. El trabajo era fomentado en el municipio por la congregación religiosa del Sagrado Corazón, de origen español. El ímpetu dio cabida a proyectos de castellanización, alfabetización, y educación para adultos. Asimismo, se establecieron escuelas comunales, programas de salud, clínicas parroquiales con agentes de salud, cooperativas, sistemas de préstamos y programas de desarrollo comunitario. En esos años se fundó la Radio Santa Cruz, que por primera vez transmitió en lengua k’iche’ con la voz de Emeterio.

La agitación social que impulsaba Acción Católica dio paso a un proceso de “revitalización” cultural, con la creación en 1971 de la Asociación Pro Cultura Maya-Quiché. La idea era polemizar con la gente de los espacios tradicionales de los ladinos del centro, donde predominaba una visión despectiva hacia lo indígena: desde las procesiones hasta los “concursos de belleza” fueron objeto de disputa. Emeterio afirma que “el objetivo era mostrarles [a los ladinos] que podíamos organizarnos”.

⁵⁸ Carlos Santos, *Guatemala. El silencio del gallo*, Barcelona, Debate, 2007, pp. 31-53; Diócesis de Quiché, 1994, pp. 46-58; Rachel May, *Terror in the countryside. Campesino responses to political violence in Guatemala, 1954-1985*, Ohio, Ohio University, 2001, p. 131.

El éxito de la Iglesia fue catapultado políticamente por la DC, activa en la arena desde 1955 con una postura anticomunista, pero desde abril de 1964 con una visión social-cristiana de cambio.³⁹ Emeterio fue desde esos años delegado juvenil del partido en Santa Cruz, y realizaba viajes periódicos a la capital para participar en procesos de formación.

El surgimiento de la DC estableció un canal partidista propio para los emergentes segmentos católicos, comerciantes y artesanales k'iche'.⁴⁰ De las diputaciones al Congreso de 1958 a 1970 la DC siempre logró ingresar alguna representación del Quiché.⁴¹ Fue también el primer partido que propició la participación de liderazgos indígenas (de la AC) para alcaldías municipales. Desde 1966 comenzó a lograrlo en varias localidades y, a partir de 1974, logró que liderazgos k'iche' llegaran como diputados al Congreso.⁴²

³⁹ Durante los años revolucionarios (1944-1954), los representantes de Quiché para el Congreso venían en su mayoría de la capital del país y en su defecto provenían de las élites ladinas locales o de representantes locales de los agroexportadores capitalinos. Para la Constituyente de 1956 una lista única eligió al abogado capitalino Héctor Menéndez de la Riva, al terrateniente capitalino con tierras en Quiché José Luis Arenas Barrera, al ingeniero capitalino Raúl Aguilar Batres, y al ladino de Quiché, Joaquín Rodas Mejicanos. Véase Véliz, *op. cit.*

⁴⁰ Véase May, *op. cit.*, p. 111; Taracena, *Etnicidad y nación en Guatemala...*, p. 300.

⁴¹ De los tres puestos de 1958 a 1962, dos eran oficialistas y uno de la DC. De 1960 a 1963 se disputó un curul y lo ganó la DC, y de 1962 a 1963 se repitió el patrón: dos para los oficialistas y uno para la DC. La Constituyente de 1964 marginó a la DC, por lo que tres de los cuatro curules fueron para el oficialismo (PID-MLN). El ex demócrata cristiano, José Calderón Salazar, sin embargo, fue escogido por el oficialismo para representar a Quiché.

⁴² La presencia de la DC no evitó que una visión centralista se mantuviera, concentrando una parte importante de las decisiones en los órganos del partido, ubicados en ciudad de Guatemala y atiborrados de capitalinos. De los tres diputados que logró el partido de 1958 a 1963, todos eran capitalinos o de su área

La relación con la DC también les valió apoyos técnicos para la creación de cooperativas. Emeterio está registrado como fundador de la primera cooperativa de Santa Cruz, compuesta exclusivamente por k'iche' del área.⁴³ Ésta llegó a tener en cuestión de meses más de dos mil asociados. Para 1968, el municipio contaba con cuatro cooperativas y más de tres mil socios.⁴⁴ En 1965 se creó la Federación Nacional de Cooperativas Agrícolas de Crédito (Fenacoac), de inspiración social cristiana.

La agitación política en Quiché no tardó en encontrar una reacción por los gobiernos militares. El caso del oficial destacado a Quiché como gobernador —producto del gobierno *de facto* del coronel Enrique Peralta Azurdia (1963-1966)— el coronel Rubén González Rivera (promoción 53), es importante de destacar. Por la correspondencia de González con el Ejecutivo es posible rescatar los mecanismos de relación con los grupos de catequistas y miembros del engranaje social de AC, así como los prejuicios que las autoridades en ciudad de Guatemala tenían hacia la población k'iche'.⁴⁵

de influencia. Francisco Herrarte López (diputado de la DC 1958-1962) y René de León Schlotter (1962-1963) habían nacido en ciudad de Guatemala, mientras que José García Bauer (1960-1963) era de Antigua Guatemala, aunque parte integral de la política capitalina como un operador del arzobispado.

⁴³ J. R. Davidson, *The rural credit and cooperative development project in Guatemala*, Washington, AID, 1976.

⁴⁴ Como lo deja claro Adams, de 1954 a 1962 se dio un importante deterioro en los ingresos de la agricultura de subsistencia en el área, por lo que la opción cooperativa fue abrazada por los campesinos más empobrecidos. Richard Adams, *El sector agrario inferior de Guatemala, 1944-1965*, Austin, Universidad de Texas en Austin, 1967 (Series de Institute of Latin American Studies, 64).

⁴⁵ González Rivera, apodado “Veneno” por los catequistas, llegó a Quiché en 1963 para sustituir al coronel José Santos García Corzo (promoción 19, año 1929). Nelson Amaro [ed.], *El resto del desarrollo en Guatemala*, Guatemala,

La expulsión del país del sacerdote del Sagrado Corazón, Luis Gurriarán, estiró las tensiones entre los catequistas y el gobierno. Lo primero que hicieron los catequistas fue aprovechar la ocasión para denunciar varias prácticas de González Rivera, como el trabajo forzado que obligaba a realizar para la puesta en marcha de obra pública.⁴⁶ En febrero de 1965, 84 catequistas enviaron telegramas al ministro de Gobernación, el coronel Luis Maximiliano Serrano Córdova (Promoción 26, año 1932), solicitando la remoción de González Rivera de la Gobernación de Quiché. No recibieron ninguna respuesta.⁴⁷

González Rivera mantenía una fluida relación con el Reverendo Padre Superior del Sagrado Corazón, Celso Tomás Megido Díaz, encargado de los sacerdotes que trabajaban con los catequistas. Megido llegaba para realizar un “cambio de impresiones” con el objeto de “no perder [...] el calor oficial”. Las pláticas están teñidas de una visión paternal que le otorga pasividad a la población indígena, un rasgo ya estudiado sobre las expresiones de racismo en el país.⁴⁸

Financiera Guatemalteca, 1970; Miguel Reyes Illescas, *Patrimonialismo y participación: del control estatal a la lucha de los pueblos, Guatemala 1970-1998*, Guatemala, Flacso, 1998, pp. 65-75; Santos, *op. cit.*

⁴⁶ Archivo Histórico de la Policía Nacional (en adelante AHPN), Fondo Gobernación Departamental de Quiché, exp. 346.172-650128-0003-1274864, carta a gerente de la Radiodifusora La Fabulosa por Porfirio Méndez, 28 de enero, 1965.

⁴⁷ AHPN, Fondo Gobernación Departamental de Quiché, exp. 346.172-650202-0004-12748065, carta al gobernador departamental de Quiché de ministro de Gobernación, Luis Maximiliano Serrano, 2 de febrero, 1965.

⁴⁸ AHPN, Fondo Gobernación Departamental de Quiché, exp. 346.172-650204-0008-12748069, carta a ministro de Gobernación de Quiché, 4 de febrero, 1965. Véase Casaús, *op. cit.*

También mantenía comunicación con el jefe de Estación de la Policía Nacional (PN) en Quiché, Carlos Nájera Ortiz, y con el coronel Adolfo Callejas Soto, en ese momento dentro del Ministerio de la Defensa, a quienes enviaba misivas para dar seguimiento a los catequistas y realizar redadas para capturar a los más jóvenes y enlistarlos al ejército.⁴⁹ Emeterio mismo había sido enlistado a la fuerza en el ejército a fines de la década de los cincuenta.

En un informe de 1971 el embajador estadounidense reconoció que había nuevos liderazgos entre la población indígena que estaban tratando de atacar los problemas económicos desde su origen, pese a los riesgos que eso implicaba. Tres años después, otro informe hacía notar la creciente tendencia a votar por la oposición al oficialismo (la DC) en la región.⁵⁰

La tensión con el gobierno militar y la fuerte movilización de los miembros de Acción Católica tuvo diferentes desenlaces. Uno de ellos fue el fraude electoral para las elecciones locales de marzo de

⁴⁹ Nájera Ortiz no era cualquier policía. Su hermano, Miguel Mariano Nájera (promoción 32, año 1935), aprobó como jefe de base militar el *putsch* militar de marzo de 1963. Entre su promoción se encontraban los coroneles Carlos Arana Osorio y Rafael Arriaga Bosque, reconocidos por su labor en actividades paramilitares por esos años desde puestos de mando del Estado. AHPN, Fondo Gobernación Departamental de Quiché, exp. 346.172-650204-0011-12748072, carta de gobernador a jefe de Estación de PN departamental, Quiché, 4 de febrero, 1965. Sobre Callejas véase AHPN, Fondo Gobernación Departamental de Quiché, exp. 346.172-0036-12748097, Memorándum para el coronel Callejas, 11 de febrero, 1965.

⁵⁰ NARA, RG 59, Subjetc-Numeric File, POL 12 GUAT, Aerograma de Embajada de Estados Unidos en Guatemala para Departamento de Estado, “The changing view from the bottom; or what the indians of Guatemala are thinking”, 2 de julio, 1971; y Aerograma de Embajada de Estados Unidos en Guatemala para Departamento de Estado, “The indians’ role in the 1974 elections”, 23 de octubre, 1974.

1970. La DC logró una de las tres diputaciones en juego en Quiché, con el dirigente de Acción Católica, Julio Hamilton Noriega, múltiples veces señalado por el coronel González Rivera en sus informes. Sin embargo, para mayo se dijo que en su lugar había sido electo un miembro del MLN,⁵¹ en medio de señalamientos sobre la prohibición a que “cinco mil personas [votaran] porque no aparecieron en las listas, y una persona votó 800 veces”.⁵²

En octubre de 1970 finalmente la Corte Suprema de Justicia decidió no entrar a conocer un amparo puesto por la DC sobre el caso.⁵³ En la sesión del Congreso del 27 de octubre de ese año tomaron posesión los diputados por Quiché, todos ligados a la conservadora Coalición MLN-PID.⁵⁴

Sería hasta 1974 que los catequistas de AC tendrían una representación en el Congreso, pero a costa de un fraude nacional. Para entonces, una parte de su militancia —Emeterio incluido— ya estaba pensando en organizar un nuevo espacio político. La eferescencia política que significó el terremoto de 1976 les dio más claridad. Dos años después surgía el CUC, en el que Emeterio fue

⁵¹ “Agotaremos todos los recursos para no ser víctimas de burdas maniobras”, en *El Gráfico*, 15 de mayo, 1970.

⁵² “Lucas Caballeros aceptaría ser de nuevo candidato para las elecciones de 1974”, en *El Gráfico*, 4 de marzo, 1970; “Aunque Lucas Caballeros reconoce su derrota, la DC pide repetir elecciones”, en *El Gráfico*, 5 de marzo, 1970.

⁵³ “La Corte Suprema de Justicia aclara a la Democracia Cristiana Guatemalteca”, en *Prensa Libre*, 5 de noviembre, 1970; “Democracia Cristiana señala que la Corte Suprema ha roto la jurisprudencia”, en *La Hora*, 27 de octubre, 1970.

⁵⁴ Los diputados fueron Carlos Enrique López Girón y Luis Tárano Villatoro, que en 1955 fue apoderado de la familia Herrera Dorión en procesos presentados en el marco de la Reforma Agraria. Véase Archivo Legislativo (AL), Diario de Sesiones del Congreso, Sesión 48, Periodo Ordinario 1970-1971, 27 de octubre, 1970.

fundador. Entonces se desató la represión. Los canales institucionales se les habían presentado como insuficientes y la represión los obligó a buscar cobijo y a entrañar alianzas con el Ejército Guerrillero de los Pobres (EGP).

*El ascenso de una camada militar
y las estrategias de la represión*

Esa vinculación culminó en el secuestro de Emeterio por parte del gobierno del general Romeo Lucas García en julio de 1981. Para comprender la dimensión de este secuestro es importante resaltar la naturaleza del gobierno de Lucas y la coyuntura que se vivía a mediados de 1981.

El surgimiento de Lucas García tuvo su origen con la victoria del coronel Carlos Arana Osorio en las elecciones de marzo de 1970. Esa victoria fue producto de una gran alianza entre organizaciones y partidos políticos anticomunistas (PID, MLN y luego CAN) con militares de “línea dura”, grandes industriales y finqueros. El gobierno de Arana estableció una dinámica particular: desarrollismo estatal,⁵⁵ corrupción y negocios ocultos,⁵⁶ violencia política y el fraude electo-

⁵⁵ La actividad estatal implicó un aumento importante en el presupuesto, que pasó de Q177.2 millones en 1966 a Q419.8 millones en el último año del gobierno de Arana. Los empleados públicos, al mismo ritmo, aumentaron de 38 mil a 78 mil, y las instituciones descentralizadas explotaron de 18 a 39 en el mismo lapso de tiempo. Edelberto Torres-Rivas, “Evolución histórica del sector público en Centroamérica y Panamá”, en *Problemas en la formación del Estado nacional en Centroamérica*, San José, EDUCA, 1983.

⁵⁶ Roberto Arana España, hijo de Carlos Arana Osorio, tenía la reputación de ser, según un reporte de la embajada, “un vil operador envuelto en toda clase de negocios grises, quedándose con dinero de contratos del Estado” y participando en grupos paramilitares. Otros reportes lo señalaban de tener

ral como modo de sobrevivencia. Lucas García fue el elemento más exacerbado de esta dinámica.

Éste había sido apadrinado por Arana Osorio, quien lo nombró general y jefe del Estado Mayor del Ejército en 1972. Tras su victoria electoral en 1978, Lucas se rodearía de un pequeño círculo de militares y agroexportadores, con los García-Granados Quiñonez a la cabeza.⁵⁷

La violencia estatal había llevado a la suspensión de la ayuda militar estadounidense, anunciada desde marzo de 1977 por el gobierno del demócrata James Carter. Esto hizo que “los grupos de línea dura de los militares y la derecha se fortalecieran y se volvieran más agresivos”.⁵⁸ Como una expresión de esa respuesta fue el surgimiento meses después del Ejército Secreto Anticomunista (ESA), controlado por el gobierno y miembros del ejército.⁵⁹ Los primeros meses de Lucas vieron así un intento de “vaciar el centro político”, como se vio con el asesinato de personajes políticos clave

contactos con Jorge Zimeri, hijo de un industrial reconocido por ser traficante de armas. Sobre Zimeri y sus negocios con mafias en Estados Unidos, véase “Zimeri, misterioso testigo”, en *Inforpress Centroamericana*, núm. 317, 9 de noviembre, 1978. Sobre Arana España, véase NARA, RG 59, General Records of the Department of State, Central Foreign Policy File, State Archiving System, P740003-1794, Aerograma de Embajada de Estados Unidos en Guatemala para Departamento de Estado, “Biweekly Political Review: January 18-31, 1974”, 31 de enero de 1974.

⁵⁷ Francisco Villagrán Kramer, *Biografía política de Guatemala. Años de guerra y años de paz*, t. II, Guatemala, Flacso, 2004, p. 150; Héctor Gramajo, *De la guerra... a la guerra*, Guatemala, Fondo de Cultura Editorial, 1995, p. 161.

⁵⁸ Paul Dosal, *El ascenso de las élites industriales en Guatemala. 1871-1994*, trad. de Ronald Flores, Guatemala, Piedra Santa, 2005, p. 338.

⁵⁹ Patrick Ball, Paul Kobrak y Herbert Spierer, *State violence in Guatemala, 1960-1996: A quantitative reflection*, Washington, CIDH/AAAS, 1999, p. 21.

de la oposición dentro de los sectores no armados: Manuel Colom y Alberto Fuentes.⁶⁰

Los primeros años de la presidencia de Lucas se caracterizaron por encontrar en las calles un promedio de 800 cuerpos cada mes.⁶¹ El énfasis de los asesinatos políticos fue a miembros de la universidad pública (USAC),⁶² de la Iglesia católica,⁶³ del sindicalismo,⁶⁴ y de activistas del Quiché —que perdieron a más de 300 militantes en esos años—⁶⁵ y otras regiones mayas.⁶⁶

La represión fortaleció los vínculos de las organizaciones armadas de izquierda con organizaciones sociales en búsqueda de defensa militar.⁶⁷ Las armas fueron cada vez más centrales en la definición de las estrategias políticas.

⁶⁰ Héctor Rosada, *Soldados en el poder: proyecto militar en Guatemala (1944-1990)*, 4ª ed., Guatemala, Embajada de Taiwán, 2011, pp. 152-154.

⁶¹ “Violencia sin propósitos políticos”, en *Inforpress Centroamericana*, núm. 303, 3 de agosto, 1978. El ministro de Gobernación, Donaldo Álvarez Ruiz, dijo en una ocasión luego del asesinato de varios universitarios señalados por el ESA: “para el gobierno era imposible darles protección a los amenazados, mucho menos cuando andan metidos en manifestaciones y bochinchas”. Véase “Secretario de AEU muere asesinado”, en *Inforpress Centroamericana*, núm. 303, 26 de octubre, 1978. Schirmer, *op. cit.*, pp. 18 y 19.

⁶² Véase “Presidente Lucas no dialogará con la USAC”, en *Inforpress Centroamericana*, núm. 318, 16 de noviembre, 1978.

⁶³ Véase “Toledo Vielman: grupos cristianos serán investigados”, en *Inforpress Centroamericana*, núm. 325, 11 de enero, 1979.

⁶⁴ Marta Gutiérrez, *Sindicalistas y aparatos de control estatal. Elementos para una historia del movimiento sindical*, Guatemala, Sepaz, 2011.

⁶⁵ “Ofensiva contraguerrillera en Quiché”, en *Inforpress Centroamericana*, 25 de enero, 1979.

⁶⁶ “Cooperativas: 40 millones el financiamiento estatal”, en *Inforpress Centroamericana*, núm. 300, 13 de julio, 1978. Carmack, “The story of Santa Cruz Quiché”...

⁶⁷ Schirmer, *op. cit.*, p. 18; Dosal, *op. cit.*, p. 234.

La violencia, en realidad, era una parte de la estrategia de gobierno de Lucas. Según los registros, la corrupción fue alarmante en varios niveles.⁶⁸ Schirmer apunta que el grupo de Lucas tomó el control de varias instituciones y creó una “red financiera que incluía instituciones de crédito, una casa editora, una cementera, parqueos, el Instituto de Previsión Militar, y el Banco del Ejército.”⁶⁹ La toma de tierras en la Franja Transversal del Norte (FTN), donde el mismo Lucas había sido directivo del proyecto antes, también está ampliamente documentada.⁷⁰

Los negocios de Lucas García y su camarilla generaron, además, inmediatos roces con las grandes cámaras empresariales, especialmente con las empresas que interferían en sus negocios personales. Su llegada al gobierno desde el inicio generó suspicacias,⁷¹ que fueron aclaradas con el caso en contra de Cementos Progreso,⁷² nuevos impuestos y especialmente con su política petrolera al presionar a la estadounidense Basic Resources para que la francesa

⁶⁸ Ya para septiembre de 1978 hubo varias renuncias por lo descarado de los casos, señalando la creación de “organismos aislados con propósitos específicos bajo tutela directa de presidencia”, que muchas veces pasaban sobre los mismos ministerios del Ejecutivo. Véase “Profunda crisis institucional”, en *Inforpress Centroamericana*, núm. 309, 14 de septiembre, 1978.

⁶⁹ Schirmer, *op. cit.*, p. 19.

⁷⁰ Para “1983 el 60% de la superficie del departamento de Alta Verapaz era propiedad de militares; cuatro oficiales del ejército que habían integrado su gobierno eran dueños de 285 000 hectáreas en la FTN y Petén”. Luis Solano, *Contextualización histórica de la Franja Transversal del Norte*, Guatemala, Centro de Estudios y Documentación de la Frontera Occidental de Guatemala (CEDFOG), 2012, p. 22; Gramajo, *op. cit.*, p. 157; Rosada, *op. cit.*, p. 151.

⁷¹ “Empresas cautelosas ante inestabilidad política”, en *Inforpress Centroamericana*, núm. 303, 3 de agosto, 1978.

⁷² “Declaran improcedente recurso de Cementos Progreso”, en *Inforpress Centroamericana*, 21 de diciembre, 1978.

Elf Aquitaine —de donde el gobierno recibiría ingresos— entrara en el negocio. Lucas llegó al punto de nombrar a su primo como embajador en Francia.⁷³

La violencia política tuvo como una de sus consecuencias el aislamiento internacional del gobierno. El más sentido fue el que practicó el Departamento de Estado, el que ya en su informe de Derechos Humanos en 1979 habló de “graves actos ilegales de represión gubernamental” y planteó la posibilidad de suspender toda la cooperación en mayo de ese año.⁷⁴ A eso se sumó el boicot diplomático del Parlamento Europeo, luego del trágico caso de la Embajada de España. La toma de la embajada fue realizada por miembros del CUC en respuesta a los primeros asesinatos masivos. Un boicot de Estados Unidos a préstamos del BID y la aceptación de Belice como Estado independiente en el pleno de la ONU fueron parte de este aislamiento.⁷⁵ Emeterio mismo salió del país en 1980 como parte de una delegación multisectorial para denunciar la violencia política del gobierno.

La victoria sandinista en julio de 1979 y el golpe preventivo en El Salvador, en octubre del mismo año, arreciaron las medidas que empresarios guatemaltecos hacían para boicotear a Carter y aumentaron la represión política en el país.⁷⁶ La misma semana

⁷³ Solano, *op. cit.*, pp. 46-62; Dosal, *op. cit.*, p. 235.

⁷⁴ “Informe USA sobre situación de derechos humanos”, en *Inforpress Centroamericana*, núm. 350, 15 de febrero, 1979 y “Posible suspensión de ayuda a tres países centroamericanos”, en *Inforpress Centroamericana*, núm. 341, 10 de mayo, 1979.

⁷⁵ “Parlamento europeo invita a boicot diplomático contra gobierno de Guatemala”, en *Inforpress Centroamericana*, núm. 381, 21 de febrero, 1980.

⁷⁶ Véase “Cafetaleros acusan a embajada USA de promover organizaciones sindicales”, 23 de noviembre, 1978; “Embajada USA acusada de atentar contra estabilidad sociopolítica de Guatemala”, 10 de enero, 1980; “Empresarios

de la caída de Anastasio Somoza Debayle, el ESA anunció futuras ejecuciones, mientras los partidos políticos señalaron que nuevas agrupaciones paramilitares surgían compuestas por ex miembros de la Guardia Nacional nicaragüense.⁷⁷

Para las organizaciones insurgentes guatemaltecas, la victoria sandinista en Nicaragua y la preparación de la ofensiva de 1980 en El Salvador por el recién formado Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN) significó un aumento en sus actividades: tomas de cabeceras municipales, enfrentamientos en destacamentos policiales y asesinatos de policías, detectives y finqueros, fueron la regla a lo largo de 1980. La narración de Emeterio es rica en resaltar las agitadas movilizaciones que se realizaban en contra del gobierno.

A fines de 1980, sin embargo, el gobierno mantenía el control sin mayores amenazas. Y la elección de Reagan finalmente le dio un respiro. Lucas afirmó que las presiones internacionales habían terminado, mientras hubo un cambio de embajador estadounidense y comenzaron las negociaciones para la donación y compra de vehículos militares y otro material “no letal”.⁷⁸

guatemaltecos rechazan política del Departamento de Estado”, 14 de enero, 1980, y “Grupos conservadores atacan política de Carter hacia Guatemala”, 17 de abril, 1980, en *Inforpress Centroamericana*, núms. 319, 375, 380 y 387, respectivamente.

⁷⁷ Para fines de 1979, el ESA estaba señalado por la Policía Nacional de 1 224 ejecuciones extrajudiciales. Véase “ESA anuncia futuras ejecuciones”, 19 de julio, 1979; “Surge la ‘Orden de la muerte’”, 13 de septiembre, 1979, y “DC: se intenta integrar grupos armados con ex-guardias nicaragüenses”, 25 de agosto, 1979, en *Inforpress Centroamericana*, núms. 351, 359, y 356, respectivamente.

⁷⁸ Véase “Lucas García: presiones EEUU tienden a atenuarse”, 19 de junio, 1980; “¿Cambió política EEUU hacia Guatemala?”, 9 de octubre, 1980; “Estados Unidos aprueba venta de vehículos militares, ¿un primer paso?”, 25

Para 1981, luego de contener una ofensiva militar de parte del EGP, el gobierno comenzó a prepararse para su propia contraofensiva, a un año de que se realizaran nuevamente elecciones generales. La formación del Centro de Reunión de Información y Operaciones (CRIO), la creación de grupos paramilitares (PAC), y el establecimiento de Fuerzas de Tarea en Chimaltenango, Quiché y Huehuetenango, complementaron los esfuerzos por secuestrar y asesinar a personajes clave dentro de la insurgencia. Como parte de la estrategia coordinada secuestraron a Emeterio.⁷⁹

El secuestro ocurrió en el centro de Quetzaltenango el sábado 4 de julio de 1981, y según queda claro en el relato, fue llevado a cabo en conjunto por miembros de la Policía Nacional y elementos de Inteligencia militar asignados a las bases militares de Huehuetenango y Quetzaltenango, bajo órdenes de la ciudad de Guatemala.⁸⁰

Su fuga cinco meses después no pudo venir en mejor momento: se dio antes de las caóticas elecciones de marzo de 1982, que culminaron en un masivo fraude y en un golpe de Estado patrocinado por la Central de Inteligencia norteamericana y por empresarios ligados al MLN, según el general Héctor Gramajo Morales, quien vio catapultada su carrera. Según éste, el golpe permitió una reorganización de la estrategia contrainsurgente.⁸¹ Quién sabe qué hubiera pasado con Emeterio si hubiera visto el golpe militar desde el cuartel militar.

de junio, 1981, en *Inforpress Centroamericana*, núms. 396, 413 y 448, respectivamente.

⁷⁹ Gramajo, *op. cit.*, p. 163; Schirmer, *op. cit.*, p. 159; Ball, *op. cit.*, p. 26; Villagrán, *op. cit.*, p. 231.

⁸⁰ Véase Comisión para el Esclarecimiento Histórico (CEH), *Guatemala: causas y orígenes del enfrentamiento armado interno*, Guatemala, F&G Editores, 2000.

⁸¹ Gramajo, *op. cit.*; Schirmer, *op. cit.*, p. 35.

Una vez fugado, pasó a vincularse de lleno al EGP, primero en el Frente Augusto César Sandino (FACS) y luego, tras la derrota estratégica de su proyecto político, al Frente Ho Chi Minh, en el norte de Quiché. La derrota militar está descrita en el relato de Emeterio en medio de intensos debates sobre sus razones. Los debates son en realidad generacionales, como se puede ver en una nueva camada de testimonios que han surgido en los últimos años. Con su análisis podremos concluir esta introducción.

LOS APORTES "REVISIONISTAS"
DE LA NUEVA GENERACIÓN DE TESTIMONIOS

El género del testimonio tiene una larga trayectoria en Latinoamérica y en Guatemala. Cada uno de los debates, polémicas y posturas que han surgido del género han terminado nutriéndolo de un cuerpo de dilemas vitales en su definición y práctica, algo que he tratado de plasmar al inicio de esta introducción y entre líneas a lo largo del documento.⁸² En este sentido, algunas palabras son importantes al respecto. Quisiera solamente puntualizar lo que se puede recoger del debate Menchú-Stoll según el interés del testimonio de Emeterio y el de otros testimonios que han surgido desde la posguerra.

Para situar al debate es importante mencionar que su marco histórico es la ofensiva militar del Estado militar a partir de 1981. De allí el interés del CUC y del EGP, de los que Rigoberta Menchú Tum era parte, en posicionar cierta narrativa a inicios de los ochenta. A eso se sumó la publicación del libro por parte de Bustos en

⁸² Beverley, *op. cit.*; Zimmerman, "Testimony, Menchú, Me and You"; Dröscher, *op. cit.*

Europa: era importante narrar afuera las atrocidades que habían ocurrido en el occidente del país, planteando en clave de víctimas a la población maya en general. El carácter de mujer indígena de Menchú —víctima ella misma de la represión con la muerte de su padre en el caso de la Embajada de España, pero no reducida a eso— cubría esta necesidad. Ella había surgido de una familia con orígenes campesinos, parte de la dinámica agraria de la región y políticamente había comenzado en organizaciones católicas de base. Como narrativa, tenía silencios estratégicos y tergiversaciones que después fueron bien aprovechados por sus críticos. Como el texto de Menchú, otros testimonios surgieron por esos años.⁸⁵

Por otro lado, la crítica de Stoll no se fraguó en lo abstracto.⁸⁴ Según Pratt, Stoll “empezó a buscar activamente informantes que contradijeran el libro de Menchú”. Su libro buscaba desencadenar una sensación mediática, que logró, superar seguramente sus propias expectativas.

Autores como Yudice, Zimmerman, Pratt y Carol Smith han dejado claro que la postura de Stoll buscaba en el fondo cuestionar no a Rigoberta Menchú en sí, sino a la forma como los testimonios y algunas corrientes cuestionaban el papel de la autoridad académica.⁸⁵ “La polémica parece surgir menos de una convicción académica que de una frustración acerca de la pérdida del monopolio en la autoridad [de los escritores]”, zanjó la experta en

⁸⁵ Juan Vázquez, “Guatemala testimonies. Five militant works within historical-literary archetype”, en *Historia Autónoma*, núm. 1, 2012, pp. 137-155.

⁸⁴ David Stoll, “Evangelistas, guerrilleros y el ejército: el triángulo ixil bajo el poder de Ríos Montt”, en Robert Carmack [ed.], *Guatemala: cosechas de violencia*, San José, Flasco, 1991.

⁸⁵ Yudice, *op. cit.*, pp. 15-31; Zimmerman, “El ‘Otro’ de Rigoberta:...; May Louise Pratt, “Lucha-libros: Me llamo Rigoberta Menchú y sus críticos en el contexto norteamericano”, en *Nueva Sociedad*, núm. 62, 1999; Picornell, *op. cit.*

el occidente guatemalteco Carol Smith, al contrastar la información de Stoll.⁸⁶

En este sentido, las críticas académicas que obtuvo el libro de Stoll fueron aplastantes: la selección solamente de informantes cercados por el ejército y no de la oposición, su inexistente análisis de fuentes, un análisis reduccionista parte de una “ferviente oposición” a algunos datos —según Hale—, y cierto “activismo” en su narración que terminaron reduciendo su buena labor en criticar las inexactitudes que presentaba el texto de Menchú.⁸⁷ Jan Rus, especializado en el altiplano maya, no dudó en entrecomillar el carácter académico del libro, resaltando la ceguera de Stoll en no querer siquiera valorar que uno de los méritos del libro de Rigoberta Menchú fue poner en la discusión una “presencia humana” a la violencia por la que pasaba el istmo.⁸⁸

En cualquier caso, las posturas fueron una expresión más de la polarización que siguió a la violenta década de los ochenta. Dentro de esa polémica, varios rasgos de las vivencias de esos años quedaron en segundo plano.

Zimmerman dijo para 1992 que en los años venideros surgirían nuevos testimonios narrados desde la distancia de la polarización. Y se preguntó en qué medida los nuevos relatos repensarían mucho de lo dicho en los ochenta, en el calor de las guerras centroamericanas. En 2015 Narváez presentó un análisis basado en

⁸⁶ Citado en *ibid.*, p. 370.

⁸⁷ Véase Charles Hale, “Consciousness, violence, and the politics of memory in Guatemala”, en *Current Anthropology*, vol. 38, núm. 5, 1997, pp. 821-823; Elizbieta Sklodowska, “La obsolescencia no-programada: una circunnavegación alrededor del testimonio latinoamericano y sus avatares críticos”, en *Kamchatka*, núm. 6, 2015, pp. 897-911; Picornell, *op. cit.*, pp. 368-370.

⁸⁸ Jan Rus, “If truth be told: Introductory essay”, en *Latin American Perspectives*, vol. 26, núm. 6, 1999, pp. 5-14.

testimonios de mujeres guatemaltecas escritos en la posguerra. En comparación con los anteriores, éstos eran relatos más “reflexionados, trabajados, cuya función es la de recordar” desde “el fracaso de la revolución”. Una reciente publicación de la UNAM muestra el mismo tono del debate.⁸⁹

Una lectura de otra selección de testimonios de la posguerra da nuevas luces sobre los años señalados. En ese sentido, los textos de Carlos Chen Osorio, Pablo Ceto, Santiago Boc Tay, y el de Emeterio mismo muestran variaciones muy ricas en las vivencias sobre esos años. Lastimosamente, los textos de Engracia Reyna Caba y Carmen Camey no pudieron ser encontrados por lo que existe una ausencia en ese sentido.⁹⁰

Estos testimonios denotan una mayor dedicación a resaltar otros aspectos de sus vidas, sin hacer de menos la polarización política que, efectivamente, ocurrió. También han mostrado una “reconstrucción de la subjetividad indígena revolucionaria durante estos años”, como dijo Palencia,⁹¹ una tendencia que se vio de manera clara con la compilación que Vela⁹² hizo sobre la variedad de experiencias a lo largo del territorio guatemalteco.

Son una especie de revisionismo a los lugares comunes que dejaron los debates de los ochenta y los noventa. Y son textos que discuten

⁸⁹ Véase Silvia Soriano [comp.], *Guatemala en la memoria*, México, UNAM, 2018.

⁹⁰ Véase José Carrillo, “La fuente oral como documento para la historia de las mujeres y las guerrillas en Guatemala”, Ponencia para el VI Congreso Centroamericano de Historia, Universidad de Panamá, julio de 2002.

⁹¹ Sergio Palencia, “Santiago Boc Tay y la memoria revolucionaria indígena, 1974-1981”, en *Utopía*, vol. 2, núm. 4, 2017, pp. 99 y 100.

⁹² Manolo Vela [coord.] *La infinita historia de las resistencias*, Guatemala, Sepaz, 2011, pp. 315-325.

de manera menos “urgente” sus vivencias, algo que carecían incluso los testimonios menos ‘politizados’ en los años de la violencia.⁹⁵

Lo primero que queda claro de estas lecturas es la diversidad de orígenes que tuvieron nuestros narradores. Aunque todos miembros del tronco maya, hay una diversidad étnica a la que se suma una dimensión geográfica. Emeterio Toj es k’iche’ de una aldea de Santa Cruz del Quiché, en el occidente del país. Es hijo de comerciantes y nieto de mozos-colonos. Aunque ixil de origen, Pablo Ceto migró hacia Santa Cruz del Quiché para estudiar, donde fue parte de toda la agitación organizativa que se estaba dando. Como Carmen Camey, Santiago Boc Tay es kaqchikel, población históricamente ubicada más al centro del occidente. Oriundo de San Martín Jilotepeque, un reducto ladino envuelto de población kaqchikel, Boc estuvo toda su niñez y adolescencia atado a fincas de café, azúcar y algodón a lo largo de la costa y bocacosta del Pacífico. Por último, Carlos Chen Osorio es maya *achi*’ de la aldea de Río Negro, al norte del país. También estuvo vinculado por un tiempo en fincas de algodón, de café y de azúcar.

Pese a las diferencias lingüísticas-étnicas y geográficas, cada uno estuvo próximo en su niñez y primeros años de juventud —entre la década de los cincuenta y setenta— a fincas agrícolas dedicadas a la producción de las principales mercancías de exportación del país. En cada relato, parte de esta vivencia, se nota un énfasis en la

⁹⁵ Véanse Benjamin Colby y Lore Colby, *The daykeeper. The life and discourse of an ixil diviner*, Nueva York, Harvard University Press, 1981; James Sexton, *Son of Tecún Umán. A maya indian tells his story*, Tucson, Arizona University Press, 1981 y *Campesino. The diary of a Guatemalan indian*, Tucson, University of Arizona Press, 1985; Víctor Montejo, *Testimonio. Muerte de una comunidad indígena en Guatemala*, Guatemala, Editorial Universitaria, 1993.

pobreza que esta dinámica laboral les traía: vieron hacinamiento, enfermedades, abusos, golpes y en ocasiones muerte.

De las narraciones, al menos dos resultan ser parte de una tradición de organización en sus localidades. El padre y el abuelo de Emeterio se activaron en los Comités Agrarios Locales de la Reforma Agraria de Arbenz. Lo mismo que el padre y el abuelo de Santiago Boc, quienes participaron como militantes locales del oficialista Partido Auténtico Revolucionario (PAR). Esa herencia los marcó en sus decisiones políticas y en los caminos que escogieron.

Buena parte de ellos comparten, por otro lado, tener abuelos vinculados a las cofradías y sus estructuras locales de poder. Pero eso se quiebra en los siguientes años con la llegada de organizaciones católicas de base.

En el caso de Chen, comparte con Emeterio su primera organización a través de su Acción Católica local, como parte de ese frenesí organizativo a lo largo del altiplano occidental y norteño en la década de los setenta. Al respecto, relata: “Nosotros, los que nos llamábamos católicos [...] decidimos repartir tareas para poder construirles casas [a la población más empobrecida] y comenzamos a ser un modelo de cooperativismo”.⁹⁴

Esa temprana activación política les permitió la sensibilidad, una vez en las fincas de la agroexportación, para darles la bienvenida a los primeros contactos con trabajadores ya organizados en el CUC, del que Emeterio y Ceto fueron fundadores y que en ese momento estaba en expansión. En este sentido, las fincas fueron un punto de encuentro político para —al menos— los trabajadores rurales indígenas de varios orígenes y con distintos idiomas.

⁹⁴ Carlos Chen Osorio, *Historias de lucha y esperanza*, Guatemala, ADIVIMA, 2009, p. 33.

Cada testimonio pone énfasis en un activismo que comienza desde lo local, de manera previa y autónoma a las organizaciones guerrilleras —con apoyo de los recursos de la Iglesia católica. Ceto afirma que fue un contexto de “creciente inconformidad, organización y lucha [...] que permitió la confluencia de esa resistencia indígena y el proyecto revolucionario”. Estas vivencias dan en el traste con la pasividad que se le ha concedido a la población maya de parte de algunas narrativas —la “teoría de los dos demonios” y cierta victimización en los juicios por violencia política. Esto viene a reforzar otros textos que han surgido en estos años haciendo explícita la fuerte organización que había en las diferentes regiones mayas. Boc Tay es explícito: “No nos usaron, no nos empujaron, era el momento de actuar”, y añade retóricamente: “¿qué futuro podría esperarme si me tocó trabajar desde niño?”.⁹⁵

Un aspecto importante de estas vivencias organizativas es que cada una desemboca en contactos con las guerrillas a fines de los años setenta, signo transparente de un proceso de radicalización: todos los testimonios mencionan al EGP, con la excepción de Boc Tay, que tiene contacto con la Organización Revolucionaria del Pueblo en Armas (ORPA). Las experiencias narradas muestran un periodo de mucha confianza en los cambios políticos que se venían.

Al vincularse a las estructuras de las organizaciones armadas, lo hicieron como cuadros operativos, medios y de organización de base. Ni uno lo hizo como dirigente o comandante. Esto les hizo vivir lo más duro de la represión desde el mismo terreno. Y en cada caso ocurre lo mismo: una crítica a la ORPA y el EGP —según

⁹⁵ Santiago Boc Tay, *Memorias del Tajumulco. Testimonio de la guerra interna en Guatemala*, Guatemala, Imprenta y Litografía Los Altos, 2015, pp. 11 y 12.

sea el caso— por su incapacidad en lograr el objetivo estratégico que se habían propuesto.

Estos testimonios son una ventana a varios escenarios donde se fraguó la derrota militar —es decir, política— de los objetivos políticos de estas organizaciones.

Como se verá, Emeterio narra cómo los patrulleros de las PAC de Quiché les pidieron armas para no vincularse a estas organizaciones paramilitares, sin obtener respuesta. La falta de armas y la cooptación paramilitar de la población resaltan como elementos centrales. Boc dice: “No se pudo atender la necesidad de armar a la gente organizada en aquel momento de la euforia vivida, en los pueblos, aldeas, fincas y en los propios frentes guerrilleros”.⁹⁶ Chen menciona que la “gente comenzó a buscar formas de conseguir rifles, escopetas y armas hechizas”.⁹⁷ “Si nos hubieran dado armas para defender a nuestra comunidad y a nuestras esposas tal vez hubiéramos luchado para cambiar la historia, pero no fue así”.⁹⁸ Según Palencia, “existía una disposición social *in crescendo* para la guerra sin las condiciones objetivas de un enfrentamiento de tal magnitud.”⁹⁹ Las fechas coinciden: a partir de la segunda mitad de 1981 se desmoronó la estrategia revolucionaria.

En el caso de Chen, según su relato, la incapacidad militar se mostró más dramática, ya que las estructuras del EGP en el área se asimilaron más a bandoleros que a políticos profesionales en armas, según su relato. Chen los acusa de robos, asesinatos y coacciones para lograr apoyos al frente armado de la región. “La comunidad de río Negro ya había visto mucha injusticia por lo que

⁹⁶ *Ibid.*, p. 11.

⁹⁷ Chen, *op. cit.*, p. 77.

⁹⁸ *Ibid.*, p. 123.

⁹⁹ Palencia, *op. cit.*, p. 129.

decidió convocar a una asamblea general citando a los dirigentes del EGP”, que terminó ejecutando a sus cuadros regionales.¹⁰⁰ En el caso de la estructura donde estaba Emeterio, la contraofensiva que lanzó el gobierno de Lucas García los obligó a un repliegue hacia el norte del Quiché, en el Ixcán.

En el caso de Boc, también significó la búsqueda de objetivos de menor alcance: “A fines del 81 e inicios del año 82, nuestras bases ubicadas al sur del Volcán dejaron de apoyarnos [...] Disputar el territorio del Volcán Tajumulco fue uno de nuestros objetivos estratégicos a impulsar en los años de 1986 hasta los años 1995”.¹⁰¹

Todos concluyen sus testimonios hablando sobre la marginación política que siguió a 1996 con el desarme y la firma de los Acuerdos de Paz.

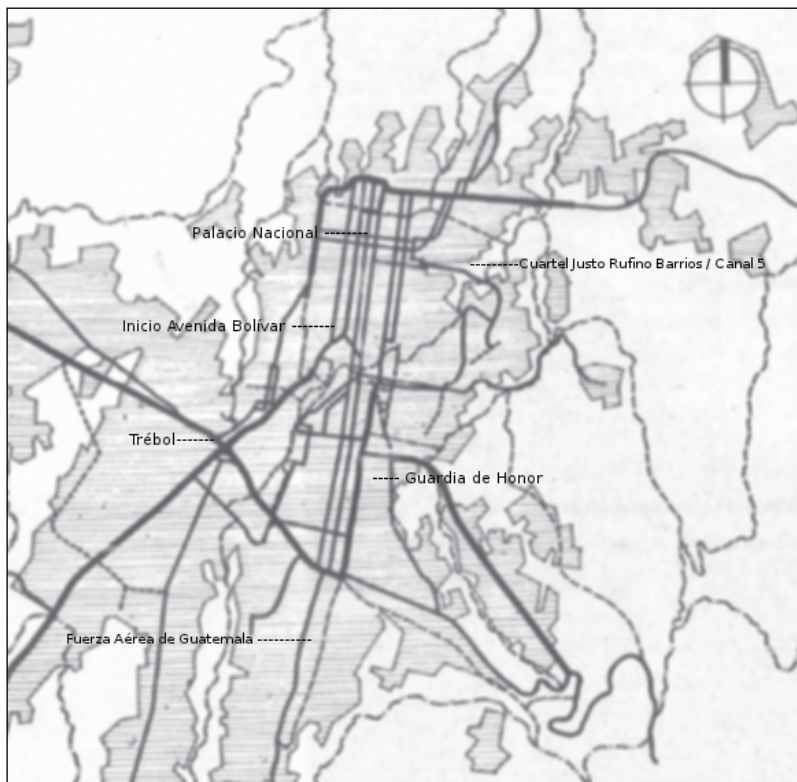
* * *

Para terminar quisiera agradecer a Emeterio por la confianza en permitirme conocer su vida a detalle. También a los miembros de su familia, que nos presionaron para terminar esta tarea. A Mario Vázquez Olivera del CIALC-UNAM por el espontáneo apoyo. Agradezco también la lectura crítica a esta introducción —o fragmentos de ella— de Santiago Bastos, Gabriela Escobar Urrutia, Lorena Flores Moscoso, Gabriela Miranda, Tatiana Paz Lemus, Luis Solano, Andrés Álvarez Castañeda y Arturo Taracena Arriola. El apoyo de Conacyt fue clave para encontrar el tiempo y terminar este trabajo, así como el espacio que me brindó la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad del Valle de Guatemala.

Julio de 2019, ciudad de Guatemala

¹⁰⁰ Chen, *op. cit.*, p. 123.

¹⁰¹ Boc, *op. cit.*, p. 176.





Fuente: Falla (1992: viii),

PARTE I. EL LEVANTAMIENTO

1. SANTA CRUZ DEL QUICHÉ

Nací en un cantón de nombre Xesic, parte del municipio de Santa Cruz del Quiché, en el departamento de Quiché, Guatemala. En mi partida de nacimiento dice que nací el 25 de febrero de 1940, pero en realidad no nací ese día sino el 21. ¿A qué se debe eso? Pues resulta que cuando los padres se tardan en registrar el nacimiento del niño, le roban unos cuantos días de vida.

Nací dentro de una familia campesina, maya-k'iche'. Mis abuelos tuvieron algunos terrenos, pero debido a algunas deudas las perdieron ante finqueros cafetaleros de los alrededores de Santa Cruz. Aunque no exactamente era finquero el señor con el que se endeudaron, en un inicio era un habilitador, quien trabajaba para la familia de los Herrera Ibargüen, y su nombre era Casimiro Gutiérrez Blanco,¹ de origen español. Este señor Gutiérrez tenía la

¹ Véase el estudio introductorio para mayor detalle de la familia Herrera y el papel de Casimiro Gutiérrez. Información anexada por Rodrigo Véliz Estrada, en adelante [RVE].

maña de dar dinero por anticipado a los campesinos, a cambio de la escritura de los terrenos. De esa cuenta, los campesinos, incluidos mis abuelos, quedaban atrapados por esa deuda. Los intereses eran sumamente grandes, y al no pagarla fueron embargadas sus tierras por el señor Casimiro Gutiérrez. Entonces se quedaron en la misma tierra, pero ya no como campesinos, sino como mozos-colonos, donde trabajaban para pagar esos adeudos. Mientras hacían esto, ellos seguían yendo por temporadas a las fincas de la costa sur de la misma familia Herrera.

De las mismas comunidades, por ejemplo de Xesic, salían hacia las fincas los cuadrilleros, como se les llamaba entonces. Salen de su comunidad y se van con las molenderas, es decir, las mujeres que van a moler el nixtamal, para sacar de allí las tortillas. Un trabajo muy duro para las mujeres. Las condiciones de vida en las fincas eran también duras. A todos se les metía a dormir en una gran galera, y estaban allí hacinados. Una vivienda casi inhumana. En cuanto al trabajo, el trabajo normal de la costa, un trabajo cargado. Yo no puedo decir que en esa época nos dábamos cuenta, como ya se hizo en los años setenta, pero era común que los encargados de recibir el producto del trabajo de los jornaleros, de los cuadrilleros —que podría ser la caña, que era tonelada de caña la tarea, en cuanto al algodón era en quintal, al igual que con el café— robaran, efectuaran un hurto, en fin, explotaban. La trampa que hacían era que ponían la balanza de tal modo que le robaban quince o veinte libras a cada una de las tareas que se entregaba. Usted daba su quintal y le dicen que no es un quintal, que sólo tiene 90 libras u 85 libras. Lo mismo con la tonelada de la caña. La trampa entonces se hallaba en la pesa, en el robo de la pesa. Así, además de la explotación en el acto del trabajo, ellos se quedaban con parte de la producción que no pagaban, que robaban.

En mi caso, nunca fui a una finca a trabajar, pero mis padres sí. Por suerte a mí nunca me tocó este tipo de trabajo. Sí un día que otro, pero no fue un trabajo continuo.

Donde yo más pasé mi vida fue produciendo sombreros y trabajando para la iglesia.

¿En qué se ocupaba la gente en la parte del año en que no migraban a las fincas de café y azúcar? Pues en sembrar su maíz y tener su frijolito, que también es un trabajo duro. La siembra requiere trabajo, requiere un buen cuidado.

La mayor parte de la gente en Santa Cruz del Quiché vivía en esos años de la agricultura de subsistencia. En el caso de los abuelos, ellos tenían pedazos pequeños de tierra que complementaban con la crianza de ovejas y de chivos. Ellos tenían ovejas que al quitarle el pelo se podía trabajar. Con un pequeño contenedor y un palo se torcía la lana para convertirla en hilo. Era un producto muy artesanal. Este hilo entonces se volvía un pantalón o se volvía un algodón, como se le llamaba a unos suéteres de lana en los tiempos de mi abuelo. También se usaba la lana para hacer sacos y chamarras. Entonces los abuelos se apoyaban en estos animalitos para sostenerse. Para todo servía la lana.

Pero además de la siembra y el pequeño ganado, había que cultivar las costumbres. Mi abuelo, Emeterio (yo soy *caxel* de él, el primer nieto lleva el nombre del abuelo), mantenía sus costumbres mayas. Iba al altar maya en un cerro y era muy profundo en estas cosas. Pero también tenía otros compromisos que hasta después yo me expliqué, porque en esa época no tenía idea.

Ellos hacían una actividad muy interesante. Se realizaba una fiesta en la casa de los abuelos y se iba a hacer una visita. En Santa Rosa Chujuyuy hay una imagen que se venera que es la virgen de Candelaria. Él y otras personas se juntaban para hacer lo que en

ese tiempo se llamaba la devoción. Ésta constaba en hacer una larga peregrinación, desde Santa Cruz del Quiché, o del lugar donde estaban ubicadas las personas hasta Santa Rosa Chujuyuy. En el trayecto se hace una parada en un lugar que se llama La Cruz. Allí bajan todos, llevan y tocan la marimba, y nosotros en aquel entonces como niños bastante felices, después de almorzar, lanzamos cohettillos y bombas, y luego se continúa hasta llegar a Santa Rosa. Años después, me enteré que esta devoción se debía a un compromiso con los huesos de los antepasados.

La devoción termina con una caminata hasta Esquipulas,² en la basílica de ese lugar. Lo que yo no logro entender es esta vinculación, ¿qué tenía que ver Esquipulas, en el oriente ladino del país, con mis abuelos? ¿Qué tiene que ver? No tengo idea. Lo cierto es que culmina ese compromiso con esta larga caminata dirección oriente. A mí me tocó acompañar a mi abuelo, a la edad de nueve o diez años, a terminar con la devoción. Pero la característica es que se hacía a pie. Varias semanas en caravana, un mes de ida y uno de vuelta. El mandato era no llevar pisto,³ sólo llevar el abastecimiento necesario para una semana de caminata y el resto se lo iba uno ganando en el camino, con la solidaridad de la gente.

Al pasar por el municipio de Chiché, porque el camino es distinto al de la carretera de ahora, se seguía a La Garrucha, San

² Se refiere al departamento de Chiquimula, en el nororiente del país. El recorrido que relata Toj Medrano es sumamente extenso, sobre todo si se realiza como caminata. Ya que es prácticamente imposible conocer a cabalidad el exacto recorrido que hacían en estas peregrinaciones, la distancia que separa a Santa Cruz del Quiché de Esquipulas, en términos generales, tomando como referencia la capital del país, ubicada en su medio, es de aproximadamente 400 kilómetros. Una distancia incuestionablemente gigantesca, no importando sus posibles variaciones. [RVE].

³ Dinero. [RVE].

José Poaquil en Chimaltenango, pasando por la capital. Por los terrenos de Chiché se recoge una yerba que se llama manzanilla y se lleva en el cacaxte, que es una especie de cajón muy liviano donde se echan todas las cosas y es muy fácil de cargar. Yo tenía mi cacaxte pequeño, y el abuelo el suyo. Entonces arrancábamos esta yerba medicinal, se hacían manojitos y se le iba dejando a la gente como cambio simbólico por las tortillitas que nos daban.

Se viajaba antes del Año Nuevo y se estaba en Esquipulas el 13 o el 14 de enero.⁴

Pasábamos allí un par de días y nos íbamos de vuelta. El regreso es más difícil, aunque era una cosa maravillosa a esa edad pasar por tantísimos pueblos. Claro, ya para la tarde no se aguantaban los calambres en los pies, que eran dolorosos.

Para entonces, no entendía muchas cosas, aunque últimamente me las explico de la siguiente manera: resulta que ellos hacían este peregrinaje para reforzar el primer asentamiento de la llegada del pueblo k'iche', desde su peregrinación de Tulán, hasta este lugar.

Pero eso lo ve uno hasta después. Cabalmente en tiempos del terremoto vimos a la gente que hacía lo mismo y le preguntamos qué era lo que hacía. Nos dijeron que iban al lugar, prendían sus candelas, y las otras cosas que realizaba mi abuelo antes; bajar la marimba, almorzar, quemar cohетillos, era celebrar. Y hasta Santa Rosa Chujuyuy porque era una de las primeras paradas que hizo el pueblo k'iche'. Es cerca del lugar que ahora conocemos como Gumarcaaj, el más grande asentamiento del pueblo k'iche'. A tres

⁴ En Esquipulas se encuentra el Cristo Negro, tallado en 1597 y con una larga devoción a lo largo del sur de México y América Central desde tiempos prehispánicos. La basílica fue erigida sobre un sitio maya dedicado a los cuatro puntos cardinales o itzamná. [RVE].

kilómetros de Santa Cruz del Quiché se encuentra este primer asentamiento.

Imagine cómo los abuelos tenían eso presente y lo cubrían de otra manera. Lo encubrían, mejor dicho, de otra manera, para ir a ver a la virgen de no sé qué. En fin, para recordar el pasado. Era una creencia católica pero dentro de todo había algo maya. Esto era generalizado, pero cambió en los años sesenta. Cito esto porque me genera una gran duda saber qué representó el lugar de la Basílica de Esquipulas para los pueblos originarios de Mesoamérica. ¿Por qué? Y por qué el abuelo, con tradiciones tan locales y largas.

En esas circunstancias, se conocen mis padres. Ella era de otro cantón que el de mi papá, de Pamesabal. Hay una costumbre en Santa Cruz cuando va a haber un matrimonio. El esposo tiene que hacer un servicio de un año en la casa de los padres de la esposa. Un servicio por un año completo. De lo que se trata en este, se podría decir, ritual, es de ganar la confianza de los suegros y de “ganar a la mujer”. Pasado un año, la nueva pareja se va normalmente a donde están los papás del esposo. Y eso mismo ocurrió con mis papás. Recuerdo muy bien que a pesar de que una parte de la tierra en la que vivíamos no era de mis abuelos, mis tíos y mis padres vivían en estos pedacitos de tierra. Recuerdo que era una familia muy unida, a pesar de lo que vivía.

Mientras tanto sucedían en una escala nacional los últimos momentos de la dictadura de Jorge Ubico. Se arrecia la dictadura e igualmente hay un despertar de la gente. Naturalmente, mis abuelos y padres ven con ojos de esperanza el movimiento revolucionario de 1944, aunque ellos no hayan participado para nada. Directamente, para nada.

Sin embargo, este acontecimiento cambió la vida de mis padres y tíos, no así la de mis abuelos. Por entonces mi papá, en vez de

seguir yendo a la finca, se convirtió en un pequeño comerciante, ya que hubo un auge económico con la revolución. Entonces se dio toda una apertura, desde política hasta la que vivió mi papá como comerciante que viajaba hasta la capital vendiendo naranjas y frutas en general. La fruta no era de Santa Cruz, llegaba de Chichicastenango hacia un mesón, y ya en la ciudad mi padre la vendía en un lugar que quedaba en la 19 Calle, muy famoso, le decían el Botellón, y otros pequeños puestos en el centro de la ciudad capital como el Mercado Central y otras plazas.

Entonces él decidió otra vida; esto a nosotros nos permitió, o nos obligó, tener contacto con la ciudad. Yo recuerdo que mi papá llevó a mi mamá a la ciudad, más o menos en el '46-'47, justo cuando se dio la construcción de la Ciudad Olímpica.⁵ Esto atrajo a un montón de gente del occidente del país, incluida obviamente gente del Quiché, para trabajar como albañiles. Entonces mi madre acudió a preparar y venderles alimentos y comida, y al mismo tiempo para ayudar y estar con mi papá en su puesto de ventas.

Ese nuevo contacto con la ciudad nos abrió la visión del país. A partir de 1944 hay nuevos movimientos, hay nuevas maneras de ver la vida, y en estas circunstancias se dio mi desarrollo como niño. Yo era el mayor de cinco hermanos, y a la edad de nueve años mi papá me mandó a la escuela. En esa época era casi un pecado no mandar a los hijos primogénitos a la escuela, por lo me que tocó ir, aunque estuve solamente un año en ella. Desde 1949 hasta 1950 creo yo que tuve mi primer año escolar. Terminado el año, habiendo aprendido a leer un poquito y entendiendo un poco

⁵ La Ciudad Olímpica fue construida durante la presidencia de Juan José Arévalo, fue finalizada para la inauguración de los VI Juegos Centroamericanos y del Caribe en 1950. *Prensa Libre*, 21 de julio, 2010. [RVE].

de sumas y restas, mi papá me dijo: “Bueno, ya estuvo con eso, vos. Vení a ayudarme con las ventas”. Entonces empezamos a pasar más tiempo en la ciudad.

Recuerdo que paralelamente a la venta de frutas mi padre empezó a vender comida: granos, almuerzos, verduras, y otras cosas. Pero cabalmente en ese lugar se daba la necesidad de sumar y restar. Por cierto que mi papá sumaba y restaba mucho más rápido que yo, él lo hacía mentalmente mientras que yo tenía que usar lápiz y papel, sin embargo pronto desarrollé esa habilidad de hacerlo también de modo mental.

Un vicio que tuve desde pequeño fue la lectura. Desde entonces ha sido de mis gustos más fuertes. En esa época, recuerdo que había unos chistes e historietas que vendían en puestos que me acostumbré a leer. Obviamente después ya uno lee otras cuestiones, pero de niño eso era lo que leía.

Mis hermanas no lograron estar en la escuela, solamente una, allá por 1953. En esos años súbitamente murió mi papá. Él era aún joven, pero por una enfermedad dejó todas sus ventas y actividades en la capital para ir a su pueblo, donde murió. Casi todo lo que tuvo se fue en la recuperación, no quedó casi nada. Él pescó una tuberculosis de la cual no pudo recuperarse. Eso ocurrió en 1955.

Aunque también, volviendo un poco más atrás en el tiempo, allá por los inicios de esa década, ya se tiene en la población una relación directa con los frutos de la Revolución de 1944. Por ese entonces, mi abuelo y mi papá formaron parte de los comités agrarios que surgieron a partir de la Reforma Agraria.⁶ Seguramente,

⁶ La estructura y funcionamiento de los comités agrarios está detallado de manera bastante satisfactoria en Jim Handy, *Revolution in the Countryside. Rural Conflict and Agrarian Reform in Guatemala, 1944-1954*, Chapel Hill, North Carolina Press, 1994. [RVE].

aunque no puedo afirmarlo con toda veracidad, algunas de las tierras ociosas que se veían en Santa Cruz fueron entregadas a campesinos sin tierra por medio de estos comités agrarios en los que participaban mi padre y abuelo.⁷

Con la caída de Árbenz se sintió mucho dolor en la población que fue beneficiada. Y yo quiero pensar que de alguna manera eso contribuyó a la muerte de mi finado padre, porque tengo vagos recuerdos de él hablando con tristeza sobre el tema.

⁷ Véase Estudio introductorio. [RVE].

2. ACCIÓN CATÓLICA

Mientras tanto, en los años cincuenta, se dio el auge en toda Santa Cruz del Quiché de lo que se conoció como Acción Católica. Desde un inicio la gente se vio atraída por este movimiento, desde niños hasta jóvenes y adultos. Era grande la feligresía, una cosa inmensa. Acción Católica crecía, crecía, y crecía. Estas organizaciones tuvieron una fuerte influencia en mí y en mis tíos, no así en mis padres y abuelos. Sin embargo, yo sí soy copado, podríamos decir, por la llegada de Acción Católica al municipio. Siempre me gustó la música, y de esa cuenta ingresé al coro de la iglesia en mi comunidad.

Los cánticos eran una cosa muy hermosa a mi edad, a mí me gustaban mucho, entonces estaba apasionado y entregado por completo a la música y a los cantos que se promovían a través de Acción Católica. Y, claro, también el pensamiento que se inculcaba. Para entonces todos en la familia nos dábamos cuenta que había que abrazar la nueva doctrina, a excepción del abuelo, ya que él nunca aceptó ser parte de Acción Católica.

El movimiento pues era muy fuerte. Se organizaba a partir de lo que se llamaban centros. En Santa Cruz, en ese entonces, había cinco cantones. Con la llegada de Acción Católica y la efervescencia que tuvo en la población, se ubicaron al menos dos centros de este movimiento en cada cantón. Hay que tomar en cuenta, brevemente, que se le llamaba cantón a cada aldea o comunidad. Por ejemplo, Xatinap. Este cantón llegó a tener hasta cinco centros. Ya para entrar al municipio de Santa Cruz del Quiché, se ubica el Quinto Centro de Xatinap. Y así otros cantones tuvieron sus cuatro o cinco centros. Y todos estos centros eran parte de la estructura de Acción Católica. Se podrá imaginar la cantidad de gente organizada en torno a la Iglesia.

Esta organización católica sirvió de plataforma para el anticomunismo. Para entonces nosotros éramos sólo unos patojos,¹ teníamos once o doce años, no mucho, no sabíamos todavía de política. Recuerdo entonces las pláticas de los adultos sobre el anticomunismo, que Rusia, Stalin y los rojos, etc. Ya para el '53, tal vez el '54, hubo una gran peregrinación a Esquipulas liderada por el arzobispo Mariano Rossell Arellano, que me arrastró a mí y a otros amigos. Era una gran cruzada contra el comunismo.

Se podría decir que en las comunidades Acción Católica fue la base que apoyó el derrocamiento de Árbenz. Sabemos ahora muy bien que esto no lo hizo sólo el llamado Movimiento de Liberación, sino que hubo un fuerte apoyo de la CIA y Estados Unidos,²

¹ Niños. [RVE].

² Los textos que mejor pormenorizan la intervención son los de Susanne Jonas y David Tobis, *Guatemala: una historia inmediata*, México, Siglo XXI Editores, 1976; Gordon Bowen, "U.S. Foreign Policy toward Radical Change: Covert Operations in Guatemala, 1950-1954", en *Latin America Perspectives*, vol. 10, núm. 1, 1983; Stephen Schlesinger y Stephen Kinzer, *Fruta amarga*, México,

ellos metieron las manos en la caída de la Revolución. Pero eso lo supimos después. En esa época no teníamos idea de qué era la United Fruit Company. No teníamos idea, para ser honesto, de lo que estaba aconteciendo con la carretera del Atlántico ni con la construcción de la hidroeléctrica de Jurún Marinalá.³ De todo eso, no se hablaba donde yo estaba creciendo. No se sabía nada.

Acción Católica logró tener hasta 25 mil miembros sólo en Santa Cruz del Quiché. ¡Imagínese! No digamos cuántos miembros ingresaron en el resto del departamento o en otros municipios. Era enorme. Estaba constituida, como dije, en su mayoría por casi toda la población de distintas edades. Eran rarísimos los que no se unían como el abuelo que era como una isla, solitario. Ellos se aferraban a la tradición.⁴ En ese entonces se le llamaba costumbre, hoy se le conoce como tradición maya. Y el abuelo y otros estaban sumamente aferrados a su costumbre, a tener sus velas, quemar incienso, ir a rezar a los cerros, dar gracias a los cielos, en fin, su tradición. Fue hasta pasados muchísimos años, ya a fines

Siglo XXI Editores, 1987; Piero Gleijeses, *Shattered hope: The Guatemalan revolution and the United States, 1944-1954*, Nueva Jersey, Princeton University Press, 1992; Nicholas Cullather, *Operation PBSUCCESS: The United States in Guatemala, 1952-1954*. La traducción al castellano Cullather, Nick. *Guatemala, Operación PB Success: Las Acciones Encubiertas de la CIA en Apoyo al Golpe de Estado de 1954*, 2ª ed., Guatemala, Tipografía Nacional, 2009 y Roberto García Ferreira, *La CIA y el caso Árbenz*, Guatemala, CEUR, 2009. [RVE].

³ Junto con la Reforma Agraria, los pilares del plan de gobierno de Jacobo Árbenz. [RVE].

⁴ Al hablar de tradición, Toj Medrano se refiere a la organización comunitaria a través de cofradías. La antropología norteamericana las llamó *comunidades corporativas cerradas* (Eric Wolf, “Closed corporate peasant communities in Mesoamerica and Central Java”, en *Southwestern Journal of Anthropology*, vol. 15, núm. 1, 1957) y se presentaban como un sistema donde una estructura política interactuaba con una religiosa. [RVE].

de su vida, que al fin se casó con Acción Católica. Pero, en general, no simpatizó abiertamente con el movimiento.

Es importante resaltar la relación con los ladinos ricos. Esta relación con los grupos que tenían más poder era puramente laboral. Ni con los ladinos pobres había relación, salvo los ladinos pobres que vivían en Santa Rosa Chujuyuy, según me contó mi abuelo al llegar a hacer su devoción. La cuestión en esa época era de una muy marcada segregación. El pueblo indígena era... su pueblo y nadie más. La necesidad de “bajar a la cabecera” era para comprar algún tipo de artículos y nada más.

Poco a poco las cosas cambiaron. Mi papá mismo compró casa en Santa Cruz del Quiché, con los beneficios que tuvo como comerciante de frutas.

El racismo que se vivía era muy marcado casi todos los días. En ese entonces no se le decía así. Simplemente el trato discriminatorio o racista se daba con insultos. “Vos indio”, decían. Un trato despectivo era muy común. La respuesta de los indígenas era: “Indio, pero puro”. Era un choque muy fuerte.

Sin embargo, eso poco a poco se fue superando cuando más gente comenzó a ir a la escuela. Incluso yo mismo sufrí varios vejámenes cuando acudí a la escuela, que era del Estado y mixta. Allí iban todos. La maestra que yo tuve en primer grado era muy respetuosa, la recuerdo muy bien por eso, pero había muchos compañeros o chavos que, digamos, tenían muy marcada su postura racista. Me escondían mi sombrero y mi morralito, y lo hacían sólo conmigo. Eso lo vivimos muy fuertemente. Fue lo que más me marcó a mí de niño, aunque lo más duro que viví fue cuando trabajé en la radio, años después. Inicialmente en la radio Santa Cruz (luego Radio Quiché), mis compañeros de trabajo me trataban así. Sobre todo cuando yo como locutor hablaba en mi idioma

era objeto de burla y de risas. Los propios compañeros me decían palabras o actuaban de alguna manera discriminatoria.

Estoy hablando ya de fines de los años sesenta. Es hasta hace poco que se comenzó a tratar el tema, y ya ahora se ve mal si alguien discrimina, lo que ya es un avance. En ese entonces la única forma de evitarlo era involucrarnos en cuestiones políticas. Un proceso importante que vino a fortalecer nuestra identidad fue, precisamente, Acción Católica. Fue un lugar donde nosotros los indígenas, los mayas, nos vimos de cerca, nos encontramos. Por eso Acción Católica influyó tanto en la vida política y social de Santa Cruz. Ese espacio sirvió para fortalecer nuestra identidad. A tal grado que, por poner un ejemplo, sería a finales de los años cincuenta o comienzos de los sesenta, que se realizaba una procesión en Semana Santa, una para cada uno de los grupos. Estaba la procesión de los ladinos y la procesión de los indígenas. Se hacían juntas ambas procesiones. Antes, cuando Acción Católica todavía era pequeña sólo había una. Después, cuando Acción Católica se volvió fuerte, se dividió entre la procesión de los ladinos y la de los indígenas. Claro, la procesión de los indígenas era inmensa. Eran miles de miles.

Como manifestación de la segregación se daba esto. En las cooperativas se podía contar con los dedos a las personas ladinas que se volvieron socios. El resto era mayoritariamente indígena. No es que de nuestra parte hubiéramos discriminado, la inscripción era abierta a todo mundo. Pero eran poquísimos los ladinos que se acercaban. Como les dije, la única forma en que se relacionaban era a través del trabajo, ya sea con las fincas o con el trabajo doméstico. Así son las cosas, así se trata. Lo percibíamos como natural. En ese entonces no teníamos la conciencia que hoy tenemos, digamos la conciencia étnica. Simplemente lo veíamos como algo

dado. Claro, vivir eso nos dolía. Pero en ese momento no se podía pensar más allá de eso. Lo que se pensaba era que así eran ellos, así eran las cosas. Le repito, nosotros nos organizamos en Acción Católica, con la Democracia Cristiana, en cooperativas para demostrar que éramos bastantes y que éramos fuertes.

Yo pienso que la razón por la que hasta mi generación se dieron estos cambios, después de decenas de generaciones atrás en las que no se había dado un cambio tan marcado, es porque en Guatemala se dio lo de la Revolución del 1944 que, mal que bien, abrió espacios muy grandes. Ese es un factor muy importante que hay que tomar en cuenta. El otro factor, creo yo, aunque sería necesario investigar más en profundidad, es el surgimiento de Acción Católica y tal vez el marcado anticomunismo con que empezó.

3. PRIMER ENCUENTRO CON EL EJÉRCITO

Yo tendría unos diecisiete años cuando pasé de ser un niño cantor más a un tercer cantor, como le llamaban. Era ya una persona que cantaba, que tocaba el órgano y el piano; el armonio, le decíamos. Con esto ya comencé a acompañar a los sacerdotes para dar misa a los otros cantones. Ser este tipo de cantor le daba a uno responsabilidades muy grandes, se empleaba mucho tiempo acompañando al sacerdote, ensayando, yendo a reuniones, y otras cosas.

Lo que sí no pude seguir fue el estudio formal en la escuela. Sí seguí leyendo por mi cuenta, estudiando unos libritos, pero fue hasta pasados los años que pude terminar mi carrera.

Para fines de los cincuenta, entre todo esto, me agarró el ejército.¹ Así de la nada, me agarraron. Como fieles católicos que éramos, hacíamos lo que se le llama La Novena, la cual no es más que

¹ Sobre el reclutamiento forzoso por parte del ejército puede consultarse Santiago Bastos, *Etnicidad y fuerzas armadas en Guatemala. Algunas ideas para*

el rezo del rosario en horas de la noche, de siete a diez y media, en la iglesia. Para ser sinceros, en esa época no era tanto, o no era sólo, por la cuestión del rezo que íbamos, también llegaban patojas a rezar y entonces uno llegaba con más entusiasmo. Entonces en una de esas noches, el 31 de diciembre de 1959, me agarró el comisionado militar mientras iba llegando al lugar donde realizábamos el rezo. Me paró de la nada y me preguntó:

—¿Tenés hoja de servicio?

—No —le contesto yo.

—Ah, bueno, entonces te venís conmigo.

De donde estábamos quedaba como a una cuadra el cuartel, y me dejó detenido allí. Eran como las ocho de la noche, no era muy tarde. Uno acostumbrado, como joven, a su fiesta de Año Nuevo y todo lo que se daba, me puse triste. Ya para las doce de la noche, comenzaron a quemarse todos los cohetillos. Oyendo todo eso, no me quedó más que ponerme a llorar ahí en el cuartel.

Al día siguiente llegó mi mamá al cuartel. Estaba yo solo y como ya era hijo mayor, y sin mi papá, era el hombre más grande de la casa, me preguntó si quería hacer el servicio y, si no, que ella veía qué hacía y me sacaba. Eso del servicio era una fregadera,² porque así hacían con todos los jóvenes, era una agarredera. En ese día en la mañana llegaron otros amigos, eran como dos o tres, también para el servicio militar. Entonces ya estábamos allí varios cuates. Y nos preguntamos:

—¿Qué hacemos, muchá³? ¿Lo hacemos o no lo hacemos?

el debate, Guatemala, Flacso, 2004 y el informe de la CEH (1998, especialmente el capítulo II, volumen III). [RVE].

² Molestia. [RVE].

³ Es una contracción de muchachos. [RVE].

—Hagamos esa babosada,⁴ si no nos van a estar fregando siempre.

Entonces hablé con mi mamá y le dije:

—Pues sí mamá, voy a tratar de hacer el servicio, porque si no siempre va a estar atrás de uno este comisionado militar.

Entonces me metí a hacer el servicio militar. La única motivación, al menos para mí, para meterme al ejército, era por mis amigos, ya que estaban en la misma situación. Pero a la hora de ponerse el uniforme, cada quien agarró diferente lugar. Unos se quedaron en Santa Cruz, otros se fueron a Huehue y a otros cuarteles del país. A mí una parte me tocó en Santa Cruz del Quiché y la otra parta la hice en Guate, en la ciudad.

Para entonces no se hacía mucho en el servicio. Entonces hice un año de servicio y ya, no más que eso. Lo normal en un ejército cuando no hay Estado de guerra son las instrucciones, como le llaman. La instrucción militar, saber las disciplinas militares, prepararse para un combate. Así es su vida. Salíamos a hacer, no exactamente patrullajes, sino tipos de ensayos. Se hacían simulacros, se hacían recorridos de noche. Cómo serían los encuentros, qué hacer si te perdés, en fin, un simulacro. Le repito que a mí me tocó hacerlo cuando no había mayor cosa. Lo único que hubo caliente momentos después fue el caso de los camaroneros. Unos barcos mexicanos que estaban pescando en aguas guatemaltecas. Eso trastornó un poco la cuestión del Estado guatemalteco con México.⁵

⁴ Tontería. [RVE].

⁵ El episodio al que se refiere Toj está narrado con cierto detalle en Roland H. Ebel. *Missunderstood caudillo: Miguel Ydigoras Fuentes and the Failure of Democracy in Guatemala*. Se trata de un conflicto marítimo entre empresarios

Dentro del ejército había un trato muy duro entre las jerarquías. Recuerdo a un sargento mayor, pero qué amargo era, realmente amargo, creo que era la disciplina del ejército la que los ponía así. Eran duros. En cambio, el trato entre soldados era más o menos de amigos. Unos eran de Huehuetenango, otros de Sololá, de Quiché, la mayor parte de los soldados rasos eran mayas. El soldado raso siempre ha sido maya. Pues entre soldados era una cosa de amigos. Pero entre jerarquías era otra cosa... olvídense, muy rígida. Salvo por un par de oficiales jóvenes que tenían, además de su destreza y agilidad militar, otro trato, digamos, no discriminatorio hacia los soldados. Jugábamos fútbol, realizábamos cosas juntos. Pero con los militares de alto grado y más adultos, nada, ahí sí que nada.

Cuando estaba en la ciudad casi ni la vi. Nunca nos tocó patricularla porque no había amenazas como para sacarnos. Los soldados estaban metidos en los cuarteles, sin salir. Hasta parecería ser una vida parasitaria, sentados allí sin hacer nada. Sólo hacíamos los servicios de mantenimiento del cuartel, hacer guardia y centinela. A mí me tocó estar en el Mariscal Zavala, en las afueras de la ciudad. Un tiempo me tocó estar destacado en un lugar que le llamaban El Polvorín, arriba del Mariscal Zavala. Ahí llegaban camiones y carros particulares para traer dinamita y realizar trabajo de carretera.

Regresé a mi pueblo ya como un adulto que tenía que mantenerse. Además de ser cantor, había aprendido a hacer sombreros, como los que uso ahora, entonces decidí dedicarme a eso. Era difícil ya que esta es una artesanía que, además de tardada, es muy

de la pesca de Chiapas y pescadores del suroeste de Guatemala. El conflicto estalló el 1º de enero de 1959 en el caserío de Tilapa. [RVE].

poco rentable. Entonces me ofrecieron un trabajo, estuve trabajando un tiempcito, tal vez un año y medio, en un programa de malaria. Era más que todo en Santa Cruz, pero también se viajaba un poco. Vine a conocer San Antonio Tzejá cerca del Ixcán. Fue un tiempo muy corto del cual guardo pocos recuerdos. Ya después de eso me volví a dedicar a la cuestión de la sombrerería, pero siempre vinculado a Acción Católica.

Esto quiere decir que todo lo que mi papá hizo como comerciante quedó completamente a un lado de nuestras vidas, la mía y la de mis hermanos. Solamente un hermano, que por cierto ya murió, fue el que agarró por un tiempo el negocio, pero ya no en los puestos que mi papá tenía. Él se quedó en la capital, también vendiendo frutas, pero en unas carretas. Hoy todavía andan por allí esas carretas en la capital. Él fue entonces el único que agarró o siguió esta forma de ganarse la vida, nadie más que él. Yo preferí la artesanía de sombreros y la organización dentro de Acción Católica.

4. LA ENTRADA DE LA DEMOCRACIA CRISTIANA

Acción Católica fue un factor que permitió un despertar. Luego vino el terremoto del Concilio Vaticano II,¹ porque hasta ese entonces éramos simplemente católicos y anticomunistas, nos enfocábamos en las procesiones. Veníamos de una posición que apartaba todo lo que fuera del mundo, todo lo que fuera mundano, lo que fuera pagano, como se decía, del otro lado más puro, el cielo. Todo estaba muy bien delimitado. Pero ahora se planteó un nuevo enfoque que buscaba una transformación lenta en nuestras mentalidades. Luego de este acontecimiento mundial, las cosas empezaron a cambiar poco a poco. El hecho de meternos a estudiar y a apostar por la educación nos permitió contribuir a un despertar. De ahí

¹ En la II Conferencia General del Episcopado Latinoamericano en Colombia (1968), surgieron los hitos en el catolicismo latinoamericano, y en ellos se delineó la *opción por los pobres*. Leonardo Boff, *Teología de la Liberación*, 4ª ed., San José, DEI, 1987. [RVE].

que se comenzaron a formar pequeños grupos de reflexión para entender los cambios que se daban en la Iglesia católica.

La Iglesia, siempre a través de Acción Católica, comenzó a promover las cooperativas. Este cambio que se había dado desde la Iglesia les gustó a muchos, sobre todo a la juventud y también a la gente pobre. Ellos veían en estos cambios una mejor manera de entender su realidad.

Se dieron cambios en la forma de entender la Biblia y todas las nuevas actividades que comenzamos a realizar fueron mal vistas, tanto por parte de la gente ladina como por la gente indígena, donde había personas que tenían un fuerte poder económico que todavía respaldaban al anticomunismo. Pese a eso, se veía con respeto porque era la iglesia la que lo decía. Y el que no creía y la cuestionaba, se iba al infierno. Por estas cosas era que la gente no decía nada públicamente. Pero ya había una división.

Para ese entonces yo pertenecía al primer centro de Acción Católica, yo era secretario de su Junta Directiva, cuya sede estaba en Santa Cruz del Quiché, en lo que hoy es la Zona 2 de Santa Cruz del Quiché, donde está la Parroquia del Sagrado Corazón. Así se llama ahora. Cuando comenzaron las cooperativas, en ese lugar surgió la numeración de los socios. De esa cuenta que yo soy el socio número dos de la primera cooperativa que se crea. El nombre de esta cooperativa era Cooperativa de Ahorro y Crédito de Santa Cruz.

¿A raíz de qué nace la cooperativa de ahorro y crédito? Por ese entonces estaban muy arraigados los llamados usureros, que prestaban dinero y ponían intereses muy altos. Algo muy parecido, en ciertos aspectos, a la cuestión que hacía el español Casimiro Gutiérrez. El mecanismo clásico: te doy mi dinero, pero me dejás tu terreno hipotecado. Mucha gente perdía sus terrenos por

la incapacidad de pagar los intereses de los créditos. Entonces la Iglesia, a través de un sacerdote llamado Luis Gurriarán, que aún vive, y que aún está haciendo batalla, le encargó el control de las cooperativas. El objetivo era rescatar a las personas de la ferocidad de estos prestamistas avaros. Cuando surgió la cooperativa tuvo, naturalmente, un pegue² muy fuerte. Si no mal recuerdo el apoyo que recibió de parte de la gente fue tal, que llegó a tener hasta 14 000 socios. Luego se formaron otras cooperativas, que también juntaron a bastante gente. Tras la aparición de la cooperativa de ahorro y crédito se fundó la cooperativa de consumo, que a través de la venta de productos se trataba que la gente comprara en un solo lugar, por medio de la cooperativa. Después, con los años, se creó la cooperativa industrial.

Se puede ver entonces lo fuerte que fue el movimiento de las cooperativas. Creo que Santa Cruz del Quiché dio el ejemplo, entonces los demás municipios también crearon sus cooperativas. Todas con apoyo de la Iglesia.

Al mismo tiempo del surgimiento de las cooperativas se dio la llegada de un partido político que canalizó estos esfuerzos y las iniciativas políticas de entonces. Era la Democracia Cristiana. Yo me uní a este partido y cuando regresé de mi estancia en el ejército, obviamente se profundizó aún más mi participación dentro de la DC.

¿De qué manera ingresé a las filas de la Democracia Cristiana? La DC era un partido que recogía en aquel entonces las aspiraciones, las inquietudes y las esperanzas de la mayoría de la gente. Pero por otro lado, hay que recordar que en este tiempo, a fines de los cincuenta, Acción Católica tenía un desarrollo creciente, fuer-

² Arrastre. [RVE].

te, que fue paralelo a la presencia de la Democracia Cristiana. Este apellido le daba una tendencia. Con esto, muchos adultos y muchos jóvenes en ese entonces también nos inclinamos por la Democracia Cristiana. Lo cristiano iba con nuestro modo de actuar y pensar en aquellos tiempos. Pero además era el discurso a favor de los pobres.

Casi no se podía separar la actividad de Acción Católica con la de la DC, era muy difícil determinar las fronteras entre ambas. Trabajar con la Democracia Cristiana era trabajar con las cooperativas y Acción Católica, y viceversa. Yo, como cientos de jóvenes y adultos del Quiché, y principalmente de Santa Cruz, nos comprometimos de lleno con el proyecto de la Democracia Cristiana, con un objetivo principal: mantener el poder local por medio de las varias alcaldías municipales donde teníamos actividad en todo el departamento.

Una persona muy allegada a la Democracia Cristiana en Santa Cruz del Quiché era Hamilton Noriega.⁵ Él era un contador ladino muy cercano a la Iglesia y a la gente indígena. Fue uno de los más fuertes promotores de Democracia Cristiana.

Había mucha actividad también en el ámbito campesino. De hecho, de allí surgen las Ligas Campesinas,⁴ aunque yo nunca fui miembro activo de ellas. Las Ligas fueron la expresión en el cam-

⁵ Se refiere a Julio Hamilton Noriega Natareno, ladino santacruceño promotor de la DC en el municipio. Noriega fue candidato a diputado por Quiché para las elecciones de 1970, pero por un fraude del Registro Electoral le fue negado su curul. Para las elecciones de 1974 se lanzó nuevamente y fue elegido finalmente diputado por el Quiché para el periodo 1974-1978. Fue asesinado tras dejar su puesto en el Congreso. [RVE].

⁴ Las Ligas Campesinas, organizadas a través de la Federación Campesina de Guatemala (FCG), fue el único intento que realizó la Democracia Cristiana de Guatemala para incursionar en el agro occidental. Véase Rachel May,

po de la DC. Únicamente puedo hablar de Quiché, no puedo dar fe de lo que ocurría en otros lugares. Lo ignoro. Pero en Santa Cruz sí eran un bastión fuerte.

Había otra organización muy importante que era la Fecetrag.⁵ Y esta organización era la matriz de las Ligas Campesinas, y en Quiché del movimiento sindical. No recuerdo si en ese tiempo ya existía la CNT o no.⁶ Lo cierto es que la Fecetrag, que tenía su sede en la capital, tuvo una presencia fuerte en el departamento. René de León Schlotter era el dirigente de la Democracia Cristiana, muy activo en esta época, quien se encargaba de organizar y coordinar todo lo que ocurría en la DC.⁷

Yo era el delegado de la juventud cristiana del Quiché, por lo que veníamos a encuentros en la capital. Se venía tanto para conocer la situación del país, como para formarnos como militantes del partido. Por supuesto que nuestra participación aumentaba en los momentos electorales. La primera elección en la que participé fue en la de 1958, donde fui, por primera vez en mi vida, delegado de mesa; a mí me tocó estar en el municipio de Zacualpa. En ese entonces nos dieron una barrida a nivel nacional.⁸ Sin embargo,

Terror in the countryside. Campesino responses to political violence in Guatemala, 1954-1985, Ohio, Ohio University, 2001. [RVE].

⁵ La Federación Central de Trabajadores de Guatemala (Fecetrag) fue fundada en un congreso especial el 28 de noviembre de 1964. [RVE].

⁶ La Central Nacional de Trabajadores (CNT) fue creada en 1968 de la unión de la FCG, la Fecetrag y la Federación Nacional de Obreros del Transporte (Fenot). [RVE].

⁷ René Armando de León Schlotter, nacido en 1926 en el departamento de San Marcos de un abogado mestizo y una alsaciana. [RVE].

⁸ En esa ocasión la DC participó en alianza con el MLN en la Unidad de Partidos Anticomunistas (UPA), y logró cuatro de 58 diputaciones, incluida la de Quiché con el capitalino Francisco Herrarte López. Para la presidencia, quedaron en segundo lugar después del partido de Ydígoras. [RVE].

recuerdo que logramos unas alcaldías. Especialmente la de Santa Cruz del Quiché y otros municipios.

Hay que tomar en cuenta que en nuestra cultura y comunidades, aunque no se hacía explícito, los cargos a elección estaban dados a personas mayores. Para entonces sólo ellos eran propuestos. Yo nunca estuve en ninguna planilla por parte de la Democracia Cristiana, porque era siempre gente ya grande la que participaba en la contienda, ya sea como candidatos a alcalde o como concejales y síndicos. Y como síndicos hay un dato importante: nunca logramos que se eligiera a un indígena mientras tuvimos el poder como demócratas cristianos. Lo que se tuvo siempre fueron concejales. Los síndicos siempre fueron ladinos, por compromisos que yo no entiendo muy bien, pero que se tiene como síndicos, y tiene que ver con asuntos judiciales. Entonces de ahí que yo no aparezca en ninguna de las planillas porque, repito, la costumbre era que fuera gente mayor la propuesta como candidata.

Desde mediados de los años sesenta es que logramos tener alcaldes puestos por Democracia Cristiana. Lo logramos hacer, al menos estar en competencia, hasta el golpe de Estado de Ríos Montt, en 1982. Ese año a quien pusieron de alcalde de la municipalidad de Santa Cruz del Quiché, de esas casualidades de la vida, fue a un primo mío. Directamente nombrado desde lo más alto del Estado guatemalteco. Él se llama Eusebio López, que después, pasados ya los años, volvió a tener la alcaldía de Santa Cruz en el 2000 con el Frente Republicano Guatemalteco, el FRG.⁹

Dentro de Santa Cruz del Quiché participaban otros partidos políticos. El más importante era el Movimiento de Liberación

⁹ El principal líder del FRG fue el ex presidente *de facto* Efraín Ríos Montt (1982-1983), quien posteriormente gobernó el Legislativo del país de 2000 a 2004. [RVE].

Nacional, que en ese momento era el que mandaba, no porque la gente lo apoyara abiertamente, sino por el terror que provocaba. Ya en ese entonces se tienen casos de asesinatos selectivos a opositores políticos por miembros de este partido. Ellos siempre fueron así, por algo se les llamaba el partido de la violencia organizada.

Recuerdo la anécdota de un candidato a diputado, que era una persona muy comprometida, de repente apareció siendo candidato a diputado por el MLN. Rarísimo, era inconcebible, nadie daba respuesta de qué pasó. Años después, al platicar con una persona cercana, nos contó que lo que sucedió fue que el MLN, al ver su popularidad, lo obligó a participar con ellos. Le dieron a entender que si no participaba lo mataban, lo desaparecían. Lo que no es sorprendente es que ganó, fácilmente, para diputado por ese partido.

Dentro de Santa Cruz, las personas que participaban por el MLN eran las cabezas visibles, los que habían apoyado al MLN en la revolución. La gente rica del municipio, principalmente los ladinos ricos, votaban, sin pensarlo dos veces, por el MLN. No había vuelta de hoja, tal vez unos cuantos contados que no votaban por él, pero para la mayoría de ellos este era el partido a votar. Sí había entonces gente que votaba por esta tendencia con su muy marcado discurso lleno de miedo y de anticomunismo.

Yo creo que siempre hubo miedo a lo indígena —por alguna razón ha habido un temor escondido hacia lo autóctono— por lo que se aferraban a esa fuerza política. Pese a todos los cambios que hubo en Santa Cruz en los siguientes años, el discurso del anticomunismo por parte del MLN nunca dejó de estar presente. Para ellos todo lo que dijimos era un discurso que les sabía a veneno.

Otro de los partidos políticos activos era el Partido Revolucionario (PR), que tuvo tiempos de florecencia como cuando ganó las elecciones del '66 y Méndez Montenegro quedó en la presidencia.

Para entonces ya aparecía el Partido Institucional Democrático (PID). Se dijo, aunque nunca se afirmó oficialmente, que era el partido del ejército. La cabeza allí era Donaldó Álvarez Ruiz, que todavía es ahora buscado por la justicia.¹⁰

¹⁰ Álvarez Ruiz fue diputado por el Partido Institucional Democrático de 1966-1970. Luego pasó a ser subsecretario general de Presidencia del general Carlos Arana Osorio desde julio de 1970. Para octubre de 1972 llegó a secretario general del PID, pero fue expulsado del partido en abril de 1973, debido a pugnas internas. Para 1974 fue elegido nuevamente diputado por el PID y para 1978 se volvió ministro de Gobernación del general Lucas García, donde desempeñó un papel clave en la represión en la ciudad de Guatemala. [RVE].

5. RADIO QUICHÉ

Es importante hablar un poco sobre la relación que mantuve con la Iglesia, y la pregunta de cómo llegué a la radio. Le contaba que con Acción Católica éramos muy militantes, lo que me permitió un mayor contacto con la Iglesia. Entre los años '64 y '66, el sacerdote de Santa Cruz de entonces, el padre Manuel Antonio González, me llamó a trabajar a la parroquia como conserje, ayudante de la secretaria, y como cantor. Yo trabajé allí con mucho entusiasmo, lavando, barriendo, trapeando, haciendo labores de secretario, redactando actas de bautismo y nacimiento, es decir, todo lo que se necesita en la parroquia. En eso andaba, cuando se dio el proyecto de creación de la radio, que inicialmente se llamó Santa Fe, pero poco tiempo después pasó a ser Radio Quiché.

En las misas, además de cantor, yo leía el Evangelio. Y ya mencionaba anteriormente que desde patojo me gustó mucho leer, entonces yo tenía mi lectura más o menos mejorada. Seguramente los sacerdotes se dieron cuenta de que mi lectura era buena. No así,

aclaro, mi dicción en idioma español. Porque mi idioma materno es el k'iche'. Pero en el otro idioma, el español, era deficiente. Una cosa era leerlo y otra muy distinta era hablarlo públicamente.

Como trabajador de la parroquia me llamaron para trabajar directamente junto al padre en la radio. Hacer una radio es complicado, implica saber sobre antenas, cómo funcionaban las emisoras; aparte de los trabajos meramente físicos, como instalar las antenas, cabinas, cableado, etc. En todos estos procesos estuve al lado del padre Manuel González. Él también me llevó a otros lugares para ver cómo era que funcionaban las radios. Entonces fuimos a ver la Radio Colomba, en Colomba Costa Cuca. Fuimos a ver una emisora en Quetzaltenango, que ahora no recuerdo su nombre, también de iglesia. Pero en esas faenas estaba como trabajador, como obrero. Para las cuestiones técnicas, en cambio, habían llamado a un compañero de Quetzaltenango para encargarse de ellas. A la hora de salir al aire, el primer día de programación oficial, habló el locutor contratado, pero al mismo tiempo a mí me dijeron que hablara, que dijera la misma parte, pero en k'iche'. A partir de entonces quedé de planta en la radio. Y de igual manera seguía haciendo las otras cosas que había que hacer para darle mantenimiento a la radio y seguir como cantor.

Cuando la radio empezó a funcionar, llegó una gran cantidad de aspirantes. Se contrataron a profesores que trabajaron en los contenidos, a secretarías, a muchas personas. Y de pura carambola logré quedarme con el puesto de locutor. Claro que no fue fácil, estando allí sufrí discriminación, burlas. Creo que hablo más o menos bien el castellano, que es una segunda lengua. Y ni aun así los ladinos lo hablan perfectamente. Pero en mi caso era evidente la deficiencia del idioma español, más aún en esa época, por lo que los trabajadores dentro de la radio se mofaban de mí. Pero esas

burlas a mí me sirvieron mucho, porque en vez de encerrarme y no querer saber nada del trabajo y ese tipo de cosas, me puse a leer, a leer y a leer. A tal grado que creo que logré sorprender a algunos de mis compañeros de trabajo cuando fui escogido como uno de los primeros miembros del departamento en la Asociación de Locutores de Guatemala.

Los temas de la radio eran programas culturales, aunque la mayor parte del tiempo era música como forma de entretenimiento. Pero se trató de poner cada vez más programas provocativos, ya que podíamos unir a otras organizaciones de las que formábamos parte, principalmente Acción Católica. Por supuesto que estaba el programa de educación, había programas de formación de la iglesia, de formación cívica. Y lo nuevo eran los programas en idioma k'iche', que en esa época era sumamente difícil encontrar, no sólo porque era de las primeras emisoras al aire en el departamento, sino por el prejuicio que se tenía. Las otras pocas emisoras no pensaban en eso.

La radio se oía, si no estoy mal, en casi todo el país, se escuchaba hasta en la capital. Se puede imaginar el gran beneficio que se logró con la disposición de esos medios, ¿no? Y así es como le dimos vida a Radio Quiché.

Durante mi tiempo en la radio no hubo sobresaltos. Salvo una ocasión que me llegaron a amenazar a raíz de una noticia que hicimos sobre el agua potable. Creo que yo habría dicho en esa ocasión que las comunidades tienen que defender su agua. Es cierto que los cascos urbanos y la ciudad la necesitan, pero también la gente de las comunidades. Así que el agua es para todos. Esas palabras no les gustaron a algunas personas, como es claro, y me fueron a intimidar. Fue la primera vez que me amenazaron, pero por esto del agua, no el Estado. Fue la única durante la radio.



6. EL DESPERTAR

En los años sesenta se dio a escala nacional el golpe militar en contra de Ydígoras Fuentes, enquistándose el coronel Enrique Peralta Azurdia y el ejército en el poder.¹ Para ser sinceros a nosotros todo esto nos era un poco ajeno. No lo conocíamos bien, estaba lejos de nuestra realidad. Hasta que llegó el nuevo gobernador de Quiché. Peralta Azurdia envió a un coronel, que le apodaban *Veneno*, quien era un enemigo de las cooperativas.² Esto provocó una persecución hacia la Junta Directiva de las cooperativas, especialmente a los sacerdotes que las dirigían. También los dirigentes más notables fueron capturados y llevados a la cárcel. Al final lograron salir, pero el gobierno sí quiso poner un freno al movimiento de las

¹ Un excelente análisis del golpe del 30 de marzo de 1963 puede encontrarse en Edelberto Torres-Rivas, “Guatemala: el golpe militar de 1963”, en *Centroamérica: la democracia posible*, San José, Flacso/Educa, 1978. [RVE].

² Véase estudio introductorio. [RVE].

cooperativas, que no paró hasta que entró el gobierno de Méndez Montenegro, cuando se rompió esa presión y las cooperativas pudieron continuar sus actividades normales. En ese momento fue importante el apoyo de la alcaldía y de la DC.

Aunque la Democracia Cristiana no era un partido tan fuerte. También era vista como comunista y éramos marginados. Recuerdo las elecciones de marzo de 1966 cuando no se nos permitió participar. Fuimos un partido sacado de la contienda por ser considerados “peligrosos”. Durante todo el mandato *de facto* de Peralta Azurdia fuimos excluidos políticamente. Ya en las elecciones de 1970 sí participamos, con Caballeros, Jorge Lucas Caballeros Mazariegos se llamaba, como candidato a la presidencia.

Es de mencionar que la guerrilla ya se comenzaba a oír en los años sesenta, pero no tiene nada que ver con nosotros. Se oye alguna noticia, pero como en otro país, lejos.³

En los años setenta, ya con este terreno fértil, nuestro grupo de jóvenes, como cristianos de base de Acción Católica, dimos un salto cualitativo y formamos un grupo de reflexión sobre la realidad nacional. Iniciamos una lectura a la realidad nacional, con énfasis en el tema de la tierra. Por qué estamos como estamos. Claro que no lo decíamos así, como ahora, pero sí la idea era ver por qué estaban las cosas como estaban en ese momento. Empezamos con cuestiones históricas, cómo es que se han dado ciertas cosas. Nos formamos, para decir la verdad. Ya en los tiempos de Arana Osorio⁴ se dio aquella gran huelga de los maestros en 1973. Para este momento ya teníamos conciencia de lo que ocurría. Varios de los

³ Véase AHPN, Fondo Gobernación Departamental de Quiché, exp. 346.172-0063-12748124, en *El Guerrillero*, suplemento núm. 7, 19 de febrero, 1965. [RVE].

⁴ Presidente del país de junio de 1970 a junio de 1974. [RVE].

maestros que participaban en nuestro grupo de reflexión apoyaban y eran parte de esta huelga. Además de eso se dio un aumento en el costo de la vida. De un machete que costaba tres o cuatro quetzales se dispara a quince quetzales, de un azadón que costaba lo mismo se sube a quince o veinte quetzales. El abono, que en Santa Cruz era vital para la agricultura, se disparó de cinco a casi veinte quetzales.⁵ Con mayor razón se apoyaron a los maestros. Uno entiende la lucha del otro, porque la vive.

En nuestro grupo de reflexión se comenzó a cuestionar fuertemente el sistema político electoral. Se decía que era erróneo ese camino. Sin embargo, yo, enamorado aún de la Democracia Cristiana, guardaba ciertas esperanzas, de que todavía se podía hacer algo por esas vías. En las elecciones de 1974 pegué afiches del candidato a la presidencia por la DC; todo esto a escondidas de mis compañeros, porque me daba vergüenza. Para esas elecciones el candidato que se lanzó desde la DC era José Efraín Ríos Montt.

La alianza de la DC en esa ocasión fue con el Frente Unido de la Revolución Democrática (FURD), que por cierto me estuvo contactando a inicios de esa década, inclusive tuvimos una reunión en Quetzaltenango donde llegó Manuel Colom Argueta. Yo simpatizaba con ellos fuertemente, pero estaba arraigado con la Democracia Cristiana. En ese frente estaban entonces la DC y el FURD, además de otras agrupaciones fuertes que en este momento no tengo en mente. En resumen, se ganaron las elecciones de 1974.

⁵ Efectivamente, para mediados de los setenta, como reacción a la aceleración de la inflación mundial, Guatemala comenzó a importar inflación por medio de las importaciones pagadas a precio de dólar inflado. Según Victor Bulmer-Thomas, *The political economy of Central America since 1920* (Nueva York, Cambridge University Press, 1988, p. 212), la inflación llegó a ser hasta de dos dígitos. [RVE].

Ríos Mont sufrió un fraude y después le ofrecieron un cómodo exilio diplomático, los dirigentes de la Democracia Cristiana no pelearon por esclarecer el fraude, sino más bien aceptaron las cosas. No me consta, pero seguramente aceptaron dinero bajo la mesa. Para mí, cuando esto pasó, pensé que ese camino ya se había acabado. Sinceramente me terminó de convencer que esa no era la manera. Pero entonces qué hacíamos. No nos quedaba más que buscar, pensábamos que no había nada escrito, no había recetas, había que buscar qué se hacía.

Las primeras pláticas del grupo de reflexión, al menos propiamente el de la parroquia de Santa Cruz del Quiché, fueron marcadas por la necesidad de tener más conocimiento. Hubo un grupo que le llamamos El Equipo, compuesto por jóvenes cristianos comprometidos. La mayoría, menos tres, éramos de Santa Cruz. Había universitarios de la capital, y dos jóvenes universitarios del mismo departamento de Quiché, uno de Santa Cruz y otro de Nebaj. Menciono algunos nombres como César Vera, que tiempo después lo secuestraron; después se incorporó un joven de apellido Cartagena, también desaparecido posteriormente; y también Fernando Hoyos, que era estudiante de Teología, anteriormente de Biología, y que en el '75 se graduó de sacerdote. Él se dio cuenta después que tal vez su sacerdocio le limitaba su quehacer político por lo que decidió irse a la montaña a luchar en la guerra armada con el Ejército Guerrillero de los Pobres (EGP). Pero eso es después. Esta fue una de las personas que llegó a Santa Cruz del Quiché a propiciar estos procesos de reflexión.

Nosotros llegamos al punto en que nos dimos cuenta que no era posible estar hablando de un cambio si seguíamos con el pensamiento religioso nada más y no teníamos una lectura de la situación política y social del país. Y de allí que se pensó en realizar una

campana de alfabetización que no se circunscribiera únicamente a enseñar ABC, sino a explicar qué hay detrás de palabras.

El comienzo general se dio en el año 1968 o 1969 que es cuando se impulsó una campana de alfabetización a través de la radio en la que laboraba. Lo que yo hacía era traducir en k'iche' los temas que se daban en el curso. Creo que fue a raíz de eso que nos conectamos con Fernando Hoyos. Una de las acciones que se tomó para despertarnos a todos fueron las campanas de alfabetización a partir de principios de la década de los años setenta. Estas alfabetizaciones se hicieron, no en un inicio, pero sí de manera más generalizada adelante, mediante el método Freire, que era una novedad grande.

Cuando el equipo tomó en sus manos la tarea de realizar este proceso de alfabetización, empezamos a criticar los manuales con los que contábamos. En una de las sesiones, uno de los compañeros agarró uno de estos folletos y nos dijo que tacháramos lo que no nos pareciera. Nos dijo que lo rayáramos sin pena. Nosotros no nos animábamos a hacer eso. Cómo tocar un libro, era sagrado. Pero él nos decía que había que hacerlo. Era nuestro primer intento en romper con lo dado, con lo impuesto. Era necesario cuestionar el folleto, no tomarlo como tal, como es, sino verlo como una contribución al sostenimiento del sistema. Cuando nosotros logramos romper con nuestro esquema de pensamiento, plasmado de alguna manera en los tradicionales folletos, fue un paso fundamental.

El siguiente paso era claro: hagamos uno nuevo. Un folleto nuevo de alfabetización, uno propio, de la gente. Entonces dijimos qué cosas nos servían y qué cosas no. Nos dábamos cuenta de qué contenidos servían para qué, unos contenidos para mantener el racismo, otros para perpetuar la explotación. Y después de destruir, había que hacer lo propio. Para esto teníamos que tener un con-

tacto estrecho con las comunidades que iban a ser alfabetizadas, para saber qué es lo que a la gente le interesa. ¿Cuáles son sus preocupaciones? ¿Cuáles son sus esperanzas? El equipo captaba esta idea y se le daba la forma para crear una palabra generadora. Pero para hacer todo esto se tenía que escuchar a la gente, qué pensaba y qué sentía. Y aquella palabra generadora que se creaba, le tenía que sonar a la misma gente, tenía que estar en su propio lenguaje y tener un pleno sentido para ella. Esa fue la manera, escuchar a la gente, no quedarnos en el grupo. Al fin y al cabo, éramos de la misma comunidad, hasta parientes podíamos ser. Volver a la gente, a la familia, a la mamá, al papá, a los abuelos. Escucharlos.

Con esto, hicimos un listado de palabras y de ahí escogíamos las más importantes. Recuerdo que dentro de las reuniones con la gente, la primera palabra generadora que salió fue la de *abono*. Como es sabido, el método Freire habla de las palabras generadoras. En ese momento en Santa Cruz la palabra más común y significativa era la palabra abono. Primero, es una buena palabra porque se aprende las vocales A y O, además de las consonantes B y N. Es diferente al método tradicional porque, yo recuerdo, que lo que enseñan es aprender las vocales y consonantes en orden. Le dicen, aprenda A, B, C, D, E, etc. Lo único que enfatizan de ese modo es la memoria.⁶

Con nuestro modelo, el que recibe la educación es el ejecutor y protagonista de su propia educación. Él no es pasivo, sino que participa, hace, descubre, crea. En el otro es pasivo, es solamente un

⁶ Véase Paulo Freire, *Pedagogía del oprimido*, 48ª ed., México, Siglo XXI Editores, 1996, p. 122. El punto de la metodología, como bien lo explica Toj Medrano, es encontrar palabras o temas relevantes social y culturalmente, a partir de los cuales se puede entender de mejor manera la realidad social total, mientras se aprende a leer y a escribir. [RVE].

receptor. La educación tradicional se da entre dos actores, por un lado, el que emite, que puede ser el profesor o la profesora, y el que recibe, el estudiante. Esta relación en la educación tradicional es vertical, los profesores transmiten los conocimientos a los alumnos y los alumnos sólo pueden recibirla. En cambio, con la educación popular es horizontal, es de participación del estudiante, crear conocimiento y transformar por sí mismo el conocimiento.

Siguiendo con el ejemplo, ¿qué hay detrás del abono? ¿Quiénes son los que utilizan abono? ¿Quiénes son los vendedores del abono? ¿De qué está compuesto el abono? Se generaba toda una serie de cuestionamientos a través de esta palabra. Para la gente era más fácil aprender así, estaba contenta porque le estaba hablando de cosas con las que interactuaba continuamente.

Con eso comenzamos, y después de un gran esfuerzo lanzamos la campaña de alfabetización. Todo esto lo hicimos desde el grupo de reflexión, porque no podíamos quedarnos a platicar todo el tiempo, había que poner en acción tales reflexiones. Esta fue la primera vez que se tuvo contacto con la educación popular.

Ya en los años setenta los procesos de educación popular fueron más fuertes. Las cosas ya estaban cambiando y se entraba cada vez más a cosas concretas. No se podía pensar que se iba a hacer algo, soñar cualquier instancia de cambio, si se era analfabeto. No sólo analfabeto en letras, propiamente dicho, sino analfabetos políticos, sin la capacidad de leer la realidad que nos rodea. No saber qué es lo que pasa. Esa era la idea, no se podía hacer algo si la gente no sabía dónde se encontraba parada. Estas fueron, entonces, las primeras acciones concretas de este grupo. Luego, claro, se multiplicaron en muchos de los centros de Acción Católica de Santa Cruz del Quiché.

Una vez que fuimos capaces de romper con aquel esquema que ya venía escrito y teniendo más o menos una propuesta metodológica clara, se convocó a los demás, sobre todo a los más claros, para convertirlos en promotores de educación. Y ya ellos se convirtieron en multiplicadores de esta metodología. Entonces pasamos a un proceso mucho más grande.

De esta primera gran campaña, después de ver todo lo que fue y lo que se logró, quedamos sorprendidos, y con el tiempo he quedado profundamente satisfecho y orgulloso. Claro, después vino lo fuerte de la guerra, y se entiende, el sistema ve que está siendo atacado, que ya no funcionan sus formas, responde con las masacres y acaba con todo eso.

Pero esa primera campaña de alfabetización fue tan exitosa, pues jóvenes y adultos participaron. Estaban todos aprendiendo a leer y escribir, pero después de un momento pasó a ser una cuestión secundaria, lo principal era entender cómo estábamos. Hay un fuerte despertar de la gente. Realmente lindo. La gente empezó a conocer su realidad.

Siempre leíamos, y es importante volverlo a resaltar: la Biblia fue una fuente importante de inspiración. Principalmente los mensajes de las cartas de los profetas. Todos los profetas fueron de alguna manera los denunciadores de las injusticias que se vivían en su tiempo. Y eso era lo que leíamos. Es como estar leyendo la realidad de ahorita, en términos de la injusticia vista. Y claro, la lectura del Evangelio cambió drásticamente. Ya no es aquello que Jesús vino a salvar a los pecadores, que todos somos culpables desde nacimiento, que el pecado original. Ya no es así. Él vino a vivir en una sociedad estafadora, donde su pueblo estaba marginado y era aprovechado por los romanos. Además de que se utilizaba la religión, en este caso el judaísmo, como medio para explotar y

para tener riquezas. Jesús se levantó contra esto. Al momento del levantamiento armado pegó de manera tremenda esta visión.

Dentro de esto, como habló un gran pensador, un gran político latinoamericano, a finales de los setenta, está la importancia del cristianismo como disciplina para ser coherentes entre lo que se piensa, lo que se lee y lo que se habla. Al ver el Evangelio de esta manera, y con la coherencia atravesada, se tenía un pensamiento sumamente revolucionario. Y de allí surge esa nueva vertiente de la Iglesia, que después se conoció como Teología de la Liberación.

A manera de reflexión final sobre los grupos de discusión, pero principalmente con las campañas de alfabetización contrapuestas a los programas de educación tradicional promocionados, es que, número uno, aprendieron a leer y escribir a través de su realidad y por medio de su participación. La educación popular es una en la que el educando participa, discute, habla, se construye continuamente. En la medida en la que estamos hablando de la realidad y está de por medio la esperanza, nos estamos liberando.

Después nació la idea de crear una nueva organización. ¿Qué organización? Ya está Acción Católica, ya están las cooperativas, sí, pero tienen sus limitaciones. Las leyes nos limitan a no pasar de allí. Acción Católica también tiene su tope en la Iglesia. Entonces fue necesario hacer otra organización. De allí surgió la necesidad de crear una organización campesina que años después, ya en 1978, se convirtió en el Comité de Unidad Campesina (CUC). Pero las raíces, la semilla nació con estos grupos de reflexión.

7. LOS SEMINARIOS INDÍGENAS

La década de los sesenta dejó un bagaje de inquietudes. En los comienzos de la siguiente década se manifestaron desde los pueblos indígenas inquietudes acerca de lo que en ese momento se llamó “lo cultural”. Ahora lo explico.

Se organizaron los seminarios indígenas una vez al año. Comenzó, al parecer, en Quetzaltenango, luego las reuniones se hicieron rotativas. Se hizo en Santa Cruz del Quiché, después se hizo en Chimaltenango, también en Cobán, y así. Total, llegamos con estos seminarios hasta 1978, cuando inició la persecución a todo movimiento que cuestionara el Estado, entonces también el movimiento indígena comenzó a ser perseguido.

Estos seminarios, en sus inicios, estuvieron llenos de tensiones y, por momentos, conflictos. Había varias tendencias. Estaba la clasista, a la cual muchos nos adherimos, donde la cuestión del indígena era subalterna y lo principal era la lucha de clases.

Decíamos que la cuestión generadora de todos los problemas era lo económico. Y otros, encabezados por Demetrio Cojtí,¹ decían que no, que lo principal era el tema cultural, la historia de nuestros pueblos. Se dieron estos debates donde poco a poco fuimos limando nuestras posiciones, llegando hasta entendernos por allí por los tiempos del terremoto, en 1976.

Cuando digo que había problemas de entendimiento no quiero decir que eran cuestiones antagónicas. Eran discusiones, deliberaciones muy fuertes. Después de esos encuentros, que duraban dos días, seguíamos siendo amigos. Eso fue una cosa muy bonita de ese movimiento. Nos tolerábamos mutuamente. Después de la persecución, esas ideas no se olvidaron, pero sí fueron ocultas, ya que los personajes que actuábamos activamente en ese momento tuvimos que pasar a la clandestinidad, otros salir al exilio, y otros apagar su voz. Quedó este trabajo pendiente. Años después se retomó nuevamente el tema, ya no como movimiento indígena sino como movimiento maya.² Pero creo que todas estas ideas sobre lo maya, de alguna manera fueron fruto de lo que se trabajó y debatió durante toda la década del setenta.

¹ Oriundo de Chichicastenango, Demetrio Cojtí, después de salir a estudiar a la Universidad de Lovaina, Bélgica, se convertiría en la década de los noventa en uno de los principales ideólogos e impulsores del llamado movimiento maya. Entre las publicaciones que recogen las bases de su pensamiento, en esa etapa al menos, puede consultarse a Demetrio Cojtí, *Políticas para la reivindicación de los mayas de hoy*, Guatemala, Cholsamaj, 1994 y *El movimiento maya*, Guatemala, Cholsamaj, 1997. [RVE].

² Los textos que mejor recogen la historia del movimiento maya son los escritos por Santiago Bastos y Manuela Camus, *Quebrando el silencio. Organizaciones del pueblo maya y sus demandas. 1986-1992*, 3ª ed., Guatemala, Flacso, 1995; *Abriendo caminos*, Guatemala, Flacso, 1996, *Entre el mecapan y el cielo*, Guatemala, Flacso, 2003. [RVE].

Ese movimiento nos acercó a muchas personas. Inclusive recuerdo que una delegación de Chiapas llegó a Santa Cruz del Quiché para acompañar nuestra experiencia. Ellos contaron su experiencia mexicana. Nosotros, que apostábamos más por la cuestión de clase, sentimos un apoyo de ellos, ya que los hermanos mexicanos tendían a eso. Ellos se inclinaban más por el clasismo, no solamente por lo indígena. Se tomaba en cuenta lo indígena, pero no como la cuestión principal. Nosotros peleábamos que la cuestión principal era la de clase. Y estábamos muy convencidos de que eso era. Con el tiempo, nos dimos cuenta que van de la mano, son dos líneas, dos problemas, que se daban casi de manera paralela. Pero en aquel entonces nosotros no lográbamos verlo así. En cambio, nuestros otros hermanos tenían una formación, yo diría, mucho más clara al respecto.

Es importante resaltar las razones de las diferencias en las posturas que se presentaban en los seminarios. Primeramente, Cojtí, siendo el más fiel representante de la línea culturalista, estudió en Europa. Creo que estudió una licenciatura en Comunicación en Bélgica. Recuerdo que estaba haciendo su tesis en aquellos tiempos. Él era bastante joven y venía de esa formación. Pero también Quetzaltenango tiene esa tradición, de resaltar lo indígena. Recuerdo que algunos de los participantes en el seminario eran profesionales, maestros y estudiantes universitarios, fundamentalmente. Participaba gente joven, estudiantes, gente con cierta posición económicamente significativa.³

³ Según el análisis de Richard Adams, “El surgimiento de la identidad maya: 1944-1990”, Guatemala, 1990, documento inédito, la participación de campesinos fue poca, lo que confirma, de algún modo, que fueron los sectores que lograron salir de la condición de servidumbre los que primero pudieron pronunciarse acerca de su condición. [RVE].

Los temas que se discutían eran los usuales. Se discutían cuestiones de carácter político, económico, social y lo novedoso era el análisis cultural indígena. Por esto le entrábamos bastante a lo político y a lo cultural. Para este entonces todavía no estaba el CUC, o tal vez sí, pero germinando. Es que, en nuestro caso al menos, se dieron muchas cosas de manera paralela. Pero nuestra tendencia fue desde un principio la cuestión económica y política.

Recuerdo que la muchachada, los más jóvenes, hablaban del cojticismo, por Cojtí, que era el que encabezaba la tendencia cultural. Aquél tiene, además, una personalidad muy fuerte. Y de nuestra parte, quien más hablaba y debatía era yo, por lo que a los muchachos les dio por hablar del tojismo. Era el cojticismo y el tojismo. Pero digamos que esto no llevó a grandes divisiones, eran debates fluidos.

En el momento de venir la represión, esta separación entre dos tendencias se hizo evidente: ésta fue más marcada hacia los de la tendencia clasista. Porque éramos más peleoneros. Cuestionábamos más al Estado. Aunque si ellos no se hubieran escondido, también los hubieran matado. Para finales de los años setenta ya no se hablaba para nada de este grupo. Entre nosotros perdimos contacto. Con esta gente me junté algunas veces después en Quetzaltenango. Pero era muy poca, muy seleccionada, y tenía otra finalidad. Era una orientación de la organización revolucionaria, de atender a esta población. Para eso íbamos nosotros, para atender las cuestiones que se les estaban presentando, por ejemplo cómo cuidarse, algunos métodos clandestinos de organización y sobrevivencia. Era de vida o muerte preservarnos. Los temas en ese entonces eran esos, la preservación de la vida de los cuadros que ya habían surgido como fruto de ese movimiento indígena.

A través de los seminarios fue posible articular a tanta gente que venía de distintas expresiones locales. Hay confluencias, o convergencias que se dan en la historia, coyunturas muy importantes. Esos seminarios, precisamente, eran parte de esos momentos. Fue el centro donde nos juntábamos y también desde donde salían en términos generales los lineamientos de acción. Los fenómenos sociales a veces se comportan como bolas de nieve. Media vez se hacía tal cosa en un pueblo, se regaba a otros. Más aún en esos tiempos cuando Radio Quiché ya estaba funcionando. Esta radio divulgaba, claro, todos estos acontecimientos, como el seminario. Es más, los seminarios que se realizaron en Santa Cruz del Quiché los realizábamos en la casa social del municipio, en cuyo edificio está también la Radio Quiché. Ese fue un medio de divulgación de esas actividades e ideas.

Digamos que este movimiento tuvo sus expresiones amplias. Sabido es que en nuestros pueblos hacen elecciones para reinas indígenas. Nosotros tomamos parte en estas actividades y le dimos un contenido mucho más político. Por ejemplo, en Santa Cruz del Quiché, desde 1973 a 1978, las señoritas que participaban en estos eventos utilizaban el escenario para denunciar injusticias, para alegar contra la discriminación a la mujer y de las indígenas. En Santa Cruz del Quiché organizamos la Asociación Pro-Cultura Maya Quiché. Esta asociación era la que prácticamente participaba en el movimiento indígena, en los seminarios y era la que encabezó la realización de estos eventos de carácter sociocultural durante las fiestas patronales del municipio. Igual hicieron otros grupos de jóvenes en ese entonces para reivindicar esta figura. Pero la reivindicación era otra, ya que esta figura tradicionalmente era decorativa y no jugaba mayor papel. Sin embargo, repito, tratamos de darle un contenido más social y político.

Estas actividades festivas se realizaron con muchos meses de anticipación a través de comisiones. La Comisión de Cultura de las Fiestas Helenas, como le llaman en Santa Cruz del Quiché, era la que se encargaba de organizar la elección de la Princesa Quiché y la de Princesita Utatlán, según le llamaban. Para que nosotros tuviéramos acceso a esa actividad peleamos nuestra entrada. Esos fueron debates fuertes con la municipalidad de Santa Cruz del Quiché. Esto a pesar de que el alcalde era un aliado, era de nuestro partido. Sin embargo, fue una pelea fuerte. Nos dimos cuenta que para estas cosas había una resistencia fuerte. Yo supongo que a él lo presionaban grupos. Él no cedió fácil ni amablemente, fue a través de presión. Inclusive recuerdo que llevamos a varias familias cuyas hijas fueron Princesita Utatlán para que contaran la manera en que las trataban. Primero, discriminatoria en el trato social, luego en el trato económico. A la señorita Quiché, por ejemplo, le daban Q100, pero a la de Utatlán le daban la mitad. De más está decir que la señorita Quiché era mestiza, y la princesa Utatlán era de ascendencia k'iche'. Había razones justas para dar esa pelea. Como se sabe, el traje indígena es bastante caro, mucho más caro que un vestido occidental.

Estos procesos fueron muy enriquecedores, pero bastante duros. Logramos nuestra incorporación a estas actividades haciéndola de manera aislada. Estas actividades se hacían generalmente en la noche, en el mes de agosto, tiempo de lluvia. Dígame usted, ¿cuándo iban a bajar las personas de las comunidades? No, no participaban, sencillamente era una cosa de la cabecera. En tanto nosotros tomamos la dirección de esta actividad, la primera directriz fue hacerla día domingo en horas de la tarde. Y así, la primera vez que la hicimos tratamos de que fuera un éxito. Acudieron los grupos artísticos más connotados, regionalmente, de aquellos mo-

mentos. Recuerdo que tuvimos la ocurrencia, a mi parecer magnífica, de traer un grupo de señoritas indígenas marimbistas por parte del Instituto Socorro. Ellas participaron esa tarde. Fue un éxito total. Fue la primera vez que se hablaba, de parte de las señoritas participantes, en idioma k'iche' durante todo el evento. Su actuación fue de gran ayuda para elevar la autoestima de la mujer y, en términos más generales, de la población indígena.

Total, fue un éxito rotundo la actividad. Claro, no dejaron de llamarnos, previo a la actividad, separatistas. Ellos decidieron seguir haciendo la actividad en la noche, como ya dije, y en este caso nosotros lo hicimos de día. No podíamos obligarlos a hacerlo de día, esa es su costumbre, su forma, su cultura. Nosotros no podíamos hacerlo de noche, con más razón si queríamos que participaran personas de las comunidades.

Menciono esta anécdota porque la expresión del seminario estuvo en estas actividades. También lo tuvo en otros aspectos, pero de menor relevancia. Durante varios años mantuvimos esta actividad, cada vez con más presencia de la cultura maya. Repito, la expresión de pueblo maya no existía aún, tan así que a la Princesita Uatlán pasamos a llamarla Reina Indígena.

En 1976 pudimos juntar a las señoritas de cada uno de los pueblos con los que teníamos contacto y nos fuimos para Patzicía. Esto tal vez fue para junio o julio. Logramos entonces que convergerían varias señoritas candidatas de diferentes partes del país para decirles más o menos cuál sería su papel. Que no fuera sólo un papel decorativo, sino que pasara a más. Que no nos quedáramos en lo meramente folclórico cultural, sino político. Y cabalmente así fue.

8. EL TERREMOTO DE 1976

En 1976 ocurrió un terremoto y nos abrió los ojos por completo.¹ Pedí permiso de 15 días en la radio para ir a ayudar en lo que fuera. Hubiera sido feo quedarse con los brazos cruzados, había que hacer algo. Me tocó dar vueltas por todo Quiché, conozco Joyabaj, y otros lugares. Algo así como para limpiar la conciencia, me tocó hacer lo que tocaba, juntar tamalitos y llevárselos a la gente, no sé, lo que fuera que había que hacer.

Después² que terminaron los 15 días de permiso, pedí que la dirección de la radio me concediera seis meses más. La respuesta

¹ El terremoto tuvo una magnitud de 7.5° en la escala de Richter. Se dio en la madrugada del miércoles 4 de febrero de 1976. En el sismo murieron más de 23 mil personas, mientras 76 mil resultaron heridas y un poco más de un millón damnificadas. [RVE].

² A partir de este párrafo, hasta donde se indique, comienza una parte del relato desde la propia letra de Toj Medrano. [RVE].

fue que no se podía: —No se puede. Y en caso que vos querrás hacer algo, mejor presentá tu renuncia.

Me costó tomar la decisión de renunciar a mi querido y bonito trabajo de locutor en Radio Quiché, que para entonces en la comunidad era un trabajo bastante prestigioso. Previo a tomar esa decisión, entré en contradicción conmigo mismo, ya que aquella actividad en la radio, además de proporcionarme un medio para ganarme la vida, me proyectaba hacia la población y era un verdadero medio de comunicación con la gente a través de las ondas y de ella a través de sus cartas. El dilema fue: ser consecuente o no con el discurso que yo ya manejaba. Quedarme sentado frente a un micrófono viviendo de lejos la dolorosa situación o irme a meter donde estaba el dolor. Seguir con la delicadeza de la ropa limpia y planchada o irme a dormir en el suelo sobre un petate como estaba durmiendo la gente afectada. Mantener afectos y cariños particulares muy hermosos, o apostar a lo desconocido. Así que después de chocarme a mí mismo, con sentimiento dejé el trabajo de locutor, pero decidido a acompañar en ese momento a la gente más afectada por el terremoto, especialmente a la población de Joyabaj, Zacualpa y Chinique del departamento de Quiché, no sólo del área urbana sino también a la del área rural. Incluso en esos primeros días llegamos con víveres a comunidades de San Martín Jilotepeque, San José Poaquil del departamento de Chimaltenango, y un poco a Baja Verapaz.

Lo que tocó entonces fue seguir haciendo el trabajo que había, aunque no se contara con ningún centavo. En ese quehacer andaba cuando, al tercer o cuarto mes, el Instituto de Desarrollo Económico y Social para América Central —IDESAC—, que se estaba ya incorporando a la inmensa tarea de reconstruir a las partes más

afectadas del país, me contactó para trabajar a tiempo completo para la reconstrucción. Me preguntaron:

—¿Usted para qué institución trabaja?

—Para ninguna, por mi cuenta ando.

—Pues entonces véngase con nosotros por un tiempo, nosotros vamos a hacer unos programas.

Acepté. Yo no sabía, hasta ahora me doy cuenta, que ya para entonces había instituciones que recibían financiamiento de otros países. Quien me contactó fue Demetrio Cojtí, que acababa también de ser contratado para la reconstrucción. El director ejecutivo en aquel entonces era Manolo García, uno de los fundadores del IDESAC.³

En el IDESAC no hice más que profundizar lo que ya estábamos haciendo, organizar a la gente para recibir la ayuda que le estaba llegando. Hay que recordar que nosotros los que ya veníamos reflexionando acerca de la realidad de nuestro país, nos dimos cuenta que no bastaba con que la gente se organizara sólo para la emergencia del terremoto. De ahí que llevamos la discusión y la reflexión al seno de las comunidades *enchampadas*⁴ sobre las causas económicas, sociales y políticas de por qué nuevamente eran los pobres los más afectados por el terremoto, y que no era castigo de Dios, como ya algunas denominaciones religiosas estaban predicando.

Aquellas reflexiones se extendieron casi a lo largo y ancho de las partes más afectadas por el terremoto, gracias a trabajos volunta-

³ Manolo García García había sido parte del Frente Estudiantil Social-Cristiano de la Universidad de San Carlos de Guatemala, en la facultad de Derecho. Eso le permitió vincularse a la Democracia Cristiana, y de ahí pasó al IDESAC, que era patrocinado por cooperación de iglesias alemanas y de la fundación democristiana Konrad Adenauer. [RVE].

⁴ Casas improvisadas.

rios, como un apostolado de alfabetizadores, catequistas, delegados de la Palabra, etc. Fernando Hoyos, César Vera, Romeo Cartagena —estos tres asesinados posteriormente por el régimen—, Pablo Ceto, Martín Tavico, integrantes del equipo, del que he mencionado que se implantó en los primeros años de 1970 en Santa Cruz del Quiché, se ubicaron en Tecpán en los días posteriores al terremoto, con la misma intención de apoyar en lo que se pudiera.⁵

⁵ En este punto termina el primer manuscrito de Toj Medrano y continúa la entrevista. [RVE].

9. LA FORMACIÓN DEL CUC

En los años setenta la forma de organización que existía en Santa Cruz para los campesinos eran las Ligas Campesinas de la Democracia Cristiana. El carácter de estas organizaciones era propio de una organización político-partidista. Ellos no estaban, por ejemplo, a favor de una reforma agraria. Tocar los intereses fuertes de los sectores ricos, ni pensarlo. Y la última prueba de todo esto se tuvo con la cuestión de Ríos Montt en 1974. Al final, sí pero no. Sí pero no tanto. Una especie de gallo-gallina.

Ésas eran principalmente las razones por las que llegado un punto estas formas de organización se vieron rebasadas. Aunque tampoco vamos a decir que en su momento no ayudaron. Simplemente los acontecimientos pedían otra cosa y entonces dejaron de funcionar. Entonces se formó el CUC.

Nos vimos en la profunda necesidad de organizarnos. Crear una organización, la que fuera. Había que organizarse y hacer otra cosa. Que la organización para el terremoto no basta, hay que

hacer algo más. Tenemos los grupos de reflexión, pero eso es sólo reflexión, se necesita hacer algo. Y a eso fue lo que le llamamos en 1976 el Oxlajuj Aj' Pop. Formamos entonces esta nueva organización con personas bien comprometidas y claras de lo que se quería.

Hablé de Fernando Hoyos, de César Vera, Romero Cartagena, Luis Estrada, de una Leonora Hurtado, y de otras compañeras que en este momento no recuerdo los nombres. Estos miembros del equipo, en ese preciso momento, no sabíamos si estaban organizados en otros espacios políticos. Más tarde nos dimos cuenta que sí, estaban con una de las guerrillas, pero en ese momento no se sabía.

Todos los que asistimos al nacimiento del CUC teníamos una responsabilidad dentro de Acción Católica, que era la organización más respetada y con mayor credibilidad en esos tiempos. Entonces cada uno de nosotros fue parte integral de esto. Por ejemplo, cuando nació el CUC yo era presidente de Acción Católica del primer centro de Xatinap. Y así, otros compañeros tenían responsabilidades parecidas en sus respectivos centros. Todos lo agarramos casi como un apostolado; y en general nuestras prácticas y crecimiento fueron paralelos, y un tanto homogéneos. Seguramente, lo mismo sucedió en otros departamentos, pero el detalle lo desconozco.

El equipo se constituyó con el fin de discutir sobre la realidad nacional. Y este equipo se propuso la tarea de estudiar las distintas formas de organización que existen, tanto las que ha habido en Guatemala como en otros lugares. Lo que estudiamos fue teoría de organización. Pero para entonces no teníamos claro cómo organizarnos. Sí sabíamos algo de organización, qué debía ser una organización, pero ¿cómo se llamaría la criatura? No sabíamos, ¿qué color iba a tener la criatura? No sabíamos, sólo que ya teníamos el comienzo de la organización. Estoy hablando de los años 1976 y 1977.

Le repito, el terremoto nos dio la oportunidad de ir divulgando la necesidad de la organización. Por eso surgió tan rápido el CUC en Quiché, Baja Verapaz y Chimaltenango. Ya se habían hecho los contactos. Esas ideas ya se habían germinado. Recuerdo que les decíamos que estaba bien que se recibieran láminas y los víveres, pero eso no era suficiente. Porque el problema no era el terremoto, está más atrás la causa del problema, de por qué los más pobres recibieron más fuerte el terremoto.

El 15 de abril de 1977 se hizo la primera Asamblea de lo que sería el CUC en las faldas del volcán de Acatenango, en una comunidad que estaba con nosotros. Esta primera asamblea fue la constitutiva del CUC. A esa reunión asistieron compañeros de Quiché, de la Costa Sur, especialmente de Santa Lucía Cotzumalguapa, y por supuesto de Chimaltenango. Aparte llegaron de varias partes de Quiché, y especialmente gente de Zacualpa. Eso porque allí había un amigo muy querido, un sacerdote de apellido Cohen, que trabajaba ahí y era muy comprometido.

Ahí se dieron a conocer los postulados y los principios básicos de la organización. Desde entonces ya planteamos lo de cabeza clara, corazón solidario y puño combativo. Esto tuvo vida a partir de esta asamblea. Estos tres conceptos comenzaron a tener sentido en las comunidades. Nosotros, por ejemplo, en Santa Cruz iniciamos por solidarizarnos entre campesinos. Solidaridad que empieza con ir a apoyar a los campesinos, no necesariamente organizados en el CUC, en su faena diaria. Entonces resulta que el trabajo de la milpa, si se pasa su tiempo, se pierde la cosecha. Así un campesino, por enfermedad, por pobreza, o lo que sea si está atrasado con su trabajo, no tiene quién lo ayude, entonces llegábamos nosotros en montón, y lo ayudábamos a sacar el trabajo. Esto lo hicimos varias veces en distintos lugares.

Estábamos como a la pesca de quien tuviera necesidad. No tenían que llegar a pedirlo, sino nosotros verlo y hacer lo que pudiéramos por esa gente. Entonces esta práctica, hecha concreta en la palabra corazón solidario, despertó una gran simpatía, una gran admiración, y un gran respeto por lo que estábamos haciendo. Estas acciones atrajeron a mucha gente a incorporarse al CUC.

Desde lo cristiano es lo que se predica, pero queda en palabras, en la letra. En tanto que en la organización campesina ello se concreta. Y no es solamente la cuestión de la faena; si la casa de la viuda o del enfermo se estaba cayendo, pues había que ir y llevar lo que fuera necesario y parar la casa. Y esto se hizo en varias partes donde tenía presencia el CUC.

Otra anécdota. Tal vez en 1979 apareció un grupo de maleantes, si no estoy mal fue en Santa Rosa Chujuyub. Estas personas robaban ganado, perjudicaban a la población. Y lo más duro era que lo hacían en nombre del CUC, repartiendo volantes. Nosotros dijimos: “esto no puede ser”. Lo que se hizo fue una pequeña investigación para localizarlas. Una vez halladas se les hizo un juicio comunitario. Se hizo una especie de consejo de ancianos en la comunidad. Siempre tratando de no llegar a la violencia. Esto también trajo prestigio al CUC. Como le estaban echando la culpa al CUC por esos hechos; con este acto la culpa se desmintió y se estableció que lo que no hace la policía nosotros lo hicimos. Capturamos a los maleantes y allí estaban. Se hizo un juicio donde la gente mayor, los ancianos no quedaron conformes con la sanción moral que se les hizo, sino que llamaron a la policía. Este hecho se nos fue claramente de las manos, porque no queríamos entrar en conflicto con la decisión de los ancianos. Entonces les dijimos que si ellos creían conveniente la llamada, pues estaba muy bien, pero nosotros sabíamos que la justicia no es cabal en Guatemala. No iba

a resolver. En la cárcel no iban a aprender estos muchachos, lo que iban a aprender serían más actitudes negativas que correctivas. En todo caso, la imagen del CUC quedó lavada por ese hecho.

Pero regresando, estas acciones eran parte de un trabajo de solidaridad, un trabajo de hormiga, y eso abrió puertas para la credibilidad y la necesidad de una organización. Porque no significa que desde ese 15 de abril estaban todas las bases. No, al contrario, es como cuando nace una criatura, nace rompiendo brecha, y así se hizo. Claro, nuestra participación en el 1° de mayo de 1978 abrió paso, pero sólo en un campo. Ya los hechos concretos de crecimiento del CUC se fueron dando en las comunidades.

Una responsabilidad que nos echamos encima fue la cuestión ética de los miembros, hombres y mujeres, de la organización. Porque de nada nos servía decir tal o cual cosa si estábamos haciendo lo contrario. Entonces la parte ética, el ser ejemplares en nuestras comunidades de origen, era necesaria para que nuestra palabra tuviera credibilidad. Y así hicimos todo el trabajo de hormiga.

La otra consigna era “cabeza clara”, es decir no estar diciendo mentiras, nada fuera de la realidad, las cosas tal y como eran. En ningún momento tratar de engañar a la gente. Realizar acciones no sólo desde las necesidades sentidas de la gente, sino de las necesidades de toda la colectividad. Contra la explotación; contra las agarradas del cuartel; y el problema que generaba el Instituto Nacional Forestal (Inafor), que era una institución del Ministerio de Agricultura que perseguía terriblemente a los pequeños vendedores de madera, pero no así a los grandes madereros que se llevaban las enormes cantidades de madera de noche para venderla afuera. Esas eran las cosas que denunciábamos. Captábamos los problemas de la gente más pobre y denunciábamos, por otro lado, lo que estaban haciendo los madereros. Esto a la vez era parte, para

finalizar, de lo del “puño combativo”. Es decir, estar decididos en la denuncia y en el apoyo de nuestros hermanos necesitados en las diferentes comunidades.

Los que hacíamos estas acciones también íbamos a organizar a la gente. Miraban lo que hacíamos y se preguntaban cómo lo realizábamos. Les contestábamos porque estamos organizados, puesto que no hacíamos las cosas por nuestra cuenta, sino que sabíamos en qué momento juntarnos, contra qué luchar, qué cosas exigir.

Al inicio no eran tantas personas. La estructura no era todavía tan fuerte. Aunque en cada centro se tenía una fuerte organización. Recuerdo que había una gran cantidad de centros dentro de cada municipio y aldeas. En Xatinap, por mencionar un ejemplo, se contaba con cinco centros, en Choacamán había cuatro, en Xesic también teníamos cuatro; en fin, imaginen que en cada centro realizábamos este trabajo de hormiga, todo desde el CUC. Era de esperarse que creciera tan rápidamente. Por esto fue masivo el CUC.

En cada centro se formaba un Comité Local de Coordinación (Coloco), que estaba integrado por las personas más claras —allí sí que con las personas con la cabeza clara—, más solidarias y más decididas. Sencillo, no se necesitaba que supiera leer, sino que tuviera arrastre, que la gente creyera en ella. Este trabajo se hizo con las personas de mayor autoridad en las comunidades, y así fue. Se formaron entonces los comités locales.

Si imaginamos una gráfica, hasta en la base de la organización del CUC se ubicaban los comités locales; piense en una gran fila de comités locales ubicados en la parte más baja de la organización. Después, en un nivel superior, a partir de cada número de centros, se formaba un zonal. A éstos se les llamaba Cozoco, esto es, Comité Zonal de Coordinación, que estaba integrado por uno o dos de cada local, de cada comité local, y formaban la Asamblea Zonal.

Estas asambleas zonales, que podían llegar hasta cinco Cozoco en un determinado espacio, a su vez, formaban el regional, el cual estaba integrado por los mejores miembros de cada grupo zonal. Estas personas integraban el comité zonal. Cada uno de estos representantes era escogido por las mismas personas, por la base, es decir, por los miembros de cada uno de los Coloco. No era a dedazo que se hacía. Cada comité local escogía a su gente y así se hacía hasta la instancia superior. Todos los miembros de las instancias superiores, incluidos los del Comité Nacional, fueron escogidos desde un principio por las mismas bases. Nadie llegó aquí por sus propias pistolas, nadie, no se podía. Toda la organización tenía que ser representativa.

Los escogidos dentro de cada Cozoco eran enviados a las regionales. Claros de este compromiso y responsabilidad, que en este momento ya es un compromiso político y organizativo, se sabía que los elegidos por cada zona para integrar el regional tenían una gran responsabilidad para realizar todo el trabajo que se requería. Se puede pensar en cada regional como un espacio parecido a cada departamento.

Cada regional escogía a los mejores miembros para conformar al Comité Nacional de Coordinación (Conaco). Éste era la dirección nacional, digamos, el encargado de los asuntos nacionales. Así se fue formando, entonces, la dirección nacional del Comité de Unidad Campesina. El órgano más alto del CUC. Por supuesto que en este espacio ya había gente de Quiché, de la costa sur, de Chimaltenango, de todos los lugares donde el CUC tenía organización. Yo creo que esta fue una de las grandes fortalezas del CUC. Diez eran los miembros de este comité.

Lo que no llegamos a establecer, porque no nos dio tiempo, fue la cuestión de cuánto tiempo se estaba en estos puestos. Lo que se

hizo en los tres o cuatro años que se pudo llevar a cabo esta forma de organización era ver si alguien que ya no cumplía las funciones, es decir, si no respondía, se avisaba al nivel inferior, a las regionales. Por ejemplo, si hablamos de un miembro del comité nacional, preguntamos qué hacer: miren, qué hacemos con el compañero, sucede tal cosa y queremos ver qué se puede hacer. No sale que un compañero no responda a un compromiso tan serio. Pero no recuerdo que haya habido un caso sonado de descontento ante el trabajo de un compañero.

En ocasiones se trató de efectuar una confirmación anual de los representantes. Esto se realizaba en las asambleas anuales del CUC. Se reafirmaban o se destituían a los miembros. Las asambleas eran anuales, pero había asambleas extraordinarias. Fue en algunas de las anuales donde se precedió de esta manera, pero no fue continuo.

Mi participación en particular fue como la de todos. Primero estuve en la estructura más baja hasta que poco a poco fui subiendo hasta llegar a la comisión nacional. Pero en general de organizador, casi por naturaleza me toca realizar esta función. Organizar a la gente y hacer un poco de formación. Llegué entonces hasta el Conaco, a la par que otros compañeros. En esta época, más o menos en el '78 y '79, las personas que recuerdo en el Conaco eran Pablo Ceto, Martín Tavico, un compañero de la costa, de Santa Lucía Cotzumalguapa, que le decíamos Fidel, una compañera que le llamábamos Lolita, también de la costa, por Chimaltenango recuerdo a Pedro Atz, a quien finalmente secuestraron, y estaba un Felipe que no recuerdo su apellido, que también fue secuestrado. Los demás compañeros no los recuerdo ahorita. Todos proveníamos de las bases. El número de miembros de este comité nacional varió y dependía del número de personas que representábamos. De esa manera se daba la representatividad del Conaco.

Las asambleas generales anuales se trataban de una rendición de cuentas, de carácter administrativo. Entonces cada representante presentaba un informe de lo que se realizaba en su región. Se aprobaban sus trabajos y acciones para luego plantear nuevos planes y tareas. Una de estas tareas indispensables era ir ampliando la organización hasta donde se pudiera. Allí creo yo que nos alcanzó la represión. Fueron dos o tres años plenos. Ya en los ochenta comenzó la persecución más dura. En 1979 varios de los nombres de los organizadores del CUC aparecieron pintados en las paredes del pueblo dándonos un tiempo para dejar el país. Comenzaban las intimidaciones más fuertes como antesala de lo que venía, porque el régimen veía, entonces, que sí era significativo lo que se estaba haciendo.

Nosotros estábamos en la Unidad de Acción Sindical y Popular (UASP). Una vez constituida ésta inmediatamente como CUC ingresamos a sus filas. Hay que recordar que para esa época ya había varias organizaciones. Ahí estaba la CNT, la Fasgua¹ y la UASP,² y otras que estaban como expresiones de otras tendencias del movimiento campesino-obrero. La tendencia de la UASP era, más o menos, la búsqueda de participación más amplia e independiente. No había otra organización, digamos, supra, que nos aglutinara a

¹ La Federación Autónoma Sindical Guatemalteca, central obrera ligada al Partido Guatemalteco del Trabajo (PGT, comunista). [RVE].

² Como se dijo, desde fines de los sesenta se creó la CNT, que sería destruida, al asesinar a su comité central, por el gobierno de Lucas García en junio de 1980. Por su parte, la Fasgua fue iniciada a mediados de los cincuenta por sectores anticomunistas, como una estrategia para alejar a los trabajadores de las organizaciones de izquierda. Posteriormente fue infiltrado y tomado por sindicatos afines al Partido Guatemalteco del Trabajo (PGT, comunista). Deborah Levenson, *Sindicalistas contra el terror. Ciudad de Guatemala, 1954-1985*, Guatemala, AVANCSO, 2007, pp. 28-37. [RVE].

otras organizaciones campesinas. Por eso tratábamos de coordinar con la mayoría de organizaciones que se pudieran, aunque desde entonces ya se daban estos celos entre organizaciones, por lo que no se podía coordinar con gran alcance. Lastimosamente esto casi siempre ha sido así.

En esa época, era claro que la UASP tenía un vínculo con el EGP, y seguramente nosotros seríamos de esta tendencia. Aunque en ese momento no lo sabíamos plenamente. Fue hasta después que comenzamos a ver cómo era la organización y la estrategia del EGP de manera más clara. La organización guerrillera es otra cosa, es una organización militar, mucho más selecta, de mayor compromiso. Seguramente la dirigencia nacional del EGP tenía bien clara la relación con el CUC, pero nosotros no lo sabíamos. Pero lo abrazábamos con mucho cariño porque era el mismo lenguaje el que hablábamos, estábamos en los mismos términos.

Ahora Acción Católica y el CUC sí podemos decir que estuvieron hermanados, porque recordemos cuál era el culto, la predicación del Evangelio, allí sí cabal, verdad, era la opción por los pobres. Eso no solamente era una frase, teníamos que luchar por la cuestión de la tierra, por la justicia, todo desde la óptica del Evangelio. Esta óptica al verla desde nuestro quehacer en los grupos de reflexión de base, en la discusión, era exactamente lo mismo. Se mezclan, se hacen uno solo. Al mismo tiempo mataban sacerdotes, como el caso de Hermógenes López, el padre de San Pedro Pinula, quien murió asesinado. Y eso ya fue en 1976, justo después del terremoto. Cuando él defendió a la comunidad porque una empresa quería tomar el agua que le servía a la población. Entonces el padre apoyó a la comunidad y lo mataron. También en Santa Cruz del Quiché, la muerte de tantos sacerdotes. Ellos se vuelven como los nuevos mártires de la Iglesia. Allí es cuando uno se da cuenta

del salvajismo tan terrible del régimen. ¿Cómo es eso de matar a los pastores tan queridos? Con esto, ¿cómo no se va a ir la gente a la lucha?

En esa época era más fácil organizarse, en la actualidad es más difícil porque hay circunstancias mucho más tenebrosas, pero para ese entonces eso era una tierra fértil, todos apoyaban. Acuértese que esto de la Teología de la Liberación no es solamente local o nacional, era una tendencia latinoamericana. Fue donde más pegó. ¿Cómo no iba a pegar en las comunidades, con gente amante de la religión? Nos convertimos en apóstoles de esta postura.

Más tarde, a fines de los setenta, ya se vio tajantemente dentro de Acción Católica la gente que estaba con el ejército y la gente que nos apoyaba. Dentro de AC se fue dando esta división entre bandos políticos. Las discusiones eran muy fuertes. Ellos decían que no era el Evangelio, que era comunismo, que ya no era la palabra de Dios. Pero realmente eran sus intereses económicos los que se estaban viendo afectados. Ellos eran de grupos económicos fuertes, y claro, más de un pobre arrastró. Porque hay que recordar que esa ideología del anticomunismo no se erradicó totalmente, quedó aún.

Una vez llegado el momento de la formación y el auge del CUC, mi relación con Acción Católica cambió, pero muy poco. Casi no dejé de relacionarme con ellos. En Santa Cruz del Quiché, por ejemplo, dejé la presidencia de Acción Católica en el centro de Xatinap I, pero fui secretario del comité central de Santa Cruz en 1979. De algún modo siempre estuve vinculado. Aunque poco tiempo después ya no pude. No sólo por los procesos de violencia, sino porque no era posible, Acción Católica fue desbaratada también, con las muertes de sacerdotes y de tantos catequistas. Simplemente ya no se pudo. Y cuando yo me moví a la monta-

ña, años después, era prácticamente imposible seguir con ese tipo de organización. Además, se va transformando uno, se va dando cuenta que Acción Católica tiene sus limitaciones. Uno avanza en el pensamiento, se va dando cuenta que hay razones por las que la Iglesia y el Estado estuvieron tanto tiempo de la mano. Hay una canción que dice que si el Evangelio y Jesús se unieron, por qué no hacerlo nosotros. Pero estos casos son la excepción, más bien las altas jerarquías y la Iglesia como institución condenaron todo esto.

10. LUCHA Y REPRESIÓN

Entonces a finales de los años setenta el CUC tiene un auge tremendo, realmente tremendo. Incidimos mucho en la vida política del país. Tanto en las manifestaciones que se dieron el 1º de mayo como en las otras, en repudio a los asesinatos que se estaban dando, como la masacre de Panzós.¹ En todos estos hechos el CUC estuvo presente en la protesta.

Recuerdo la marcha de los mineros de Ixtahuacán, en que no éramos oficialmente CUC, aún éramos embrión. Sin embargo, nosotros nos juntamos a dar nuestra solidaridad en comida, tamalitos y otras cosas. Salimos a Los Encuentros, desde Santa Cruz del Quiché, ya que ellos venían desde Huehuetenango e iban hacia la

¹ La masacre fue trascendente ya que fue la primera ejecutada por el Estado militar. Ésta sería, penosamente, la política gubernamental pocos años después. Al respecto puede consultarse Greg Grandin, *Panzós: la última masacre colonial. Latinoamérica en la Guerra Fría*, Guatemala, AVANCSO, 2007. [RVE].

capital. Esto tuvo brotes espontáneos, pero sí requirió de contactos y organización previa. El contacto era por medio de Güigüi, que después asesinaron. Con él habíamos tenido algunos encuentros con los jesuitas de la Zona 5. Ya sabiendo que él estaba metido en esto de los mineros, pues fue un acto de solidaridad el que hicimos. Además, eran hermanos que venían luchando por algo. En ese sentido fue una cuestión espontánea. Los hermanos, repito, ya sea por motivaciones religiosas o políticas, fueron apoyados al encontrarnos con ellos en la carretera. A algunos los logramos acompañar hasta Tecpán. Fue un momento que arrastró mucha solidaridad en su misma marcha. Es decir, creó conciencia y arrastró solidaridad. Recuerdo que acamparon en Los Encuentros, por lo que pudimos acompañarlos por más tiempo. Les dimos, como dije, víveres, sus tamalitos, para que cenaran, y si sobraba, para que se llevaran para el camino.

En cuanto a las marchas en la capital, como campesinos, nosotros teníamos que sacrificar todo un día de trabajo. Participar en la marcha todo el día, quedarnos a dormir, y salir al siguiente día en la madrugada para no perder otro día de trabajo. Cada quien se movilizaba por su cuenta. Cuando digo esto quiero decir que cada quien pagaba su pasaje, cada quien compraba su comida. Mucha gente, sobre todo mujeres, llevaban su comidita en el morral, sus tortillas, sus frijolitos, y allí almorzaban y les alcanzaba para uno o dos tiempos. Diferente a ahora, muy diferente. Estábamos decididos a hacer los sacrificios. De esa cuenta es que fuimos ejemplo en la participación política, las marchas incluidas.

Cuando aparecíamos en la capital, éramos el grupo más disciplinado, más numeroso, y más preparado para cualquier acontecimiento. Desde el momento en que salíamos de la comunidad y nos subíamos al bus todo estaba bien organizado. Íbamos en gru-

pos, y éstos tenían a un responsable que conocía la ciudad y que tenía unos puntos de contacto por cualquier problema. Mucha de la gente que iba era su primera vez en la capital, no conocía el lugar, y entonces esos responsables eran a los que la gente estaba amarrada.

Era válida la protesta, pero se tenía claro que no se quería nada de vandalismo. Eso lo teníamos muy presente. En una marcha en la que nos reprimieron, decidimos hacerla en horas de la tarde. ¿Por qué esto? Porque siempre tratamos de ponernos en los zapatos de los trabajadores de la ciudad, quienes a puro tubo² tienen que terminar su jornada de trabajo para poder participar en estas actividades. De esa cuenta es que la marcha, precisamente como una fuerte protesta por el asesinato de Güügüi en sus oficinas en Huehuetenango, la comenzamos a las cuatro de la tarde. Recuerdo que la manifestación inició en la Avenida Bolívar, pasó toda esa calle, llegó a la municipalidad y siguió por toda la Quinta Avenida con dirección al Parque Central.³

Cuando nos dimos cuenta, creo que ya íbamos por la Quinta Avenida, tal vez cerca del parque Concordia, entre la 17 y la 16 calles, empezaron a romper vitrinas ciertos jóvenes. Yo lo vi todo desde el inicio. Eso creó plena justificación para que la policía interviniera. Para nada fuimos nosotros, realmente no sabemos quiénes fueron, lo más seguro es que fueran infiltrados, porque dentro de todas las organizaciones que participaban se recalcaba el no al vandalismo, ese no era nuestro móvil, la protesta era por otra cosa.

² Forzadamente. [RVE].

³ Véase “Nuevo gobierno enfrenta manifestaciones populares”, en *Infopress Centroamérica*, núm. 304, 10 de agosto, 1978. [RVE].

El régimen infiltró a gente provocadora dentro de la manifestación que rompió vitrinas para justificar la represión, y entonces satanizar estos movimientos. Decían que éramos vandálicos, que criminales, que esto y lo otro. Yo puedo hablar por lo que fue el CUC, nosotros nunca apoyamos estas acciones, nunca. Al contrario, siempre preveníamos que si pasaba cualquier cosa, si pasaba alguna situación violenta, teníamos que ir a ciertos lugares estratégicos. Nunca apoyamos hechos vandálicos.

De cualquier modo, comenzó la represión con decenas de bombas lacrimógenas. El cuerpo que lo perpetuó no fue la policía normal, sino los antimotines, odiados en aquel entonces. También estaba una fuerza especial del Estado, con su base en la Zona 6, que estaba contra las luchas populares, contra todo tipo de manifestación, por lo que cada vez que había manifestación los antimotines estaban presentes, preparados para reprimir. Seguramente los llamaron, cuando inició el vandalismo inmediatamente comenzaron los cuentazos,⁴ salieron los antimotines de una calle cercana. Cayeron por doquier bombas lacrimógenas, le cayó palo a toda la gente, y se dispersó la marcha. Todos empezaron a correr, antes de salir de nuestros lugares nos organizábamos y fijábamos puntos donde nos íbamos a reunir en caso de represión y de golpes.

Los hermanos terminaron apareciendo por la Zona 3, otros por el Parque Colón, total, nos dispersaron, pero no nos perdimos. Para entonces no había celulares, no había cómo comunicarnos. Por eso dejábamos un punto de encuentro para estos grupos. A las pocas horas nos reorganizamos.

A mi grupo le tocó reunirse cerca del mercado cantonal, allí en la Zona 3. Para entonces nos congregamos ya no para regresar a la

⁴ Golpes. [RVE].

marcha, ya que era tarde, estaba oscuro, sino para ver dónde pasábamos la noche. Al final de cuentas, uno de nuestros contactos nos consiguió un lugar donde dormir, en la Universidad de San Carlos.

La prensa al día siguiente le echó lodo a todo lo que dijimos y reivindicamos. La mayoría de los periódicos de aquel entonces estaba a favor de este tipo de acciones, en ningún momento mostraba la otra cara de la moneda. Los pocos periodistas que se atrevieron a levantar la voz acerca del uso desmedido de violencia fueron desaparecidos o amenazados, dejando por completo al resto de la prensa con las noticias sesgadas.

Claro, esta fue una de muchas marchas que realizamos. Y pese a la represión por la que pasamos esa vez, seguimos haciendo nuevas concentraciones en protesta o en demanda. Las siguientes veces, eso sí, estábamos mucho más atentos de ver qué personas iban a las marchas, si eran conocidas o si tal vez eran infiltrados. Tuvimos que establecer ciertas maneras de vigilancia dentro de la misma marcha, con el fin de observar que no hubiera intrusos, gente ajena a nuestras organizaciones. A ese grado llegamos como medidas de precaución. Si no estoy mal, esa fue una práctica que se volvió, o ya lo era, costumbre en todas las marchas del país.

Ya sabemos que esas son las cosas que hace el Estado, en ese tiempo el ejército. Lo primero que efectúa es desprestigiar, difamar las luchas y convertirlas en otro tipo de cosas. Y si no basta, entonces viene la represión, de cualquier forma. Creo que sólo la marcha del 1º de mayo de 1978 no fue reprimida. Las demás, sino fueron reprimidas, más de alguno de los dirigentes fue asesinado. Un ejemplo de esto es el estudiante Oliverio Castañeda, a quien ejecutaron después de la marcha del 20 de octubre de 1978.

En esa fecha no sé por dónde andaba yo, pero sí recuerdo que se trataba de apoyar en todas las marchas. Era de ley participar.

Todas las inquietudes, las demandas, eran la única forma de poder sacarlas. Con petates para escribir las demandas, como fuera, había que expresarse.

Recuerdo que hubo una muy grande también, para el entierro de los compañeros caídos en la Embajada de España a fines de enero de 1981. El régimen de Lucas García trató, con la quema de la embajada, de quitarle la vida a toda clase de levantamiento contra la injusticia. Ese fue su propósito y no otra cosa. Por eso fue tan burdo y, sobre todo, tan público. Sin embargo, a pesar del terror que se quiso imponer —digo quiso, porque por algunas horas lo logró—, nosotros allá en Santa Cruz estábamos al tanto de los compañeros que habían venido a la protesta en la embajada. Al enterarnos de ese lamentable acontecimiento empezamos a mencionar esquelas en la radio. Porque además en la radio no se permitían los mensajes políticos tan explícitos, por lo que hicimos cualquier esquela diciendo, por ejemplo: han muerto hermanos en la capital y estamos llamando a todos los hermanos para que veamos qué hacer, ustedes por favor esperen para ver dónde será el entierro. Así era el mensaje. En ese sentido Radio Quiché dio el espacio, pero como esquela, no como noticia al aire y un llamamiento más general a la movilización. Eso no se podía hacer. Si nosotros íbamos directamente a través de la radio haciendo protesta, nunca nos hubieran abierto el espacio. Pero ese mensaje, abajo del agua, lo captó muy bien la gente. Además que nos acercamos a nuestros compañeros que estaban en los distintos centros para informarles qué era lo que se estaba pensando hacer. Al final, había que ir al entierro. Realmente no había otra opción más que hacerlo.

De esa cuenta es que el día 2 de febrero, un par de días después de la masacre, fuimos al entierro. El primer día, al contrario, fue un día de confusión y de terror en la ciudad. Logramos tener una

buena movilización de la gente, con ocho buses de Santa Cruz del Quiché, sólo de nuestro municipio. Éramos muchísimos. Al llegar a la capital el día estaba en silencio. Como si fuera un día domingo, un sepulcral silencio. Llegamos y todo estaba muy confuso. En la radio decían que los cuerpos estaban en la universidad, otra gente decía que tal vez estaban en otra parte. Entonces llegando del Quiché al centro nos fuimos, después de un par de discusiones, a la universidad. Pero allí no había nadie. Uno que otro estudiante estaba tratando de levantar el ánimo, pero no había gran cosa.

Pero después de esperar un tiempo, llegó uno de estos muchachos y nos dijo que él sabía dónde estaban: en el Paraninfo. Allí estaban los cuerpos caídos, allí los tenían. Entonces nos fuimos para allá. Una vez que llegamos, vimos que todo estaba callado, unos cuantos estudiantes, valientes, estaban en la sala del Paraninfo. Y todos los alrededores estaban llenos de policías y de orejas. La Policía Judicial en ese entonces estaba en todos lados. Pero como nosotros llegamos en marcha, era un poco más seguro. Además, las emisoras, sobre todo el radioperiódico *El Independiente*, difundió la noticia de que habían “bajado” cientos de campesinos del occidente del país. Y esa noticia, de alguna manera, le levantó el ánimo a la población.

En horas de la mañana, le repito, esas calles estaban desiertas, había un gran silencio. Con nuestra llegada empezó a juntarse gente. A tal grado que al momento de salir los féretros del edificio esas calles estaban llenísimas. Ese entierro, yo podría decir que ha sido la manifestación más grande que ha habido hasta la fecha en la ciudad. Al menos que yo haya visto. Porque que yo sepa, hasta hoy, no se había reunido a tantísima gente, de todos los sectores, en un mismo lugar. Recuerdo muy bien a las monjitas religiosas en la marcha gritando consignas de protesta. Era algo así como:

Con el pueblo oprimido, el cristiano comprometido. La marcha de los mineros fue inmensa también, pero no fue en la capital.

Le repito que era una cantidad de gente sustancial, la cabeza ya estaba llegando al cementerio y la cola todavía estaba saliendo del Paraninfo. Se lo digo porque a mí me tocó correr. Un ir y venir viendo que todo estuviera bien. A pesar de que esa tarde, momentos antes de salir del Paraninfo universitario, frente a la Fagua habían matado a dos compañeros. Ese mismo día, imagínese.

A pesar de eso, la gente no paró. Llegó la noticia del asesinato de los dos compañeros y la gente no paró. No se amedrentó la gente, entonces a Lucas no le salió la cuenta. La gente allí estaba.

En febrero de 1980, y unos días antes del estallido de la huelga de los cortadores de caña en la Costa Sur, se dio un acontecimiento muy importante, registrado por la historia como la Declaración de Iximche'. El entierro nos dejó una fortaleza, a pesar de la represión. Pero nos dejó una fortaleza porque en el cortejo fúnebre participó mucha población indígena. Iban con su traje típico, las mujeres con sus trajes, los hombres con sus sombreros. Esto nos dejó entonces una gran fortaleza que se expresó en la Declaración, en la que participamos cinco compañeros. Éramos Encarnación Zapeta Toño, compañero secuestrado en 1981; Pablo Ceto; Martín Tavico; otro compañero que no ha querido sacar públicamente su nombre, y por respeto a él no lo decimos acá; y este servidor. Nos ubicamos en un lugar en San Andrés Semetabaj y trabajamos el documento por una semana. El 14 de febrero de 1980, una de las compañeras, que cabalmente años antes había participado como marimbista en un encuentro en Santa Cruz, leyó el documento. Ella se llama Blanca Estela Alvarado. Entonces ella le dio lectura al documento, dándole la entonación debida, ya que el documento

es largo. Quedó entonces registrada en la historia nuestra voz, como Pueblos Indígenas, en ese documento.

Nuestra motivación principal fue el entierro y su masiva participación indígena. El pueblo se volcó, siendo el más afectado por la represión. El objetivo del documento era registrar todo lo acontecido hasta la fecha. Hablamos desde los momentos de la quema de la ciudad de Q'umarkaaaj,⁵ hasta la quema de la Embajada de España. El punto era no verlo como una cuestión casual, sino como parte de un proceso más amplio que viene arrastrándose por parte del Estado guatemalteco como un patrimonio de poca gente.

La otra demostración de lucha del campesinado fue la gran huelga, también histórica, que se dio en la Costa Sur en febrero de 1980. Pocos días después de la redacción de la Declaración de Iximche', estalló la gran huelga. Esta fue otra manifestación de rebeldía, de resistencia, que organizó el CUC. Porque esta sí la encabezó directamente el CUC. Ha sido una de las concentraciones más organizadas que he visto, y con miles de personas participando. Se calcula que llegaron hasta 75 mil hombres de la costa, machete en mano y paralizaron la producción de la caña y del café.⁶

La huelga tenía un trasfondo. Si algo no faltaba en los talleres de formación de parte del CUC era la explotación que sufría el campesino en la costa, las formas inhumanas en que transportaban a la gente, en camiones, la forma inhumana en que trataban a la gente en las fincas. Se les ubicaba, aunque realmente no creo que haya cambiado mucho hasta la fecha, en galeras donde no

⁵ Capital k'iche' hasta 1524. [RVE].

⁶ La huelga está detallada en Cindy Forster, “‘Miles de machetes en alto’: las luchas campesinas de la costa sur en el surgimiento de la revolución guatemalteca, 1970-1980”, en Manolo Vela [coord.], *La infinita historia de las resistencias*, Guatemala, Sepaz, 2011. [RVE].

había servicio sanitario. Todo esto le hacíamos ver a la gente. Y todo ello fue haciendo conciencia en nuestros hermanos campesinos que bajaban a la costa. Esto que decíamos fue incubando una lucha combativa que a la hora de proponerles la reivindicación por las mejoras salariales y por las condiciones de trabajo prendió fuego. Todo esto desde el CUC. Este trabajo se hizo desde las comunidades, al menos los que estábamos en tierras frías, y los que estaban en la costa con los trabajadores de las fincas. El CUC tenía trabajo y una base fuerte en la costa, especialmente Santa Lucía Cotzumalguapa.

Con estas ideas en la costa, los trabajadores colonos junto con los trabajadores temporales, los cuadrilleros, se reunieron. Se juntaron ideas y luchas. Por eso prendió fuego. Y porque no fue un discurso vacío, para nada. Aquello era una cosa sentida por la gente. No era como se nos llamaba: agitadores y comunistas, no. Sí eran cosas vividas por la propia gente. Lo que pasa es que cada quien por su cuenta no podía, pero ya en conjunto es otra cosa. Y había tanto indígenas como mestizos. Aunque fue más que todo masivamente indígena. Todos los trabajadores temporales venían de tierra fría, de Quiché, Huehuetenango, Chimaltenango, Baja Verapaz, y no teníamos gran trabajo en las verapaces ni en Huehuetenango, pero nada más prendía algo todos se sumaban. Eso arrastra, una vez que haya una organización que oriente.

Lo que estoy diciendo ahorita no lo leíamos en ese momento. Es decir, lo que estábamos viviendo no lo podíamos abstraer en ese momento. Sino hasta después nos dimos cuenta que sí hicimos temblar al Estado. Con los miles de miles de campesinos machete en mano, parados. “No vamos a trabajar”. Entonces uno se da cuenta que mientras se toquen los intereses fuertes de los dueños del pisto, negocian. En tanto no se les toca lo que les duele, no van

a negociar. Imposible, no lo hacen. Digamos el pago era de Q1.25 por quintal de café cortado, por quintal de algodón cortado, por tonelada de caña cortado. Uno y veinticinco. La petición fue de Q5. Finalmente se quedó en Q3.20 el salario. Fue un gran alivio para miles de trabajadores.

En ese momento no hubo represión, después sí. Eso es lo que yo no logro todavía entender. Porque bien pudieron haber masacrado. Pero no, es que esto seguramente necesita de más profundidad, pero lo que quiso Lucas con la Embajada de España era dar un escarmiento. Eso era lo que quería. Sin embargo, la Declaración de Iximche', que tuvo una amplia difusión internacional y no así nacional, ha de haber puesto a pensar a la burguesía y a su gobierno. Pudieron haber masacrado. Hubo fuerte presencia de policías y fuerzas del ejército. Hubo, claro que hubo, pero no pasó nada. Que yo recuerde en este momento no se dio nada, al contrario de lo de la Embajada de España, que en el entierro estaban todavía matando a gente. En pleno entierro. Pero en esta huelga no. Repito que no sé por qué. Tal vez matar públicamente a tantos era levantar más protestas, porque allí la sangre estaba caliente. Eran miles de trabajadores, pero miles, machete en mano. Hasta se nos pudo haber salido de las manos la situación.

Hay alguien que tuvo un papel importantísimo en la negociación: Vicente Medrano Rojas, compañero del CUC. Él era de Santa Cruz del Quiché, y después por la represión le tocó vivir muy duro la década de los ochenta. En la negociación se encontraban empresarios y gente del Ministerio del Trabajo. De parte del CUC estaban los líderes de la costa y miembros de la organización. Se encontraba el compañero Fidel, que no recuerdo su apellido, otro compañero que todavía está en el CUC, Rafael. Ellos eran bastante jóvenes, pero sabían trabajar bien en ese terreno. Ellos conocían el

área, por eso cito a Vicente, porque él era de tierra fría y él fue uno de los negociadores.

Con la masacre de la Embajada de España, en lo personal, me empujó a dar un paso más en la incorporación en la lucha. Yo ya estaba contactado por ese entonces con el EGP, pero digamos con un perfil bajo, no tan alto. Con esto no quedaba más que decir: no se puede. Había que dar el siguiente paso. En marzo de 1981, el CUC me escogió como miembro de una delegación que salió a otros países a dar la denuncia, junto a otras organizaciones, a dar a conocer lo que estaba aconteciendo en el país. En esa delegación, de los cinco, iba una estudiante de la universidad, dos de los partidos políticos, uno del CUC, representando al campesinado, y las partes sindicales con Miguel Ángel Albizures.⁷ Viajamos a países de América del Sur y a Europa con el fin de sensibilizar a la opinión pública acerca de lo que estaba ocurriendo. De la lucha de Guatemala a escala internacional se conocía muy poco. Lo único que estábamos haciendo era poner nuestro granito de arena en el mar.

Al estar yo en esa gira asesinaron a mi hermano Baltazar.⁸ Él, por cuestiones de delito menor, estaba preso, creo que por una riña callejera. Ya en la cárcel, a punto de salir, apareció muerto, desfigurado, tirado frente a la Radio Quiché. Mucha gente creyó que era yo. No creo que el régimen se haya equivocado, porque lo fueron a buscar a la cárcel. En contubernio seguramente con la

⁷ Véase Miguel Ángel Albizures, *Tiempo de sudor y lucha*, México, 1987 y *El movimiento sindical: lucha, represión y reactivación. Recuperando la memoria histórica, 1978-1983*, Guatemala, Dirección de los Archivos de Paz, 2011. [RVE].

⁸ El episodio está narrado en Robert Carmack “The story of Santa Cruz Quiché”, en Robert Carmack [ed.], *Cosecha de violencia*, San José, Flacso, 1991. [RVE].

policía y el ejército, aunque es una cosa que todavía hay que aclarar. Lo cierto es que a él lo sacaron de la cárcel a eso de las 7 de la noche, ya con su libertad de nuevo. El mensaje era muy claro, no sólo para mí, sino para la Iglesia también. Ya conté que la radio era la vocera de la Diócesis.

Eso ocurrió mientras estaba viajando. Terminó la gira y regresé a Guatemala en junio de 1981, por supuesto que de manera clandestina, ya que no podía entrar de manera legal a mi país. Mi familia para entonces ya no estaba en Xatinap, ya que después del terremoto, la casa que teníamos se dañó, pero como mi papá tenía otra casa en el centro, nos fuimos a vivir allá. Una vez ocurrido lo de mi hermano, la familia tuvo que salir de allí porque la persecución era clara. Ellos me cuentan que se fueron por varios cantones, ubicándose en Chichicastenango. Fue hasta que yo regresé, clandestinamente, que logré encontrarlos refugiados en San Antonio Aguascalientes.

Es importante resaltar que entre 1978 y 1980 nuestros nombres, el mío y el de los compañeros organizados, aparecieron pintarrajeados en muchas de las paredes de Santa Cruz del Quiché. Se encontraban por todos lados y en diversas ocasiones los nombres, seguidos de mensaje que iban algo así como: Váyanse, tal y tal nombre, ustedes están sentenciados a muerte. Recuerdo que aparecía el nombre de Fabián Pérez, una profesora de apellido Barrios, y otra gente que en este preciso momento no puedo traer a mi mente. Todos estos nombres estaban allí pintarrajeados en las paredes. Aun así, esto no nos detuvo, la mayoría siguió sus actividades políticas y cotidianas, sólo que ahora con más cuidado.

Con la masacre de la embajada, la muerte de mi hermano y mi salida y regreso al país, me vi obligado a llevar una vida clandestina en varios lugares del país, sobre todo en Quetzaltenango.

11. LA RELACIÓN CON EL EGP

Es necesario hablar sobre el papel de los compañeros que no eran campesinos. Desempeñaron un papel de asesoría, de formación política, no sólo para los comités regionales y el nacional, sino sobre todo para las bases. De allí que durante mucho tiempo hubo un proceso de formación que le llamábamos los cursillos. Estos cursos comenzaron antes del fraude de 1974, pero se intensificaron con un contenido más claro en el '78 y el '79. La formación política era muy sólida. En esta tarea nos ayudaban estos compañeros que tenían un mejor acceso a la documentación, a metodologías, en fin, este fue el papel de ellos. Era un papel, como es claro, muy importante. Fueron como la comadrona de esta criatura del CUC. Quedaron muy bien en esta cuestión. Lo que sí no sé decir era si estos compañeros ya estaban o eran prospectos —como se le llamaba en ese entonces— del movimiento guerrillero.

Más tarde, al llegar a los ochenta, algunos de ellos de manera clandestina y personal —porque no se puede decir que todo lo que

hacían era dictado por una instancia superior— se identificaron con la guerrilla. Decían, por ejemplo: fijate vos que yo tengo un compromiso mayor, soy de tal y tal cosa. En mi caso concreto casi es una cosa paralela, porque desde el '78 yo empecé a empalabrarme con personas del EGP, completamente desconocidas para mi persona. No eran los compañeros que llegaban a Quiché. Recuerdo que mi primer contacto lo tuve en San Lucas Sacatepéquez con una señora madura que jamás en mi vida había visto. A través de otra persona armamos este contacto, cabalmente por uno de los compañeros que nos ayudaba con los grupos de reflexión, César Vera. Y allí comenzó mi relación muy tímida, que poco a poco se fue acrecentando, con el EGP. ¿Cuál era la tarea? Pues seguir trabajando en la organización, ir empujando este proceso que se constituía en una esperanza para el pueblo. Y así lo hice yo.

¿Por qué lo hice? Pues a pesar de la existencia del CUC, muy a pesar de la fuerza que tenía el CUC, de todos modos, estábamos desarmados. Muchos seremos, pero ante un grupo armado como el ejército, qué vamos a hacer. Uno no puede sino sentirse impotente. Con esto no bastaba, hay que dar un paso superior de compromiso—así se le llamaba—, lo cual equivalía, en ese contexto, a la vida o la muerte. Estábamos expuestos ante cualquier amenaza en el CUC. Ya había mencionado que estábamos amenazados continuamente, nos daban un tiempo corto para dejar el país; pero además de esto, de esa necesidad muy clara, las ideas con que uno se manejaba había que llevarlas a concretar en la realidad. Entonces mi objetivo personal para unirme al CUC era contribuir, con mi incorporación, a agrandar esa fuerza revolucionaria, porque efectivamente estas organizaciones fueron una esperanza para el pueblo, si no no hubieran tenido la aceptación que tuvieron. Yo quería contribuir con mi granito de arena a esa fuerza y buscar una mejor sociedad. Ése

era y sigue siendo nuestro anhelo, que tengamos un país donde todos y todas seamos dueños de este país. No como sucede ahora, desgraciadamente, que este país es de pocos. Queríamos un Estado, y soñamos con un Estado, de todos y de todas. Y el movimiento revolucionario tenía como objetivo la toma del poder de manera que las riquezas del país fueran más justamente distribuidas.

Entonces uno de los objetivos de la organización era ése: cambiar la situación y tener una mejor patria, una sociedad más humana y equitativa. Claro que estos objetivos se traían desde antes y se propusieron. Ya contaba, por ejemplo, el ensayo que se hizo en la elección en 1974. Yo era uno de esos que creía que a través de los medios políticos existentes y establecidos se pudieran encontrar soluciones a los grandes problemas. Pero quedamos frustrados. No nos quedó más que buscar otras alternativas. Y ya para ese entonces venía surgiendo el movimiento revolucionario de nueva era. Hay que recordar que el movimiento revolucionario de los sesenta fue aniquilado a finales de esa misma década. Por ese entonces, según creía yo, las fuerzas revolucionarias sólo estaban en la montaña, porque allí era donde se escuchaban los movimientos. Sobre todo cuando se hizo esa primera toma en la finca de Luis Arenas, del famoso Tigre del Ixcán, que sonó muchísimo.¹ Yo, adentro,

¹ Se refiere al ajusticiamiento del EGP a uno de los finqueros del área ixil, José Luis Arenas Barrera, dada su vinculación con la contrainsurgencia y sus tratos hacia los trabajadores que laboraban en sus fincas. Mario Payeras, uno de los principales líderes de esta organización, relata el acontecimiento. Mario Payeras, *Los días de la selva*, 8ª ed. en español, México, Joan Boldó y Climent Editores, 1989, pp. 102 y 103. Arenas fue diputado en el Congreso por el Distrito Central de 1953 a 1954 por el Partido Unificación Anticomunista (PUA), luego fue diputado en la Constituyente de 1956-1956 representando al Quiché. Para 1971 fue nombrado por el general Arana Osorio como director de la promotora del Fomento y Desarrollo del Petén. [RVE].

pensaba en lo valiente de estos individuos, qué personas más consecuentes. Pues cuando a mí me llega la invitación, la recibo con las manos abiertas; claro, con cierto miedo porque me incorporaba a una organización de gran compromiso, pero finalmente abracé con toda el alma la incorporación al movimiento revolucionario.

El EGP me encomendó entonces mantener, como siempre fue, la clandestinidad de pertenencia, pero que mi papel, como el de otros compañeros, fuera el de mantener la vida del CUC, seguir ensanchando su organización en los lugares donde no había. Le llamaban núcleo, que expresaba un espacio muy reducido. Entonces me di cuenta que pocos compañeros del CUC eran parte del EGP. Y que los que éramos del CUC, no conocíamos a otras personas. Sin embargo, el vínculo entre nosotros y la organización revolucionaria era un compañero que también conocíamos. Este compañero, cuyo seudónimo era Abel y su nombre era Enrique Corral, fue quien realizó el vínculo entre el EGP y el Conaco. Luego me di cuenta que Martín Tavico era también del EGP, por supuesto también Ceto. Y se me olvidaba alguien que si bien no fue de los formadores del CUC, tuvo un papel muy importante, Gregorio Chay. Discutíamos los problemas de la organización y también recibíamos las orientaciones necesarias sobre qué hacer, de acuerdo con el momento que se vivía.

Es interesante contar que el ser miembro de una organización guerrillera fue un gran honor. Para mí sí fue, es y seguirá siendo, un honor haber pertenecido al EGP, luego como URNG, porque nosotros sí pasamos ese proceso de selección de miembros de la organización. Por supuesto que era una membresía que no se podía divulgar para nada, uno llevaba adentro de su corazón ese honor de ser miembro de una de las organizaciones guerrilleras que combatía frontalmente al Estado. A ese Estado que ya no repre-

sentaba a la mayor parte de los guatemaltecos, sino a un grupo reducido de gente que siempre ha explotado la tierra, el comercio y todas las ramas económicas que hay, además de la tenencia del poder político. Esa membresía le daba a uno fuerza, hablo de mi caso, porque sabía que no estaba solo, sabía que pertenecía a una organización que hizo temblar, en su momento, al Estado. Con acciones audaces, con acciones que simpatizaban al pueblo, y entonces uno se sentía identificado con eso. Es mi organización la que está haciendo tal cosa, son otros compañeros que no conocemos pero que al fin y al cabo somos del mismo cuerpo.

Mientras llevábamos vida legal, digamos, dentro de la sociedad y como organización del CUC, nuestra afiliación guerrillera se mantenía oculta. Pero luego me incorporé al Frente César Sandino, en marzo de 1982, ya conocí a mucha más gente.² Columnas guerrilleras completas, emisarios, compañeros, que yo no creía que fueran miembros de la organización, pues allí me los fui a encontrar. Por supuesto que también encontré a gente conocida, allí estaba Gregorio Chay plenamente alzado, como se le decía en ese tiempo, y otros compañeros a quienes recuerdo entrañablemente; unos cayeron, otros están vivos.

La línea entre el EGP y el CUC no era borrosa en cuanto organización, allí estaban muy bien definidas, era solamente borrosa en la membresía de cada persona. Nosotros teníamos claro que la organización de masas era necesaria. Y sigue siendo necesario, pues, porque la propia población debe tener su propia forma de organizarse, sus propios principios, su propio pensamiento. Mientras

² La participación de Toj Medrano en el Frente César Sandino puede encontrarse en el capítulo titulado *Empecé a resucitar*, más adelante en el relato. [RVE].

una organización es revolucionaria, o un partido de verdad, se restringe más en ciertas cosas. La población es la población. Pero esa diferencia entre CUC y EGP, en algunas mentes, en algunas cabezas generaba confusión. Como que éramos lo mismo. Como años antes entre Democracia Cristiana y Acción Católica; era sumamente difícil distinguirlas. Lo mismo acá.

Nunca hubo un problema institucional, se podría decir, porque miembros del CUC hayan sido parte de la guerrilla. Esa pertenencia nos fortalecía, sabiendo que éramos no sólo de una misma organización de masas, sino que también de una misma organización revolucionaria. Para ese momento no hubo casos de compañeros del CUC que vieran con malos ojos esta incorporación clandestina y relación con el EGP. Estamos hablando de inicios de los ochenta. No había personas con esa actitud. Repito, el saberse miembro de una organización que combatía frontalmente era un honor y, además, una fortaleza.

Hay que aclarar una cosa. Las reuniones del CUC eran reuniones del CUC, no había otra gente metida. Y cuando hacíamos reuniones de célula, de base, las regionales, etcétera, eran reuniones de ellos, nadie se metía. Repito, esta relación con el EGP la sabíamos nosotros, la demás gente no tenía por qué saberlo. Después, la extensión del EGP se hizo en el CUC, en las diversas localidades. De allí que cuando aparece ya la guerra plenamente y el CUC deja de funcionar, porque no podía tener ya vida en el claro, los mismos compañeros se incorporaron más rápidamente a la organización revolucionaria, porque era necesario tener compañeros seguros dentro de cada una de las localidades. Todo se hacía clandestinamente. Esta forma de militancia era un requisito indispensable para ser parte de la organización. No se podía andar por la libre. Ahorita lo decimos abiertamente, pero en ese entonces no se podía

hacer eso. Ya sabemos que una organización que enfrenta al Estado de manera directa es perseguida, es enemiga de muerte.

Pero sí teníamos a compañeros en las localidades, que generalmente era uno solo el que sabía que era militante. Recordemos que nosotros éramos también de la base, y el proceso trató de ser el mismo. Los compañeros contactados por el EGP y el silencio de la militancia. Muchos podían ser, incluso vivir y trabajar juntos, pero no se tenía por qué saber nada.

En el EGP hubo categorías. Se podía ser colaborador, militante o miembro. Se le decía a la gente, entonces: “Miren, están las siguientes categorías. ¿En cuál quieren estar? ¿En cuál de estas se sienten mejor ustedes?”. Era opcional, y dependiendo de la respuesta del compañero, así era el carácter de su incorporación. En mi caso fui militante.

Hay que decir que aunque miembros del EGP no estaban en las reuniones, se les orientaba a través de nosotros, y se les comunicaba lo que había que hacer como CUC. ¿Por qué? Porque la organización revolucionaria tenía el manejo coyuntural y estructural desarrollado más claro que el CUC. Servía para no chocar, para no hacer acciones que caían fuera de lo que correspondía en ese momento. Pero tampoco era una obediencia ciega, no era así tampoco. Lo asumíamos plenamente como una necesidad, porque había cosas que nosotros no alcanzábamos a ver. En cambio, los miembros del EGP con mayor rango sí tenían mayor manejo de la situación. Eso nos ayudaba muchísimo a nosotros para que nuestras actividades como CUC fueran coherentes.

Ahora, seguramente la vinculación entre el CUC y el EGP fue pensada por éstos como una relación progresiva, no la incorporación del CUC al EGP, sino la claridad de los dirigentes hacia un compromiso cada vez más grande, de mayor alcance. Pero no dio

tiempo. Simplemente no nos dio tiempo. Comenzaron las masacres, arreció la persecución, lo de la Embajada de España que fue un hecho terrible. Esto entonces nos sacó del *ring*, nos sacó de la dinámica que llevábamos. Nunca esperamos que fuera así.

A mi regreso en junio de 1981 de la gira internacional ya todo estaba desbaratado. En cuestión de unos meses era un panorama totalmente distinto. Los acontecimientos nos habían rebasado. Yo, junto con otros compañeros, pasamos directamente a la clandestinidad. No podíamos llevar una vida normal. A mí me destacan, ya no sólo como un miembro del CUC que colaboraba con la guerrilla, sino como un miembro activo del EGP, me mandan a Los Altos, por Totonicapán y Quetzaltenango. Me mandan para allá a seguir con el trabajo de base, porque en estos lugares la represión no era tan fuerte. Seguimos entonces con el trabajo de sumar gente al CUC, con las bases y contactos que ya teníamos en Totonicapán y Quetzaltenango, sobre todo por la región mam. Quedé en ese tiempo por estos rumbos. Me encantó.

El trabajo en Los Altos era básico: atención política a la gente que estaba conectada con el CUC. Digamos, seguir la lucha, ahora con menor intensidad, pero continuar con la organización. Y por supuesto la formación política. Ir contando lo que iba aconteciendo en el país. Entonces no quedaba más que el trabajo de hormiga, una vez más. Ir animando a la gente, diciéndoles que se mantuvieran en la lucha, al menos de manera clandestina.

Los acontecimientos corrían vertiginosamente, al grado de que cuando me secuestraron un mes después, en julio, perdí por completo contacto con el exterior. Antes del secuestro, mientras trabajaba con unos compañeros que ya estaban alzados, nos dimos cuenta que la gente no quería seguir pidiendo pláticas. La gente decía: “No, cómo va a ser que vamos a pelear contra un ejérci-

to que tiene armas y nosotros con palos, no, no se puede. Así no. Lo que queremos son armas”.

Estoy hablando no sólo cuando ya estábamos todos alzados en la montaña, sino que también antes del '82, la gente se desborda y pide. El movimiento revolucionario no tuvo la capacidad de entregar las armas, y quién sabe si hubiéramos tomado el poder, si hubiéramos podido mantenerlo. Entonces diríamos que la historia nos juzgará, pero al poco tiempo nosotros vimos lo que pasó en Nicaragua. A diez años de haber tomado el poder se perdió, y además con una serie de problemas que tuvieron que enfrentar los compañeros allá; la Contra, el Embargo, todo esto con el apoyo de Estados Unidos. Repito, el hecho que no hayamos podido haber entregado armas, en ese tiempo, tal vez pudo haber sido bueno, aunque finalmente, se sabe muy bien, que las masacres que realizó el ejército fueron innumerables y miles de hermanos nuestros murieron, fuimos severamente golpeados por el ejército. Se defendió lo que se pudo, se logró que ciertas personas pudieran escapar, pero mucha gente no lo consiguió.

Yo recuerdo muy bien esos lugares de Totonicapán y lo que me decían. “Queremos armas, no queremos charlas”. Querían armas. Ahí es donde yo digo que nos rebasaron los acontecimientos. Es cierto que el EGP tenía la intención, como movimiento revolucionario, de no volverse un movimiento masivo. Porque es una guerrilla, es un ejército, el cual debe ser pequeño. Pero sí que sus expresiones sociales sean amplias; eso sí. Lo otro no estaba contemplado. Por eso nos sobrepasaron los acontecimientos. Porque la gente decía: “Nada, nosotros no queremos morir como pollitos en el corral”.

La gente se las olía, claro que lo hacía. Porque no quedaba de otra, estaban matando a la gente, las comunidades ya estaban

huyendo. No había de otra. Aclaro que hablo del caso de Quetzaltenango, pero pasó en varias partes. Cuando el Estado actuaba con represión, no le quedaba otra opción a la gente: huir a las montañas, claro está. Pero eso no lo podían hacer todos. Sabemos muy bien que el CUC afirmaba que estaban siendo perseguidos sus integrantes. Porque recordemos que el ejército no diferenció a la hora de matar. Esa es otra cosa que hay que aclarar. Ellos no diferenciaron. Por eso se llama tierra arrasada. Parejo todo, todo. ¿Qué le quedaba a la gente? ¿Qué le quedaba a la juventud? Armarse.

Pero no había armas... fue duro. Y en el '82 fueron capturadas todas las Patrullas de Autodefensa Civil (PAC), imagínese. Porque o se metían a las patrullas o sus comunidades eran prácticamente arrasadas. ¿En dónde están las armas? Somos incapaces de hacer algo. Nos contestan que no les queda otra opción más que irse a las PAC, porque si no los iban a matar. Esa fue la salvación de ellos. Pero no se desvincularon. Hablo de Quiché, hablo de Zacualpa, del área ixil, hablo de Joyabaj. No se desvincularon, se mantuvo el contacto. De allí que la guerrilla en ese lugar se salvó, porque los mismos patrulleros civiles anunciaban por dónde iban a patrullar. Y entonces la guerrilla se movía por otros caminos. Porque eso sí nos dijeron: —Compañeros, si nos chocamos tenemos que actuar. No hay de otra, porque si no nos matan. Así que les pedimos que por favor no se pongan en nuestro camino. Que a nadie se le ocurra pasar por allí, porque vamos a tener que actuar.

Eso fue una cosa muy hermosa, muy bonita. A pesar de la frustración, a pesar de eso se seguía —y se sigue— manteniendo la esperanza de un cambio. Los compañeros son compañeros. Nos conocíamos desde comienzos del CUC.

Muchos de los que nos metimos en la guerrilla nos metimos por principios también, pero desgraciadamente por la represión

nos infiltraron a la organización. Se manchó así la imagen de la organización revolucionaria. Eso habría que decirlo. La entrada a la organización ya no fue seleccionar bien, ver quiénes eran las personas, observarlas de cerca, en fin, como se venía haciendo; esa dinámica se perdió. De allí que entonces hubo gente que llegó con otros intereses. A la larga, por esto mismo, se dieron procesos y desmanes ajenos a los principios revolucionarios. Pero a los que nos conocían, por supuesto que la gente nos protegía. Aunque fueran patrulleros civiles. Eso fue lo que salvó al FACS, el Frente Guerrillero Augusto César Sandino, parte del EGP. Que aunque ya estuviera la Unidad Revolucionaria Nacional Guatemalteca (URNG) —que creo fue en el ‘82 cuando se fundó—⁵ cada organización tenía su propia identidad. Nos seguíamos llamando no necesariamente EGP, pero la gente sabía quiénes éramos. Nos seguía informando y nos defendía.

El CUC dejó de funcionar públicamente, hubo coordinaciones del CUC en cada localidad, lo que llamábamos Coloco, con el tiempo se convirtieron en el Comité Clandestino Local (CCL). Era la misma estructura. Ya venían desde antes y después de ese paso siguieron siendo, por algún tiempo, clandestinos. Hay que recordar que cuando se calmó la violencia, cuando se acabaron las masacres, la gente volvió a su localidad, volvió a tener su vida más o menos normal, y la organización, a través de los CCL, continuó su trabajo.

⁵ La URNG se formó el 7 de febrero de 1982, como una coalición, que tuvo poco de orgánica, entre las cuatro principales organizaciones revolucionarias: el PGT, el EGP, las Fuerzas Armadas Rebeldes (FAR) y la ORPA. Al respecto, puede consultarse Ricardo Sáenz de Tejada, *Revolucionarios en tiempos de paz. Rompimientos y recomposición en las izquierdas de Guatemala y El Salvador*, Guatemala, Flacso, 2007 y Comisión para el Esclarecimiento Histórico, *Guatemala: causas y orígenes del enfrentamiento armado interno*, Guatemala, F&6 Editores, 2000. [RVE].

La función de estos CCL fue orientar a la población. También pertenecían a los patrulleros civiles. Dentro de estas patrullas teníamos a uno que otro CCL, lo cual era demasiado riesgoso. Solamente con compañeros calificados y probados de que no dirían algo. Porque si llegaban a hablar algo sería una cosa tremenda. Así tratamos de mantener hasta ese nivel. Por localidad, los CCL no pasaban de tres a cuatro personas. No se podía más, sobre todo en Quiché.

Se decía a los compañeros que debían de protegerse a través de una serie de orientaciones. Por ejemplo, no ir a las fiestas si no es necesario, no estar solo, no andar a altas horas de la noche caminando, si hay algún accidente nunca ir a mirar, darse la vuelta y seguir caminado; en fin, ser muy discreto para proceder. Pero también hubo orientaciones cuando la represión fue fuerte, de que se establecieran señales cuando las fuerzas del ejército u otras fuerzas represivas, que en este caso podía ser la judicial, se llegara a la comunidad, había un sistema de alarma. Podían ser cachos de toro, o la campana de la iglesia de la localidad, o podía ser un chiflido, así de esta manera ya se sabía que había un peligro. Con esto, además de bajarle la guardia a las personas que querían hacer daño, la gente se sentía un poco más segura porque sabía que había más que estaban recibiendo el mensaje. Estas fueron orientaciones directamente del EGP y del CUC; orientaciones para defenderse.

Esta relación del EGP con las organizaciones de masas era una relación estrecha a través de los compañeros. Una relación muy unida. La gente organizada siempre mantuvo también una relación indirecta con el EGP, ya que siempre se les hacía llegar avisos y orientaciones; tengan cuidado de tal cosa, eviten esto. Por ejemplo, antes de que comenzaran las masacres se les dijo que tuvieran cuidado, que guardaran su maíz en otra parte. ¿Cómo se sabía esto? Yo no lo sabía. Seguramente nuestros compañeros en un más alto ni-

vel tenían un buen trabajo de inteligencia por el cual se enteraron, aunque no sé en qué medida, acerca de las masacres. Así se llegaba a saber que iban a suceder esas cosas. Estamos hablando de 1981 y 1982. En el Quiché propiamente no había todavía masacres. Lo que sí había eran desapariciones y la represión más selectiva. Muchos compañeros habían sido desaparecidos o asesinados. Esto sí estaba a la orden del día.

Es importante aclarar también que toda esta organización fue en el área rural. La cabecera fue terreno del ejército, estoy hablando de las localidades netamente rurales. Entonces en Santa Cruz del Quiché, su área rural; en Zacualpa también su área rural, y así otros departamentos y municipios. Era, por supuesto, un gran apoyo logístico, pero también eran los ojos y oídos de la organización.

La comida y la ropa se mandaban comprar. Hay que tomar en cuenta una situación. En el EGP, al menos en sus primeros momentos, hubo mucha austeridad en el uso de los recursos, pero muchísima austeridad. Los fondos que tenían eran manejados muy estrictamente. Eso también a la gente le llamó la atención. No hay derroche, no hay nada. Mandábamos comprar las cosas con la misma población, que también era una cuestión delicada porque los orejas del ejército estaban en todos lados viendo qué familia compraba qué, qué familia compraba más de lo normal. Las compras se hacían, entonces, distribuidas entre varias familias. Nunca se hizo una carga gigantesca para nosotros. Mucho menos botas, ni nada de eso. Hubiera sido muy obvio. Todo esto requería una sólida organización y pensar en la población, no se quería ponerla en riesgo indebidamente. Eso fue, digamos, algo que creó confianza y bastante respeto dentro de la población. Lo mismo en los combates.

Como decíamos, nuestra población tuvo que aceptar las patrullas civiles porque no quedó otro camino. Y el ejército tuvo esta

maniobra sucia de poner adelante, ya en el combate, a la gente, a los patrulleros. El ejército venía atrás y las patrullas eran la punta de lanza; a veces también el ejército se ubicaba en medio, con los patrulleros posicionándose atrás y adelante. La guerrilla tenía la indicación de no tirar a los patrulleros. No había que hacerlo. Igual ellos, cuando tiraban lo hacían para arriba, no apuntando a la guerrilla. Esto por principio, ya que no se trataba de golpear a la población civil. Si en algún momento hubo un accidente de este tipo fue porque no quedó de otra. Las condiciones del combate exigían el fuego cruzado, no fue porque se buscara.

La represión con Lucas García en junio de 1981, a mi regreso, cambió por completo mis prácticas diarias, sobre todo en el CUC. Mi transporte era el bus, como cualquier persona. Tomaba el bus que deseaba y me bajaba en la comunidad de destino, como si nada. Era la única opción. Y claro, la policía constantemente nos paraba. Era una cosa terrible. Era una cosa que a mí me hacía buscar lo más pronto posible, lo más rápido posible, mi lugar de destino. Mi trabajo clandestino en esa época implicaba viajar constantemente a la capital. Y, con esto, a cada rato retenes. Esto me obligaba a portar una cédula falsa, la cual me había sido dada por compañeros del EGP. Estos retenes eran terribles, me dañaban los nervios. Lo peor era su frecuencia. Retén saliendo de la ciudad, cuando pasaba por Cuatro Caminos, transitando por Xela, llegando a Toto. Quiera que no, por mucho que uno tuviera fortaleza, era sumamente complicado. Se está a merced de ellos, sin poder hacer nada, a segundos de cualquier cosa. Una situación realmente horrorosa. Recuerdo que yo se lo mencioné a los compañeros; no sé si le pusieron atención o no, pero el caso es que quienes realizábamos esas labores teníamos que aguantar esos momentos tensos.

Un retén normal lo que hacía era parar el bus, cualquier bus, y bajar a toda la gente que estaba adentro. A cada uno lo revisaban, también sus cosas, y le pedían su documento de identificación. Todos con papeles en mano. Yo siempre andaba, no con papeles comprometedores, pero sí que tenían un doble fondo. En todos los viajes que realicé de este tipo, nunca vi un caso en el que agarraran a alguien mientras íbamos en el bus.

Después estos retenes comenzaron a hacerse con encapuchados. Estas personas eran compañeros, seguramente capturados, que estaban puestos por el ejército para delatar a cualquier persona que conocieran o que pareciera sospechosa. A mí me tocó dos veces pasar por estos encapuchados. Sinceramente, me hizo sentirme fregado porque ya no se tenía la misma confianza con el resto de compañeros. Ya se sabe quién está de qué lado. Sobre todo a mí, que me conocían en varios departamentos por todo el trabajo de hormiga que hicimos con el CUC y las labores que realizaba en ese momento con el EGP. Fueron momentos muy difíciles. Quién sabe si al final de cuentas esas personas con capuchas eran realmente compañeros. Lo cierto es que provocaban miedo por cualquier cosa en la gente que iba en el bus. Se imaginan entonces la gente preparada que se necesitaba para esos trabajos. Es que realmente era una cosa tremenda. Ahorita yo lo digo como si nada, pero en aquellos momentos se necesitaba un temple, una serenidad gigantesca.

Cualquier cuestión que denotara mucho miedo, ni modo, lo agarraban y se lo llevaban a interrogarlo. A mí no me tocó de esta forma, pero igual les dije constantemente a los compañeros: —Miren, yo me siento bastante inseguro en estas situaciones.

Por supuesto, no hubo tiempo para hacer algún tipo de cambio. Mi petición para evitar esto fue pedir mi alzamiento total en alguno de los frentes guerrilleros. Porque lo que estaba haciendo

era un trabajo abierto, no andaba escondido, estaba viajando, efectuando el trabajo organizativo. Con una cédula falsa, claro, pero eso no garantizaba nada. Sentí entonces un riesgo muy fuerte que pudo haberse evitado. Pero que la historia lo diga ¿no?

Tuve varios seudónimos dependiendo del lugar. En Xela me llamaba Francisco. En otro momento Pedro. Y así mantuve mi identidad por algunos años. Aunque el nombre que llevaba en la cédula era el de Julián Aj' Pop, que es un apellido muy común en el área k'iche', pero también es de los personajes y autoridades que se mencionan en el *Popol Wuj*. Para entonces, sinceramente, yo no lo hice en referencia a este libro. Me salió completamente al natural. Y todos los datos de los documentos, fechas, padres, número de documento, dirección, me lo sabía de memoria.

Meses antes de mi captura, la relación con mi familia era interesante. Ellos por supuesto sabían todo lo que estaba pasando. Sólo una de mis hermanas no se comprometió con la lucha. De ahí todos. Para el '81, mi hijo mayor tenía 21 años. La patoja tenía 18 años. El otro tenía 16. Todos alzados en la montaña con el EGP. Toda la familia. Los chiquitos porque no podían, pero de allí todos estábamos dentro. Por eso se puede decir que los k'iche' nos incorporamos en familia a la lucha. Entre nosotros no hubo nadie que reaccionara negativamente ante esta situación. No, todos lo asumimos. Bueno, a mi hermano lo mataron antes, frente a la Radio Quiché. Con mi otro hermano, yo sabía que él estaba comprometido, pero nunca tuvimos una fuerte relación. Me enteré después cuando lo secuestraron en 1988. Hasta la fecha no sabemos nada de esto. En fin, como núcleo familiar había un compromiso de todos.

Por ejemplo, una hermana estaba en la casa, porque ella se quedó sola, en el momento de mi captura. Y supo entender todo lo que pasó. Varios de mis hijos estaban alzados ya. Los dos mayores, un

hombre y una mujer, estaban en la montaña. Tuve tres que estaban ya alzados. Hubo un compromiso político de familia. Cuando yo me comprometí, al comienzo no lo dije, pero después llegué con mi esposa y le dije: “mirá, tengo este compromiso”. Y mi finada esposa también estaba comprometida, ella estaba dentro de Acción Católica. Porque eso no se lo conté, pero había Acción Católica femenina, tenían su propia Junta Directiva y ella siempre fue de la junta. Ella fue de las mujeres que tenían claridad sobre lo que estaba ocurriendo. Ella no fue miembro del EGP. Pero sí sabía perfectamente mi incorporación, sobre todo cuando salimos de Quiché, toda la familia, sabía por qué lo hicimos. Ese fue el primer gran desarraigo.

Con mis hijos alzados nos escribíamos constantemente por medio del correo clandestino que se tenía en la organización. Las cartas se tardaban, llegaban tres o cuatro meses después. Ir al campamento a visitarlo no se podía. Sólo después, cuando me alcé, pero antes del ‘81 era imposible. Donde yo tuve acceso fue a campamentos en Chichicastenango. Pero no a campamentos guerrilleros, propiamente dichos. Allí no podía entrar cualquier gente. Sobre todo por lo que yo estaba haciendo, moviéndome de un lado a otro, no había tiempo. Además, me encontraba con los compañeros en una casa equis. Y a veces no en casas, sino en algún lugar. Esos encuentros eran más por amor, por afecto. Ver a mis amigos, a mis compañeros, verlos allí me nutría. En lo que estaba metido era un trabajo solitario. Eran tareas necesarias, pero en las cuales yo me sentía ya inseguro. Mi anhelo, mi deseo más profundo en ese momento, era incorporarme lo más antes posible al movimiento ya alzado. Le repito que no dio tiempo.

Es entonces cuando me capturan, en el ‘81, julio de 1981.

PARTE II. PRISIÓN POLÍTICA

12. EL SECUESTRO¹

*En una de las calles de Quetzaltenango,
sábado 4 de julio de 1981*

Eran entre las 4:30-4:45 de la tarde, caminábamos sobre la acera del costado norte de la Catedral de Quetzaltenango, justo frente al almacén El Pájaro Azul, a unos 25 o 30 metros de la 11 Avenida, cuando sentí que me encañonaron en la cabeza y en la espalda, al tiempo que me doblaron los brazos hacia atrás.

—Vos, hijo de la gran puta, sos de Quiché, ¿verdad? —dijo un individuo.

A empellones me llevaron hacia la avenida que pasa frente a la catedral (11 Av.). En esos fugaces segundos lo primero que pensé fue en los niños y en la compañera que andaban conmigo. Cuando

¹ De este capítulo 12 al 29, consta el escrito de Toj Medrano, incluidas las notas al pie de página, a menos que se indique lo contrario. [RVE].

me llevaban casi arrastrado, y al momento de atravesar la avenida, apareció un carro con las portezuelas abiertas. Hice un esfuerzo supremo por zafarme de aquellos cuatro o cinco hombres; logré soltarme un brazo, quise introducir la mano en el bolsillo del pantalón donde llevaba un casete comprometedor, pero ya no pude tirarlo.

A mitad de la calle se detuvo el vehículo con el motor encendido, y con violencia me introdujeron en él. Me tiraron en el piso, me esposaron las manos hacia atrás y me encañonaron en la cabeza. Dieron unas vueltas por las calles alrededor de la catedral y la municipalidad, minutos después se introdujeron con el carro a un zaguán.² Me sacaron violentamente del carro:

—Agachá la cabeza —me ordenó uno.

Había policías en esa casa. Me condujeron a un pequeño cuarto; era el servicio sanitario. Allí me quedé con las manos esposadas hacia atrás, tirado en el piso mojado. A cada rato entraban los policías a defecar. A las horas se oyó que entraron más policías rindiendo novedades. Entonces me di cuenta que estaba en el Primer Cuerpo de la Policía Nacional.³ Dos o tres horas después me fueron a sacar y me pusieron frente a un hombre joven, vestido de particular, quien sin mediar palabra me comenzó a golpear a puñetazos en el estómago. Reaccioné preguntándole por qué me estaba golpeando.

—Callate, hijo de la gran puta —dijo, y me siguió golpeando—. ¿Cómo te llamas? —preguntó.

—Julián Aj'Pop López —respondí.

² Entrada ancha con portón grande de las casas antiguas, ahora, generalmente usado como garage.

³ Como es sabido, la PN estaba dirigida por el general German Chupina Barahona, que formaba parte del CRIO en ese momento. [RVE].

—¿Cuántos años tenés? ¿Cómo se llama tu papá, tu mamá?

Yo me sabía de memoria todos esos datos; sabía bien el número de la cédula, la fecha que fue “extendida”, etc.⁴ Me pareció ver que estaba entrando en duda por la seguridad con que le estaba respondiendo.

—No, vos no te llamás así —me decía, y vuelta a los golpes—. ¿Qué trabajo tenés?

—Soy comerciante.

—¿Dónde vivís?

—En la capital.

Había algo que me daba fuerzas: era sábado y ya era de noche. A esas horas y en día de descanso era difícil que tuvieran acceso al registro civil de la capital, donde supuestamente se me había extendido la cédula. Así que sostuve con firmeza la pantalla⁵ para ganar tiempo. En estos momentos, “en lo que evacuan” —pensé— “más de alguna noticia tendrán ya en la casa sobre lo que ha pasado”. En el cuarto, donde aquel esbirro me estaba golpeando, estaba presente uno de los que participó en mi secuestro, un hombre gordo (era capitán de la Policía Nacional) que presenciaba la golpiza que aquel otro hombre me daba.

—Decí la verdad, mijo, decía el capitán.

Después que terminó de golpearme aquel esbirro, quedé tirado en el piso. Salieron todos, menos un sargento que dijo ser de Tonicapán, y del que era evidente su ascendencia indígena. Este esbirro trató de sacarme información mañosamente. Metió sus

⁴ Uno de los métodos para mantener nuestra clandestinidad era usar falsos documentos de identificación, elaborados en nuestra organización.

⁵ Conjunto de conceptos, actividades y argumentos ficticios todos, para mantener la actividad e identidad clandestinas.

manos en mis bolsillos para robarme lo que tenía. Llevaba pocos quetzales. Cuando vio que eran pocos, dijo:

—No tenés ni mierda, vos.

Se llevó el casete que no pude dejar tirado en el momento del secuestro, y que tampoco pude sacar de mi bolsa mientras estuve en algunos momentos solo, por tener las manos esposadas hacia atrás. Me levantó y me introdujo al pequeño cuarto del inodoro. Seguían entrando a cada rato los mal encarados policías a defecar; cada quien me preguntaba quién era yo. —¡Ah, vos sos algún guerrillero mierda! —decían, mientras me pateaban. Los que estaban borrachos se ensañaban más. Aquella noche la pasé sin pegar los ojos para nada; la pasé rezando y pensando qué decir, si tal o cual cosa me preguntaban. Estaba demasiado preocupado por la suerte de los niños y la compañera, y por el casete, que lo podían escuchar en cualquier momento.

A primeras horas del domingo 5 de julio, tal vez a las siete de la mañana, llegó el sargento totonicapense, acompañado de otro policía. Me empezó a ver de frente y de perfil. Se notaba que tenía duda.

—¿Cómo te llamás!?

—Julián Ajpop López —contesté con seguridad.

—Éste es —le dijo al sargento y salieron.

Yo pensé, “son cuentos, éste no me conoce”. A eso de las ocho de la mañana entró a verme el jefe de la policía. Le decían “mi coronel”.

—Éste es el detenido —dijo.

Yo me dirigí a él con cierto tono exigente.

—Mire señor, yo no tengo ningún delito, quiero que me dejen libre. Quítenme estas chachas, no he robado nada para que me tengan así —le dije.

—Ya vamos a aclarar tu situación —respondió.

Tuve una ligera esperanza en aquellas palabras, porque estaba en manos de la Policía Nacional, que era menos criminal, según yo. Al rato oí voces que me eran familiares: ¡Era el casete que llevaba conmigo! Se oía que regresaban la cinta y luego se quedaron escuchando todo lo grabado. Eso me angustió mucho porque significaba el agravamiento de mi situación. Aunque de alguna manera ya no tenía tanto terror porque para entonces en la casa ya sabrían con toda certeza que había sido capturado, y ya habrían tomado las respectivas medidas de seguridad.⁶ Al respecto, habíamos platicado en muchas ocasiones con mi esposa y mis pequeños hijos sobre qué se debía hacer en caso de secuestro. Aunque siempre que lo abordábamos nos dejaba una sensación de miedo y de angustia.

Recé con mucha fuerza interiormente. Me recriminaba internamente por no haber tomado mis medidas de seguridad con ese casete. En esos momentos ya se estaban hinchando mis manos, y cada vez me apretaban más los grilletes. Los brazos los tenía ya muy adoloridos.

Serían las 12 o 13 horas de aquel domingo 5 de julio cuando nuevamente me fueron a sacar del inodoro y me llevaron a otro cuarto para otro interrogatorio. Además del sargento y otros policías, estaban dos hombres más, vestidos de civil.

—¿Qué tal vos? —dijo uno de los vestidos de civil. Tuve la impresión de conocerlo—. ¿Cómo te llamás? —preguntó.

—Julián Ajpop —le dije.

⁶ El plan de emergencia para enfrentar cualquier problema de seguridad contemplaba, en caso de secuestros o denuncias contra nosotros, evacuar la casa y buscar otra vivienda para evitar más golpes de las fuerzas represivas.

Me hizo casi las mismas preguntas que me habían hecho los otros. Al terminar de hacerlas, dijo:

—Yo te conozco, vos no te llamas así.

Me quitó el puente dental, y con la cabeza hizo seña a los policías. Éstos me tumbaron boca abajo en el piso y me empezaron a torturar con la capucha, otro me quemaba las manos con colillas de cigarro.

—¿Cuál es tu mero nombre, hijo de la gran puta? —me preguntaban.

Yo respondía lo que ya venía respondiendo. Había momentos que ya sentía morirme, unos segundos más y perdía la vida por asfixia. ¿Qué andás haciendo por aquí?, era la pregunta que más hacían. Después de largo rato de insoportables torturas tratando de asfixiarme y quemarme las manos que tenía esposadas a la espalda, quedé tirado en el piso agotado y sudoroso.

Pasaron unos minutos, luego me levantaron bruscamente. El hombre que estaba dirigiendo la tortura se sentó en una de las camas, frente a mí. Me lanzó estas palabras:

—Vos te llamás Emeterio Toj Medrano; vos trabajaste en la Radio Quiché. Yo te conozco bien —dijo con rabia—. Así que no sigás negando porque es en balde.

Sin titubeos, respondí:

—Sí, soy Emeterio Toj Medrano, pero no tengo ningún delito para que me tratés así. ¿Qué quieren conmigo? —reclamé.

—¡Ah no, será la gran puta!

Volvieron a ponerme la capucha. —¿Qué es lo que hacés aquí? ¿Dónde está el Adeloiso Pérez? ¿Dónde está Diego León Pú? ¿Dónde está Ventura Álvarez? ¿Dónde están esos hijos de la gran puta? Esos son tus meros compañeros, ¿verdad? —vociferaban con rabia.

—¿Quién te dio esta cédula?

—La compré en la calle, en la capital, a una persona que no conozco. —¿Cuándo?

—Hace dos años.

Esas preguntas me las hicieron en medio de torturas. A pesar de esos tormentos, yo estaba tranquilo internamente porque no sólo no sabía nada sobre aquellas personas por las que me preguntaban, sino que ello indicaba que no sabían de mis actividades, al menos de mis actividades en los últimos meses. Me siguieron torturando, interrogándome sobre las personas mencionadas. Hasta ese momento estaba sosteniendo que yo vivía con mi familia en la capital, y en ese momento con más firmeza.

Seguía preocupado por los niños y la compañera madre de familia, que también pudieron haber sido capturados o seguidos hasta donde vivíamos en Llanos de Urbina, Quetzaltenango.

Sostuve ante los torturadores que yo andaba ganándome la vida como pequeño comerciante, comprando y vendiendo frutas y cosas de artesanías de Quetzaltenango para vender en la capital.

Había respuestas que sí correspondían a hechos reales, por ejemplo:

—¿Qué andabas haciendo con los patojos ayer?

—Yo sólo estaba comprando zapatos a uno de mis hijos, y estábamos por salir a la capital.

El sargento daba su aprobación con la cabeza. Después supe que lograron arrebatarse la bolsa a Jorge Rufino, en ella iban sus zapatos viejos. También iba una cámara que Wali⁷ me había prestado días antes.

Después de aquel largo interrogatorio en medio de bestiales torturas, me fueron a tirar de nuevo al cuartito del servicio sani-

⁷ Esposa del doctor Miguel Alvarado, de Cantel, Quetzaltenango.

tario. El resto de ese día lo pasé angustiado, y con fuertes dolores en las manos esposadas a la espalda. El rezo me daba fortaleza. Ya iba sobre 24 horas sin comida, agua y sin dormir. Me angustiaba pensar sobre la familia: ¿Qué sería de Marta?⁸

⁸ Mi esposa, que le tocaba dar a luz en esos días.

13. EN EL CUARTEL LISANDRO BARILLAS

A eso de las 8 de la noche me fueron a sacar y me introdujeron en un carro que estaba en el zaguán del edificio del Primer Cuerpo de la Policía. Me colocaron en medio de tres esbirros. Me pasaron las manos hacia adelante, sentí un profundo alivio. Me pareció extraño que me llevaran sentado, dándome cuenta dónde estábamos. Comprobé plenamente, al salir a la calle, que sí era el Primer Cuerpo de la Policía Nacional donde me habían llevado durante las primeras horas del secuestro. Pero esa oportunidad de ver lugares, inmediatamente me hizo pensar que podía ser mi última oportunidad de observar aquellas calles, tantas veces por mí recorridas en los últimos 12 meses. Aquel pensamiento me dio terror. Recé para pedir fuerzas en aquellos dolorosos minutos. Lo primero que pensé es que me irían a matar en alguna parte de las afueras de la ciudad, ya que era lo común en esos días de terror.

El vehículo tomó la 14 Avenida, cuesta arriba, buscando La Democracia, Zona 3, luego rumbo a la salida hacia la carretera a

San Marcos. “Ojalá fueran a tirar mi cadáver a Ostuncalco, más de alguna persona podría reconocerme”, pensé.

Cuando nos aproximamos a las instalaciones de la Zona Militar Manuel Lisandro Barrillas,¹ el capitán policiaco que conducía bajó la velocidad del vehículo y se introdujo al cuartel. Sentí terror de nuevo.

—Soy el capitán de la policía, vengo a hablar con mi coronel —le dijo al centinela desde la ventanilla del vehículo.

Aquellas instalaciones las sentí frías, realmente frías. Subimos unas gradas; en el segundo piso esperamos unos momentos en unos bancos de madera. Me empezó a doler el estómago. Al rato, se acercó el coronel, un hombre blanco, alto, de ojos azules, acompañado de otros dos oficiales, uno de mediana edad de grueso bigote y otro con papeles bajo el brazo, y dos soldados más que los acompañaban.

—Aquí está el sujeto, mi coronel —dijo sumiso el capitán policiaco.

—Con que vos sos Emeterio Toj Medrano, ¿no?

—Señores, necesito ir al servicio sanitario —le respondí.

—Llévenlo —ordenó a los soldados. Los soldados estaban agresivos.

Era la primera vez en más de 24 horas que hacía uso del inodoro. Las manos esposadas las tenía en ese momento adelante. Me

¹ El cuartel militar estaba a cargo de Francisco Luis Gordillo Martínez (promoción 70, año 1963). El segundo comandante era Edilberto Letona Linares (promoción 58, año 1956), que antes fue jefe de la temida Policía Judicial por unos meses a partir de noviembre de 1969. Ambos fueron condenados en 2018 por el caso Molina Theissen, ocurrido también en 1981. El oficial de inteligencia asignado al cuartel era Édgar Armando Trejo Reyes [RVE].

costó usarlas, porque ya estaban hinchadas. Al momento de despedirse el esbirro capitán de la policía, me dijo sarcásticamente:

—Bueno, vos, aquí quedás en buenas manos, los señores te van a cuidar bien.

Y seguidamente dijo: —Mi coronel, le vamos a quitar las chachas (grilletes), esas son de allá.

Al nomás quitarme las chachas el jefe policiaco, el coronel ordenó a los soldados que me volvieran a esposar. Se puso delante de mí, y dijo:

—¡Qué gusto tenerte aquí, vos Emeterio! ¿Ya sabés qué te espera? —preguntó.

Yo guardé silencio, mientras sentía que un escalofrío recorría mi cuerpo. Me condujeron a un cuarto, que parecía una biblioteca. Me sentaron en una silla de madera y me engrilletaron las manos hacia atrás, en el respaldo de la silla.

—Si colaborás no te pasa nada —dijo el coronel de ojos azules.

Y empezó el interrogatorio. Mi padre, que muchas veces fue encarcelado por riñas callejeras con ladinos del pueblo en Santa Cruz Quiché, decía: “Con tantito que uno cambie su declaración... ya se fregó”. Así que yo procuré responder lo mismo que venía respondiendo.

—¿Qué hacés aquí en Quetzaltenango?

—Soy comerciante.

—¿Quién es tu contacto aquí en Quetzaltenango?

—¡Contacto! ¿Qué contacto? —pregunté asombrado.

—¡Ah puta! vos sabés a qué me refiero.

—No sé de qué está usted hablando.

—Mirá vos —dijo el otro oficial, que era un teniente—, nosotros te conocemos, sabemos muy bien qué es lo que estás haciendo, sabemos muy bien en qué babosadas estás metido. Nosotros tenemos

gente infiltrada con ustedes, así como tienen ustedes con nosotros. Así que decí la verdad.

—No sé de qué me está hablando, señor. Si ustedes saben de mí, sabrán que no estoy haciendo otra cosa que ganarme el pan para mis hijos —dijo serenamente.

Reaccionó violentamente y me golpeó en la nuca con la cacha de su pistola.

—Mirá —dijo—, si no colaborás te vamos a matar ahorita mismo. —Montó la pistola y me puso el cañón en la cabeza.

—Colaborá, vos, nada te cuesta —dijo el coronel.

Cada respuesta la iba apuntando el otro que llegó con papeles bajo el brazo. Hasta ese momento me sentía seguro, mis respuestas eran coherentes.

La cosa se me complicó cuando pusieron el casete y me empezaron a hacer preguntas de lo que estaba grabado en él. Había elaborado algunas ideas, pero no estaba muy preparado y me agarraron de sorpresa. Había cosas demasiado evidentes, que había que pensar bien qué decir. El lugar y la identidad de las personas era lo más importante a guardar a costa de lo que fuera; incluso a costa de la propia vida. La grabación contenía algunas palabras que dijimos en un pequeño convivio de despedida de unas queridas compañeras que se alzarían en esos días. Eran de las primeras alzadas para el FGACS.² La actividad estaba algo encubierta, las palabras también, pero de todos modos se daba a entender que era despedida.

—¿Qué decís de esto? —preguntó el coronel.

—Nada, es una grabación.

² Frente Guerrillero Augusto César Sandino. [RVE].

—Ya lo sé, cabrón —dijo apretándose los dientes—. Lo que quiero es que me digás de qué putas estás hablando allí.

—Pues nada... una simple grabación así por gusto, cosa de tragos en un pequeño convivio, como usted oye.

El teniente me volvió a dar otro golpe en la cabeza con la cacha de su pistola. La sangre me empezó a caer en la cara. Me incliné un poco, hasta donde me permitía la silla, para no mancharme la ropa. Volvió a poner el casete.

—¿En dónde, en qué casa hiciste esta grabación? —preguntó el coronel.

—En mi casa —respondí.

—¿En qué lugar?

—En Quiché, en mi casa en el pueblo.

—¿Cuándo?

—En enero del año pasado [1980].

En realidad, la grabación la habíamos hecho en enero '81 en Quetzaltenango. Los nombres todos eran pseudónimos.

Volvió a correr la cinta.

—¿Quién es la Canchita?⁵ —preguntó.

—Ah, ella es una muchachita amiga de mis hijitas que había llegado por allí esa tarde.

La “canchita” es mi hija María del Rosario. En la grabación se oía bulla de niños de brazos, se oían ruidos de botellas, se oían las gracejas de Chemita, el más pequeño de mis hijos.

—¿Quién es Manuelita?

—Ella es una patoja de un cantón de mi pueblo, me parece que de Xatinap.

⁵ Rubia. [RVE].

—¿Y a dónde se fueron esas patojas? Aquí mencionan una despedida.

—Ellas se fueron a estudiar a Chichicastenango y por eso les hicimos esa despedida.

—¿Quién es Esmeralda?

—Ella es una patoja del pueblo de apellido Lainez.

—¿En qué parte del pueblo vive?

—Me parece que cerca de la Policía Nacional.

—¿Cómo es ella?

—Es gorda y bajita —respondí.

—¿Usa anteojos?

—No.

—¿Quién es Berta?

—Es la señora que alquila la casa. Como ustedes saben, nosotros vivimos en el monte, nuestra casa en el pueblo la alquilaba doña Berta.⁴

—¿A dónde ibas a llevar ese casete, a quién se lo ibas a entregar? Porque no me digás que lo cargabas por gusto.

—Ese casete lo iba a dejar en la discoteca para que me grabaran unas canciones; pero no lo dejé porque todavía no estaba el otro que había encargado hace ya varios días.

—Son babosadas, yo no te creo ese cuento. ¿Cómo ibas a borrar una cosa tan importante?

—Para mí no tiene importancia.

—¿Y por qué no lo mandaste a grabar en la capital?

—Porque allá es más caro.

El teniente me puso el cañón de la pistola en la cabeza y me amenazó diciendo:

⁴ Berta era uno de los seudónimos que mi esposa usaba en esos días.

—Vos no estás diciendo la verdad, te voy a romper la cabeza con un balazo. ¿Conocés a Luciano Toj?

—Sí, es mi primo.

—¿Qué sabés de él?

—De él no he sabido desde que salí de mi pueblo. Sólo sé que trabaja en el Comité de Reconstrucción Nacional.⁵

—Y ese cura hijo de la gran puta... cómo se llama... ¡Luis Gurriarán!, ¿dónde está?

—No sé. Desde hace cinco años que no está en Quiché.

—Desde entonces anda con la guerrilla, ¿verdad vos?

—Si ustedes saben que así es, entonces allí estará —respondí.

—¿Por qué te saliste de Quiché?

—Porque tuve miedo que nos pasara algo... con tantas cosas que están sucediendo por allá.

A eso de las 4 de la mañana, cansados de interrogarme, para despedirse, el maldito teniente me golpeó en el estómago. El soldado me quitó las esposas después de cerca de ocho horas de interrogatorio atado a la silla.

—Pensalo bien —dijo el teniente—, si no hablás, si no colaborás, a las ocho de la mañana te vamos a matar.

Me condujeron a la guardia. Allí, en uno de los cuartos, me amarraron a las patas de una cama. Más o menos media hora después, llegó un hombre morocho vestido de civil, en compañía de otros dos soldados. Me trasladaron a otro lugar más tenebroso, del mismo cuartel. En el trayecto, el hombre morocho me robó el reloj que aún llevaba puesto, y además me dijo:

—Dame la dirección de alguna casa de seguridad y te suelto.

⁵ A Luciano ya lo habían asesinado meses antes, pero yo hice como que no sabía nada.

Simplemente no le contesté.

Me fueron a meter a un sucio calabozo donde estaban otros detenidos. Quedé esposado de pies y manos a cuatro argollas que estaban fundidas en el piso. Quedé como crucificado extendido de pies y manos en el piso con una tortura psicológica: a las 8 de la mañana me matan.

Antes de retirarse el esbirro dijo a los otros detenidos:

—No hablar ni mierda con este... y ni mierda de chamarra... y si no ya saben lo que les va a pasar.

Se oyó un chirrido cuando puso el cerrojo y los candados para dejarnos bajo llave. Había frío, mucho frío. Estaban pasando los buses que iban a la capital y a la costa. Estaba encendida la luz, el techo era de lámina, al otro lado allí no más estaba la calle... “es fácil escapar”, pensé. Pero pronto volví a la realidad: estaba amarrado de pies y manos y no con simples lazos de pita, sino con grilletes. Tenía dolor de estómago. “Que me maten, pero estos malditos no llegan a saber nada”, me dije.

Volvieron a reproducirse en mi mente los momentos de mi secuestro. Me parecía una pesadilla todo aquello. Recé, recé mucho; pedía fuerzas a Dios y a la Virgen María para soportar aquellos momentos. Al rato empezaron a sonar los redoblantes y cornetas. Momentos después se oyó una marcha de soldados.

No quería que llegara ese fatídico “8 de la mañana”. Por momentos se me querían cerrar los ojos de sueño, llevaba dos noches de desvelo, pero la tensión era más fuerte, por lo que no dormí. Como a las 6:30 de la mañana... el chillante ruido de la puerta, se me agitó el corazón. Era el morocho, cuya cabeza parecía una gran pelota; llevaba dos botes de aluminio, de un galón, de esos que contienen aceite comestible que da CARE.

—Aquí está su hartazón, muchá —dijo.

Era arroz cocido y tortilla.

—Por favor, quiero ir al baño —le dije.

—Pásenle el bote, muchá —dijo.

Allí en el mismo calabozo se hacían las necesidades fisiológicas, en un bote. Los detenidos en aquel reducido calabozo eran tres indígenas y un ladino; el ladino se veía que era de malas entrañas, sólo profiriendo palabras obscenas se mantenía. Parece que era soldado, tenía uniforme militar verde olivo. Ninguno de los cuatro me dirigió la palabra.

Me encontraba tenso, se estaban aproximando las 8 de la mañana. Transcurrió la mañana y nada. Al medio día el morocho fue a recoger los botes y al rato volvió con ellos con tortillas y arroz. Yo seguía atado a las argollas. No me dieron de comer, pero tampoco tenía hambre.

14. TERRIBLES DÍAS EN HUEHUETENANGO

Como a eso de las dos de la tarde, se estacionó un vehículo en la mera puerta del calabozo. Uno de los detenidos se levantó rápido y fue a ver por la rendija.

—¡Es un padre (sacerdote católico)! —exclamó en voz baja.

De pronto, sonaron los candados y el cerrojo con su terrorífico ruido. Entró el morocho y se dirigió hacia donde yo estaba atado, y procedió a liberarme. “¡Hoy sí!”, pensé. Me armé de valor y traté de serenarme.

A la par del vehículo estacionado de retroceso frente a la puerta del calabozo, estaban cuatro hombres de aspecto sombrío, vestidos de civil. Tres llevaban puestos sombreros tejanos. Efectivamente había uno vestido completamente de negro. Éste no llevaba sombrero, pero de ninguna manera era religioso. Allí estaba el coronel, que la noche anterior me interrogó y presencié mi tortura.

—Te van a llevar los señores a otra parte en donde te quieren mucho —dijo en forma burlona el coronel de ojos azules. Los hom-

bres del carro esbozaron una risa burlona también. Me subieron al vehículo que se parecía a los carros que reparten productos en las tiendas con portezuelas atrás, sin vidrios a los lados. Era una panel. En él, sólo había asiento para el piloto y otro al lado. En la parte de atrás un cojín donde se sentó uno de los esbirros y el otro sobre una llanta. Había armas en el piso, subametralladoras y un galil.¹

Me esposaron las manos hacia atrás y me tiraron al piso. El vehículo salió por una puerta trasera del cuartel. Yo iba haciendo memoria del recorrido. Me di cuenta cuando pasamos bajo el puente de la Cuesta Blanca y tomamos la bajada hacia la Rotonda, y luego cuando tomamos la calzada entre la rotonda y la garita en Las Rosas. Me di cuenta cuando pasamos por Salcajá, Cuatro Caminos y cuando tomamos hacia la izquierda. Esa carretera la había recorrido muchas veces.

Cuando llevábamos unos 45 minutos de camino...

—Pueden sentarlo, muchá —dijo el que iba sentado al lado del piloto.

El que iba sentado sobre la llanta me preguntó:

—¿Cómo te llamás?

—Emeterio —respondí.

—¿Conocés esta arma, vos? —dijo, levantando un poco el galil que llevaba en sus rodillas.

—No —respondí.

—¿Y esta otra? —preguntó el otro, señalando una subametralladora Bereta.

—Tampoco —contesté.

—¡Ah!, no, será la gran puta... si vos sos mero guerrillero.

¹ Galil SAR, fusil de asalto israelí, el más pequeño de los tres modelos que el ejército usaba. Es común que los use la tropa especial y los oficiales.

El hombre que iba sentado al lado del piloto iba hojeando unos papeles que sacó dentro de un sobre grande. En la mano tenía un casete blanco. A los pocos minutos se detuvo el vehículo a la orilla de la carretera. Tuve miedo. Bajó el que iba manejando y el que iba al lado. Yo estaba esperando el momento en el que me iban a bajar. Pero parece que sólo bajaron a orinar.

Al reiniciar la marcha, el hombre volvió a ojear los papeles.

—¿Cuál es tu nombre completo, vos? —me preguntó.

—Emeterio Toj Medrano —respondí.

—¿Qué estabas haciendo en Quetzaltenango?

—Comerciendo —respondí.

Me hizo otras preguntas más o menos parecidas a las de sus colegas esbirros. Las que traté de responder conforme venía respondiendo en anteriores interrogatorios. Al hombre que iba hojeando los papeles lo apodaban “el señor de Esquipulas”. Era un hombre delgado, moreno, pelo algo crespo y facciones que se asemejan a dicha imagen. Después de más de una hora de marcha, el vehículo se detuvo. Se oyó que se abrió una puerta grande y un tubo de hierro de gran tamaño que se levantó. Luego un recorrido, de más o menos un kilómetro. De reojo pude observar unas cumbres. Uno de los esbirros me preguntó:

—¿Sabés dónde estamos?

—No —dije.

—Estamos en Quiché —afirmó.

—Estamos en mi tierra, comenté. Claro que no se lo creí ya que yo estaba seguro que no estábamos en Quiché sino en alguna parte de Huehuetenango. Efectivamente habíamos entrado al cuartel de Huehuetenango.² El vehículo se fue a estacionar a un

² El cuartel estaba en esos momentos comandado por Rodolfo Lobos Zamora (promoción 56, 1955), y el segundo comandante era Edilberto Letona

lugar alejado de las instalaciones centrales del cuartel. Estaba cayendo el sol. Apenas pude dar una discreta mirada hacia adelante; no quise ver para evitar cualquier indiscreción.

En el lugar había dos o tres construcciones de madera, en una de esas casas me fueron a tirar. En el interior había una persona cubierta con una chamarra. A un lado de esta persona me encadenaron de pies y manos a unas argollas iguales a las del calabozo en el cuartel de Quetzaltenango. Antes que me vendaran los ojos pude observar que había una especie de depósito de agua, algo así como una cisterna de concreto. Era para torturar sumergiendo a los detenidos. Al rato llegaron unos hombres.

—¡Ah!, si pues... éste es el pisado —dijo uno, después de quitarme la venda de los ojos y alumbrarme la cara con un foco. Aquel hombre hablaba como mordiendo la lengua.

—¡Ay cabroncito, al fin caíste! ¡Ahora sí te llevó la gran puta! —diciendo eso me puso la bota en la cara—. ¡Ah! qué bueno que cayó este cabrón! —comentó y me pegó un taconazo en la cabeza.

—No me peguen así, cobardes —protesté.

—Callate pisado, no sabés lo que te espera, ya vas a ver lo que es bueno. Aquí te vamos a hacer mierda —dijo riéndose.

—Y vos, ¿qué putas? —le preguntó a la otra persona detenida en el mismo cuarto.

—A mí me capturaron en Santiago Ixcán —dijo.

Linares, el mismo de Quetzaltenango, lo que corrobora cierta coordinación. El oficial de inteligencia asignado era Leonel de León Guillén (promoción 70, año 1963). Como es sabido, en ambos cuarteles se recibía apoyo de Luis Felipe Miranda Trejo (promoción 71, 1964), quien al mismo tiempo era oficial de Inteligencia asignado a la Guardia de Honor, a la Base Militar San José, la Base Militar de Cobán y era jefe del Centro de Adiestramiento y Operaciones Especiales Kaibil. [RVE].

—Vos sos otro guerrillero también —afirmó el esbirro.

—¡No, no, no jefe, yo no soy guerrillero! —dijo aterrorizado.

—Ah no, será la gran puta, ¿y esa ropa que tenés puesta?

—Allá en el campamento de Santiago Ixcán me la pusieron.

Terminado el hostigamiento de los esbirros, y saliendo ellos, alguien llegó con algo de comida. El que llevaba la comida me desató una mano y con esa mano sucia pude comer algo. No tenía hambre a pesar de llevar casi tres días sin comer. Cuando se fueron los esbirros quedé con un odio ardiendo en el corazón. “No se van a quedar con su gusto”, pensé. Comencé a pensar en la forma de quitarme la vida. Estaba atado de pies y manos. ¿Qué hacer? Estuve intentando tragarme el puente dental, pero no lo logré. Estuve conteniendo la respiración, haciendo esfuerzos por contener la respiración casi hasta morir, pero el propio cuerpo batallaba por la vida.

En las altas horas de la noche, el frío me estaba calando hasta los huesos. Le supliqué al otro detenido que me brindara un poco de chamarra. No quiso. A pesar del frío y sin chamarra, y a pesar de la tensión, esa noche dormí unas horas.

La mañana y parte de la tarde de aquel martes 7 de julio no llegó nadie. Allá afuera se oía que siempre había gente. Eran los centinelas. En las últimas horas de esa tarde del 7 de julio, 4 de la tarde tal vez, dos esbirros llegaron a sacarme del calabozo para llevarme a otra casa de madera que quedaba enfrente. Dentro de esa casa me esperaban tres oficiales, entre ellos al que apodaban “Esquipulas”. Otro de ellos tenía un parecido a Miguel Jerez Hernández, sólo que un poco mayor en edad. El tercero, un viejo, chaparro, barrigón, cara parecida a la de Mafalda, por el trato militar que le daban me di cuenta que tenía el grado de mayor del ejército.

Cuando estuve frente a ellos, el malvado mayor dijo:

—¡Ah! si pues... a este lo conozco... ¿No te acordás de mí? Yo estaba en la casa de Chiqui Dardón, cuando vos llegaste una vez con él.

—No, no recuerdo —le contesté.

En el interrogatorio participaron otros dos hombres vestidos de civil. El mayor dijo:

—Bueno vos, platicaremos un poco. Sentate allí —dijo, señalando una silla de madera. Él se sentó sobre una mesa colgándole un pie—. Si vos colaborás no vas a tener problemas, nosotros tenemos información sobre vos... mucha, mucha información —continuó.

Después de las fastidiosas preguntas de: ¿Cuál es tu nombre? ¿Cuántos años tenés? Etc., etc. Me hizo las preguntas más delicadas:

—¿Cuál es tu trabajo en la guerrilla?

—Yo no tengo ningún trabajo con la guerrilla.

—¿Cómo se llaman tus compañeros? ¿Qué campamentos conocés? ¿Desde cuándo estás en la guerrilla? ¿Con quiénes viajaste a Cuba?

Todas mis respuestas fueron para negarlo todo.

—Bueno, en vista de que no sabés nada y que no estás metido en nada, te vamos a dar un descanso. Arréglenlo en la cama, muchá —les ordenó a los que estaban de civil.

Me acostaron esposándome los pies y las manos a los extremos de la cama, enrollaron unos cables en los dedos de mis pies y mis manos. El mayor hizo una seña, uno de los esbirros enchufó los cables a la toma corriente. En medio de aquellos terribles golpes eléctricos me interrogó aquel maldito oficial.

—¿Qué fuiste a hacer a Cuba? ¿Qué fuiste a hacer a Cuba? —la pregunta era cada vez más insistente—. ¿Quiénes viajaron con vos? ¿Cuál es tu trabajo en la guerrilla?

Yo negué todo viaje y toda vinculación con la guerrilla. El oficial estaba rabioso.

—A este hijo de la gran puta no le está pasando suficiente corriente, nos está engañando... pónganle doble —ordenó aquella bestia con uniforme pinto.

Me dieron muchos toques eléctricos, estaba agotado, moribundo, con la boca seca. En uno de esos toques eléctricos iba a perder la vida. Sentí que se me escapaba la vida.

—¡¡Murió!! —alcancé a oír, allá a lo lejos—. Reaccionenlo con un toque menor —gritó alguien.

Poco a poco reaccioné, estaba sudando mucho.

—¿Dónde trabajaste en los últimos años?

—En Radio Quiché, hasta 1976 —respondí.

—¿Y después que saliste de la Radio?

—Trabajé en el IDESAC, en el Programa de Reconstrucción Nacional, que surgió a raíz del terremoto en 1976.

—Y esa mierda de IDESAC, ¿qué es?

—Es el Instituto de Desarrollo Económico Social de América Central.

—¡Ah! nosotros ya tenemos controlada esa mierda... allí hay puros comunistas subversivos —dijo, carcajeándose—. ¿De qué trabajaste allí?

—De promotor social.

—De promotor comunista trabajaste allí. Que se venga el enfermero —ordenó.

En cosa de tres minutos se hizo presente el enfermero. Era una persona que trabajaba en el ejército desde hacía tiempo; es cuñado de un conocido deportista quichelense.

—Te vamos a poner una inyección contra las enfermedades que traés de afuera, podés contagiar a los muchachos aquí, mejor te vacunamos —dijo el malvado mayor.

El enfermero me inyectó una solución en las venas. Al instante me empezó a dar vueltas la cabeza, tal como si estuviera borracho. Allá lejos trataba de mantener control sobre mis respuestas; sentí que aun así, drogado, las controlé.

—¿Qué estabas haciendo en Quetzaltenango?

—Comerciendo —respondí.

—¿Que hacés con la guerrilla?

—Nada, nada —respondía.

Cuando me fue pasando el efecto de la droga, estaba con una tremenda sed. El esbirro estaba rabioso.

—Ponele otra dosis —le ordenó al enfermero.

Y vuelta a lo mismo. Apenas me salían las palabras. Las cortísimas respuestas que me arrancaron en medio de las torturas, las grabaron. Cuando se me fue quitando el efecto de la segunda dosis tuve mucha más sed. El malvado mayor me preguntó:

—¿Tenés sed, vos?

—Sí, por favor quiero que me regalen un poco de agua —respondí.

—Ni mierda, hijo de la gran puta... de sed te vas a morir —dijo.

Sacó una daga de su cinturón y me hizo una cortada en una vena en el antebrazo derecho, tal vez con la intención de desangrarme poco a poco, o de aterrorizarme de morir desangrado. Lo cierto es que al rato dejé de sangrar. Después de aquellas terribles torturas, me esposaron las manos hacia atrás. Me esposaron los pies, y con otro par de esposas juntaron mis pies con mis manos hacia atrás quedando horriblemente castigado con el cuerpo doblado para atrás. Amarraron un lazo a la chacha que servía de unión entre mis manos y pies, estando amarrado de esa forma, me introdujeron a un horno.

—Veremos si este pisadito no habla —sentenció aquel malvado oficial que tenía el rango de mayor.

Yo estaba desecho físicamente, pero con una gran satisfacción dentro mi alma, porque los torturadores no habían logrado sacarme información que pudiera comprometer a miembros de la organización y especialmente a aquellas personalidades de Quetzaltenango y Totonicapán, quienes tenían una relación de acercamiento y colaboración en forma discreta y clandestina con la causa revolucionaria. Estas personas eran extremadamente vulnerables porque llevaban una vida normal en sus respectivos ambientes. Así que con cualquier mención acerca de ellos era su sentencia de muerte. Hasta ese momento había negado toda vinculación con alguna organización, afirmando que mi familia había salido de nuestro pueblo por todo lo que estaba sucediendo en Santa Cruz del Quiché. Estaba consciente que aquel discurso podía durar poco, pero quería ganar tiempo... no sé para qué.

La pequeña entrada del horno estaba vigilada día y noche por esbirros especialistas del ejército, que tenían también la misión de maltratarme a cada rato, de día y de noche, jalándome con el lazo amarrado a las esposas que unían mis pies y manos, y luego me empujaban con un palo hacia adentro. Cada jalón me producía terribles dolores. Tenía ensangrentadas las muñecas de las manos y los tobillos. Tenía ya unas terribles llagas. A cada rato las mismas preguntas hasta el fastidio: ¿Cómo te llamás? ¿De dónde sos? etc., etc. y si no contestaba, me jalaban y me daban golpes con garrote.

Dentro del horno había un objeto de metal, ha de haber sido un pedazo de chasis o una olla de peltre con el que a cada rato hacían un ruido insoportable que se multiplicaba en el interior del horno, produciéndome tortura también de esa manera.

No contentos con tanto daño, también lanzaban desde unos agujeros en la parte de arriba de la pared del horno gotas en forma de ácido para hacer insoportable el ambiente y para quemarme el rostro. Me di cuenta de esa maldad, de querer quemarme el rostro con ese ácido por lo que discretamente no di lugar a eso, haciendo un enorme esfuerzo de ponerme boca abajo. Y para completar la maldad de quienes dirigieron la tortura, también me mantuvieron con hambre, sed y sueño durante aquellos largos trece días de tormento. Además de las fastidiosas preguntas de los salvajes esbirros que me custodiaban, también llegaron varias veces el oficial apodado “Esquipulas” y el oficial que tenía un parecido a Miguel Jerez Hernández, a interrogarme sobre una tal Conchita:

—¿Quién es Conchita? ¿Quién es Silvia? ¿Dónde viven?

Yo sabía de quienes se trataba, pero negué conocerlas. Sobre ellas me interrogaron varias veces, no sólo por parte de los oficiales mencionados, sino las mismas preguntas eran encargadas a los esbirros que custodiaban de día y de noche la puerta del horno.

A los cinco o seis días, me fueron a sacar de aquel infernal horno, que fue como sacar cualquier saco de cosas. Allí estaban cuatro oficiales, entre ellos, el mayor cara de Mafalda, y el que se parecía a Miguel Jerez Hernández, los otros dos eran dos jóvenes aviadores. Estaban también dos esbirros vestidos de civil. El oficial parecido a Jerez Hernández llevaba periódicos bajo el brazo. El malvado mayor, cara de Mafalda, dirigiéndose a mí, dijo:

—¿Tenés hambre? ¿Tenés sed? ¿Tenés sueño? Y además, vergueado,³ ¿verdad, vos? ¿No ha cantado este pisado⁴ verdad? ¡El machito se cree este cabrón! Los otros pisados que han estado aquí,

³ Golpeado. [RVE].

⁴ Tipo. [RVE].

en dos o tres días ya están cantando. Aquel Solórzano, ya empezó a colaborar. ¿Han cumplido las órdenes al pie de la letra? —preguntó al resto—. ¡Ni mierda de agua, nada comida, ni mierda de tranquilidad a este pisado!

—Sí —respondió uno de los esbirros vestidos de civil, que andaba vestido de negro cuando me trasladaron de Quetzaltenango a Huehuetenango.

El malvado mayor se acercó a ver el interior del horno.

—¿No se ha cagado?

—No —le respondieron.

—¿Por qué está mojado adentro?

—Lo hemos estado jodiendo echándole mangueradas de agua.

Efectivamente, me habían estado echando agua con manguera para hacerme la vida imposible. En esos momentos ya tenía la ropa bien sucia.

—¡No, hombre! No hay que hacer eso... este pisado no ha sentido ni mierda de sed.

No era cierto, yo tenía una gran sed de varios días. Unas gotitas de agua había logrado yo captar, pero era cosa de nada. Y dirigiéndose a mí, el mayor me dijo:

—Mirá, no seás bruto, aquí en este mismo lugar —dijo, señalando el horno— hemos tenido a otros, y a los dos días ya están colaborando diciendo todo lo que saben. ¿Y vos qué? Hablá, no seás tonto.

—No tengo más que decirle, no he sido nada. ¿Dónde voy a sacar lo que no sé? —respondí.

—Vamos a mostrarle a este burro lo que les está pasando a sus compinches. Mirá, mirá —dijo con rabia— la vergueada que le estamos dando a la guerrilla —y diciendo esto me pone los periódicos en la cara.

En grandes titulares se informaba de la caída de una o dos casas y de varios compañeros de ORPA, en la capital.⁵ Me pasó por la cara todas las páginas que daban la información gráfica de aquellos golpes. El otro oficial que llevaba los periódicos, en forma violenta, como queriendo hacerme tragar la información, me puso los periódicos en la cara, diciendo:

—¡Mirá, mirá, mirá!

De nuevo el mayor me dijo:

—No seas bruto, a la guerrilla la estamos acabando. Ahorita le acabamos de capturar un helicóptero que venía de México. Los estamos haciendo mierda. ¡Y vos, burro, todavía defendiéndolos!

Diciendo eso, me empuja con una patada. Los otros se ríen de mí.

—Los guerrilleros no están en las ciudades, los guerrilleros están en las montañas. Allí quiero yo verlos, peleando contra ellos —dije.

—¡Ah, pisado!, y todavía te atrevés a insultarme —diciendo eso me pateó en el estómago.

—Pisado, vení, vení vamos a echarnos verga con vos ahorita, ya... ya.

Lo miré con desprecio y profundo odio.

—No seas cobarde —le dije—. Mirá... las condiciones en que me encuentro... Sos un hombre sin honor, no merecés vestir el uniforme militar. Yo conocí oficiales del ejército, porque yo presté mi servicio militar, pero no son como vos. Esos hombres, son hombres de honor, y no cobardes y miserables como vos —le dije con coraje.

⁵ Véase “Ejército ocupó reductos guerrilleros”, 16 de julio de 1981; “Desmantelan numerosos refugios guerrilleros”, 23 de julio de 1981, núm. 452; “Prosiguen operativos antiguerrilleros”, 20 de agosto de 1981, núm. 456, todos en *Inforpress Centroamericana*. [RVE].

Aquellas palabras confundieron al esbirro por algunos momentos. Los dos oficiales jóvenes con uniforme de aviadores sólo bajaron la vista. Aquel malvado con cara de Mafalda reaccionó diciendo:

—Metan de nuevo a este hijo de la gran puta allí y denle verga hasta que se arrepienta hasta de haber nacido. Ya veremos si este pisado no habla —dijo.

Cuando los esbirros me tomaron de los brazos y pies amarrados hacia atrás para introducirme en el horno, yo sentí que se me quebraban todos los huesos, sentí un tremendo dolor. Durante aquellos días en el horno busqué la muerte. Contenía la respiración tratando de asfixiarme. Allí adentro había un machete viejo con el que estuve intentando cortarme el cuello; con los dientes, como podía, buscaba colocarlo de filo para poderme cortar. En otros momentos quise cortar con el machete las chachas. Claro, aquello era imposible. ¡Tratar de cortar el acero con un machete viejo! Pero probé hacerlo. Cuando intentaba cortarme el cuello, y los esbirros oían algún ruido, jalaban la cuerda y me arrastraban.

—¿Qué estás haciendo, vos? —preguntaban.

Yo no respondía. No recuerdo si a los seis o siete días llegó el oficial que se parecía a Jerez Hernández a decirme:

—El CUC y la Universidad te están reclamando por la radio y la televisión. ¿Qué te parece? ¿Qué decís de eso?

Me hice el desentendido, el que ya no oía. Allí estaba yo tirado en el piso, maltrecho, pero haciéndome el desentendido. Aquella noticia venía a variar mi situación. Había que pensar qué decir.

—Muévanlo, muchá —les dijo a los esbirros que custodiaban. Me arrastraron—. Dicen que sos fundador del CUC.

—No, no sé nada de eso. Tal como ya les dije yo ya tengo tiempo de haber salido de mi pueblo, no sé nada, no sé nada.

Estas palabras las pronuncié entre cortadas por la situación en que me encontraba. Creo que ese mismo día un esbirro llegó con la noticia de que habían capturado a mi esposa y a mis pequeños hijos, y que los tenían en el cuartel.

—Delante de vos vamos a coger⁶ a cada una de tus hijas y luego nos las vamos a quebrar⁷ —dijo aquel maldito.

—¡Desgraciados! No es la primera familia que asesinan. Mis otros hijos vengarán nuestra sangre —le dije, pensando en mis hijos alzados.

Se echó a reír, diciendo:

—Ni mierda. A todos los vamos a ir quebrando poco a poco.

—Hay miles y miles de hijos del pueblo que vengarán nuestra sangre —contesté.

—Callate, comunista, hijo de la gran puta —dijo, mientras me daba de garrotazos—. ¡Comunista!, ¡comunista!, ¡comunista!, ¡hijo de puta! —decía con histeria, y me seguía golpeando con el palo.

Yo ya no sentía tanto esos golpes, como que se estaba durmiendo mi cuerpo.

—Dejalo, vos. Para qué le seguís golpeando si está ya bien jodido —le dijo uno de los custodios.

—No, este cabrón me las debe. ¡Comunista, comunista, comunista! —gritó—. ¡Ay cabroncito! allá en Quiché te llevábamos ganas. Una vez te tuve a tiro frente al Cine Astor⁸ cuando andabas con una moto, y no sé qué me dio y no te di allí, pero estuvo bueno porque es mejor tal como te tenemos ahora.

⁶ Violar. [RVE].

⁷ Matar. [RVE].

⁸ Actualmente discoteca que queda en 6a. Calle y 3a. Avenida de la Zona 1 de Santa Cruz del Quiché.

Por su forma de hablar, deduje que aquel esbirro era de San Pedro Jocopilas, municipio de Quiché. En aquellos días llegaba a mis oídos el sonar de un radio receptor, normalmente se escuchaba el Radio Periódico *El Independiente*. Me golpeaba el corazón una cuña que anunciaba al Hotel Bonifaz de Quetzaltenango, cuyo fondo musical era “Oasis”, una pieza en marimba.

En esos días de cautiverio mantuve una rara pero viva esperanza de que mi amigo, casi mi hermano, en aquellos días, “Gil” (Gregorio Chay), llegaría encabezando un comando, a rescatarme de aquel infierno. Aquellos pensamientos llenos de fantasía y esperanza fueron para mí una fuerza grande. Probablemente en los órganos de decisión del EGP no hubo plan alguno de rescate, salvo en la mente y en el corazón de mis hijos, familiares y amigos sinceros, militantes de dicha organización. La oración fue de gran fortaleza para mí.

Me estaba muriendo de sed. Para hacerme sufrir al máximo, los torturadores mantenían abierto el chorro de agua allá afuera, de manera que yo pudiera oírlo. También me estaba muriendo de hambre, mientras me acercaban apetitosos platos de comida, cuyos olores percibía bien. Todo para atormentarme más.

—Hablá, bruto, esta comida es tuya —decían.

En uno de esos días, en medio de aquel tormento, ya al borde de la muerte, pedía agua diciendo:

—A-gua, a-gua, a-gua, a-gua, a-gua, a-gua.

Un policía militar que cuidaba la entrada del horno, respondió:

—Agua te doy, pero de ésta —apuntándome con el arma que portaba. Cuando de repente se le va una ráfaga. Los proyectiles impactaron a unos centímetros de mis costillas. Yo estaba tirado de lado a pocos centímetros de la entrada; los proyectiles reviraron

y fueron a dar contra las paredes del horno. Momentos después llegaron otros a ver qué había pasado.

—Se me fueron unos tiros con este pisado, no me di cuenta que esta mierda estaba montada —dijo, refiriéndose al arma.

—¿Y el reo? —preguntó alguien.

—¿Estás bien vos? —preguntó otro.

No contesté nada. Me movieron para ponerme boca arriba, por lo que lancé un fuerte quejido, ya que en esa posición me era doloroso permanecer, de lado o boca abajo, era menos doloroso. Aunque a la altura de esos momentos cualquier posición me era ya insoportable.

—Qué suerte la de este pisado, no le pasó nada —dijeron.

Al policía militar lo retiraron de allí. En uno de esos días me sacaron para interrogarme sobre el CUC. Estando en uno de los cuartos al lado del horno, el oficial que se parece a Jerez Hernández ordenó que me sentaran, pero para eso había que quitarme el grillete que unía a los que tenía en las manos y en los pies. Al momento que me quitaron ese grillete, yo sentí que mi cuerpo se partió en pedazos. Quedé tirado en el piso con un inmenso dolor por todo el cuerpo. Cuando quisieron sentarme, mi cuerpo no pudo sostenerse y nuevamente caí al suelo. El oficial ordenó que me quitaran los grilletes que todavía tenía en las manos y en los pies. El esbirro que estaba vestido de negro aquel lunes 6 de julio en el cuartel de Quetzaltenango, ahora andaba uniformado de policía militar. El oficial le ordenó que me quitara los grilletes, pero dijo que él no tenía las llaves.

—A saber quién la carga, pero veré cómo le hago —dijo.

Con una aguja logró quitarles llave a los infernales grilletes, que también me estaban atormentando. A esas alturas, mis manos estaban bien hinchadas y ensangrentadas porque los grilletes ya

me habían hecho profundas heridas. Las heridas en las muñecas y en los tobillos ya no las soportaba. Cualquier toque, por leve que fuera, sentía que me pinchaban cientos de alfileres.

Me sentaban y de nuevo volvía a quedar tirado, por lo que así, tirado, me empezó a interrogar el oficial. Aquella situación de mi estado físico, dolorosamente deplorable, era para no responder nada. Y no respondí.

—Nosotros ya sospechábamos que vos eras uno de los dirigentes del CUC. Ahora tus mismos compañeros han confirmado que sos uno de los fundadores de esa babosada. ¿Quiénes son los otros fundadores? ¿Dónde viven?

Yo oía las preguntas, pero apenas podía decir:

—Quie-ro a-gua, qui-e-ro a-gua.

El oficial mandó a traer agua en un envase de cuarto de litro. Uno de los esbirros me levantó la cabeza haciendo un ademán de asco con la cara. Deduje entonces que estaba desfigurado, tremendamente sucio después de tantos días de estar tirado en el suelo y, además, en esos momentos tendría un aspecto cadavérico que repugnaba. Me dio de beber un poquito, pero cuando iba bebiendo dos o tres sorbos el oficial dijo:

—Ahí no más.

Volví a quedar tirado.

—Vos sabés muchas, muchas cosas. No querés hablar, estás tratando de ganar tiempo —dijo.

—A-gua, a-gua, qui-e-ro a-gua, era lo que yo decía. Mi boca estaba pegajosa, apenas podía articular palabras. Sólo podía pronunciar palabras por pedazos, por sílabas.

—Decime, ¿quiénes son otros fundadores del CUC?

—No..., no..., no... los co-noz-co, los pri-me-ro-s días sí es-tu-ve en el CUC, pe-ro des-pues ya no o. Quie-ro a-gua.

—Dale otro poco, vos —le dijo al esbirro. Me dieron dos sorbos.

—¿Por qué te saliste?

—Por por - que ya no me gus - tó.

—¿Qué fue lo que no te gustó?

—Su —su- pen - sa - mien - to.

—Pero el CUC te está reclamando, ¿quiere decir que estás de acuerdo con ellos?

—No, no a-hoo-o-ra ya, ya, no; qui-e-ro a-gua, qui-eee-ro aaa-gua.

Me dieron otro poco de agua. Me llevaron arrastrando hasta donde el horno, me engrilletaron los pies y las manos hacia atrás y de vuelta a introducirme en el mismo. Sentí mucho dolor y ya le tuve más miedo a ese lugar. Vuelta al mismo quejido:

—A-gua, aaa-gua.

Al día siguiente me volvieron a sacar.

—Entonces ya no sos del CUC, pero sí fuiste miembro de esa babosada.

—A mí siempre me gustó participar en toda actividad que fuera en bien de la comunidad. El CUC buscaba también el bien de la comunidad, pero después parece que estaba agarrando otro camino y a mí ya no me gustó.

Estas palabras las pronuncié como en 15 minutos, y casi ya no se entendía lo que decía porque apenas me salían las palabras. Prácticamente ya no podía pronunciar palabras, ya no podía hablar, la boca la tenía pegajosa.

En una ocasión llegó el teniente, al que apodaban “Esquipulas”, y me fue a decir que él no quería que me mataran. Creo que fue al décimo día en el horno, porque para entonces ya había perdido la noción del tiempo.

Un soldado me dio un poco de agua a escondidas. Le costó dár-mela de beber porque yo ya no podía levantar para nada la cabeza. Recuerdo que dijo:

—Si me cachan me van a joder, me van a meter con vos allí.

—Gra-gra-cias. ¿Có-mo se-lla-ma? —le pregunté.

—Me llamo Pedro. Soy de Suchitepéquez —dijo.

Cuando ya estaba prácticamente agonizando, me sacaron una o dos veces más (ya no recuerdo) para insistir una y otra vez:

—¿Quiénes son los otros dirigentes del CUC? ¿Quiénes son tus otros compañeros?

Cuando ya no soportaba tanta presión, cuando no soportaba más:

—Los ú-u-ni-cos que co-no-cí Pa-blo Ce-to y Mar-tin Ta-vi-co —dije.

—¿Quiénes son los otros? —insistían.

—No co-noz-co m-á-s. Yo me re-ti-ré rá-pi-do del CUC. No co-noz-co a más gen-te.

El oficial leyó una larga lista de personas de los cantones, preguntándome si estos eran del CUC.

Efectivamente unos eran del CUC, otros no. Los conocía a todos, pero yo negué conocerlos y menos decir que eran del CUC. Recuerdo entre otros nombres que mencionó: Luis Pablo de Pamesebal; Salvador Toj Velázquez, de Xesic; Ceferino Medrano, de La Estancia, todos ellos del municipio de Santa Cruz del Quiché.

—Estos pisados son los meros cabecillas del CUC —dijo el esbirro.

De ahí, no recuerdo más qué pasó. Todo lo que pasó después fue como un sueño, una terrible pesadilla dentro de aquel horno.

15. TRASLADO A CÁRCELES CLANDESTINAS EN CIUDAD DE GUATEMALA

No fue sino hasta varios días después que me sacaron del horno. Como a eso de las 9 de la mañana me dieron algo de comer, aunque no recuerdo qué. Alrededor de una hora después me llevaron a una ducha que quedaba casi al aire libre, frente al horno, para que me bañara. No me pude desvestir por mi cuenta, por lo que los esbirros me quitaron la ropa, la cual estaba muy sucia. Apenas podía mover los brazos, tenía las manos completamente hinchadas y heridas, por lo que no pude bañarme debidamente. Quería beber toda el agua.

—No vayás a tomar mucha agua, te nos vas a morir —recuerdo que dijo el oficial, no recuerdo si el apodado “Esquipulas” o el que se parecía a Jerez Hernández, que llegó en algún momento a la ducha.

Aquella bañada a medias me reanimó. Me sacaron al sol y quedé tendido en la grama sin ropa. No recuerdo cuánto tiempo estuve tirado ya sin los grilletes. Al rato llegó el oficial con una

mudada de ropa militar verde olivo y un par de botas militares negras. Junto al oficial llegó un enfermero.

—Curálo un poco —le dijo. Me limpió y me puso unas gasas.

—Ponete esta ropa, vos —dijo.

No pude ponerme la ropa, por más que hice esfuerzos.

—¡Ayúdenlo, muchá! ¡Ah puta! —dijo a los esbirros y al enfermero. Éstos, como perros sumisos, obedecieron inmediatamente.

No soporté usar las botas por lo hinchado que tenía los pies y las heridas en los tobillos. Luego que estuve vestido, ordenó que me vendaran la cabeza. Minutos después llegó una ambulancia en cuyo interior venían tres hombres jóvenes vestidos de civil, uno con arma corta y dos con galiles cortos.

—Aquí está —le dijo el oficial al hombre de arma corta. Después supe que también era teniente.

Antes de que me subieran a la ambulancia, pedí que me alcanzaran el suéter azul que tenía puesto cuando me capturaron. Era para mí un recuerdo y un regalo entrañable del Comité de Solidaridad de Madrid, que un año antes, con aquel frío de 1980, me habían obsequiado durante la gira en aquel país.

—No, hombre, está muy sucio, déjalo aquí como un recuerdo —dijo el oficial.

Se quedó el suéter. Lo que en un momento logré recoger y meter en el bolsillo, fue el calzoncillo completamente sucio, pero que en un arranque de no sé qué sentimiento, quise llevar conmigo, testigo mudo de aquellos tormentos.

Alrededor de 10 minutos recorrió la ambulancia para llegar al lado de un pequeño avión. A unos 50 metros, unos doscientos hombres estaban recibiendo instrucción militar, era gente con uniforme distinto al del ejército. Eran las reservas militares.

—No vayás a gritar, vos —dijo el hombre al momento que me subieron al avión.

La pequeña aeronave se fue a colocar al extremo del campo de aterrizaje. Antes de emprender el vuelo, el oficial, sarcásticamente, dijo:

—Te vamos a acomodar —lo que hizo fue amarrarme las manos hacia atrás en el asiento—. Así es mejor.

En aquellos momentos volví a sentir intensos dolores en las manos, pero también un inmenso dolor en el corazón. “Estos malditos son iguales en todas partes”, pensé. Yo iba cerca de una de las ventanillas. En los asientos de atrás iban dos esbirros vestidos de civil con arma larga. Al lado del piloto iba el teniente. Ciertamente, al estar ya en vuelo, sentí deseos de arrojarme sobre el piloto. “Por algo muero, pero se van conmigo estos malditos”, pensé, especialmente cuando en pleno vuelo el oficial me dijo:

—Pues sí, vos, José Us, sos cabrón, ¿verdad vos?

José Us fue el nombre ficticio que usé como miembro de una delegación del Frente Democrático contra la Represión, que realizó una gira por algunos países de Europa y América, para denunciar y sensibilizar a la opinión pública internacional, por lo ocurrido en la Embajada de España y en general por todo lo que estaba ocurriendo en nuestro país. A los 20 o 25 minutos de vuelo, vi allá a lo lejos un pueblo, un pueblo de calles rectas en hermoso valle verde. ¡Sí! ¡Sí! ¡Era mi pueblo! Se veía perfectamente Xatinap.¹ En ese momento volábamos sobre los Choacamanes.² Fue-

¹ Xatinap, cantón de Santa Cruz del Quiché, ubicado al sur de la ciudad y colindante con el municipio de Patzité.

² El cantón de Choacamán (dividido en centros) queda al oriente de la ciudad y colinda con el municipio de Chiché.

ron momentos emocionantes, me parecía un sueño volver a ver a mi querida tierra, Santa Cruz del Quiché.

Cuando el avión se aproximó a la capital, el teniente empezó a comunicarse por radio, hablaban en clave, pero se entendía que hablaban de vehículos. Cerca del medio día aterrizó el aparato en el aeropuerto militar de La Aurora. Después de media hora encerrado y amarrado dentro de aquel pequeño avión, en cuyo interior había mucho calor, llegó un carro tipo panel, vehículo de características similares al que usaron para trasladarme de Quetzaltenango a Huehuetenango. Me introdujeron dentro del vehículo, el que fueron a estacionar frente a unos galerones. Parece que estuvieron buscando un lugar donde recluirme. Aproximadamente una hora más estuve tirado en ese tenebroso vehículo. Mientras eso transcurría llegó al vehículo un hombre alto, delgado, a tratar de convencerme en medio de amenazas:

—Mirá, vos, si no hablás, yo soy terriblemente represivo con los que no colaboran —dijo.

Me fueron a tirar a un cuarto húmedo y helado que horas antes fue mingitorio, se veía que lo habían habilitado ese día como calabozo y tenía aún olor a orina. Quedé engrilletado de una mano y un pie a la única cama que había, con la diferencia de que ahora no quedé en el suelo sino sobre una colchoneta en la cama de metal. Al poco rato llegó el oficial que llegó a recogerme a Huehuetenango, con una grabadora en las manos.

—Mirá —dijo—, voy a grabarte unas palabras, pero quiero que me las digás como debe ser, porque la verdad es que vos no sos cualquier Juan de los pericos. Tenemos unas palabras del señor Emeterio Toj, quien realizó una gira por distintos países en nombre de la subversión para derrocar al actual gobierno.

En palabras cansadas, lentas y entrecortadas, expresé:

—Fue una gira que realizamos por países democráticos solicitando sus buenos beneficios para que cesara la represión, para que cesen los desaparecimientos, asesinatos y masacres en nuestro país. Nosotros no fuimos a pedir ningún derrocamiento. Nosotros fuimos a esos países a solicitarles que intercedan ante el gobierno para que termine la represión contra nuestras comunidades.

—¿Quién financió ese viaje?

—El Frente Democrático Contra la Represión.

—¿Quién financia al Frente?

—Las organizaciones que lo integran.

—Algunas palabras sobre su participación en el CUC.

—Al principio pertencí al CUC, pero ahora ya no. Por favor, —le dije— no puedo seguir hablando, no aguanto más. Usted, sin duda, ya almorzó, en tanto que yo he aguantando hambre, no de un rato, sino de varios días.

—¿No te han dado de comer estos pisados? —me preguntó—. Rápido vos, decíle a (no recuerdo quién) que traiga algo de comer aquí —le dijo al custodio.

Al rato llegaron con tres tortillas y un poco de comida en una bolsita de plástico. Los custodios, con su radio de transistores, escuchaban música. Por los programas en las radioemisoras me di cuenta que aquel día era domingo 19 de julio.⁵ Al día siguiente, en horas de la tarde, tres tenebrosos hombres maduros, como de 35 y 40 años de edad, vestidos de civil, llegaron sorpresivamente al calabozo.

—¡Compañero! —fue la primera palabra que el más viejo, con una risita de conejo, me dirigió.

⁵ En este día se dio a conocer públicamente el surgimiento del Frente Guerrillero Augusto César Sandino, con tremendos golpes al ejército en varios lugares, donde operaría dicho frente.

—Buenas tardes —respondí.

Se me quedaron viendo, como ver a un animal raro. Yo sentí miedo.

—¿Cómo estás, compañero? —me dijo otro.

—Bien golpeado —respondí mientras sentía náuseas—. Dispensen, señores, pero tengo que ir al servicio sanitario —les dije.

El custodio me quitó las chachas de la mano y el pie. A duras penas pude caminar sosteniéndome en las paredes para ir al sanitario. Era la primera vez que usaba el servicio sanitario después de varios días. Cuando regresé ya no estaban. Sentí un gran alivio.

Durante los seis días que estuve en ese calabozo, tres o cuatro veces llegó un hombre de mediana edad de ojos hundidos a interrogarme sobre mis actividades en el CUC.

—¿Qué función tuviste en el CUC?

—Ninguna, porque yo no estuve metido de lleno.

—¿En qué estructura estuviste en el CUC?

—No estuve en ninguna, porque sólo al principio estuve cerca del CUC, y porque además no se me tuvo confianza porque yo chupo mucho, entonces yo sólo estuve de nombre en el CUC.

—No te creo —dijo—, hoy te quedás sin comer para ver si así pensás mejor.

Y me quedaba sin la poca comida que me daban a la hora que les daba la gana a los esbirros que me custodiaban. En varias ocasiones solo comí una vez al día. En uno de los tantos interrogatorios, dije que algunas veces transporté paquetes de propaganda de la capital a Quiché, pero esos paquetes los recibí en la calle y los entregué en la misma a personas con el rostro cubierto. Esta fue la manera que encontré para quitarme de encima a los esbirros que me atormentaban sin descanso con los interrogatorios.

En uno de esos días, el que me interrogó dentro de esa celda llevó papel y lápiz, y me dijo que escribiera algo sobre mi vida, pero en especial sobre mi actividad en el CUC. Hice toda resistencia para no escribir. Las heridas en mis manos fueron un buen pretexto. Escribí unas cuantas líneas, porque ciertamente apenas podía tomar el lápiz. Cuando me exigía que escribiera, yo le decía que mis manos, que mi cabeza, que no podía trabajar estando como estaba, y además amarrado durante todo el tiempo.

En uno de los interrogatorios, el hombre llevó una libreta empastada y me preguntó si la conocía. Traté de hacerle ver que aquello era un disparate. ¿Cómo iba a conocer yo un objeto de esa naturaleza? Sin embargo, aquella libreta me pareció conocida, era de una de las “cuachitas”. Las “cuachitas” eran dos hermanas gemelas, ladinas, que participaban en el movimiento popular, concretamente en el CUC como apoyo en la ciudad capital.

—¿Quién es Francisco? ¿Quién es Fidel?

—No, no los conozco —le dije.

“Francisco” era yo, ese era mi seudónimo en aquellos días. “Fidel” era un compañero de la costa y era miembro del Conaco.⁴

En uno de esos días, 22 o 23 de julio, llevaron a un muchacho bien golpeado, lo amarraron de pies y manos y lo tiraron al piso donde escurría agua, a unos cuatro o cinco metros de donde yo estaba. Como ya dije aquel lugar fue cuarto de servicio sanitario. Este muchacho al principio se negó a contestar en castellano y solo respondía en idioma k'iche' a los esbirros que cuidaban allí. Las preguntas eran las mismas fastidiosas que normalmente hacen, ¿Cómo te llamas? ¿De dónde sos? ¿Cómo se llama tu jefe?, etc. El muchacho respondía en k'iche', diciendo que no entendía caste-

⁴ En el capítulo 9 se detalla la organización interna del CUC. [RVE].

llano. Desgraciadamente el hambre le hizo quebrar la resistencia al tercer día. Pidió que le compraran tortillas. Dijo que tenía un billete en el bolsillo, no vi de qué cantidad era. Le sacaron ese dinero del bolsillo con el cuento de comprarle algo de comer. Por supuesto que nunca le trajeron ni siquiera una tortilla, ni el dinero.

A cada rato preguntaba y preguntaba por las tortillas. Pidió un cigarro. —Ah, puta, y sos vicioso también —le respondió uno de los custodios. Por supuesto que nadie le dio el cigarrillo.

Entre otras cosas este muchacho dijo a los soldados, que le insistían en preguntar, que el ejército los había sorprendido en horas de la mañana en uno de esos días y que él, que se había quedado perdido y buscando algo de comer, fue a dar a una tienda donde compró algo, en eso fue detectado por el comisionado militar del lugar, quien lo capturó y lo llevó al destacamento militar de no sé qué finca, en la Bocacosta. Allí lo torturaron y le hicieron decir dónde había dejado su M-16. El muchacho era como de unos 17 o 18 años, de nombre Pedro, probablemente de Zunil, y era de ORPA.

En esos días llevaron a un hombre que había sido capturado a orillas del lago Atitlán en Panajachel. Él dijo a los soldados que estaba trabajando con un pick-up acarreando arena. Lo capturaron porque había comprado cierta cantidad de varillas de hierro. Este hombre decía que no era ningún enemigo del gobierno, pero que él sí conocía a personas que sí podían ser enemigos del “señor” gobierno. Mencionó algunos nombres de personas indígenas, según dijo eran de Agua Escondida, entre Tecpán y Chichicastenango.

—Yo no me meto en babosadas como persona ladina que soy —dijo.

Las varillas de hierro son de las que sirven para construcción. Pero en aquellos días, quien estuviera comprando varillas de cual-

quier medida, automáticamente caía bajo sospecha. Esto porque ese tipo de hierro servía para hacer balines para las temibles Claymore que constantemente hacían explotar las fuerzas guerrilleras al paso de los vehículos militares.

16. JUNTO A COMPAÑERAS Y COMPAÑEROS

El 25 de julio me trasladaron a otro calabozo, a unos 25 metros de donde estaba recluido. Era una celda como de seis por ocho metros con camas (literas), había un inodoro pegado a la pared. Allí estaban personas detenidas que pertenecían a ORPA. Cuando me fueron a meter a la celda con las manos engrilletadas hacia atrás, con ropa verde olivo y golpeado, creo que impresioné y recibí de los que estaban allí un cálido y sincero “¿Qué tal, compañero?”. En el grupo estaba una compañera de nombre Lucía (seguramente pseudónimo).

Esta muchacha había sido capturada tres o cuatro meses antes. Había ocho personas en esa celda, cinco de ellas capturadas en las casas que habían caído días antes en la capital. Entre ellas, una compañera ladina tenía el rostro y los brazos con quemaduras. Había también uno de la etnia mam; dos muchachas kaqchikelles de San Martín Jilotepeque, Chimaltenango, y un muchacho kaqchikel, de San Andrés Itzapa. Entre ellos uno que había sido

capturado meses antes, originario de San Marcos, quien era ya considerado un colaborador del ejército. Los compañeros me dijeron, en voz baja, que “a aquél ya no se le confía”. En el momento en que los esbirros custodios me introdujeron en la celda, dijeron a los allí reclusos:

—Ni mierda de comida para éste.

Sin embargo, a escondidas de los esbirros y del posible colaborador del ejército, los compañeros me daban unos bocaditos de su propia y escasa ración. Llegaba un esbirro a quien llamaban “Bigotes”, que era realmente malvado. Por su acento, se escuchaba ser de oriente o nicaranguense.

No recuerdo si el 26 o 27 de julio, en la noche, llevaron a una compañera con una herida en un pulmón, capturada en una casa que cayó en la capital en esos días. La colocaron en un corredorcito que quedaba frente a la celda, pero los esbirros pusieron una sábana en las rejas de la celda para que no viéramos.

En uno de esos días, con mucha dificultad, jalé con el pie una hoja de periódico tirada en el piso bajo la cama que compartíamos con el muchacho kaqchikel. Muy discretamente lo empecé a leer, no tenía nada de importancia esa página. Con los pies calzados con aquellas botas que me dieron en Huehuetenango, con mucho esfuerzo le di vuelta. En primera plana y con letras grandes: “¡¡GOBERNACIÓN DEPARTAMENTAL DE QUICHÉ SEMIDESTRUIDA POR BOMBAZO...!!”. Aquella noticia me alentó mucho, mucho, aunque también sentí miedo porque pensé: “estos se van a vengar con nosotros, los que estamos en sus manos”.

Mis heridas se estaban infectando más, ya tenían mal olor. Lucía le dijo al esbirro que llegaba a curar e inyectar a la compañera con quemaduras, que me curara. El esbirro, con desprecio, dijo:

—No, si ustedes lo curan, háganlo.

Lucía y una de las kaqchikeles le pidieron algodón y metafen, y ellas me estuvieron curando. En una ocasión le dijeron que me inyectara porque se me estaban infectando las heridas. Lo que hizo el esbirro fue sacar en una sola jeringa y en una sola vez las dos dosis del frasco de penicilina, le inyectó lo que le correspondía a la compañera y sin cambiar aguja, me inyectó a mí, y así lo hizo las dos o tres veces que me inyectó. Si no es por petición de las compañeras, yo no le hubiera pedido nada. Así lo hice durante todo el tiempo. No tenía cobija, no se las pedía. Sólo en lo absolutamente necesario me dirigía a los esbirros, ya que la respuesta era siempre negativa y con desprecio.

En la noche del 28 de julio, llegó un hombre maduro, de bigotes espesos, nos llamó a todos y fue señalando:

—Vos, vos, vos, pasen por aquí. Ah, vos también —me señaló a mí—. Ustedes se van a ir a sus casas —nos dijo delante de los otros.

Y diciendo eso, saca a las patojas kaqchikeles de San Martín Jilotepeque, al joven también Kaqchikel de Itzapa y a mí. No nos dio tiempo despedirnos de los otros compañeros que estaban en la celda. Nunca más volví a ver a nadie de los y las presentes en el mencionado calabozo.

Nos subieron a un carro de similares características al que habían usado para llevarme a Huehuetenango. Las compañeras me ayudaron a subir, no podía hacerlo solo, tenía engrilletadas las manos hacia atrás. Nos vendaron los ojos con *masking tape*. El vehículo iba a muy baja velocidad y con música a alto volumen. Mientras tanto por mi cuerpo recorrían escalofríos pensando en lo peor, pensando en que seríamos asesinados. Quince o veinte minutos después, el vehículo se detuvo. Bajó alguien; momentos después regresó, y dijo: —No se puede... hay gente. Esperemos.

Siguieron con la música a alto volumen. Luego de unos diez minutos el vehículo se desplazó 100 o 150 metros a otro lugar.

—Bájense —dijo uno.

Nos costó bajar por tener los ojos vendados. Al rato llegó alguien y se escuchó que quitaba llave a una puerta con cerrojo. Quedamos encerrados en aquel oscuro calabozo. Pasamos una noche de sobresaltos porque a cada poco se oían desplazamientos de vehículos y el rugido de potentes aviones sobre nuestras cabezas que aterrizaban o que tomaban vuelo. Estábamos en las instalaciones del Agrupamiento Táctico de la Fuerza Aérea.¹

Pasamos unos días llenos de tensión, soledad y angustia. Las compañeras eran constantemente acosadas por los esbirros de la G-2, en especial de parte de uno de apellido Otzoy.² Éste nos iba a dejar la poca comida que con desprecio se nos proporcionaba. El capitán Carlos Alpírez³ fue el hombre que mantuvo control sobre nosotros. Éste era canche, sarcástico y cruel. Tres o cuatro de los llamados especialistas o pistoleros de la G-2 llegaron a hostigarnos constantemente, entre ellos uno al que le decían el “Negro”. No era negro o garífuna, sino de piel quemada, y era verdaderamente de malas entrañas. Estos hombres se mantenían vestidos de civil, y eran los que nos llevaban la comida. En una ocasión llegó un coronel, era el comandante del Agrupamiento Táctico de la Fuerza Aérea, a “platicar” conmigo. Sus palabras finales fueron: “Bueno,

¹ Del AT-FAG se sabe que el segundo comandante en mando era Otto Erick Ponce Morales. [RVE].

² Probablemente se refiere a Clemencio Herminio Otzoy García, de la promoción 93 del año 1977 de la Escuela Politécnica. [RVE].

³ Se trata de Julio Roberto Alpírez, de la promoción 74 del año 1967 de la Escuela Politécnica, en ese momento oficial del Estado Mayor General del Ejército. [RVE].

vos, o pellejo por pellejo, o ya sabés”, queriendo decir que tenía que delatar.

A la altura de esos momentos ya toda amenaza, toda tortura física o psicológica me aterraba. Las palabras de ese coronel me golpearon profundamente.

Una tarde llegaron al calabozo dos esbirros con tufo a licor, y llevaban varias fotografías. Me las mostraron una por una con el propósito de que señalara a quienes conocía. Aquellos momentos fueron muy angustiosos para mí, pues efectivamente conocía a varios. Opuse resistencia diciendo tener malestar en la vista por la prolongada debilidad. Efectivamente, no veía bien. Pusieron frente a mí un certificado —diploma del Centro de Salud de Quiché— con fotos de varios promotores de salud. Conocía a muchos, unos como miembros del CUC y otros no. El esbirro, que tenía cubiertos los nombres colocados al pie de la foto, señaló a cada una de las personas con el dedo, preguntándome si los conocía. A todos negué conocer, excepto uno:

—¡Ah! Éste me parece que es de apellido Pelicó, pero como ya hace tiempo que salí de mi pueblo, no sé nada de él.

Yo sabía que el tal Pelicó era contrario a la lucha. —Es el único que conozco, terminé.

Levantó el papel que cubría los nombres y con la cabeza asintió complacido. Fue muy difícil negar la identidad de los compañeros. Claro que no los convencí del todo, pero por lo menos esa tarde logré quitármelos de encima. No me explicaba por qué tenían tantas fotos en sus manos. Tenían de personas de lo que fue la Zona 2 y 4 de “Tierra Fría” del CUC especialmente del centro Pachoj, Santa Rosa Chujuyub, Santa Cruz del Quiché. La Zona 2 comprendía todos los centros de Xesic de Santa Cruz del Quiché y el munic-

pio de San Pedro Jocopilas; y la Zona 4, todo lo que es Santa Rosa Chuyup de Santa Cruz del Quiché.

Otro día que llegó el capitán Alpírez, las compañeras pidieron con lastimera súplica que ordenara que me quitaran las chachas o, por lo menos, que ya no las tuviera esposadas atrás, sino hacia adelante. A ellas les lastimaba mucho verme en esa situación. Se logró de él que por lo menos permitiera pasar las manos adelante. Otro día se logró que permitiera aflojar un poco las chachas, que seguían dañando mis muñecas y manos. Luego de aquellos pequeños logros les comenté a las compañeras y al compañero la maña de quitar llave a esos infernales objetos con una aguja. El compañerito kaqchikel se puso a estudiar el funcionamiento de las chachas. Una de las compañeras ofreció un ganchito de pelo, con ese ganchito, el muchacho kaqchikel logró quitarle llave. Aquello fue muy alentador. ¡Por nuestra propia cuenta, quitar la chacha! Me parecía increíble tener las manos libres. Claro, sólo por momentos, ya que, si nos sorprendían, era seguro que agravaríamos nuestra situación.

Aquellos minúsculos logros alentaban nuevamente en mí la esperanza de la fuga. Ya no tenía enchachados los pies, ciertamente que apenas podía caminar, pero ya lo hacía en comparación con estar completamente inmóvil. Tener los pies y las manos libres es una condición para poder pensar en la posibilidad de fuga.

Una mañana, a eso de las 10, se estacionó un vehículo frente al calabozo y momentos después entraron dos personas con la cabeza cubierta con cobijas, empujados por esbirros pistoleros, que algunas veces nos custodiaron a nosotros. Venía con las dos personas capturadas un tal teniente Otzoy⁴ (distinto al otro Otzoy antes

⁴ Por el grado, probablemente se refiere a Julio Otzoy Colaj, de la promoción 68 del año 1962 de la Escuela Politécnica. [RVE].

mencionado). De los dos capturados una era una compañera jovencita, ladina, ella llegaba sólo para bañarse, ya que en ese calabozo había un chorro de agua. Y la otra persona que llegaba para hacer uso del inodoro era hombre, blanco y claramente se notaba que era extranjero. Tal parece que era un periodista o escritor italiano. En las pocas palabras que se cruzaron él y el teniente Otzoy, aquel hablaba de su embajada y que seguramente nunca volvería a escribir si lo dejaban libre. Al hacer uso del retrete le quitaron las chachas y al volvérselas a poner le iban a poner los brazos hacia atrás. Reclamó y dijo que el capitán había autorizado que las tuviera hacia adelante. Creo que eso motivó a las compañeras para pedirle al capitán que a mí me pasaran las manos hacia adelante.

El 31 de julio, Alpirez llegó en compañía de aquel hombre que me había lanzado aquel escalofriante —¿Qué tal compañero?

Este hombre, de apellido Soto, tenía el grado de mayor del ejército y trabajaba en el Estado Mayor Presidencial.⁵

Me sacaron y me introdujeron en un carro color azul estacionado frente al calabozo. Luego que estuvimos dentro, el mayor Soto arrancó el carro y se retiró a unos 10 o 15 metros de la puerta del calabozo. Eran como las 10 de la mañana, había buen sol. Discretamente lancé una que otra mirada perdida alrededor. No quise mostrar interés por conocer el lugar donde estaba cautivo. Logré ver con aquellos rápidos vistazos un cielo azul y un hermoso verdor. Aquel reencuentro me estremeció el alma, pero traté de ocultar aquella profunda emoción que sentí.

El calorcito dentro del carro lo sentí muy agradable. Discretamente y sin mostrar ninguna sorpresa observé que en los asientos

⁵ Se trata de José Horacio Soto Salán, de la promoción 71 del año 1964 de la Escuela Politécnica. [RVE].

del carro había muchas y grandes manchas de sangre fresca. Se veía que dentro del carro hubo un fuerte forcejeo, probablemente en la noche anterior o en el día anterior. Aquello me dio miedo, pero no debía demostrarlo. Los encuentros con los esbirros siempre fueron desagradables, y esta vez no fue la excepción. El mayor Soto, el hombre de la sonrisita de conejo, comenzó preguntando:

—¿Qué cosas conoces de Quiché, vos?

—Conozco Santa Cruz, sus cantones, casi todos los municipios y algunos que otros cantones de esos mismos —le respondí.

—¿Y en todos esos lugares hay subversivos, vos? —me preguntó el mayor.

—No sé —respondí.

—¡Ah puta, vos! No te hagás el loco. Nosotros sabemos que sos uno de los principales líderes de la subversión en El Quiché, aunque vos lo negués, nosotros tenemos pruebas —dijo.

—Si ser dirigente de Acción Católica, de la cooperativa, o ser una persona interesada por el desarrollo de su comunidad, de su municipio o de su departamento, es ser subversivo, de plano que soy subversivo.

—¿A qué gente conocés allá?

—Bueno, conozco a casi todos los alcaldes del departamento de El Quiché, a los dirigentes de Acción Católica, a los dirigentes de cooperativas, a los dirigentes del deporte. A todos ellos conozco —le respondí.

—¿Quiénes de ellos son subversivos, vos?

—No sé —contesté.

Esta entrevista, dentro del carro, fue bastante corta, duró unos 10 o 15 minutos. Durante esos minutos, tres o cuatro aviones grandes aterrizaron. Fue así como me di cuenta que estaba en un cala-

bozo ubicado en uno de los extremos de la pista de aterrizaje del Aeropuerto La Aurora, en una pequeña hondonada.

En esa primera semana de agosto hubo mucha práctica de tiro al blanco en un polígono muy cerca del calabozo. Por una pequeña rendija y en un pequeño espacio debajo de la puerta, nos acercábamos a ver. Pudimos ver a los pistoleros y oficiales con orejeras haciendo prácticas de tiro.

17. REGRESO A SANTA CRUZ DEL QUICHÉ

El 9 de agosto, a eso de las 7 de la mañana, cuatro esbirros llamados especialistas o pistoleros de la G-2, incluido el “Negro”, junto con el capitán Alpirez, fueron a sacarme sin mediar palabra alguna. Afuera, estaban tres vehículos: un pick-up amarillo de doble cabina y otros dos carros pequeños con más pistoleros adentro. En uno de esos autos me introdujeron a mí. Estaba al volante el teniente Otzoy. El mayor Soto y dos pistoleros se metieron al coche donde yo ya estaba. Los vehículos se desplazaron a otras instalaciones del cuartel. Estacionaron una especie de gasolinera dentro del propio cuartel para llenar de combustible los tanques de los vehículos.

A eso de las 8 de la mañana salimos de las instalaciones del Agrupamiento Táctico de la Fuerza Aérea. Cuando salimos de las instalaciones del cuartel, el “Negro” cubrió mis manos con una cobija, porque yo iba con las manos engrilletadas. Seguramente no querían que la gente se diera cuenta que llevaban a alguien engrillutado dentro del carro. Como éste era bajo, los pasajeros que

viajaban en vehículos grandes, podrían ver remotamente por el vidrio delantero, pues los vidrios laterales eran polarizados. Pasamos frente al zoológico La Aurora, Pamplona, el Trébol, enfilamos por la Roosevelt, hacia el occidente del país.

Al llegar a Los Encuentros, los vehículos se dirigieron hacia El Quiché. Cuando íbamos por esos lugares, los pistoleros y los propios oficiales iban muy, muy vigilantes y tensos. Cuando estábamos por emprender la bajada del río El Tesoro, jurisdicción de Chichicastenango, el “Negro” acomodó el arma y se persignó, diciendo “en nombre de Jesucristo, pues”.

Todos listos con sus armas. Esa bajada y subida de El Tesoro tiene muchas curvas por lo que no se puede correr y es bastante boscosa. Allí esperaban probablemente un ataque, y yo mismo tenía esperanzas que allí les dieran a esos carros, pero no pasó nada. Entrando a Chichicastenango, el “Negro” y el resto de los esbirros se tranquilizaron. Entre la cabecera municipal de Chichicastenango y Santa Cruz del Quiché hay dos ríos más con sus bajadas y pendientes parecidas al Tesoro. Nuevamente, los oficiales y los especialistas se pusieron en alerta, prepararon sus armas, que las llevaban escondidas, pero listas para abrir fuego.

A eso de las 11 de la mañana entramos a terrenos de Santa Cruz del Quiché. Cuando íbamos por Xatinap, la emoción no se hizo esperar, pero tuve que esconderla. Volver a ver de cerca a mi querida tierra: Xatinap, Choacamán, Xesic, etc., era para ponerse a llorar de alegría. Cuando entramos por las calles de Santa Cruz del Quiché, otra vez el “Negro” me cubrió con la cobija.

Cuando íbamos por los rumbos de Santa Cruz del Quiché tuve una sensación de tristeza y alegría, volver a mi tierra me producía una mezcla de esperanzas, dudas, temores, tristeza y alegría. Mis dudas eran “¿a qué vendremos acá?”.

A mí no me comunicaban nada cuando me sacaban a algún lugar. Entonces, yo no sabía por qué ni para qué me llevaban a Santa Cruz del Quiché. Esa incertidumbre me provocaba una gran angustia. Los carros fueron a estacionarse directamente al ex-Cuartel General del Quiché, que queda contiguo a Catedral. Me mantuvieron encerrado dentro del carro en el cuartel. Hasta en horas avanzadas de la tarde me sacaron del vehículo, y en ese momento se juntaron alrededor de mí tres o cuatro oficiales de baja graduación, quienes hicieron los más diversos comentarios sobre mí. Por ejemplo: —Putá, muchá, este pisado ha viajado a Europa. ¡Imagínense... y por Iberia! Y uno que apenas ha viajado a Poptún —decía uno—. Otro dijo: —Así quería ver yo a este hijo de la gran puta, bien morongueado, bien pisado. Uno más dijo: —A estos hijos de la gran puta hay que acabarlos, hay que quemarlos, no hay que dejar seña de ellos.

En el cuartel estaba un capitán, un moreno, con un parecido a Gregorio Pérez, esposo de una de las hijas de doña Rita López viuda de Laynez, de Quiché. Este capitán no decía ni comentaba nada. A este capitán lo vi manejando un *jeep* del ejército durante los días que estuvimos en Santa Cruz.

Esa tarde del 9 de agosto, llegó el famoso “Fasho”¹ (Bonifacio Zapeta) al cuartel. No me habló, no sé si no me reconoció, porque seguramente yo seguía desfigurado. Lo cierto es que no se acercó a mí. A cada rato lo llamaban: “¡Zapeta! ¡Zapeta!”. Era una persona bastante solicitada por los oficiales; el oreja más solicitado en aquel momento.

¹ Un asesino k'iche', más conocido por su maldad, originario de Santa Cruz. Murió años después asesinado por el propio ejército cuando ya no les era útil.

Durante esos días en el cuartel general quedé engrillado de una mano y un pie a una cama. Me llegaban a dejar poquísima comida. Sentía un frío tremendo porque me quedaba sin cobija. En esas mañanas el tañido de las campanas de la catedral estremecía mi alma, y venían a mi mente tantos recuerdos que por momentos quería llorar a gritos, más cuando llegaban a mis oídos los cantos de la misa. Tres días me mantuvieron en ese cuartel.

Después de esos tres días me llevaron al cuartel que queda cerca del Calvario.² Allí me mantuvieron hasta el día 15 de agosto. Durante ese tiempo también estuve engrillado a una cama-litera. En uno de esos días llegó nuevamente “Fasho”, y en presencia de un oficial canche de alta en dicho cuartel, y del mayor Soto y Alpírez, me saludó esa mañana, con cierto respeto, diciendo:

—Buenos días don Emeterio.

—¡Ah puta, vos! —le dijo ese oficial joven, canche— y todavía le decís “don Emeterio” a este hijo de la gran puta, no le digás ni mierda así.

El tal “Fasho”, como fiel perro, se puso agresivo conmigo, empezó preguntando por Ventura Álvarez:

—¿Dónde se encuentra el hijo de la gran puta del Ventura Álvarez?

—A saber, yo no sé nada sobre ellos.

—¿Y dónde está el Adeloiso Pérez?

—Tampoco, no sé nada.

—¿Y dónde está esa que le dicen Anita Pérez (hermana de Adeloiso Pérez)?

—No sé —le dije. Y ciertamente no sabía nada sobre ellos.

² Actuales instalaciones del Instituto Militar Adolfo V. Hall.

Me di cuenta entonces, que no tenía información reciente sobre mí. Ya llevaba 16 meses de haber salido de Santa Cruz. Había salido a comienzos de marzo de 1980. Así que, por lo que me preguntaba, no sabía nada.

En otro momento, estando en ese cuartel, llegaron dos comisionados militares, uno de apellido Us, de Xualchoj, Aldea La Estancia. No reconocí al otro que iba con él. El comisionado militar de apellido Us llevaba una larga lista de nombres, la cual entregó al mayor Soto.

—Estos son los meros guerrilleros que están en La Estancia,⁵ Panajxit⁴ y Xatinap —dijo—. Recuerdo que mencionó a Ventura Hernández y a otros tales como José Aguilar (hermano de Celestino Aguilar).

Y el mayor le preguntó:

—Pero... ¿estos son guerrilleros?

—Pues sí... son guerrilleros, y aunque no sean meros guerrilleros, sí son líderes. Estos son líderes, y hay que ir a sacarlos.

En ese cuartel, me permitieron bañarme en las duchas de la tropa. Cada vez que me bañaba, observaba el techo, y alentaba mis esperanzas, diciendo para mis adentros, “aquí me puedo escapar”. Después de bañarme, nuevamente me engrilletaban. Yo esperaba que me sacaran a alguna parte. Decía entre mí: “ojalá que me saquen a cualquiera de los cantones, allí me escapo”. Para entonces ya podía caminar un poco. La esperanza de una fuga se acrecentaba. Claro que era una esperanza lejana, pero estaba viva en mí. Pensaba: “allá nomás, al otro lado de esta pared, está la casa

⁵ Cantón al occidente de la cabecera departamental, colindante con el municipio de Patzité.

⁴ Cantón también al occidente de la cabecera departamental, colindante con el municipio de San Antonio Ilotenango.

de don Rosendo González, sólo nos separan esta pared y la calle”. Hacía elucubraciones: “Por aquí está la casa de don Rosendo, y si logro escapar me voy por acá... y si no, me voy por allá...”. En fin, yo hacía planes, construía esperanzas. Eso me alentaba.

Otra cosa que me animaba en esos días era el pensamiento de que si me sacaban a uno de los cantones para mostrar alguno de los lugares donde nos reuníamos, allí aprovecharía yo para echarme a correr, me dispararían y me matarían, pero tenía la esperanza que la gente se daría cuenta que caí. Pensaba en que la gente valoraría el hecho de caer en tierras de Santa Cruz del Quiché. Pero no me sacaron a ninguna parte, lo que me sorprendió.

Una noche se alborotó la gente en el cuartel. Llegó un aviso que la guerrilla había regado propaganda en las calles de Chinique.⁵ El mensaje llegó a eso de las 8:30 de la noche. Un grupo de soldados, el personal de operaciones especiales, el capitán Alpírez y el teniente canche, fueron a recoger los volantes que los compañeros habían esparcido en el poblado. Yo no pude ver ni uno de esos volantes.

El 13 de agosto, al regresar de una operación, los integrantes de esas “tropas especiales”, es decir, la gente de Soto y Alpírez, llegaron consternados.

—Esos hijos de la gran puta le cayeron a una de nuestras patrullas, pero también les dimos verga. ¡Putá! Les hicimos un montón de bajas —dijo Soto.

En ese día, entraron varias mochilas ensangrentadas. Me llamó la atención un morral grande de esos llamados zacualpenses, también manchado de sangre. Recuerdo que las amontonaron en

⁵ Chinique es un municipio de El Quiché, ubicado a 20 kilómetros, al sur de la cabecera departamental.

la larga sala donde yo estaba. Cuando regresamos a la capital, esas mochilas las echaron en un pick-up amarillo, eran por lo menos 20, todas ensangrentadas. Se entiende que los soldados portadores de esas mochilas salieron heridos o muertos durante el ataque que les hicieron sobre la carretera entre Chinique y Zacualpa. Ninguno de la gente de Soto cayó porque ellos no entraban directamente al combate. Ellos son sólo buenos para el secuestro y las torturas. Esta gente, a la que llamaban de “operaciones especiales”, salió varias veces, sobre todo por las noches.

18. HACIA LA CAPITAL

El 15 de agosto, a eso de las ocho y media de la mañana, sin mediar palabra, los esbirros especialistas me fueron a desenchuchar de la cama, y me sacaron al patio donde estaban ya listos los tres carros. Engrilletado, me introdujeron a uno de ellos. Después salimos, sin que yo supiera a dónde iríamos. Los vehículos enfilaron por la calle que conduce al centro, pasamos por el Parque Central de Santa Cruz, donde había mucha gente. En la garita de la Policía Nacional había alumnos de las distintas escuelas con sus respectivas bandas de guerra preparándose para el desfile que inauguraba la fiesta patronal de agosto. Hasta ese momento tomé conciencia que era 15 de agosto. La gente de mi pueblo era ajena tal vez al drama que muchas personas, igual que yo, estábamos pasando en aquellos días. No me sentí triste, ni resentido por esto, porque al estar de fiesta, buena parte de la gente quizá trataba de desentenderse del momento dramático que estaba viviendo nuestro pueblo, o quizá esconder de esa manera el drama.

Quando íbamos cruzando el Quinto Centro de Xatinap, en una oración en silencio, pero una oración vehemente, le pedí a la Virgen de la Asunción volver algún día a esas queridas tierras, pero en otras condiciones.

El viaje de Quiché a Guatemala se hizo sin mayores novedades, salvo que nos encontramos con varios árboles caídos sobre la carretera entre Santa Cruz y Chichicastenango. También había muchas pintas que decían: “Viva el CUC”. Los árboles que habían sido tirados a manera de sabotaje fueron puestos a un lado de la carretera para habilitarla. No hubo ningún comentario de los oficiales sobre la acción del CUC, por lo que no supe cuándo fueron botados los árboles.

Al llegar a la capital, me fueron a dejar de nuevo al cuartel del Agrupamiento Táctico de la Fuerza Aérea Guatemalteca, pero ya no al calabozo, sino que me fueron a dejar a una de las guardias.

Como llegué engrilletado, es decir, como un detenido, inmediatamente el teniente que estaba de servicio, un barrigón, de baja estatura al que le decían teniente Urrutia, me empezó a insultar, incluso a pedorrear en mi cara, aprovechando que cuando me fueron a dejar a esa guardia yo quedé sentado sobre una banca y entonces el insolente oficial, con descaro e irrespeto me empezó a ofender con palabras y de hecho con esa desfachatez.

La primera noche que pasé en esa guardia, estuve tirado en el helado piso, sin ninguna cobija. Así pasé tres noches en ese lugar. En uno de esos días llegó el capitán Alpirez. Le reclamé lo que me estaba sucediendo y lo que me había hecho el tal teniente. Le dije que me estaban dejando tirado en el piso en la noche y sin comida y que, nuevamente, cuando querían, me daban de comer y cuando no, no. Me parece que mis palabras le calaron al mayor.

Otro día, un soldado de alta en ese cuartel me reconoció. Dijo ser del Cuarto Centro de Xatinap. No supe quién era. No se comunicó conmigo por solidaridad sino para decirme: “Eso es lo que vos merecés por estar metiéndote en babosadas. Vos, seguro, no vas a salir vivo de aquí”, sentenció fríamente.

Simulé no hacerle caso, pero de todos modos sus palabras me hirieron y me aterrorizaron. En los últimos días en la guardia, poco a poco me dieron un tratamiento menos cruel. El propio teniente Urrutia, cuando le volvió a tocar servicio, ya no me trató tan mal, incluso les decía a los soldados: “Bueno, muchá, apúrense, vayan a traerle comida al señor”.

De todos modos, seguía engrillutado, pero con las manos adelante. En esos días, después de una operación que realizaron esbirros de ese cuerpo militar, colocaron a uno de ellos frente al jefe de la guardia. Lo acusaban de haber violado a una muchacha después de allanar una casa. La familia no se quedó con esa ofensa y puso la denuncia. El jefe de la guardia interrogó a ese esbirro de mediana edad frente a los demás. El acusado estaba engrillutado.

—¿Es cierto que hiciste eso?

—Sí, es cierto.

—¿Y por qué lo hiciste?

—Pues como vi bonita a la muchacha, pues ni modo... —dijo.

—¡Ah cabrón! ¿No sabés que eso no se hace? —dijo el teniente, jefe de la guardia—. Me pareció raro que juzgaran a ese esbirro violador. No supe qué pasó después con él.

Seis o siete días después de haber llegado de Santa Cruz, el 22 o 23 de agosto, me volvieron a llevar al calabozo en el que habíamos estado con las dos compañeras kaqchikeles y el joven de San Andrés Itzapa. Ya no estaban las muchachas ni el muchacho. Un día

llegó el mayor Soto al calabozo con la noticia de que la familia de Bonifacio (Fasho) Zapeta había sido asesinada.

—Putá, vos, fijate que mataron a toda la familia de Zapeta.

—¡Ah! No me diga, usted, —exclamé.

—Pues sí, fijate vos, le mataron a todita la familia, un día después que salimos de Quiché. Hijos de la gran puta, pero nos la van a pagar —dijo, rabioso.

Del 20 de agosto en adelante empezaron a darme abundante comida, y me quitaron las chachas. Estaba solo en el calabozo, por lo que pedí que me llevaran un periódico, que leí desde la primera hasta la última página durante varios días. No tenía nada que hacer. Pedí dos pequeños conos de hilo, ese hilo lo torcí finamente y empecé a hacer un rosario, pensando en María del Rosario.¹

Otro de mis entretenimientos era mantener bien aseado el calabozo; incluso empecé a lavar las manchas de sangre en las paredes para hacerlo agradable. Cada vez que llegaba el capitán Alpírez o el mayor Soto, se admiraban y decían: —Púchica,² vos, qué bueno que mantengás aseado tu dormitorio.

Ya sin las chachas, empecé a hacer ejercicios físicos, movimientos de pies, andar un poco más ligero, mover más las piernas y los brazos. Cuando logré hacer mi primera despechada, para mí fue una inmensa alegría. “Mis brazos responden”, me dije a mí mismo. Aunque levantándome a duras penas, me sentí realmente feliz y muy alentado, porque mis brazos estaban sanos. Y así empecé poco a poco a hacer ejercicios, todavía con dolores terribles

¹ Mi hija que cumple años el 16 de octubre. El rosario lo empecé a hacer pensando en un regalo para ella, pero fundamentalmente, pensando que luego de mi fuga se lo entregaría a ella.

² Expresión de asombro.

en las manos porque aún no habían sanado del todo. Mis ejercicios los hacía en silencio.

Trataba de mantenerme lo más ocupado posible. El mayor Soto me llevó un radio receptor. Ese radio inmediatamente lo reconocí. Era de los compañeros del CUC de Pachoj, Santa Rosa Chujuyub de Santa Cruz del Quiché. En el radio estaba dibujado un conejito, lo identifiqué porque vi varias veces ese radio en casa de aquella familia. Escuchaba Radio Cultural en frecuencia modulada con su buena música, me pasaba bastante tiempo escuchando esa emisora. Durante esas noches hubo programas especiales con música de Beethoven.

En uno de esos días, el mayor Soto mandó preguntar qué número de ropa usaba. Días después él mismo me llevó ropa nueva y me dijo: “Probátela, a ver si te queda bien”.

Me llevó un pantalón negro, unas camisetas y una camisa muy fina de fabricación francesa. Probablemente esa camisa era de compañeros capturados, porque algo así, irónicamente, dijo: “Putas, mira vos, te toca ponerte una camisa muy fina de marca francesa casi nueva”.

Algunas veces, a la hora de comer, me sentía mal moralmente. Me daban comida de oficial, porque era buena comida, pero cada vez que comía me sentía mal porque pensaba, “¿será que con esta comida, no estoy vendiendo a mis hijos, a mis amigos, a mis compañeros, a mi pueblo?” Verdaderamente me sentía mal, pero físicamente tenía necesidad. Me estaba recuperando y necesitaba comer. Estaba viviendo unos tormentos psicológicos muy duros.

En agosto 27 o 28, el mayor me fue a traer sin mayor vigilancia, sólo llevaba un guardaespaldas. Me fue a sacar del calabozo, y me llevó al Cuartel General Justo Rufino Barrios. Allí, nuevamente, compró ropa para mí.

—Ponétela de una vez —dijo—. Fijate vos —continuó—, que van a venir unas personas que quieren hablar y saber de vos. Vos ya sabés que tenés que decir que te entregaste.

Percibí que, según ellos, yo ya había aceptado que me había entregado al ejército y que ya estaba arrepentido de mi vinculación con el movimiento revolucionario.

—Van a venir esos gringos y te van a hacer algunas preguntas, y vos respondeles que vos te entregaste. Y si te preguntan por qué estás bien jodido todavía (porque para entonces todavía estaba flaco y las heridas de mis manos aún estaban frescas), les respondés: como estuve escondido mucho tiempo en el monte, entonces muchos días me quedé sin comer.⁵

En una sala grande del cuartel me presentaron a unos señores extranjeros. Me enteré hasta el momento de escuchar sus preguntas que eran senadores norteamericanos. Me hicieron varias preguntas, como qué había pasado conmigo, y yo les dije que me había entregado al ejército porque ya no quería seguir donde estaba.

—¿Y dónde estaba usted? —preguntaron.

—Yo estaba en el CUC, y ya no quise seguir, por eso me vine, y aquí estoy con los señores —respondí.

—¿Y cómo lo han tratado ellos?

—Pues, bastante bien —respondí.

—Usted dice que es campesino, pero usted habla bien, usted habla bastante bien el castellano —me comentó uno de los senadores.

⁵ Sobre la visita véase “Llegará comisión estadounidense”, 25 de agosto de 1981, “Visitantes norteamericanos exigen elecciones libres y abiertas aquí”, 27 de agosto de 1981 y “Gobierno no se robará las elecciones”, 28 de agosto de 1981 en *Prensa Libre*. [RVE].

—Pues sí, ciertamente soy campesino, pero eso no quita que yo no pueda aprender bien el español.

Esa respuesta entusiasmó a los esbirros, quienes estaban detrás de los senadores. Entre ellos estaba el mayor Soto, el teniente coronel Lima Estrada⁴ y el ministro de la Defensa, que era el general Mendoza.⁵

Uno de los senadores habló sobre la discriminación que sufren los campesinos indígenas en el país. Yo le respondí que no sólo en Guatemala existe discriminación, sino que también en Estados Unidos, donde los negros son terriblemente discriminados. Aquellas respuestas o contra argumentaciones que yo daba, llenaban de inmensa satisfacción a los oficiales allí presentes.

Después de la presentación ante esos señores senadores nos llevaron a un inmenso salón donde había bastantes armas de toda clase y de todos los calibres; inclusive aquellas escopetas fabricadas en nuestros talleres de armamento que se llamaban “FP-31” (en honor al “Frente Popular 31 de Enero”, que reivindicaba a los caídos en la Embajada de España), cobijas, uniformes, en fin, todo lo que había sido capturado a la guerrilla. Estaba allí en exposición ante esas personalidades de Estados Unidos. Aquella actuación ante los senadores fortaleció la confianza que ya había ganado.

Me regresaron nuevamente al cuartel del Agrupamiento Táctico de la FAG. En uno de los días que siguió, llegaron Soto y Alpiroz y me dijeron:

⁴ Byron Disrael Lima Estrada, promoción 62 del año 1969 de la Escuela Politécnica. En ese momento también estaba asignado a la Zona Militar 11 de Cuilapa como comandante. [RVE].

⁵ Luis René Mendoza Palomo (promoción 1947, año 1946), que venía de ser jefe del Estado Mayor de la Defensa, puesto que cedió al general Benedicto Lucas García al inicio de la contraofensiva. [RVE].

—Mirá vos, ¿no querés una patoja aquí?

—No —les dije—, muchas gracias.

En otra ocasión me dicen:

—¿No querés un traguito?

—No, muchas gracias, les agradezco mucho.

—¡Putá vos! Te estás volviendo santo —me dijo el mayor Soto.

—No, la verdad es que así como estoy... pues no hay gusto para nada. Yo prefiero otra cosa. Prefiero mi libertad, y además prefiero a mi familia. ¿Dónde está mi familia? —le dije—. Esa es mi gran preocupación. Ese es el dolor que más me aqueja en este momento. Mi mayor ilusión es encontrarme con mi familia, y no otra cosa —le recalqué.

—¿Por dónde creés que puede estar tu familia?

—No sé. Ustedes han de saber.

—No, vos, no sabemos nada. Danos alguna pista.

—No sé. Puede estar en Quiché, en Xela, en Totonicapán, o la tienen ustedes.

19. EL SORPRESIVO Y ANGUSTIOSO VIAJE A QUETZALTENANGO

El 16 de septiembre, el mayor Soto y dos esbirros llegaron al calabozo y me sacaron.

—Vamos a ir a hacer un mandado, vos —dijo. Como ya mencioné, en ningún momento me anticipaban nada—. No llevés nada —me dijo el mayor—, porque vamos a regresar hoy mismo.

Salimos rumbo a la Zona 6 de la capital. Aparecimos cerca del Cuartel General Justo Rufino Barrios. Estuvieron comunicándose por radio, usando claves en el diálogo.

—Es que por allí por “Xilófano” es por donde debe ser la ida.

Se entendía que estaban hablando de un viaje a Quetzaltenango, por la clave que usaban. A mí me dio miedo, pues quién sabe qué podía suceder. En aquellos días, cualquier cosa me atemorizaba ya. Estuvimos por allí buen rato. Minutos después atravesamos

la ciudad y tomamos la carretera Interamericana hacia el occidente. Paramos en las orillas de Chimaltenango. Me dijo el mayor:

—¿Qué querés ver a tu familia vos? Vamos a ir a verla.

Hasta allí me enteré que el viaje que realizábamos era para ir a ver a mi familia. “¿Será posible?”, pensé.

—Llevemos pan —respondí espontáneamente.

—¡Llevá, pues! —me dijo, y me dio cinco quetzales.

Paramos frente a una panadería. Nadie bajó, me dejaron entrar solo a la panadería. Claro, el carro quedó enfrente. Entré a comprar tres quetzales de pan.

Al regresar al carro, me dijo el mayor:

—Fijate que vamos a ir a Xela porque como vos decís podrían estar viviendo ahí, ya que en un tiempo ustedes estuvieron viviendo por esos lugares. Entonces puede ser que allí estén.

Dicho esto, arrancó el carro y continuamos el viaje. Cuando me dijo eso, me sentí confundido. “¿Y ahora?”, me pregunté internamente.

Esa situación no la tenía prevista. Estaba ante una situación peligrosa. ¿Qué hacer? ¿Están o no están? Traté de serenarme y reflexionar, traté de rezar, traté de concentrarme, pero no fui capaz. Empecé a rezar pidiendo fuerza, pidiendo iluminación. Cerca de Los Encuentros, el mayor me lanzó una pregunta:

—¿Por qué estás rezando, por miedo o por alegría de que vas a ver a tu familia?

—Por supuesto que rezo por agradecimiento y alegría por la dicha de volverlos a ver, tanto que llevo aquí un rosario que confeccioné para entregarlo a mi hijita que cumple años en estos días —le dije muy seguro.

Aunque, en la realidad, en mi rezo no sabía qué pedir, ya que aún no salía de la confusión y el asombro por los que estaba pa-

sando. No sabía si de verdad íbamos en búsqueda de mi familia o se trataba de otra maldad del enemigo. En la gasolinera de Los Encuentros llenaron el tanque de combustible y aproveché para entregarle a Soto lo que sobró del billete de cinco quetzales que me había dado para comprar el pan, pero él no me lo recibió.

—No, quedate con esos centavos. ¿Acaso no te sirven pues? Y además decime cuánto necesitás para dejarle a tu familia. ¿A saber cuánto tiempo llevan sin comida? ¿Cuánto creés que hay que dejarles?

—Con veinte quetzales, ya es algo —le dije.

—Tomá veinticinco —dijo.

Lo anterior me comenzó a convencer que sí iba en serio la búsqueda de la familia, más cuando tomamos hacia Quetzaltenango. Pero aún tenía duda. Íbamos casi volando, la aguja del kilometraje se mantenía entre 150-160 kilómetros por hora. Cada vez se iba acortando la distancia a Quetzaltenango. Si de verdad íbamos a buscar a la familia, de ninguna manera convenía localizarla. Para los planes que me había propuesto, no convenía cometer el más mínimo error para no despertar ninguna sospecha. Entonces, ¿qué hacer?

Cuando íbamos subiendo el María Tecum y atravesando la cumbre de Alaska, yo iba sufriendo terriblemente, porque no encontraba la forma de entrarle al asunto de manera que el precio no fuera muy alto. Ciertamente una de estas oportunidades quería para la posible fuga, pero no la esperaba tan pronto, y menos para este caso en que se ponía en riesgo a la familia.

Conforme descendíamos el gran “Chuanoj”, menos tiempo me estaba quedando para tomar una decisión rápida y coherente. Los momentos se me hicieron difíciles y angustiosos. En mi cabeza daban vueltas mil cosas, tenía que hacer esfuerzos para no demostrar

mi angustia, y mantenía conversación con Soto sobre su familia. Me contó que tenía tres hijos, que era yerno del presidente del INTA,¹ que llevaba 17 años de alta en el ejército, y que su suegro empezaba a tener opositores por no entregarle tierras a sus cercanos colaboradores.

—Con funcionarios honestos como su suegro, “Guatemala va por buen camino y para arriba”, tal como dice en la propaganda del gobierno —le dije.

Entre otras cosas dijo, refiriéndose al movimiento popular y revolucionario:

—Yo lo que no entiendo es que ¿cómo fue que te dejaron salir de sus filas, sin que te hicieran nada, cuando a los que les voltean la espalda, los eliminan?

—Lo que pasa es que yo me huí. Yo me escondí en Quetzaltenango y en la capital —respondí.

Mientras tanto dentro de mi cabeza no se vislumbraba nada concreto. Simulé dolor de cabeza (y en verdad sí me estaba doliendo la cabeza), cerré los ojos, y medité profundamente por unos minutos. Era ya septiembre, no podía ser que mi familia aún estuviera viviendo en ese mismo lugar y en esa misma casa. El enemigo tiene información de que por allí estuvimos viviendo, negarlo sería un error, ahora que estoy en franco proceso de ganar confianza. Pero, ¿y si la familia está todavía por allí? Sólo hablaría uno o dos minutos con quien fuera para decirle que se vayan a cualquier otro lugar, que reparta a los niños entre algunas gentes solidarias y que lleven con mamá sólo a los más pequeños.

Con esos pensamientos estaba cuando el mayor me preguntó cuánto tiempo necesitaba para la entrevista. Yo le respondí que

¹ Instituto Nacional de Transformación Agraria. [RVE].

sólo unos minutos nada más, pues lo único que quería era saber si estaban vivos y por su parte sólo les bastará verme para comprobar que estoy vivo. Además, como no será la única vez que nos vamos a ver, así sólo necesito lo más una hora.

—Bueno, entonces le decís a tu mujer que se quede aquí donde está, que no se mueva, ya veremos qué hacer con ellos. Lo importante es saber de ellos para que vos te tranquilicés.

—Gracias mayor, muchas gracias por su bondad, lo único que le suplico es que no terminemos de asustar a mis pobres hijos, por eso no quiero que entren ustedes conmigo en el primer momento, cuando nos hayamos repuesto de la emoción, entonces si usted quiere entra.

—Sí, porque seguramente a vos te tienen por muerto, con tantos que hay diariamente —dijo cínicamente.

A medida que nos acercábamos a Cuatro Caminos, la tensión se iba apoderando de mí. ¿Qué hacer, Dios mío? Bueno, en nombre de Dios, me encomendé. Tenía miedo, pero tenía fe en que no me abandonaría el Dios de los pobres. Cuando íbamos entre Cuatro Caminos y Salcajá, el mayor me preguntó:

—¿Por dónde decís que vive tu familia, vos?

—Por la Granja Penal de Cantel —le respondí.

Atravesamos Salcajá, el pueblecito que dio albergue por primera vez a mi familia en Los Altos, en su penoso recorrido de un lugar a otro. Fue una travesía rápida, tan rápida que de pronto apareció ante mi vista la pequeña colina, en cuya falda están varias casitas; uno de ellas fue la que ocupamos.

—¿A cuánta distancia queda la casa de la carretera, vos? —preguntó.

—A unos 50 metros, más o menos, pero hay que meterse un poco —respondí.

—Bueno, me vas diciendo por dónde es.

Eran las 13:45 horas y a medida que nos acercábamos a la entrada de la Granja, iba creciendo la tensión y las palpitaciones de mi corazón se hicieron más fuertes. Era o bien la alegría o nuestro hundimiento total como familia lo que estaba en juego. Era grave, pero había que correr el riesgo. Nos pasamos unos cuantos metros de la entrada hacia Urbinas. La entrada nos quedaba en el carril contrario. Esperó que pasara una cadena de vehículos que venían en sentido contrario, entre ellos un bus urbano número 2 “A”, del servicio de transporte urbano de la ciudad de Quetzaltenango.

En ese momento vinieron a mi memoria muchos recuerdos, especialmente de los últimos días antes del 4 de julio. Recordé cuando en compañía de mi hijo y mi sobrino, precisamente unas horas antes del secuestro, abordábamos un bus del servicio urbano número 2 “A” para trasladarnos al centro de la ciudad. Cuando sentí, cayeron dos lágrimas por mis mejillas.

Nos metimos y atravesamos el puente que está sobre el río Samalá. Pasamos frente a la granja. El mayor me iba preguntando por dónde tenía que tomar, puesto que cada propiedad tenía su entrada para carro. Al llegar a una bifurcación del camino, por unos instantes pensé no llevarlos al lugar, pero en ese momento pesó más mi ardiente deseo por saber sobre mi familia. Quería saber si estaban vivos o también si habían sido secuestrados, tal como me lo fueron a decir los esbirros en los primeros días de tortura en Huehuetenango. Tomamos el camino que señalé. Me mostré entusiasmado, recogí la bolsa con panes, y resueltamente dije:

—Vuelvo en unos instantes, ya veré cómo está la cosa y los vengo a traer, porque seguramente mi esposa y mis hijos van a querer conocerlos.

—Buena suerte —dijo el mayor.

Me era un sueño volver a caminar por aquel caminito. Era una pendiente, y a los 10 o 15 pasos sentí debilidad en mis piernas. Conforme me fui alejando 50, 60, 70 pasos, por un momento iba a cometer el error de echar a correr, que tal vez sólo hubiera logrado correr 10 metros. En esa imposibilidad de correr no pensé en ese momento, sino a dónde ir a dar si huía. Atravesar el río no podía, porque me iría a topar con la carretera. Tomar por las milpas a mi lado derecho, no conocía nada. “No, mejor no, ya habrá otro momento”, pensé. ¿Y si aún está mi familia por aquí? Además, desde donde estaba estacionado el vehículo, se podía ver perfectamente. Conforme iba acercándome a la casa pensé que, si estaba la familia en la casa, sólo me les mostraría, no entraría, sino que les diría que se salieran y abandonaran la casa inmediatamente. Pero conforme me fui aproximando a la casa, se notaba que no tenía habitantes.

¡Cabal! Cuando estuve frente a la puerta me di cuenta que estaba con candados. ¡No había nadie! Sentí una sensación de alegría y tristeza. Lloré, lloré como un niño.

Pero no podía quedarme tranquilo. Así que decidí encaminarme a una casa vecina que quedaba a unos cien metros para ver si podía conseguir alguna información mínima sobre mi familia. Sin pensarlo mucho me acerqué a la casa, empecé a llamar desde el patio, había señales de que había gente, sin embargo, nadie contestaba. Insistí en llamar, pero tampoco hubo quién saliera a atenderme. Decidí entrar a uno de los descuidados cuartos, y vi que había gente durmiendo. Insistí en despertarlos.

Primero se despertó una niña de unos 10 años, luego se despertó una mujer a la que aún se le notaban efectos de alcohol. Le pregunté lo que tenía que preguntarle. No me dio ninguna información, más bien se puso malhumorada. La niña dijo, sin embar-

go, que hacía poco más de un mes que los que habitaron la casa se habían ido a la ciudad de Quetzaltenango, cerca del monumento El León de Piedra.

—¡Ah, sí! —dijo la señora—, eso fue antes de la fiesta de la Virgen —refiriéndose a la fiesta de Cantel, que se celebra el 15 de agosto.

—Señora, perdone, ¿usted no se dio cuenta si aquí nació la criatura? —le pregunté.

—Yo creo que a eso se fue a Quetzaltenango —respondió.

Me despedí rápidamente. Al salir, me di cuenta que me había alejado bastante del vehículo. Nuevamente se atravesó por mi mente la fuga, pero fue hasta entonces cuando me di cuenta de mi incapacidad física para tal intento. No sólo no lograría escapar, sino que comprometería a personas que nada tenían que ver con nosotros, y que seguramente habría secuestros, asesinatos y lo peor es que no sólo me recapturarían al poco tiempo, sino pondría en peligro la vida de mucha gente, y por supuesto que yo estaría condenado a una muerte segura.

Me fui a otra casa que quedaba enfrente de nuestra antigua casa. Salió el dueño y le pregunté si no se habían dado cuenta de cuándo habían desocupado la casa. Dijo que no sabía nada, que no se dio cuenta ni a qué horas se fueron. Su respuesta me dejó helado.

Al pasar de nuevo frente a la casa donde vivimos me paré por unos instantes frente a la puerta, por donde solía rajar leña con cariño para mi esposa. De nuevo lloré y clamé con fuerzas a mi Dios: ¡Dios Santo, Señor, dame fuerza!

Ya habían pasado 10 o 15 minutos desde que bajé del carro. Me encaminé de regreso hacia el vehículo, y aún llorando, y sin pensarlo al acercarme al mayor le dije:

—¡No están, no están! Usted sólo me engañó. La gente no tiene ninguna noticia sobre ellos. ¡Lo más seguro es que ya los mataron porque así me dijeron en Huehuetenango cuando me estaban torturando, y lo mismo me dijo un oficial en el cuartel de Quetzaltenango en las primeras horas de mi secuestro, que nada les costaría ir a atrapar a mi familia!

—No, vos, ¿¡Cómo te voy a traer aquí si yo hubiera sabido eso!? Mirá, ¿ya preguntaste con los vecinos?

Hubo un momento de silencio, no sé si de comprensión de mi dolor de parte de ellos. Sinceramente en ese momento quería saber algo sobre el paradero de mi familia, incluso llegué a pensar en que realmente los habían secuestrado. De estas bestias todo se puede esperar —pensé.

Ya para arrancar el carro, se me ocurrió decirle al mayor que me diera permiso para preguntar en otras casas. Él accedió inmediatamente, aunque con un fuerte:

—Bueno, pero te apurás. Tenés cinco minutos para hacerlo.

Pregunté por la casa de la comadrona del caserío, comadrona con quien Teresa (otro seudónimo de mi esposa) había platicado para que le atendiera el alumbramiento. “Con ella es seguro que tendría algo de información”, pensé. Pero de pronto tropecé con que en el caserío había dos comadronas, y yo no supe con quién habló Teresa para el parto. Así que, al azar, busqué la casa de una de ellas.

Me metí por los sembradíos de milpa, que eran tan altos que me perdía totalmente entre ellos. La casa que encontré no era la de la comadrona que buscaba. No encontraba la forma de decirle a la señora lo que quería, de manera que no la asustara.

—Señora, ¿no será usted a quien contrató una señora embarazada en el mes de junio para que la atendiera en su parto —le dije.

—A saber qué señora será —respondió.

Le di algunos pormenores, y al final resultó que no era ella a quien buscaba. Le pregunté entonces por dónde vivía la otra comadrona. Me indicó más o menos por dónde era.

Mientras tanto estaba suficientemente alejado de donde estaban los esbirros, me les había perdido de vista en el milperío. De vez en cuando asomaba a mi mente la posibilidad de la fuga, pero lo que más quería en ese momento era saber algo sobre mi familia.

Regresé a la orilla del camino, le dije al mayor que la persona que andaba buscando vivía más abajo. Ya bastante inquieto me dijo de mala gana:

—Andá pues, pero que sea rápido, ya perdiste bastante tiempo.

Así que bajé buscando a la comadrona por donde la otra me había indicado. Mi cuerpo había entrado en calor, tanto que estaba sudando bastante, pero no podía caminar rápido, y menos correr.

Al llegar a la casa pregunté por la comadrona, pero no se encontraba allí. Se había ido a la feria de Xela. Un hijo de ella, un muchacho casi niño, de unos 12 o 13 años, me atendió. Le pregunté si sabía algo acerca de una señora que tenía que atender su mamá en aquellos días de julio. Y él recordando, recordando, dio de qué señora se trataba. Pero dijo que su mamá ya no la siguió tratando porque la tal paciente, repentinamente desapareció de la aldea, se cree que probablemente se fue a la clínica para su parto. Aquellas informaciones agrandaron la preocupación y la incertidumbre que ya traía a lo largo del viaje.

Regresé cabizbajo. —No hay nada, ninguna esperanza, no saben nada sobre ellos. Lo más seguro es que ustedes los mataron. Vamos, ya no quiero seguir sufriendo más por la pérdida de mis hijitos y de mi esposa —dijo con dolor.

Tomamos el camino de regreso, yo iba callado y decaído. Y encima de eso, no haber hecho esfuerzos por escapar, o por lo menos en aquel intento buscar el suicidio. No tuve valor para hacerlo. Al tomar la carretera asfaltada, me dijo el mayor:

—Mirá vos, si hay otro lugar donde creás que vamos a encontrar alguna noticia, vamos. No tengás pena.

—No —le dije—. No hay otra posibilidad. ¿Para qué ir a buscar lo que no existe?

—No, hombre, no seas pesimista —dijo.

Sin embargo, minutos antes se había atravesado por mi cabeza la posibilidad de otro lugar. Y entonces, ya casi estábamos entrando a Salcajá.

—Tal vez haya otro lugar, pero no vale la pena. Además, usted tiene otro mandado por el camino, según dijo cuándo veníamos.

—No, no le hagás caso a lo mío. Nosotros venimos a localizar a tu familia, y si hay necesidad de quedarnos una noche aquí, pues nos quedamos —dijo. Detuvo la marcha del vehículo y prosiguió diciendo—, a eso hemos venido, y vos sólo decime a dónde vamos.

En un lugar donde con seguridad había información era en la Fábrica.² Esta idea la venía madurando minutos atrás, pero no podía forzar la situación, no obstante la creciente ansiedad por llevarme una leve información sobre mi familia, y enterarme de a quiénes otros secuestraron de los que iban conmigo aquel 4 de julio; Cristina, Rufinito y Manolito, “bueno, vale la pena el riesgo”, pensé.

—Si quiere, vayamos a otro lugar donde tal vez pudiera obtener alguna noticia —le dije sin ninguna insistencia.

—Vos sólo me decís —respondió.

² Así se le llama al poblado contiguo a la Fábrica Cantel.

—Hay que regresar hacia la garita —le dije, pero de nuevo se me presentó el problema de cómo hacer para no comprometer a nadie, y, ¿a dónde ir concretamente? Fue un verdadero dilema el que tuve ante mí. ¿Ir a donde Pedro Celestino,⁵ o ir a la Clínica?⁴

Para ninguno de los dos casos tenía algo concreto, no sabía a dónde ir. En la garita de Las Rosas estaba de servicio un policía de nombre Miguel Laynes Rojas, originario de Santa Cruz del Quiché, pidiendo papeles a los transportistas. No le hizo caso al pequeño vehículo en el que viajábamos.

—¿Para dónde seguimos? —dijo el mayor.

—Por aquí —le dije, señalándole la carretera hacia la costa.

—¡Putá! ¿A dónde vamos, vos? ¿No me digás que para la costa? —dijo.

—No —respondí. Sólo quería ganar tiempo para poner en orden mis pensamientos.

—¿A dónde vamos, vos? ¿No nos estás tendiendo una trampa? —dijo, entre una mezcla de broma y preocupación.

—Vamos a Cantel —dije.

—¿Cómo a cuántos minutos queda?

—Lo más, diez minutos —respondí.

Entre tanto, aún en el casco urbano de Xela, estábamos a escasos tres o cuatro minutos del desvío hacia Cantel, y yo aún no decidía hacia dónde ir, ni tampoco la forma de entrar en contacto con las personas. De pronto apareció ante nosotros una flecha que indicaba “A Cantel”.

⁵ Pedro Celestino Aguilar. Originario de Xatinap, Santa Cruz del Quiché, desplazado interno que radicaba en Cantel.

⁴ Clínica-hospital del doctor Miguel Alvarado, en el poblado de la Fábrica Cantel. Tiempo después debió salir al exilio. El doctor Domínguez, que laboraba en dicho hospital, fue secuestrado por el ejército.

—¿Por aquí es, vos? —me preguntó.

—No. Hay que seguir la asfaltada —dije sin pensarlo.

Íbamos volando hacia abajo. Ya no tuve el problema de decidir, la casa de Pedro Celestino quedó descartada, porque ya habíamos dejado la entrada a la cabecera municipal, ahora pensaba qué hacer y qué decir a las personas de la clínica con quienes pudiera contactarme, sin comprometerlas:

—A donde iremos, veré si me puede dar alguna información la señora a quien mi esposa entregaba de vez en cuando algunos delantales que ella cosía para ayudarme al sostén de la familia —comenté, sin darle importancia a mis palabras, como con cierto pesimismo.

—Les decís que vas para la costa. Y, además, en serio, por aquí tenemos que irnos —dijo.

Cuando íbamos pasando velozmente por la parada de Las Rosas, ya en jurisdicción de Cantel, vi una figura conocida que iba subiendo lentamente por la veredita que conduce hacia La Estancia. ¡Sí era ella! Era inconfundible con ese hermoso traje típico: es María Rosario, una religiosa de origen extranjero, quien, a pesar de ser de otro país, le gustaba lucir el traje típico de Cantel. Verla me llenó de alegría, era la primera alegría que experimentaba en aquel accidentado viaje. No era para menos, verla caminando sola y sobre todo verla, ya me indicaba que no había variado o no había pasado mayor cosa por esos rumbos.

—Vaya bajando la velocidad —le dije al mayor, cuando nos acercábamos al edificio de la Fábrica Cantel. Al aproximarnos al mercadito, le indiqué que debíamos meternos por el lado izquierdo. Había un silencio casi absoluto en aquel pequeño poblado.

Nos fuimos a estacionar a orillas del campo de fútbol. Le dije al mayor que me esperaran a lo sumo cinco minutos. Lo más rápido

que pude, me encaminé a donde tenía que ir. Doblé para la calle de la clínica. No me venía siguiendo nadie, así que me encaminé decidido. Cuando estuve frente a la puerta, ya no me atreví a entrar. ¡No, no pude entrar por falta de decisión! ¿Qué argumentos iba a poner en dos o tres minutos? y ¿a quién iba a encontrar allá adentro? ¿Cómo le iba a hacer entender lo que realmente estaba pasando? ¿Y qué tal si por desgracia me detectaban a qué casa entraba?

En la sala de espera había sólo una persona. Pasaron los segundos, vi de nuevo a mi alrededor, no había nadie. A unos 150 metros pasaban vehículos hacia Xela y hacia la costa. Estaba a 150 metros de abordar cualquier vehículo ya sea para arriba o para abajo. Tenía el dinero necesario para alejarme. Pero ¿a dónde ir? Para la ciudad de Quetzaltenango, era ir a entramparme y en la garita fácilmente me recapturarían. Para la costa, pero a dónde. La única esperanza era Zunil; pero no tenía la suficiente valentía para tal intento. Me regresé lo más rápido posible, antes que alguien me reconociera en la clínica.

—No hay nada, usted. Este pueblo está deshabitado prácticamente, todos se han ido a Quetzaltenango, a la fiesta departamental —dije al llegar.

Ya le había dado vuelta al vehículo, listo para regresar. Habrían transcurrido no más de diez minutos. Estaba contento porque no di pistas concretas de a dónde fui; sin embargo, en mi corazón sentía una honda tristeza porque no supe nada sobre mi familia. Sin proponérmelo, en este día consolidé lo que me había propuesto semanas antes: ganarme la confianza de la gente que me tenía capturado.

De regreso, serían las 3:30 de la tarde, pasamos a almorzar a Cuatro Caminos. El guardaespaldas dejó su galil, igualmente una

subametralladora que llevaba el mayor. Sólo portaron sus armas cortas, y como si fuéramos amigos, penetramos al mejor comedor del lugar que quedaba al lado de una gasolinera, buscando San Cristóbal Totonicapán.

Era una espléndida tarde de sol aquella del 16 de septiembre de 1981, cuadrados y rectángulos de diversos tamaños, de color dorado y verde esmeralda aparecían ante mis ojos. Eran los trigales de Los Altos, eran las sementeras del altiplano occidental.

Durante el recorrido me mantuve casi todo el tiempo callado y solo una vez le aumenté volumen al receptor cuando escuché una pieza musical que me traía algún recuerdo. El mayor se mostraba confiado y amable. Entre Los Encuentros y Tecpán veníamos escuchando Radio Quiché. Alguna nostalgia mostré, que el mayor me dijo:

—¿Cuánto tiempo trabajaste en Radio Quiché, vos?

—Cerca de 10 años —le dije.

—No tengás pena, algún día trabajarás en alguna emisora mejor.

Yo sólo volteé a verlo y dejé escapar una sonrisa de incredulidad. En la “cuchilla”, antes de llegar a la ciudad de Chimaltenango, el mayor estacionó el carro. Nos quedamos el guardaespaldas y yo dentro del carro, mientras el mayor entró a una casa-chalet. Tardó allí cosa de 15 o 20 minutos. Mientras estábamos solos, el guardaespaldas comentó conmigo:

—Vaya que ya vamos llegando sin novedad, nosotros por momentos sentíamos que esos pisados salieran a machetearnos.

—¿Quiénes? —pregunté.

—Esos pisados que viven por allí —respondió.

—No, no, por allí no hay gente malvada —le dije.

A las seis de la tarde, estábamos entrando al cuartel del Agrupamiento Táctico de la FAG en la Zona 13. Nos fuimos a estacionar frente a la oficina de la S-2. El mayor entró a dicha oficina. Mientras estaba dentro del vehículo, el “Negro” me fue a entregar unos calzoncillos nuevos. Al rato me llevaron de nuevo al calabozo. Al momento de bajarme del vehículo, quise entregar la bolsa de pan al mayor, diciendo:

—Como no encontré a mi familia, aquí está la bolsa de pan.

—¡No, hombre!, quedate con él. Vos lo necesitás más —dijo.

—Gracias —le respondí.

—Bueno vos, cuidate. Por aquí vengo en estos días a verte —dijo.

Al quedarme de nuevo solo, me puse a llorar. No sabía por qué lloraba. Más por mi cobardía “¿¡Por qué no intenté aprovechar la magnífica oportunidad para escapar o buscar el suicidio!?” me decía a mí mismo.

20. TRASLADO AL CUARTEL JUSTO RUFINO BARRIOS

El ruido de un carro que se detuvo frente al calabozo me obligó a serenarme y a secarme los ojos. Era la cena. Apenas me disponía a lavar mis trastos, cuando de nuevo un vehículo se estacionó frente al calabozo. El ruido del cerrojo se escuchó y segundos después entró el guardia del calabozo, detrás de él iba el mayor Soto. Tuve miedo ¿Qué podía ser? Y más todavía cuando en tono de orden militar dijo:

—Recogé rápido todas tus cosas, te vas a otro lugar.

Como pude empecé a guardar todo. Al momento de rearmar el portaviandas, pregunté:

—¿El portaviandas, también...?

—Claro ¿En qué vas a comer pues? —respondió.

Aquella respuesta me tranquilizó un poco. Ya para salir, se me olvidó el radio.

—¿Y la música la vas a dejar? —señaló en tono recordatorio.

—Bueno, Emeterio, que le vaya bien —dijo el carcelero, que en ese día era el canche, un muchacho de 22 años, más o menos, distinto al canche sanguinario de Huehuetenango.

—Gracias, usted también cuídese —le dije. Le estreché la mano y subimos al vehículo.

Tomamos hacia el oriente de la ciudad. Trataba de orientarme, pero no podía hacerlo claramente. Traté de enterarme discretamente si en los asientos de atrás venía alguien más. No pude comprobarlo.

—Te voy a llevar a otro lugar, por orden superior. Debí llevarte de una vez desde cuando llegamos, pero no me lo explicaron bien hoy por la mañana. Un señor quiere platicar con vos, y quiere ayudarte, mañana vas a verlo —comentó.

Frente a una farmacia estacionó el vehículo. —Esperame un momento —dijo.

Antes de salir del vehículo, discretamente, le puso seguro a la portezuela del lado donde yo estaba. Era buena oportunidad para salir corriendo. Era de noche y podía perderme más fácilmente. Pero vi que en las calles del sector había poca gente caminando, no daba por dónde estábamos y lo peor es que no tenía un plan concreto para esa posibilidad en la ciudad. No tenía en mente ni siquiera a dónde ir a dar. Mientras eso pasaba, dando vueltas en mi cabeza, entró el mayor al vehículo. Discretamente pregunté por dónde andábamos.

—¡Ah! Estamos cerca de la antigua Aduana Central —respondió.

Efectivamente, cuando arrancó el carro y recorrimos unos cuantos segundos, aparecimos por detrás del viejo edificio de la Aduana Central. Al rato estábamos frente al Cuartel General de

la Policía Militar Justo Rufino Barrios, antiguo Fuerte de Matamoros. En la garita hicieron las correspondientes anotaciones para entrar al cuartel. Entramos con todo y vehículo hasta donde estaba el puesto de guardia, una especie de callejón que sirve de entrada a las viejas instalaciones del cuartel. El mayor ordenó a dos policías militares que “cuidaran” el carro. Los policías me miraban con recelo “¿Cómo podría salir de los muros de este cuartel y en medio de estos hombres totalmente armados?”, pensé.

Sonaban los redoblantes y las cornetas. Eran cerca de las 8 de la noche. Cinco o seis minutos después, el mayor, acompañado de alguien vestido con traje de fatiga, se acercó al vehículo.

—¿Cómo está, Emeterio? —preguntó, dándome la mano.

—¡Ah!, ¡es usted, no lo había reconocido para nada! —exclamé. Era el coronel Lima, jefe de la S-2 del cuartel general. A este oficial lo conocí por primera vez cuando me presentaron ante los senadores gringos el pasado mes de agosto.

—Estamos preparando un lugar adecuado para usted, para que esté cómodo y tranquilo —dijo.

—Muchas gracias —le respondí.

Se retiraron y volvieron unos quince minutos después.

—Bueno vos, sacá tus cosas —dijo el mayor.

Entre cosita y cosita se fue formando una carga con la que ya no podía solo.

—¡Ayúdenlo, muchá! —ordenó el coronel a los dos policías.

—Bueno vos, por aquí te vengo a ver mañana —se despidió el mayor.

Me encerraron en un cuartito-calabozo, contiguo a la comandancia de la guardia que sirve para alojar a los arrestados. Tenía una pequeña ventana-tragaluz por donde se podían ver las luces de la ciudad. Aunque ciertamente la ropa de cama era limpia y

había buena iluminación en aquel pequeño cuarto, de todos modos era tétrico, de gruesas paredes y bien reducido. Esa noche no pude conciliar el sueño, no podía creer que aquel día había ido a las benditas tierras de Los Altos. Pero, sobre todo, me sentía desdichado por mi indecisión y debilidad de ese día. Ese martirio lo viví por varios días.

A eso de las 7:30 de la mañana del día 17 de septiembre, llegó el mayor Soto acompañado de un hombre maduro, de tez blanca, vestido elegantemente de civil, con apariencia bondadosa, que me saludó efusivamente. El mayor mandó a buscar dos sillas, apenas cabíamos los tres en aquel cuartito. El mayor Soto empezó hablando así:

—¿Cómo dormiste anoche, vos? ¡Aquí en este cuartito no hay frío!

Yo le respondí que no había podido dormir, quizá por ser la primera noche en aquel cuarto. Tenía que medir bien mis palabras, porque aquel señor que se acercó para “ayudarme” era seguro que algo más quería detrás de esa aparente ayuda.

—Bien licenciado, aquí tiene a Emeterio.

—Bueno, es un gran gusto conocerlo, pero sobre todo mi felicitación por su patriótica decisión de haberse entregado a las autoridades. Yo soy psicólogo y vengo con la intención de ayudarlo.

Yo estaba siguiéndole la corriente. En esos momentos se estaba preparando la realización de algunos actos dentro del cuartel, se oían muy bien los preparativos y la banda de música estaba dando su concierto, y los consabidos: “bueno, bueno, bueno...” para probar si los altavoces funcionaban bien.

Al momento de empezar las primeras notas del Himno Nacional, el mayor Soto se quedó como si nada, pero el otro se puso de pie y se puso reverente. Nosotros hicimos lo mismo. Yo canté en

voz baja, pero con reverencia y con un nudo en la garganta. Eso le impresionó al licenciado. Un rato después me dijo:

—Usted ha escrito algunas cosas ¿por qué no las lee?

Leí algo que había escrito sobre el lago de Atitlán y sus alrededores. Era una descripción de las bellezas de ese lugar turístico. En los primeros días de septiembre, Soto y Alpírez me dijeron que escribiera sobre mis actividades familiares y mis actividades políticas, las cuales iba haciendo con mucho cuidado. Más me dediqué a escribir cuestiones sobre cooperativas y actividades de desarrollo comunitario, y de esto salió la descripción sobre el lago de Atitlán y sus alrededores. Leí con mucha emoción lo que escribí, de tal modo que resulté llorando. Aquel sentimiento fue legítimo: quería volver a contemplar aquellos hermosos lugares de nuestra patria.

Así comencé a conocer aquel hombre que más tarde resultó ser el mayor Isaacs Rodríguez, uno de los cerebros de los escuadrones de la muerte.¹ Tres días estuve encerrado en aquel reducido cuarto. No obstante estar bien pegado a la guardia, hacía mis ejercicios físicos en forma silenciosa; quería estar en forma y además porque estaba engordando rápidamente, por el excesivo apetito que tenía. Durante esos tres días algunos oficiales de baja graduación se acercaron a saludarme. Me creyeron un oficial arrestado.

El día 19, al caer el sol, el coronel Lima me fue a recoger para llevarme a otro lugar “en donde estará mejor”, según sus palabras. En aquel momento estaban pasando lista de las 18:00 horas. Al pasar frente a la tercera compañía todo mundo se puso en firmes y

¹ Jorge René Isaacs Rodríguez, de la famosa promoción 69 del año de 1963 de la Escuela Politécnica, la misma de Francisco Ortega Menaldo, en esos momentos parte de una sección especial del Ministerio de Finanzas encargada del control de aduanas y luego señalado por Estados Unidos de narcotráfico. [RVE].

le rindieron novedades; yo al lado de él. La tropa estaba lanzando consignas alusivas al soldado.

—Así me gusta, así me gusta —les gritó.

Seguimos para el comedor. Allí le ordenó al encargado de cocina que me diera comida de oficial y a la hora que llegara. El nuevo lugar para mi reclusión era un cuarto anexo a la enfermería del cuartel. Días después, el coronel me llevó unos libros para leer. Era literatura contrainsurgente. En ellos se enfatizaba sobre Seguridad Nacional editados en Argentina. Asimismo, un libro escrito por un exmiembro del PGT, de apellido Pellecer,² el título de la obra era *Útiles después de muertos*. Ese libro lo leí con interés, por ser de un guatemalteco ex miembro de una organización de izquierda.

Mi nueva “habitación-celda”, ciertamente fue menos fría y tenebrosa. Era un cuartito de tres por tres metros. Estaba separada por una delgada pared de ladrillo como entrepaño. Poco tiempo tardé en hacer amistad con los empleados de la enfermería. Al jefe de ese servicio fue el único con el que guardé cierta distancia por su marcada actitud agresiva y reaccionaria.

Así que allí hice buena vecindad con los enfermeros, pero dicha vecindad impedía que mis ejercicios fueran más intensos; sin embargo, no dejé de hacerlos para estar en capacidad física ante cualquier eventualidad y quemar grasa para no permitir que mi gordura acelerada, ya que la alimentación que se me proporcionaban era grasosa y con bastantes azúcares, más el encierro, me pusiera obeso. Fue poco lo que pude abstenerme de aquellas comidas

² Se refiere a Carlos Manuel Pellecer, militante del Partido Guatemalteco del Trabajo (PGT, comunista) en sus primeros años. Fue diputado del Congreso por el PGT para Escuintla de 1953 a 1954. Salió del partido luego de ser señalado de ser informante de la Inteligencia estadounidense. El libro que menciona Toj es parte de esta segunda etapa. [RVE].

ya que seguía teniendo apetito a lo grande. Aunque diariamente compartí parte de dicha comida con los enfermeros, que gustosos aceptaban la invitación, no sin antes decirme que debía comer, que no me preocupara por ellos.

Ellos apetecían aquella comida sabrosa, ya que la comida que a ellos les daban era de mala calidad: la de la tropa. La manera de compartir era que a uno le daba en el desayuno, a otro en el almuerzo y a otro en la cena. Otras veces compartí con un huehueteco que estaba en calidad de arrestado y era enfermo mental.

Era un cuarto con una puerta sin llave. Muchas veces entraron el coronel Lima, Isaacs y Soto, y casi siempre me encontraron leyendo o escribiendo poemas o composiciones. Isaacs me frecuentó más. En aquel lugar, me dediqué a leer en los primeros días, intensamente, tanto el libro de Pellecer como los libros de “terrorismo internacional”. Mis planes sólo los tenía en la cabeza ya que eran extraordinariamente secretos.

Entre los días 20 y 23 de septiembre llegó a platicar conmigo el mayor Soto para anunciarme que ya no sería el encargado sobre mi persona, que en adelante sería Isaacs Rodríguez.

—Portate bien, que vos tenés mucho futuro —me dijo.

Yo le agradecí su “ayuda” y confianza, y le volví a recordar que mi mayor preocupación era saber sobre mi familia; que por su medio pidiera a donde correspondiese, el permiso para salir de nuevo a buscarla. Y diciendo eso, eché mano a la bolsa para sacar el dinero que me había entregado para mi familia, en el viaje del 16 de septiembre. Él no lo recibió y dijo:

—Usalo para lo que querrás, y si necesitás más, pedile al coronel Lima. Él tiene instrucciones de atenderte —dijo.

Antes de despedirse me comentó con franqueza lo ocurrido aquel 16 de septiembre. —Putá vos, ese día me pasé de confiado

con vos. En un momento te pudieron haber matado tus ex compañeros, porque es seguro que ya sabían que ya no estabas con ellos. O pudiste haberte ido a la mierda ¿te imaginás el clavo?

—No, mayor. Yo ya le dije que yo no quiero tener nada que ver con esas cosas, lo único que quiero es estar tranquilo y estar al lado de mi familia. Por eso me cae mal que anden detrás de mí como si fuera un criminal que es necesario custodiar noche y día. Es una lástima que no siga usted siendo el encargado. Le ruego decirle al licenciado que yo soy persona de confianza y que por eso me molesta que me anden vigilando como a cualquier malhechor —le recalqué.

—Bueno vos, te repito que te portés bien, ya vas a ver a tu familia. ¡Ah! Y otra cosa, decí todo lo que sabés de esos pisados. Vos conocés a unos curas que viven en la Zona 5. Vos conoces a un tal cura Bornochea. Vos sabés más cosas, lo que pasa es que no querés comprometerte.

Procuré no alterarme y no mirarlo a los ojos. —Yo conocí a un montón de curas en las misas y en los cursillos de religión, pero no supe bien sus nombres, ni sé nada sobre ellos ahora —dije.

21. LAS DECLARACIONES DE PELLECCER FAENA

Pocos días después, el 30 de septiembre, apareció el padre Pelleccer Faena ante la prensa y la televisión.¹ El radio periódico *El Independiente* fue el primero en dar la noticia. Sentí angustia, miedo. Realmente me impresionó su aparecimiento y la forma vil en que lo hicieron hablar. Me provocó mucho miedo. Más todavía cuando, a eso de las 10 de la noche, un esbirro de la G-2 me fue a levantar de la cama, por órdenes del coronel Lima, para que fuera a ver un telenoticiero, el más identificado con el gobierno, que dedicó toda su programación a la conferencia de prensa dada por Pelleccer.

El coronel Lima estaba rebosante de gozo, se levantaba de su asiento a cada poco manifestando su alegría. Yo tuve que seguirle el juego y aparentar alegría también. Esa apariencia tuve que

¹ Véase “Sacerdote jesuita guerrillero se confesó ante la prensa”, en *Prensa Libre*, 1º de octubre, 1981 y “Confesiones de jesuita profundizan tensión Iglesia-Estado”, en *Inforpress Centroamericana*, núm. 4638 de octubre, 1981.

hacerla bien, aunque me lastimó en lo más profundo de mi corazón, sentía asco por eso, pero tuve que hacerlo para mantener una esperanza de fuga. Esa noche no pude dormir. A Pellecer traté de comprenderlo, con la creencia de que estaría acaso ganando tiempo y confianza, y también quizá con la misma esperanza de fuga. Lo que no pude comprender fue cómo dijo más de lo que debía. No pensé que él se hubiera pasado por convencimiento al lado y al servicio del opresor y explotador.

Fueron cuatro o cinco noches seguidas en las que por orden de Lima tuve que ir a ver el molesto noticiero televisivo. El impacto de esa acción propagandística me aterró. “¿Y qué tal si eso quieren hacer conmigo?”, pensé. “No, yo no tengo el peso propagandístico de Pellecer”, me decía a mí mismo. A pesar de esos consuelos, mis temores iban creciendo.

¡Cabal! En los primeros días de octubre llegó Isaacs a decirme que, por órdenes superiores, yo tenía que dar una conferencia de prensa diciéndole al pueblo que yo me había entregado. Reaccioné bruscamente y dije:

—No es cierto que yo me haya entregado. Yo no puedo decir semejante mentira. A mí me secuestraron y me torturaron, yo no me entregué —dije.

Isaacs no pudo esconder el brote de una risa burlona y cínica de sus labios, como quien dice “ingenuo”. Pasado aquel momento emocional, reafirmé lo que había dicho, sólo que con énfasis en lo moral:

—Yo no puedo mentir. No estoy acostumbrado a engañar a la gente, menos a la opinión pública —le dije.

El hombre cambió conmigo. Quería ocultar detrás de aquella elegante vestimenta, su verdadera naturaleza de esbirro, pero no pudo. Se mostró cínico y amenazador.

Aquellos días los pasé con un gran dolor. En uno de esos, llegó Soto a “visitarme”.

—Mirá, me han contado de tu actitud de no querer hablar con la prensa. Mirá, no seas baboso. ¿No viste a Pelleccer, pues? Él muy tranquilo.

—Pero, es que yo no me entregué. Eso lo sabe usted perfectamente, y lo que yo no quiero es decir semejante mentira públicamente. ¿Me entiende?

—Pero si vos estás arrepentido de lo que hiciste como subversivo, tenés que decirlo públicamente, para que la gente ya no siga por ese mal camino. Si vos te negás a hacer eso, bombardearemos con más ganas esos pueblos donde hay guerrilleros, y si hay necesidad de acabarlos, los acabamos, y luego traemos gente de oriente para repoblar esos lugares, y de tu familia, olvidate —dijo en tono amenazante y cínico—. Muchos han sido listos y han comprendido que lo mejor es pasarse a nuestro lado, ya que la subversión no tiene posibilidades de triunfo, esos cabecillas están locos. Además, los meros cabecillas viven cómodamente en el extranjero. Allí tenés vos al Pelleccer Faena, cuando se entregó [él fue secuestrado] iba en un Alfa Romeo último modelo. Él entendió que era mejor estar a nuestro lado. ¿Ya viste cómo habló de bien? Y a vos, te tenemos en nuestras manos. Pensá en tu familia y pensá en esa gente que se va a morir.

Reaccioné casi violentamente, cuando pronunció aquellas terribles amenazas.

—¡No, ustedes no pueden hacer eso! Ustedes no pueden masacrar a la gente por gusto.

—¿Quién dice que no? Nosotros tenemos cómo y con qué hacerlo —respondió.

—Los demás pueblos del mundo, ¿ni modo que van a quedarse callados ante tanta masacre? —dije.

—Qué nos importa a nosotros que griten por todas partes, si finalmente sólo en eso va a quedar ¡Y además, aunque protesten, si tenemos el apoyo de Estados Unidos!² ¿Qué más queremos? Si vos no querés hablar, vos serás responsable de lo que le pase a tu familia y a la gente con quien vos estuviste trabajando en los tiempos del CUC.

Comprendí que seguir con esa postura no era conveniente por lo que traté de controlarme y dije:

—Con lo que yo no estoy de acuerdo es que vaya a decirle a la prensa que yo me entregué a ustedes, yo no estoy acostumbrado a semejantes mentiras.

—Vos hacéle huevos —respondió secamente.

“Con mayor razón debo preparar mi fuga”, pensé.

² Véase “Lucas García: presiones EEUU tienden a atenuarse”, 19 de junio, 1980, “¿Cambió política EEUU hacia Guatemala?”, 9 de octubre, 1980, “Estados Unidos aprueba venta de vehículos militares, ¿un primer paso?”, 25 de junio, 1981, en *Inforpress Centroamericana*, núms. 396, 413, y 448, respectivamente.

22. LOS ENSAYOS EN EL CANAL 5

En aquellos días inició mi preparación para la conferencia de prensa. Bajo la presión y supervisión de Isaacs Rodríguez, redacté un documento. Hice todo lo posible por no comprometer a nadie vulnerable. Los ensayos fueron frente a las cámaras de televisión de Canal 5, propiedad del ejército, cuyas instalaciones están anexas al cuartel general donde yo estaba cautivo. Otras veces, hombres vestidos de particular llevaban cámaras a una de las salas del cuartel para los ensayos, y se ponían frente a mí, simulando supuestas entrevistas periodísticas. Ciertamente decían ser periodistas, pero no eran sino miembros de la G-2 del Estado Mayor Presidencial.¹ Muchas veces me lanzaron preguntas, aparentemente casuales, sobre diversas actividades guerrilleras. Unas veces me tomaron por sorpresa con preguntas bien comprometedoras, a las cuales

¹ Véase Dirección de los Archivos de la Paz, *El Estado Mayor Presidencial en Guatemala: una aproximación*, Guatemala, Sepaz, 2011.

respondí no saber nada. Especialmente me preguntaron sobre actividades de los religiosos y las religiosas de Quiché. Por ejemplo, me lanzaron preguntas como las siguientes:

—Además de la propaganda subversiva que se sacaba en los mimeógrafos de los curas ¿qué otros volantes sacaban?, ¿además del cura Juan Gerardi, quiénes otros les daban cursillos subversivos?, ¿a usted dónde lo capturaron? Esta última pregunta era para comprobar si se me salía que había sido capturado. Se convirtieron aquellos “ensayos” en verdaderos interrogatorios y pruebas.

Me atreví a protestar diciendo que aquello ya no era un “ensayo” para la conferencia de prensa sino una sesión para interrogarme, con lo cual yo no estaba de acuerdo.²

—Recuerden —les dije, que aquí somos de confianza y por tanto debemos respetarnos.

El coronel Lima estuvo de acuerdo en eso, pero dijo que había que estar preparado para cualquier pregunta de esos periodistas “amarillentos”.

En todos aquellos ensayos procuré hacer bien las cosas, siendo lo más fiel posible al documento, en actitud serena y segura. Esta actitud les dio confianza a los esbirros encorbatados, y zanjó dificultades que empecé a tener como consecuencia de mi postura al principio. Postura que iba a echar a perder lo que venía construyendo y que daba vida a mis esperanzas de fuga, aunque fuera a largo plazo.

Un domingo de octubre, después de uno de aquellos ensayos, el mayor Isaacs me llevó a su casa a almorzar. Su casa quedaba en una colonia de la Zona 17, separada por un barranco del cuartel

² Paul Dosal, *El ascenso de las élites industriales en Guatemala. 1871-1994*, trad. de Ronald Flores, Guatemala, Piedra Santa, 2005.

general Justo Rufino Barrios. De esta invitación me enteré cuando ya estaba en la casa. Almorzamos al lado de una señora y una niña. La casa tenía las comodidades de una familia de clase media. La breve estancia en aquella casa me fue incómoda. Yo no encontraba qué hacer ni qué ver ni qué hablar con aquella gente. Las palabras que nos cruzamos fueron escasísimas y frías. La señora hacía esfuerzos para aparentar una acogida fraternal, pero en aquella casa se respiraba un ambiente hostil, frío y de desconfianza.

Hora y media después, íbamos de regreso para el cuartel. Mientras estaba en aquella casa empecé a pensar en una posible fuga. Jamás había pasado por esos lugares y no tenía un plan de fuga en la capital porque lo veía lejano y muy difícil. Pero aquella insólita invitación consolidó la confianza de los agentes del Gobierno que tenían control sobre mí.

El documento de la conferencia lo mantenía a mano para aprendérmelo y en cada ensayo lo colocaba frente a mí, no para estarlo leyendo tenazmente, sino para dar la apariencia de estarlo leyendo cuando entraran los esbirros, que por cierto llegaban en los momentos menos esperados. Era terrible tener que aprender algo que no es del gusto de uno. Tener que hacer algo que no se quiere. Me causaba dolor aquello que se me había impuesto.

El mayor Isaacs me obligó a hacer un resumen del documento y ya no usarlo ni mucho menos en la conferencia de prensa. Además, me advirtió que no sólo dijera “Comité de Unidad Campesina”, sino también CUC. Yo había asumido la estrategia de decir solamente “Comité de Unidad Campesina” porque la gente conocía poco a la organización con ese nombre. Más era conocida como CUC.

Aquel ir y venir del cuartel al Canal 5 fue reforzando la confianza en mí mismo, a tal grado que se me hizo familiar salir y

entrar de la guardia del cuartel. Ciertamente no salíamos solos, Isaacs y yo, sino siempre acompañados de tres o cuatro soldados hacia los estudios de Canal 5. Ello permitió que mis ojos y mis pies se acostumbraran a aquel recorrido. Aunque la posibilidad de fuga por esa vía era remota, casi imposible, pero había que tomar en cuenta toda posibilidad, por imposible que pudiera parecer.

En aquellos días se acrecentó la buena vecindad con aquellos enfermeros de campaña, por la invitación que les hacía al compartir la comida con ellos, y por otro lado, estos soldados enfermeros se veían obligados a pedir dinero en préstamos con algunos “largos”³ que daban el quetzal por 10 o 15 días a 15 o 20 % de interés. Entre estos usureros estaba el jefe de enfermeros, que deven-gaba un regular salario (parece que Q300.00 al mes), mientras que los soldados tenían un sueldo de Q50.00 que apenas les alcanzaba hasta a mitad de mes, no tanto porque tuvieran responsabilidades familiares, sino por la mentalidad de “viva hoy porque el mañana no existe”. Esta mentalidad era común en la tropa porque así se les inculcaba en los centros militares.

Aquellos soldados de servicio en la enfermería me pedían dos o tres quetzales, cuando salían de franco y yo se los daba con gusto, puesto que tenía aquel dinero que anteriormente mencioné que el mayor Soto me dio para la familia. Ello fue creando cierta confianza con aquellos que salían a la calle, con quienes podía mandar a comprar cositas, especialmente veladoras y candelas que me servían para rezar. En una de sus salidas mandé a comprar media libra de gamexan. Ésta la distribuí en pequeñas bolsas; dos de esas bolsitas siempre las mantuve en el bolsillo del pantalón, para cuando se presentara otra oportunidad de fuga. Por no tener nada

³ Pequeños usureros dentro del cuartel.

a la mano que descontrolara a Soto o Isaacs, y no pudieran usar sus armas en un intento de fuga, es que no hubo posibilidad real de poder escapar con vida en las anteriores ocasiones.

Después que Pellecer diera aquella conferencia de prensa, el movimiento guerrillero hizo estallar varias bombas de alto poder que sacudieron a la ciudad capital. Dos fueron las más sobresalientes, una en un complejo comercial en la Zona 1, y otra en un edificio en la Zona 9 o 10.⁴

Soldados del cuartel general que custodiaban el edificio de Previsión Militar, que queda cerca del complejo comercial contiguo al Parque Central, llegaron golpeados y atarantados a la enfermería. Para su recuperación, quedaron internados varios días en el hospitalito contiguo a la enfermería. Cada bombazo hacía temblar la tierra. Las acciones guerrilleras me levantaron la moral, en medio de aquella soledad en las noches. Aunque, también, los secuestros y asesinatos se intensificaron por parte del ejército y demás cuerpos represivos del régimen.

En una de esas noches de octubre llegó un carro de doble tracción a una de las puertas de la enfermería. Yo tuve miedo. Al rato se oyó que las puertas se abrieron de par en par y metieron un objeto pesado. Nadie hablaba. Pasaron en el pasillo angosto frente al cuarto-celda donde yo dormía; se oía que hacían esfuerzos, pero sin que nadie pronunciara palabra alguna. Eso me dio más temor.

Al día siguiente me enteré que fue a una persona herida a quien habían ingresado. Ese día, apareció un pantalón y un cin-

⁴ Véase “EGP reivindica atentados dinamiteros contra edificios militares”, 15 de octubre, 1981 e “Intensos operativos guerrilleros urbanos: 20 de octubre”, 22 de octubre, 1981, ambos en *Inforpress Centroamericana*, núms. 464 y 465, respectivamente. Y “Terroristas ensangrientan el 20 de octubre”, en *Prensa Libre*, 20 de octubre, 1981.

cho de cuero manchados de sangre en una pequeña fuente frente a la enfermería. Aquella fuente más parecía un pequeño charco de agua sucia. Por pura discreción y combatiendo mi curiosidad no entré aquella mañana a la pequeña sala de enfermos y heridos. Acostumbraba entrar a ella para ir a dejarle ya sea un pan o una taza de café al huehueteco medio demente que se encontraba muy desesperado allí recluido. Aquella mañana comenzó a permanecer un pistolero de la G-2 en la enfermería cuidando a alguien. Por la tarde de ese día, entré a la sala sin mostrar curiosidad. Vi al hombre que habían ingresado la noche anterior, lo hice desapercibido y como si ya lo hubiera estado viendo otras veces allí. Allí estaba Serech, un enfermero indígena de Tecpán, que le estaba aplicando un suero a aquel maltrecho hombre que estaba moribundo, desfigurado. Estaba desnudo y defecaba sangre, se veía que lo habían pateado en el estómago. Las sábanas de la cama estaban manchadas de mucha sangre. Al siguiente día murió aquel hombre. Una ambulancia militar llegó a las puertas de la enfermería a recoger el cadáver. Otro de los tantos que sería tirado en cualquier barranco o en cualquier camino, o enterrado en uno de los tantos cementerios clandestinos que hay en Guatemala.

Aquel hombre que quisieron revivir, sin duda por su importancia, era de aproximadamente 30 o 35 años, ladino, de bigotes, muy parecido a un compañero de la Comisión Nacional de Coordinación (Conaco) del CUC, llamado Fidel, originario de Santa Lucía Cotzumalguapa, en la Costa Sur.

El 20 de octubre llegó Isaacs al cuartel para anunciarme que posiblemente al día siguiente podría ser “la cosa”.

—Prepárese —me dijo—, mañana puede ser que se lleve a cabo la conferencia.

—¡Ah!, qué bueno —le respondí—. ¿En dónde irá a ser licenciado? —le pregunté discretamente.

—No sé, usted prepárese —respondió secamente.

Aquel día no almorcé ni cené.

—Gene —me decían los enfermeros—. ¿Qué le pasa? ¿Está enfermo? —me preguntaban.

Fueron tormentosos aquellos días que antecedieron al 22 de octubre. Yo recé mucho, mucho. Era mi único consuelo; era lo único que me fortalecía. Rogué a Dios fervorosamente que aquella conferencia no se realizara; que no llegara aquel día, que no llegara aquel momento. Me atormentaba la idea de aquella vergonzosa negación. Me atormentaba negar a mi pueblo, me atormentaba negar lo mejor de mi vida: el amor a mi Pueblo. Me atormentaba negar y repudiar a mis mejores amigos y compañeros, me atormentaba negar a mi familia, a mis propios hijos alzados en armas en contra del régimen.

¿Cómo podía hacer eso? ¿Cómo recibirían la noticia aquellos que fueron mis compañeros? ¿Y aquellas multitudes de gente con quienes había compartido la esperanza de ver a nuestro pueblo algún día liberado de la opresión y explotación?

Rezaba y terminaba llorando. Estaba siendo terriblemente obligado a hacer lo que nunca soñé hacer. Estaba viviendo una verdadera tragedia, aunque mantuve la esperanza de que aquello era pasajero.

Conforme fueron pasando los días de preparación, en mí iba creciendo el ánimo de escapar. Yo quería con ansiedad que se presentara otra oportunidad como la de aquella del traslado del Agrupamiento Táctico de la Fuerza Aérea al cuartel general o como cuando Isaacs me llevó a su casa. Mi única arma en aquellos momentos angustiantes eran las bolsitas de gamexan que con un

poco aplicado a los ojos o boca de cualquiera, ya daría ventaja para escapar o por lo menos morir en ese intento. Aunque para esto último ya no estaba dispuesto, ya que veía una injusticia y una torpeza buscar una muerte así. Para eso, es decir, un suicidio, ya tenía cómo hacerlo. Pero yo sentía que una muerte así no tenía sentido. “Era mucho lo que me habían hecho sufrir estos malditos, que no podía quedar esto así por así”, me decía.

El 21 de octubre lo pasé con sobresaltos. A eso de las cuatro de la tarde me fui calmando. Comprendí que ya no podía ser ese día la conferencia de prensa. Ya entrando la noche llegó Isaacs Rodríguez a decirme que al día siguiente era seguro, y me entregó unas respuestas que debía decir a preguntas que (supuestos periodistas) me harían en la conferencia; eran cuatro en total. Me recomendó que me bañara y preparara convenientemente. Me hizo repasar la forma como debía comportarme ante las cámaras de televisión, pero sobre todo, enfatizó que confirmara mi “decisión convencida” de apoyar al gobierno.

Le pregunté si la conferencia de prensa iba a ser en el cuartel o sería en otro lugar. Él me respondió que no sabía nada de eso, pero que fuera donde fuera, lo importante era que me preparara. Supuse que podría ser en el mismo lugar donde el régimen hizo la presentación de Pellecer Faena, en el salón “El Porvenir de los Obreros”, un salón para pista de baile, atrás de la Casa Presidencial. Pensé también que podía ser en los estudios de Canal 5, y lo peor sería que fuera en alguna instalación del cuartel, donde me presentaron ante los senadores de Estados Unidos en agosto, porque entonces no me trasladarían a ninguna parte.

Donde fuera que se realizara, tracé algunas ideas para cada caso. Si salíamos hacia el centro de la ciudad, pensé en lo siguiente: mientras el semáforo marcara rojo, en una de las calles más

congestionadas, aprovecharía ese momento a tirarle el gamexan a los ojos de quien o quienes a mi lado irían, ese momento de confusión lo aprovecharía para abrir la portezuela y salir huyendo. Lo mejor sería que sólo fuera uno o dos los que me custodiaran en el recorrido. Luego echaría a correr a buscar un taxi y le pediría llevarme a la Embajada mexicana, a la que en dos ocasiones había entrado en años recientes por otros trámites. Si en último caso cayera en aquel intento, por lo menos se sabría de mi identidad, puesto que llevaría papeles que me identificarían y que iría dejando tirados en la huida y se acabaría el martirio para mi familia, aunque sabía que el gobierno, con seguridad, tergiversaría los hechos e inculparía a la guerrilla de tal hecho.

Si en caso de que fuera en el gimnasio del cuartel o en el Canal 5, durante la conferencia o mientras se preparara, me lanzaría a la persona del embajador de México y le pediría su protección. O podía ser el embajador de Panamá, Bélgica o Suiza... pero, ¿Cómo conocerlos? ¿Y qué garantías habría en estos casos? ¿No será que dicho intento sólo serviría para hundirme para siempre y comprometer a mi familia?

Aquel día 22 no almorcé, en cambio sí estuve calentando mis músculos lo más que pude. Físicamente estaba en condiciones favorables, no así moralmente. Quería estar ágil por si acaso se pudiera echar a correr. Procuré tener en mis bolsillos el rosario que hice para mi hija María del Rosario, y una oración que escribí plasmando mi gratitud por aquel crisol de purificación y rectificación interna que estaba experimentando en esos días.

23. LA CONFERENCIA DEL 22 DE OCTUBRE

En los radio-periódicos del mediodía se anunció que habría una *noticia bomba* que el gobierno daría a conocer en las próximas horas de la tarde.¹ A eso de las 12:45 del día llegaron Isaacs y el mayor Soto. Los dos iban vestidos de civil, como quien va a una boda.

—¿Qué tal vos? —dijo Soto.

—Bien —respondí.

—¿Ya está listo, usted? —preguntó Isaacs.

—Sí —le dije.

Sin apresurarme, empecé a recoger las hojas de papel del documento de las declaraciones que tenía que dar, las hojas que usé para escribir el resumen que Isaacs me ordenó y un cuaderno de

¹ Véase “Se entrega guerrillero fundador del CUC”, en *Prensa Libre*, 23 de octubre, 1981 y “Emeterio Toj, fundador del CUC, fue presentado por el gobierno”, en *Inforpress Centroamericana*, núm. 466, 29 de octubre, 1981.

apuntes, donde aparenté tener notas sobre las declaraciones que daría a la prensa. En el cuaderno llevaba unas hojas con datos sobre mi persona que pensaba dejar tiradas en mi huida.

—Dejá esos papeles vos —dijo Soto.

—Con ellos me voy a apoyar a la hora de hablar, pero si quiere, los dejo —respondí.

—No, llévelos si le sirven —dijo Isaacs.

Los metí en los bolsillos del pantalón para ocultar así un poco mis bolsitas de gamexan. Tenía puesta una camisa de mangas cortas a propósito. Pensé que no iban a darse cuenta de ese detalle.

—Ponete la camisa ‘Don Pier’ (marca de la camisa), vos. ¡Putá! No te vas a presentar así ante tanta gente importante —recalcó el mayor.

Yo quería presentarme así, con la esperanza de evidenciar las cicatrices en mis manos. Cuando íbamos saliendo del callejón donde se hace la guardia, divisé dos vehículos estacionados, en cuyos alrededores había varios hombres de civil bien vestidos. Eran guardaespaldas. Al aproximarnos a ellos se pusieron alertas, como si un animal raro se les acercara. Entre aquellos esbirros había uno de baja estatura y bien flaco, después supe que era de San Andrés Sajcabajá, Quiché.

En el carro quedé en medio de cuatro pistoleros y adelante iban Isaacs y Soto. Los esbirros me veían con ojos burlones. En la calle, en las afueras del cuartel, frente a la garita, estaba otro carro que emprendió la marcha delante de nosotros y otro que iba atrás.

En una gasolinera ubicada en una cuchilla, detrás de la iglesia La Merced, en la Zona 1 capitalina, tres mujeres indígenas de Santa Cruz del Quiché esperaban cruzar la calle, acompañadas de un muchacho del Quinto Centro de Xatinap quien fue portero del equipo de fútbol de Claudio Coxaj, un prominente dirigen-

te de la Democracia Cristiana. ¡Qué lejos estaban aquellos paisanos de la tragedia que en esos momentos estaba yo viviendo!

Los alrededores del Palacio Nacional estaban plagados de orejas. Su presencia era grotescamente notoria, además de los cientos de soldados que patrullaban las calles aledañas. Nosotros entramos por la parte de atrás del Palacio. En la puerta de entrada de vehículos, estaban apostados varios hombres vestidos de civil y armados. También eran guardaespaldas. Entre ellos, uno de Santa Cruz del Quiché, un hijo de don Matilde López Lainez. Los minutos transcurrían, mientras tanto el carro en el que íbamos no podía entrar en el parqueo del Palacio Nacional. Yo no quería que aquel pistolero quichelense me viera. Por suerte no lo hizo. Penetramos a los sótanos de aquel frío edificio, aparecimos frente a una puerta que resultó ser entrada hacia un elevador. El encargado de hacer funcionar el elevador pidió una identificación que fue anotando en un cuadro de registro de usuarios del aparato.

—A la terraza —dijo Isaacs.

Entramos a unas oficinas construidas de madera en una parte de la terraza. Había muchos hombres vestidos de particular con binoculares y armados de metralletas. En aquel lugar se encontraban personas que habían estado en muchos de aquellos ensayos en el cuartel general. Las oficinas eran del personal de “Operaciones psicológicas”.

Aquellos hombres me miraban con recelo, y yo también me sentía incómodo y hasta preocupado por lo que tenía en mis bolsillos. Busqué un lugar donde sentarme para escribir, sólo para entretenerme en algo y para evitar comunicación con los matones. Me pusieron frente a un escritorio, y allí quedé matando el tiempo.

Era la una de la tarde con treinta minutos. Allí estuve cerca de dos horas. El jefe de la oficina de Operaciones psicológicas, un co-

ronel, que también estuvo varias veces presente en los ensayos, me entregó un libro que dijo era excelente porque su contenido habla de una experiencia parecida a la de muchos que se arrepienten del mal camino.

Dicha lectura me libró del diálogo incómodo que estaba entablado aquel hombre conmigo. Hojeé el libro para pasar el tiempo. A eso de las tres de la tarde, aparecieron Soto e Isaacs. Parecían dueños de una fiesta en la que tenían que ver con todo. Se notaban nerviosos. Eso me dio un poco de tranquilidad en medio de aquel mar de angustia en mi alma. A pesar de ese gran sufrimiento, yo estaba dispuesto a actuar bien en esa comedia para consolidar la confianza del gobierno y sus agentes que me vigilaban de cerca, y de esa manera mejorar las condiciones para la fuga.

Le pedí mucho a Dios que me fortaleciera y me iluminara para no decir cosas que comprometieran a las comunidades y a las personalidades que el régimen quería que mencionara. Tomamos de nuevo el ascensor, esta vez para bajar al tercer nivel que estaba plagado de hombres armados, unos uniformados de chaqueta sololoteca. Entramos a un enorme salón, que los empleados estaban acomodando con asientos lujosos. Permanecimos unos minutos allí, luego nos pasamos a una sala más pequeña que sirve como vestidor detrás del salón. Yo empecé a pasearme serenamente por el pequeño pasillo, cerca de los guardaespaldas. Soto e Isaacs quisieron entablar plática conmigo, pero yo les dije que prefería estar solo y accedieron. Los custodios se quedaron vigilando en la puerta. Eso me molestó, pero se quedaron allí como perros guardianes.

Quería estar solo, no para pensar en lo que pasaría dentro de algunos momentos, sino para tener un momento de recogimiento. Aquel pasillo tenía una ventana que daba hacia el Parque Central. Quédé parado frente a ella mirando hacia fuera, se veía perfecta-

mente el Portal del Comercio y el frente de la Catedral. En aquel momento vinieron a mi memoria recuerdos de mi niñez, cuando mi padre me mandaba a vender manzanas de Quetzaltenango, llamadas manzanas del Prado o con ciruelas chichicastecas, metidas en un cajoncito de madera con 15 o 20 libras de dichas frutas o con medio ciento de naranjas a la espalda para ir a ofrecerlas de almacén en almacén. Muchas veces no vendía nada y regresaba cansado a donde él tenía su pequeño puesto de ventas de frutas en el Mercado Central. Vinieron a mi memoria los recuerdos de aquella niñez difícil y dura cuando apenas lograba ganarme la comida, después que papá murió.

Voló mi mente a otros pasajes de mi juventud, cuando por las mismas razones de pobreza me vi obligado a aceptar ser vendedor de libros y periódicos con un intermediario que no me pagó ni un solo centavo después de 30 días de ventas pésimas. Sin más ni más me despidió sin pagarme nada.

Vinieron también a mi memoria gratos recuerdos de cuando a pulmón abierto pasábamos gritando consignas antigubernamentales en aquellas gloriosas jornadas de masivas manifestaciones, en la segunda mitad de la década de los setenta. La última vez, que con el entrañable compañero y amigo, Encarnación Zapeta Toño Chon, comimos buñuelos en el Parque Central, dos años atrás. En fin, un montón de recuerdos se atravesaron por mi mente que, cuando sentí, estaba llorando.

Transcurrieron los minutos, se habían dejado de oír los ruidos de las sillas siendo colocadas. Desde la ventana se empezó a ver la llegada de vehículos claramente diplomáticos. Transitaban pocos carros por la calle frente al Palacio Nacional. Al rato se empezó a oír la llegada de gente al salón y la colocación de aparatos de sonido. Habían pasado ya 45 o 50 minutos y no había modo que

comenzara aquella comedia. Empezaba la impaciencia. Al rato, Soto e Isaacs se acercaron a mí. Isaacs dijo:

—No vaya a decir que usted se entregó hace 20 días. Resulta que va a haber gente con la que usted habló hace dos meses en el cuartel general. Los *chelones*, aquellos con quienes habló saben que usted no se entregó hace 20 días. Diga que se entregó en julio.

—Ojalá que no me equivoque —respondí.

—No, hombre, vos sos cabrón para eso. Vos no tenés que tenerle miedo a esos pisados —dijo Soto.

—Ya sabe, nada de decir cosas que no convienen, tenga en cuenta a su familia —dijo Isaacs.

—Me extraña que usted siendo un psicólogo, aún dude —le respondí.

Era ya cosa de las cuatro de la tarde, cuando alguien llamó. Isaacs presuroso casi me empujó hacia la puerta que separaba aquellos dos salones. Aquello parecía una sala de espectáculos. Me recordó aquellas tardes culturales que organizábamos en nuestro pueblo y que realizábamos en salones grandes.

Entré despacio, como si nada, pese a que no sabía a dónde dirigirme. Separada de la pared, dos o tres metros estaba la mesa que presidían Donald Álvarez Ruiz, ministro de Gobernación, y el secretario general de la Presidencia, Carlos Toledo Vielman, ambas figuras importantes del gobierno del general Romeo Lucas García. A un lado, un podio donde estaban colocados más de cinco micrófonos.

Yo me dirigí hacia el podio de una vez. Nadie me dio importancia, sino hasta que el vocero del gobierno me llamó por mi nombre.

—Emeterio, pase a sentarse aquí.

Me invitó a sentarme junto a ellos a la mesa. Fue hasta entonces cuando todo mundo empezó a moverse y a estirar el pescuezo, como si el diablo se les hubiera aparecido. Los periodistas se pusieron a tomar fotografías desde varios lados. Las cámaras de televisión hicieron lo suyo. El secretario del Gobierno empezó presentándome:

—Aquí tienen ustedes a Emeterio Toj Medrano, un pobre campesino, engañado por la subversión extranjera. Queda con ustedes Emeterio para que él mismo les diga su experiencia.

Pasé al podio con paso seguro. —Señores y señoras, mi nombre es Emeterio Toj Medrano. Soy originario de Santa Cruz del Quiché, soy católico.

Llevaba unos minutos de discurso, cuando se cortó el sonido. Yo seguí hablando como si no hubiera pasado nada, hasta que el propio secretario, pálido de la cólera, me gritó que me detuviera.

Paré el discurso, como quien suspende una grabación. Transcurrieron unos cinco minutos, y por fin localizaron el fallo. Álvarez Ruiz y Toledo Vielman no pudieron esconder su ira por los fallos del sonido en pleno Palacio Nacional. Era el colmo para ellos.

Cuando se restableció el sonido, empecé de nuevo, repitiendo casi lo mismo que había dicho al comienzo, de manera que se notaran como declaraciones aprendidas mecánicamente. Ese incidente me favoreció enormemente para evidenciar la pantomima, pero, sobre todo, para fortalecerme moral y psicológicamente al disminuir la fuerza de mis palabras.

Hablé de mis actividades públicas de cooperativista, estudiante y darles énfasis a mis datos generales. En esos detalles se fue la mayor parte del tiempo. Hablé del Comité de Unidad Campesina y de unos objetivos que no fueron los principales en aquellos tiempos en la querida organización campesina; como, por ejemplo,

que los objetivos del CUC “eran comprar abono para sus miembros, procurar que no erosionara la tierra, hacer curvas a nivel, solicitar préstamos, lograr buenos precios para nuestros productos, etc.” Aquellos objetivos no estaban escritos en el texto, pero en el momento se me ocurrió decirlo para divagar un poco, aunque también sabía que ese discurso agrada el oído del gobierno y de la clase dominante en el país.

—El CUC comenzó a cambiar cuando llegaron unos estudiantes al Quiché a convertirlo en una organización subversiva sin darnos cuenta. Entre ellos a los únicos que conocí fue a Pablo Ceto, Martín Tavico y Fernando Hoyos. Desde que comenzaron esos problemas, yo me alejé, y desde entonces estoy desligado de las actividades del CUC. Por eso pido a los cantones que no vayan por mal camino, mejor que no se metan en nada.

Isaacs me presionó para escribir en el texto acusaciones contra la Iglesia, especialmente contra los sacerdotes de El Quiché y contra la USAC, como los promotores del CUC y de la subversión. Decía el texto: “los curas de El Quiché fueron los que me aconsejaron para que comprometiera al CUC con la subversión y entregarlo a los comunistas”. Quería que acusara en forma particular al obispo de El Quiché, Juan José Gerardi, como promotor de la subversión. No dije nada al respecto.

—Pablo, Martín y Fernando y otros ocho compañeros y compañeras integrábamos el “Equipo”, que desde 1972 acompañaba a los grupos de base en Quiché, grupos que fueron la semilla del CUC, la más importante organización campesina habida en el país. El Comité de Unidad Campesina, CUC, nació en abril de 1978.

Haber mencionado el nombre de los compañeros fue doloroso para mí. Sin embargo, estaba seguro que ellos, desde el momento

de mi captura, ya habrían tomado las debidas precauciones para cuidarse y defenderse.

Durante las torturas me fueron arrancando datos sueltos, entre éstos los nombres de los tres compañeros. Datos que los cerebros del terror fueron atando para vincularme con el movimiento revolucionario. A pesar de eso, a lo largo de mi cautiverio mantuve mi postura de negar toda vinculación con la guerrilla, por lo que negué tener conocimiento sobre las actividades de los mencionados compañeros fuera del CUC; así como sostener que tenía más de un año de estar desligado de aquella organización.

No obstante mi resistencia, en mi alma había un sentimiento. En reiteradas ocasiones pedí mi traslado al Frente Guerrillero Augusto César Sandino porque ya estaba detectado, y me sentía perseguido en el trabajo que estaba atendiendo en Los Altos (Quetzaltenango y Totonicapán), actividades que también me obligaban a realizar frecuentes viajes a la ciudad capital de Guatemala y otros municipios de Quetzaltenango, en cuyas carreteras el ejército permanentemente montaba retenes, los cuales tuve que afrontar cantidad de veces con los consabidos riesgos y angustias que ello representaba.

Manifesté varias veces que mi aporte sería mejor en Quiché y Chimaltenango, al lado de quienes habían sido mis primeros compañeros en aquellos lugares, y que estaba dispuesto a ponerme al mando de quienes fueron mis discípulos en los inicios de la lucha, quienes, a la sazón, tenían altas responsabilidades en la conducción de la lucha guerrillera en el FGACS.

La cuestión de inseguridad que vivía en Los Altos era real y no una cuestión imaginaria como algunos compañeros pensaban. Varias personas, entre ellos allegados al ejército, me habían visto por esos rumbos de Quetzaltenango y Totonicapán. Mi aporte ya

no se prestaba para trabajo semiclandestino, ya que era demasiado conocido en mi pueblo, y las últimas actividades que realicé en un ámbito internacional con el Frente Democrático Contra la Represión, me habían dado mayor notoriedad. A esa preocupación no le pusieron oídos mis compañeros. Yo vivía con temor aquellas tareas, pero por disciplina las estaba cumpliendo.

Ciertamente el trabajo que estaba atendiendo en Los Altos era de mucha importancia y además estaba creciendo exitosamente, por lo que en los peores momentos de tortura estuve dispuesto a morir, pero de mi boca no saldría nada sobre ese trabajo. Me propuse, a costa de mi vida, guardar el secreto, y así fue. Aquellas personalidades con quienes realizaba un trabajo delicado, representaban prácticamente a una buena parte de la dirigencia del Pueblo Indígena en Los Altos y una que otra del departamento de Chimaltenango, y eran personalidades vulnerables ya que llevaban una vida pública normal.

En las primeras 48 horas de torturas, los verdugos quisieron arrancarme los nombres de las personas que conocía, y de mis contactos en aquellos lugares, pero como dije, estuve dispuesto a morir a cambio de mencionar un solo nombre de aquellos hombres y mujeres con quienes me reunía en Quetzaltenago. Así que en lo que gota a gota me fueron arrancando se reflejó de alguna manera en mis declaraciones, aunque exacerbadas al máximo en el texto que Isaacs me obligó a escribir. Por supuesto que no declaré como el gobierno quería.

Inmediatamente después de aquellas declaraciones, antes de las preguntas de los periodistas, tenía que repetir dicha declaración en idioma k'iche', pero intencionalmente lo olvidé.

Cuando terminé de dar las declaraciones, dije:

—Si tuvieran algunas preguntas los señores periodistas, que las hagan por favor.

Fueron tres, cuatro preguntas, que coincidían con las respuestas que con anterioridad me entregó Isaacs. Se podía entender que los periodistas de verdad no tuvieron acceso. Un señor de Nebaj, Quiché, de apellido Gordillo, alto funcionario del gobierno de Lucas García, alabó mi “decisión” de apartarme del “mal camino”. Hizo alusión al apellido Medrano como familia “honorable” en Quiché. Se refirió a los dueños de transporte. Mi segundo apellido, ciertamente tiene un vínculo lejano con dicha familia “honorable”.

Aquel mensaje que intencionalmente se me había olvidado dar en idioma k'iche', lo tuve que hacer al final, cuando un supuesto periodista prácticamente me obligó a hacerlo. No haberlo hecho, después de aquella petición, evidenciaría mi intención. Aquel mensaje procuré darlo en doble sentido de modo que mi pueblo, lo interpretara a su manera lo cual fue así, según supe meses después de mi fuga.

Cuando terminé de hablar en k'iche', el secretario de Relaciones Públicas, Toledo Vielman, dio por terminada aquella conferencia. Ni bien había terminado de hablar el secretario de la Presidencia, cuando inmediatamente los reporteros se me vinieron encima con la lluvia de preguntas y toma de fotografías. Una que otra pregunta honesta surgió espontáneamente, que las respondí cautelosamente para no destrozar mis planes. Pero no hubo oportunidad para más, ya que Isaacs y Soto prácticamente me fueron a arrancar en medio de aquellos reporteros. Hasta cierto punto me hicieron un favor sacarme en medio de los cazanoticias para no verme en situaciones delicadas con sus preguntas.

—¡Qué bueno, vos! ¡Qué bueno, vos! Estuvo nítido, estuviste de ahuevísimo —dijo Soto.

Isaacs, por su parte, no estaba satisfecho.

—¿Qué le pasó, usted? ¡Que si más se le olvida el mensaje en lengua y faltaron algunas cosas importantes! —dijo.

—¡Sí, hombre! Eso de haberse ido la luz o el sonido, y tener que repetir el inicio, me puso nervioso y que si más se me olvida todo, hubo un momento que ya no hallaba qué hacer.

—Esos pisados encargados de esas babosadas son una mierda —dijo Soto.

Rápidamente fuimos al ascensor. Aparecimos de nuevo en aquel sótano y nos aproximamos a los vehículos. Al sótano también bajó un hombre grandote que llevaba a varios hombres armados vestidos de particular. Parecía ser un diplomático gringo; viajaba con un carro adelante y otro atrás. Salió rápidamente de allí. Nosotros salimos tomando la 5ª Calle rumbo al cuartel general. Mientras íbamos por la acera, Soto recibió comunicación por radio sobre la situación.

—¿Cómo estuvo la cosa? —le preguntaron.

—Bien, muy bien —respondió Soto.

—Y el sujeto ¿qué tal?

—Él está contento. Aquí va con nosotros en este momento. Estamos en camino hacia su “hotel” —respondió.

—¿Quién es? —pregunté—. Sea quien sea, dígame que quiero saber sobre mi familia. Quiero verla lo más pronto posible.

—Dice que quiere saber sobre su familia, ¿cómo arreglamos eso? —preguntó Soto.

—Ahora ya será más fácil. Mañana veremos qué hacer —respondió el que estaba hablando desde el otro aparato.

Al llegar al cuartel y pasar la garita, no quería que me vieran la cara. Se me caía la cara de vergüenza. Bajamos de los vehículos, los guardaespaldas se quedaron afuera del casco de las instalaciones

del cuartel, pasamos por el callejón de la guardia, frente a la fila de soldados sentados de un lado y su oficial sentado frente a una mesita, pegado a la otra pared. Pasamos como si nada. Antes de entrar a la enfermería, les dije que quería ver a mi familia. Isaacs dijo:

—Ya están giradas las instrucciones a todos los cuerpos tanto de la policía como del ejército, que donde quiera que lleguen a preguntar por usted, que la retengan allí y que la ubiquen.

Cuando dije eso, sentí un escalofrío. —Ah, ¡qué bueno! —respondí.

—Ya verá, mañana mismo, sino hoy mismo vamos a ubicarla. Eso ha pasado siempre. Al tantito llegan a saber los familiares, luego empiezan a buscarlos en los cuarteles. Mañana o pasado a más tardar tendremos noticias de ellos. Y si no, el lunes salimos para Xela —dijo Isaacs.

Yo les pedí que fuera el sábado 24, aprovechado el mercado de los sábados en la Fábrica Cantel. Mi plan era encontrar cualquier oportunidad para confundirme entre la gente, aprovechando la confianza que ya había ganado con Soto, a quien le dije que él sería el indicado para acompañarme en esa búsqueda. Los dos andaban con un aire triunfalista. Seguros de que serían premiados por lo que acababan de realizar. Por eso o no, Lima había sido ascendido de teniente coronel a coronel en esos días.²

Los matones se retiraron satisfechos. Mientras tanto, al nada más retirarse y quedarme solo, estallé en llanto, me fui a meter al baño y lloré en silencio, golpeado por el dolor que me causaba ha-

² El oficial Byron Diraél Lima Estrada fue nombrado coronel en diciembre de 1981. Posteriormente fue director de Inteligencia (D2) durante el gobierno de Efraín Ríos Montt. [RVE].

berme retractado de lo que más quiero. Aquello que había iniciado varios años atrás, quedaba manchado por lo que acababan de hacer conmigo. Lloré con profunda tristeza por la negación que había hecho de mis mejores amigos, de mis mejores compañeros, de mi pueblo, de mi familia, de mis propios hijos que estaban dedicados de tiempo completo a la lucha. Sentía una sensación de amargura y un sentimiento de odio a mí mismo, y me decía en mis adentros: “¿Por qué no aproveché aquellas oportunidades que tuve para intentar escapar? ¿Por qué no busqué la muerte en aquel intento?”. Pero otro rato me decía a mí mismo: “No, no se presentó la oportunidad real”. Además, todo aquello que hicieron conmigo, todas aquellas torturas, aquellos vejámenes, aquellas humillaciones que me hicieron sufrir en los primeros 40 días de secuestro no se iba a quedar así por así. Aquel odio que en mi corazón anidaba era un fuego que me mantenía y me mantuvo.

Esa tarde no cené. Me trajeron cena los enfermeros, pero no no la toqué. La comida se la di toda al soldado huehueteco enfermo.

—Coma algo —me decía—, ¿está enfermo?

—No, simplemente no tengo hambre —le respondí—. ¿Oyó radio hoy por la tarde? —le pregunté luego.

—Sí, pero lo apagué, había cadena nacional y esas babosadas no me gustan a mí —respondió.

Esa respuesta me dio cierto alivio y me alentó un poco. Pero a la hora de las noticias en los radioperiódicos con sus acostumbrados ¡Última hora! ¡Última hora! o sus ¡Flash! me volvieron a la realidad. Sentía asco escuchar todo lo que decían aquellos radioperiódicos, y apagué el radio. Aquella noche lloré mucho. A la hora de acostarme, y en mi rezo, como una luz de esperanza se asomó por mi atormentada conciencia lo que le pasó a San Pedro aquella noche cuando su maestro había sido capturado por los enemigos

del pueblo. San Pedro, en su inquietud de seguir los acontecimientos de cerca, se aproximó a los lugares donde se desarrollaban. Pero allí, según cuenta la historia, ante sirvientes y curiosos negó tres veces que él fuera uno de los seguidores de Jesús. Horas antes había jurado ante su maestro que jamás lo negaría.

Comprendí la profundidad del dolor que sintió aquel apóstol, en cuya persona había recaído tanta confianza de Jesús. “Tú eres Pedro, y sobre ti edificaré mi Iglesia”, Jesús le delegó la responsabilidad de ponerse al frente de aquella comunidad, que sería perseguida implacablemente, y sin embargo en aquel momento tuvo miedo de decir que era de los amigos de Jesús. Comprendí las tantas lágrimas que derramó por su negación. Aquella imagen, aquel pasaje, me ayudó muchísimo.

“Dios de los que luchan, Dios de los humildes, Dios de la justicia y del amor, tú sabes que no lo he hecho porque lo haya querido, tú sabes que quiero a mi pueblo, que quiero la felicidad para los niños, para los que han sufrido siempre. Tú sabes que no he rechazado la lucha de mi pueblo”. Con estos pensamientos me acosté a dormir. Pasé una noche de pesadillas.

A la mañana siguiente continuaron los radioperiódicos con sus comentarios sobre aquella conferencia. Los periódicos pusieron en primera plana la noticia. Fue entonces cuando en el cuartel trascendió la noticia, especialmente en la enfermería. El encargado de la enfermería, que se iba normalmente todos los días a su casa, llegó por la mañanita con la gran novedad:

—¿Se puede? —dijo al abrir la puerta de la habitación-celda.

—Pase adelante —le dije.

—¡Ja! ¡Verdad que no se cuenta nada! Ni cuenta nos dábamos a quién tenemos con nosotros. ¡Ja! Quien iba a creer que usted, don Juan, tuviera capacidad para aparecer ante la televisión y ante la

prensa. Y sobre todo que usted hubiera sido guerrillero. No se le echa de ver nada.³

—Pues sí, así es la vida —me limité a decirle. Realmente no hallaba qué decirle.

Aquel día 23 no salí para nada del cuartito. Dentro del cuartel había movimiento. Una semana antes había empezado la prelación de la fiesta del cuartel, la fiesta de San Rafael. Se habían programado campeonatos relámpagos de fútbol, papifútbol, basquetbol, etc. Aquellas actividades contribuyeron para que mi caso pasara desapercibido dentro del cuartel. Sólo algunos se interesaron en el asunto.

El 24 de octubre, la gran fiesta para los de siempre: para los altos jefes. Para ellos buena comida, mientras que para los soldados, a pesar de ser de fuerzas de élite, comida común y corriente. El jefe de la enfermería que también tenía comida de tropa, y los otros, como perros se peleaban por las migajas. Pidieron al cocinero las sobras de la comida de la oficialidad, o sea, los huesos de los tantos cerdos que fueron horneados.

La tropa, a lo más que pudo llegar, fue a ser espectadora de aquella fiesta. Eso lo aproveché discretamente para hacerle ver al enfermero achí de Baja Verapaz, Gari o Cali Vargas, a quien ya le había ganado cierta confianza, que las cosas buenas siempre son para los que sufren menos y para los que casi no trabajan. Como en el caso de los oficiales que no son los que se enfrentan a la hora de un combate, no son los que cargan más, ni los que sufren más, sin embargo, son los que comen la mejor parte. Esa tarde del sábado 24 de octubre, aprovechando que todo el personal estaba

³ Cuando me trasladaron al cuartel general en septiembre, el coronel Lima Estrada me dijo que me pusiera un pseudónimo porque no convenía que se supiera quién era yo. Me puse Juan Par.

atraído por la fiesta, especialmente por el baile que se efectuaba en el gimnasio, nos pusimos a platicar con ese muchacho, haciéndole ver las causas de la lucha. Hice unos dibujos en unas hojas de papel, pintándole las desigualdades existentes y cómo está estructurada la sociedad.

Él escuchaba y observaba atentamente lo que le iba indicando. En un momento dijo:

—Según cuentan que uno, por andar baboseando, lo capturaron, y fue a enseñar todo. Y dicen que los acabaron a todos (se refería a la guerrilla).

Realmente en ese momento no pude interpretar lo que quiso dar a entender. Ni tampoco le pregunté dónde ni cuándo fue eso. Sólo dije que es probable que haya habido uno o varios que actuaron así, y allí mismo le dije que pudo haber pasado lo que pasó conmigo que fui secuestrado y luego torturado hasta más no poder, pero que, sin embargo, había muchos miles de combatientes regados por todo el país y que tarde o temprano el movimiento revolucionario triunfaría.

En otro momento, entre plática y plática, dijo:

—Mire usted, ¿Y por qué no se deserta?

A esa pregunta reaccioné serenamente diciendo que eso sería imposible, y además no quería comprometer a nadie. Reaccioné así porque podía ser que me estuviera tomando el pelo y estuviera tratando de sacarme algo que yo tenía en mi corazón. Así transcurrió aquel día, el que estaba dentro de mis planes para una posibilidad de fuga. Aquella sorpresiva pregunta de aquel muchacho, no obstante, me llenó de esperanzas. O sea que el proyecto de fuga sí se podía, aunque fuera de largo plazo. Aquel día no llegó nadie para el proyectado viaje a Xela, ya habían pasado 48 horas y no hubo noticias de la familia. ¿Qué habría pasado?

24. LA FAMILIA

Aquellos días estuve tenso esperando que en cualquier momento algún miembro de mi familia pudiera caer en la trampa de buscarme. Estuve rezando mucho para que eso no sucediera. Llegó el lunes 26 de octubre, pasó todo el día y no vinieron los que tenían que venir a recogerme. Por aquellos días continuaban los bombazos en la ciudad y los claymorazos en las carreteras del altiplano. La cosa estaba caliente.

Creo que por aquellos días se publicó el comunicado de la organización que tenía en su poder al ministro de Salud Pública, Roquelino Recinos. Aquella proclama la leí dos o tres veces. En él, pareciera ser que aludían indirectamente a mi caso, cuando mencionaban que: “a los campesinos secuestrados en Quetzaltenango y otras partes, ya habían sido asesinados y otros que cayeron en el intento de escaparse, y a otros después de torturarlos y después hacerlos aparecer ante la prensa, formados con partes postizas... lo cual cerraba la posibilidad de canje”.

Sin duda sufrieron una frustración conmigo, y eso me duele. Después supe que dicha organización, el Movimiento Revolucionario del Pueblo (MRP), había pedido mi liberación también.¹

No he podido confirmar, pero algunos compañeros y familiares aseguran haber escuchado en el radio periódico *El Independiente* el día 22 de octubre, que la organización que lo tenía secuestrado exigía mi aparición, entre otros. Y luego, otros compañeros, inmediatamente después de mi fuga, me dieron a entender que ellos sabían que el MRP había pedido mi liberación.

Quiero dejar consignada mi gratitud por ese gesto solidario y concreto de esa hermana organización, con cuyos miembros sin duda me relacioné en el quehacer que había tenido en los últimos tiempos, pero que debido al carácter clandestino de la labor que cada uno realizaba, no pudimos identificarnos. Quedo eternamente agradecido por su gesto solidario, gesto que lamentablemente estuvo ausente de “mi” organización; al contrario, algunos oportunistas tal vez se pusieron contentos con mi desaparición física.

El sábado 31 de octubre fue un día que fijé para intentar escapar. Lo planifiqué para la tarde de ese día. Había salido algunas veces a observar desde un lugarcito cómo los visitantes entraban y salían sin mayor control por parte de la guardia en la garita de control. Esta garita quedaba a unos 300 metros desde donde yo observaba. Había medido, incluso, la distancia entre la enfermería y la guardia del cuartel, no así desde la enfermería hasta la garita de control de entrada al cuartel desde la calle.

¹ El secuestro fue al ministro Roquelino Recinos Méndez, antes directivo de las planillas conservadoras del Colegio de Médicos. Sobre los comunicados, véase “Ministro de salud fue secuestrado”, 3 de septiembre, 1981 y “Familia de ministro secuestrado publica exigencias de los captores”, 24 de septiembre, 1981, en *Inforpress Centroamericana*, núms. 458 y 461, respectivamente. [RVE].

Antes de seguir, creo necesario explicar brevemente la cuestión de “la garita y la guardia”. Las instalaciones del cuartel están en un inmenso predio que se ha ido cercando con otras construcciones, incluyendo el edificio de Canal 5 del ejército. El viejo edificio está ubicado en un montículo, y es el que alberga a la tropa, mientras terminan de construir las modernas instalaciones, según supe. De ahí que, entonces, haya una guardia en la primera entrada, o sea, la garita de control que se conecta directamente con las calles de la Zona 1 de la ciudad, y luego otra guardia en la mera entrada del antiguo cuartel, una entrada constituida por un callejón por donde entra y sale todo mundo, excepto los vehículos que tienen otra entrada, pero cuya puerta de hierro se mantiene todo el tiempo cerrada. El lugar donde se ubicaba esta segunda era una callejuela de más o menos tres metros de ancho por unos ocho de largo. En un lado había una hilera de bancas donde los soldados con sus caras duras permanecían sentados. Al otro lado, estaba el comandante de dicha guardia con su mesita de escribir.

Siguiendo con lo que venía diciendo, ese día estaba dispuesto a todo. A las dos de la tarde, que es la hora en que empiezan las visitas, me empecé a preparar psicológicamente. En eso estaba, cuando unos señores llegaron a la enfermería a visitar a unos familiares allí internados. No sé por qué me quitó impulso la presencia de esos señores ladinos pobres, parece que de oriente o de la costa. Era la primera vez que veía entrar gente particular hasta la enfermería. De todos modos, rato después salí a observar al punto que indiqué y vi que había bastante gente en calidad de visita por todo el trayecto de la guardia, hasta la garita de control, que si lograba salir de aquel caserón, fácilmente podía confundirme entre ellos.

Decidí entonces encaminar mis pasos a la salida. Iba decidido, pero cuando me acerqué al callejón de la guardia, estaba parado

allí el capitán de la S-2 (léase G-2). Pretender salir, estando ese esbirro allí, era un disparate. Así que simulé buscar periódicos en la propia oficina de la S-2, donde acostumbraba pedir los periódicos prestados. Era sábado, y dicha oficina estaba cerrada. Hice un gesto de desánimo, me quedé unos segundos frente a la puerta, luego continué mi camino, pasando frente a la guardia. El capitán estaba platicando con un oficial que me pareció conocer. Era el que había conocido en Quiché como el capitán Solares. Logré ver que había cuatro o cinco soldados sentados en las bancas. Fui a dar vuelta a la tienda, al comedor y luego aparecí por la enfermería.

A las cuatro de la tarde, más o menos, volví a hacer el intento, y de nuevo había orejas de la G-2 merodeando por la guardia. Desistí de aquello. Me fui a rezar mi último rosario del mes de octubre, dedicado a la Virgen del Rosario, mes también del nacimiento de nuestra amada “mamita”. No hubo ni un solo día de aquel mes que haya dejado de rezar el rosario.

En una ocasión, mientras daba mis ya acostumbrados recorridos en las gradas —recorridos que a veces hacía dos o tres veces al día y a veces aprovechaba para rezar en silencio—, un sargento entre los varios soldados que días antes habían ingresado azonzados por los estallidos, viendo con recelo o quizá conscientemente o por el trastorno que le dejó el bombazo, dijo:

—¿Verdad que estás contando cuántos pasos hay de aquí a la guardia?

Me sorprendió su actitud, pero no me amedrentó con sus palabras.

—A mí no se me trata así —le respondí tajantemente.

Quiero contar qué fue lo que me inspiró el intento de fuga aquel 31. Resulta que aquel huehueteco que mencioné en páginas anteriores a quien le daba parte de mi comida también, y a quien

traté de ayudar moralmente, ya se había desertado del Hospital de Salud Mental Federico Mora días antes de ingresar a la enfermería del cuartel general. Pues bien, este hombre había salido del cuartel, aunque ciertamente vestido de soldado —hay que tomar en cuenta que en la enfermería se anda en pijama— ¡pero logró salir! Y fue a aparecer donde estaba de alta, en no sé qué dependencia de reservas militares cerca de La Aurora, donde sin mediar palabra había baleado a un indefenso patojo por ir a recoger una pelota que fue a caer cerca de donde este soldado estaba de centinela. Este hecho, sin duda, fue lo que lo trastornó.

Pues aquel hombre, cuyas facultades mentales no estaban muy bien, salió del cuartel, pidiendo permiso a la guardia para platicar con su visita en las afueras del casco, y luego en la Primera Compañía —que quedaba pegada al caserón del lado de afuera— pidió permiso para vestirse de paisano y luego salir a un costado del gimnasio, burlando al centinela de aquella salida. Sólo se enteraron en el cuartel que había salido, cuando él mismo llegó a la dependencia a reclamar sobre un asunto que lo mantenía desesperado. Llegando a preguntar por su asunto, inmediatamente telefonaron al cuartel donde estaba recluido preguntando por qué lo habían dejado salir y fue así como se enteraron que había salido. Desde allá lo volvieron al cuartel. Bueno, el caso es que se podía, si él pudo ¿por qué no podría yo? Aunque el caso era distinto, había posibilidades. La acción de este hombre fue cuatro o cinco días antes del 31 de octubre. Yo no tomé consideración que aquello pudo haber puesto en alerta a los de la G-2.

Mientras tanto, no había noticias de que mi mujer o algún familiar hubiera preguntado por mí, ni tampoco se aparecían aquellos esbirros para el ansiado viaje, no para buscar a mi familia, sino para buscar la ocasión de fuga anhelada. Entre los lugares posibles

para ir inmediatamente después de la fuga, estaba la casa de los suegros del entrañable Chon en la capital.

El primero de noviembre, Día de los Santos, muy tempranito me levanté a bañarme, y antes del desayuno inicié mi acostumbrado rezo para poder escuchar la misa que transmitían por Radio Internacional desde la iglesia San Sebastián, cuya celebración casi siempre corría a cargo de monseñor Pellecer, religioso que en su predicación y en sus oraciones denotaba una simpatía por los que luchan.

El domingo siguiente después de la aparición de Pellecer Faena ante la prensa, monseñor Faena no estuvo en la acostumbrada misa de las 8 de la mañana de los domingos. No recuerdo qué dijo el sacerdote que celebró la misa esa vez respecto a la ausencia del prelado, pero yo interpreté como un alejarse de aquella embarazosa situación, no sólo por su condición de autoridad eclesiástica, sino también por su afinidad familiar con el sacerdote guerrillero, supuestamente arrepentido y entregado voluntariamente al gobierno.

Pues bien, aquella mañana radiante, de un sol exquisito, cuyos regalos de la naturaleza yo no podía disfrutar sino con la vista, la pasé un poco triste. Después que finalizó la misa, no tenía ganas de hacer gimnasia ni otra cosa. Seguía tenso por lo que pudiera pasar con la familia y, además, se me estaba metiendo la atormentada duda. ¿Será que están vivos? ¿Será que los agarraron también? ¿Será que Manolito, Rufinito y Cristina lograron escapar aquel 4 de julio? Y si lograron salir, ¿a dónde se irían? ¿¡Dónde estarán!>? ¿O será que cuando llegaron a preguntar por mí, los capturaron y ahora deben estar torturándolos? Estas dudas empezaban a atormentarme.

Aquel domingo fue además un día de recuerdos, recuerdos que hicieron volar mi imaginación a los años más bellos de mi niñez,

de mi juventud y de mi adultez. Vino a mi memoria aquella extraña forma de adornar las tumbas de los “tojés” (los Toj); en la “colonia de los Tojes”, como ya le decían al predio que fueron ocupando los restos de nuestros familiares en el Cementerio General en Santa Cruz del Quiché. Ninguno de nuestros familiares fallecidos descansa en nicho o panteón, sino todos bajo tierra.² En el Día de los Finados, los familiares, encabezados por el tío Chente Toj, se iban a adornar aquellas tumbas encerándolas y poniéndoles flecos de papel de colores chillantes, rodeando la colonia de tiras multicolores de papel crepé y con cordones de pino “choconoyes” dándole un carácter pagano y festivo a lo que para la mayoría era un día de crespones negros. Esos recuerdos y otros más, especialmente los tradicionales “Paches” en hojas de maxan o en “tusas”, y picantes, como a mí me gustan, vinieron a mi mente. Aquellos gratos recuerdos laceraban mi amarga situación.

A eso de las 11 de la mañana me fui a parar frente a la comandancia y me puse a observar desde aquel lugar cómo salían las visitas para la calle sin ser revisadas. Me puse a observar la ciudad, me puse a ver cómo los blanquiazules buses de la empresa La Fe iban y venían repletos de pasajeros, y que exactamente a media cuadra de las instalaciones del cuartel, viraban enfilando hacia la Zona 6 y luego a la Zona 18, parte norte de la ciudad. ¡Cómo anhelaba que algún día me condujeran de nuevo aquellos buses que tantas veces me condujeron a lugares de inolvidables recuerdos! Incluso, la última vez que abordé un bus en la capital en junio, fue un número 17 de esa empresa.

² Ahora ya hay un par de panteones de familiares que han logrado cierto desarrollo económico. Sólo los restos de mi hermano Baltazar descansan en el nicho que le correspondería a doña Josefa Reynoso, que pidió que allí quedaran sus restos por el cariño que nos guarda.

Inicié la composición de un poema en el que quería expresar mi situación en aquellos días. Mientras tanto terminé de leer la novela de Carlos Manuel Pellecer *Útiles después de muertos*, cuyos personajes, sí, reflejaban en parte la actitud de algunos que se hacen llamar revolucionarios y muchos de los cuales pululan en nuestra organización y en otras organizaciones, y andan viendo qué consiguen. La temática de la novela procura desprestigiar a la Revolución cubana.

Por otro lado, mi lectura bíblica continuaba. Lo hacía tomando cualquier párrafo que apareciera señalado con un dedo; lo leía, lo analizaba y luego lo aplicaba a mi situación. Muchas veces se me apareció el párrafo de la “Negación de Pedro”, fueron entre 10 o 12 veces. Esta rara aparición me ayudó muchísimo, tanto que aquella amargura que me causaba dolor en mi corazón por aquella retracción del 22 de octubre, se estaba convirtiendo en más odio hacia el gobierno, odio que tenía que disimular bien.

25. SOLOLÁ

El día 3 de noviembre a eso de las 8 de la mañana, llegó Isaacs con ropa de campo. Nunca lo había visto así.

—Prepárese, ahorita salimos para Xela. Llévese ropa por lo menos para cambiarse una vez —dijo.

Me aseguré de llevar el rosario que había hecho para María del Rosario, mi bolsita de gamexan, el calzoncillo viejo, única prenda que aún me acompañaba desde mi secuestro. Se llevó a dos pistoleros de la S-2, uno de ellos no estaba muy a gusto porque, según manifestó, esa misma mañana, empezaban sus 72 horas de franco. Yo llevaba sólo una bolsita de nailon con la muda de ropa. Salimos de la guardia dejando una constancia de mi salida del cuartel. Caminamos con dirección a Canal 5, llegando por la parte de adentro, es decir que no fuimos a dar vuelta por la garita, sino que penetramos al edificio por una cerca de láminas y tablas que dividían una parte de aquellas instalaciones del cuartel y cuya pared divisoria estaba en plena construcción.

En aquellas instalaciones nos metimos en un vehículo. A mí me pusieron en medio de los pistoleros en la parte de atrás.

—Al aeropuerto —ordenó Isaacs al piloto.

Cuando pasamos por los arcos frente al Obelisco y la garita de control del aeropuerto, sentí miedo, por aquellos amargos recuerdos de los primeros días de secuestro. Entramos por la parte de atrás, por los hangares particulares. Aquella mañana era un día gris y frío, con fuertes vientos. Tardamos más de una hora en esperar que mejorara el tiempo. Después de aquella espera dentro del vehículo, nos fuimos a la pista. El viento soplaba fuerte. No había decisión de vuelo. Unos treinta minutos después, descendió un pequeño helicóptero azul y blanco cerca de donde estábamos. Nos acercamos al mismo con nuestras cosas. Para entonces, ya Isaacs me había asignado una bolsa para dormir.

—A La Laguna ¿verdad? —preguntó el piloto.

—Sí —respondió Isaacs.

A eso de las 10 de la mañana, ya cuando el cielo estaba completamente despejado, alzamos vuelo, y el aparato se dirigió hacia el occidente, siguiendo la ruta interamericana, desviándonos hasta que hubimos pasado la cabecera departamental de Chimaltenango. De allí empecé a desorientarme. No daba por dónde íbamos. Iba rezando en silencio en medio siempre de aquellos dos pistoleros; Isaacs iba al lado del piloto, en los asientos de adelante. De pronto apareció ante mis ojos un hermoso paisaje, incomparablemente bello: el lago de Atitlán. Un verde esmeralda bellísimo, que anclado entre azuladas e imponentes montañas y un cielo completamente azul, conformaban un cuadro que me parecía irreal.

El piloto sacó un mapa, buscando algún punto. En el mapa aparecía el lago, tal como lo estaba viendo en aquel momento. Aquella incomparable belleza frente a mis ojos chocaba con la inmensa

tristeza que en mí reinaba. Treinta o cuarenta minutos después de haber alzado vuelo aterrizamos en un punto cerca de las orillas del lago: era el destacamento de Santiago Atitlán. Sólo descendimos del aparato y éste voló de nuevo, pero antes preguntó el piloto:

—El viernes ¿verdad?

—Sí —respondió Isaacs.

Un militar ya de edad fue a encontrarnos. Saludó efusivamente a Isaacs, a nosotros apenas nos dirigió un saludo. Estaba frustrado nuevamente con la mentira de Isaacs que dijo que íbamos para Quetzaltenango. Aquel día Isaacs me dio un libro para leer. Era el libro que había hojeado minutos antes de la conferencia de prensa del 22 de octubre en aquella oficina de operaciones psicológicas en Palacio Nacional. La temática era claramente resaltar los clavos¹ de los movimientos pseudorrevolucionarios.

Tanto la novela de Carlos Manuel Pellecer, como esta otra, me las dieron a leer, según yo interpreté en aquellos días, para hacerme convencer por medio de aquellas lecturas que eso de los movimientos que tratan de cambiar el sistema explotador no servían, ya que finalmente los dirigentes de aquellos movimientos serían los únicos beneficiados. Además de la lectura, Isaacs cada vez que podía me decía que la subversión era tan mala que allí la vida era imposible, que los comunistas son lo peor que haya existido. —Qué bueno que usted se haya salido —decía. Por otro lado oía decir a aquellos dos esbirros, por ejemplo—, si el destacamento les hace un aula o una pila a los indios esos, les podremos ganar, porque sólo a vergazo limpio no se va a mantener eso.

De lo que trataba aquel librito era sobre un frustrado luchador revolucionario a quien le mataron una hijita suya, supuestamente por

¹ Problemas. [RVE].

sus mismos compañeros en una manifestación donde hubo una balacera. El librito de 135 páginas, más o menos, me lo devoré en los tres días que estuvimos allí. Aquellos tres días de permanencia en aquel destacamento militar fueron para hablar con algunas personas, particularmente con líderes que supuestamente se entregaron voluntariamente al ejército. El grupo de personas indígenas atitlecos, parece ser que pertenecían a la Asociación Radiofónica Atitlán o algo por el estilo. Lo cierto es que algo tenían que ver con la clausurada Radio Atitlán.

El maldito del Isaacs me presentó ante aquel grupo, como “su segundo de a bordo”. —Él fue un subversivo y ahora está colaborando estrechamente con el gobierno.

Aquella presentación me chocó terriblemente, porque lo que acababa de afirmar aquel esbirro era una gran mentira.

—No exactamente “un segundo de a bordo del señor”, si apenas esta es la primera vez que salgo con él y esta es la primera vez que platico con un grupo de personas —dije con la esperanza de crear duda, incluso incredulidad en aquel grupo de gentes. Sin embargo, no pude evitar hablar como un arrepentido de la subversión, cuando el malvado de Isaacs dijo:

—Bueno, y ahora, tiene la palabra Emeterio Toj Medrano para que él mismo les cuente lo que es la subversión.

En aquella reunión, que duró cerca de medio día, el tal Isaacs echó pestes sobre la labor de la Iglesia, especialmente sobre la labor de Radio Atitlán. En otro momento mandó a traer un ejemplar del folleto *Aprendamos a pensar juntos* (creo que así es el título; creo también del ex sacerdote licenciado Marco Antonio de Paz). Todos los bienes, entre ellos el material didáctico, estaban confiscados por el ejército. El folleto mencionado lo utilizó Isaacs como material didáctico, pero invirtiéndolo completamente. Éste planteaba como método la pregunta y la discusión en grupo de los

distintos problemas de la vida. Por ejemplo, ¿por qué será que somos pobres? ¿Cuál es la causa? ¿Qué tenemos que hacer? El malvado Isaacs, decía, por ejemplo, ¿por qué la subversión es mala? ¿Qué tenemos que hacer para combatir la subversión? Y allá iba Isaacs con su “porque la subversión no cree en Dios, quita la tierra, trae la muerte para nuestras comunidades. Por eso hay que denunciarlos donde quiera que los veamos”.

¡Qué alivio sentí cuando terminó aquella asqueante reunión! Una esperanza me estaba alentando: se sentía que la presencia de la gente allí, era por una fuerte coacción; gente que si bien es cierto no estaba detenida en el destacamento, sí estaba prácticamente presa en sus propias casas bajo control militar. Aquel grupo de personas debía ser presentado ante la prensa y la televisión, haciéndolos aparecer como gente que se había entregado al ejército. El viernes 6 debieron haber llegado los periodistas.

Después de aquella reunión tuve la oportunidad de platicar brevemente con Juan Ajzibinac, ex director o locutor de Radio Atitlán, y a quien quise dar a entender que no me había entregado, sino que me secuestraron y me torturaron salvajemente, mostrándole discretamente las cicatrices de mis muñecas. Aquel intento de querer hacerle entender aquello, fue una cosa de segundos. Sin embargo, Juan Ajzibinac no mostró alegría o sorpresa, sino una especie de rechazo a aquella afirmación.

En aquel destacamento había varios secuestrados metidos en unos enormes pozos. Sólo fue una ocasión que pude pasar cerca de aquellos pozos y casi de reojo vi aquello. Nunca más me permitieron pasar por allí.

—No conviene que lo miren esos pisados —argumentó uno de los pistoleros que me tenía supervigilado dentro del destacamento mismo.

Había dos muchachas, casi niñas, haciendo tortillas, quienes habían sido monitoras de escuelas radiofónicas y que ahora estaban allí en calidad de detenidas, haciéndole las tortillas a la tropa. A ellas me mandó Isaacs que les explicara cómo debe comportarse uno frente a los periodistas y frente a las cámaras de televisión, y cómo se debe responder en caso de alguna pregunta fuera de control.

Asimismo estaban un anciano y un muchacho capturados, aunque no en los pozos. Los ponían a barrer el destacamento usando como sacabasuras una manta con las siglas de ORPA. Alrededor del destacamento, al menos lo que alcancé a ver, había varias familias indígenas con niños y ancianos, en champas de nailon. Se veía que fueron capturadas y estaban allí en calidad de rehenes y de parapeto o escudo del destacamento. Una tarde se aparecieron unos hombres vestidos de particular, uno de ellos era un capitán, que me saludó y platicó brevemente conmigo. Entre otras cosas dijo:

—Yo estuve en Quiché, pero nunca lo vi por allí. La cosa está como si este predio se inundara, así está inundada Guatemala de la subversión. La única manera de sacar toda el agua que inunda el predio, no es sacando el agua de cubeta en cubeta, así no terminaríamos nunca. La mejor manera es haciendo drenajes, sólo así podremos recuperar el predio. Así se debe hacer en Guatemala para desalojar la subversión. Pero eso llevará mucho tiempo. Lo felicito por haber tomado esta decisión de colaborar con nosotros.

Aquel esbirro se conocía con aquellos pistoleros, con quienes tuvo una amena charla en aquella tienda de campaña donde nos tocó dormir. Comentaron, entre otras cosas, las siguientes:

—¿Se recuerda aquella vez, mi capitán, cuando andábamos por Amatitlán en el Parque las Naciones Unidas, cuando le quitamos

aquel pick-upito a aquella pareja que andaban traideándose² por allí? ¡Manos arriba!, les dije a aquellos pisados. Y lástima que no pudimos echarnos³ a la chava. Con ese pick-upito estuvimos chingando mucho tiempo, hasta que fue a terminar de joderse en Quiché. Y aquel otro Datsun que le quitamos a aquellos otros traídos de la Zona 11, ¿a dónde iría a parar usted?

—Después que lo tuve un mes, a mí me mandaron para otro lugar, y ya no supe ni mierda de él —contestó el capitán. En otro momento comentaban sus fechorías como si estuvieran comentando éxitos en su trabajo productivo.

El jueves 5 observé que para movilizar a la tropa, y casi siempre de noche, lo hacían en camiones particulares, cuyos choferes vestían tal como se visten comúnmente los pequeños transportistas del lugar. Ese día 5 debió llegar la prensa a Santiago Atitlán a tomar declaraciones de los rendidos, o sea, los que “se habían volteado” en contra de la subversión. Parecer ser que la prensa no llegó.

Durante los tres días que estuvimos allí, especialmente el segundo y tercer días, hubo oportunidades de alejarme unos 50 metros de mis custodios y a unos diez metros del centinela cada vez que iba a la letrina, espacio que me daba ventaja para una posible fuga ya que la espesa maleza y los cafetales me protegerían, sin embargo, ¿a dónde ir? ¿Qué rumbo tomar, si era primera vez en mi vida que yo llegaba a esos lugares? Pero si había presionado para salir en búsqueda de la familia era precisamente para tener la posibilidad de escapar. Me había preparado para eso, la camisa y el pantalón más o menos eran del color de la maleza, sin embargo,

² Novios. [RVE].

³ Violar. [RVE].

pudo más el razonamiento realista que la angustia por la meta que no era posible alcanzar en aquellas condiciones.

El viernes 6, a eso de las 9 de la mañana, Isaacs empezaba a impacientarse viendo a cada rato en dirección de la ruta de llegada del helicóptero. Los pistoleros estaban felices de poder irse, los días de estancia los habían pasado aburridos y disgustados. Para mí también era una esperanza partir de allí. A eso de las 10 de la mañana se empezó a oír el ruido del helicóptero y minutos después alzábamos vuelo. Cuando sobrevolamos el poblado me di cuenta que estábamos retirados del mismo, a uno o dos kilómetros tal vez. Vi también que en la plaza había bastante gente reunida. Atravesamos el lago, y minutos después las altas montañas del María Tecún, Alaska. Los sembrados de maíz aparecieron dorados y color caqui. Al rato se empezaron a ver las planicies de Cantel, con sus extensos sembradíos de maíz que se iban dorando. Pasamos sobre los terrenos de Urbinas, exactamente sobre la casa donde teníamos que ir a buscar a la familia. Los sembrados, que en septiembre eran verdes y tupidos, ahora aparecían ralos y desde arriba se podía ver perfectamente a las personas trabajando en los terrenos. El aparato dio una vuelta alrededor del centro de la ciudad de Quetzaltenango, luego descendió en el patio del cuartel militar, donde me estuvieron torturando el 5 y 6 de julio.

Isaacs se saludó con sus amigos, luego se internó en las oficinas, dejándonos en una sala esperando largo rato. Entre tanto, los dos pistoleros estaban disgustados por haber agarrado a Quetzaltenango y no a la ciudad de Guatemala. Uno de ellos dijo:

—Y lo más pura mierda es que aquí en la ciudad, y sin pisto.

—Yo tengo unos centavos —les dije, ni lerdo ni perezoso. A mí no me sirven para nada por el momento, porque yo ni en sueños que pueda ir a gastarlos. Si quieren les paso unos tres quetzales. Y

diciéndolo les entregué los tres quetzales. No muy querían recibirlos, pero finalmente se quedaron con ellos.

Mientras tanto, yo me consumía en una amarga incertidumbre. ¿Qué hacer en caso ahorita mismo que me dijera el maldito de Isaacs que saliéramos en busca de la familia? Efectivamente a eso de las 11:30 Isaacs dijo que en ese momento debíamos salir en busca de la familia. Abordamos un vehículo viejo de la despensa militar y salimos del cuartel.

—¿Por dónde nos vamos usted? —preguntó.

—Para la salida a Totonicapán —dije.

—Listos jóvenes —dijo a los pistoleros.

El piloto iba con un galil. O sea que iban cuatro armas, tres cortas y un galil. Cuando íbamos por el Monumento a la Marimba, se pinchó una llanta. Mientras la estaban arreglando pasó un vehículo en dirección contraria, y alguien desde adentro agitó la mano. Momentos después fue a estacionarse frente a nosotros. Salió un hombre del carro y saludó efusivamente a Isaacs, y éste respondió de la misma manera.

—¡Ah!, si es el mayor Méndez (no muy recuerdo si así es) —exclamó uno de los pistoleros.

—¿Qué tal, vos? —dijo el hombre—. ¡Qué gusto saludarte! Y ahora, ¿dónde estás? ¿Todavía activando en la MANO?⁴

—No, ahora tengo otras actividades. ¿Y vos, qué tal con tus trabajos?

⁴ Se refiere a la organización paramilitar Movimiento Anticomunista Nacional Organizado, fundado a mediados de la década de los sesenta y encargada de perseguir y asesinar civiles. También se le conoce como MANO y Mano Blanca. Un estudio que trata el tema es el de Carlos Figueroa Ibarra, *Los que siempre estarán en ninguna parte. La desaparición forzada en Guatemala*, México, BUAP/GAM/CIIDH, 1999 y el ya citado de la CEH. [RVE].

—Por allí, echando verga a cuanto pisado se me ponga enfrente, ¿y ahora qué?

—Vamos a buscar a la mujer de éste —respondió Isaacs.

—¿Y éste quién es? —preguntó el citado mayor Méndez.

—¡Putita! ¿No lo conocés? ¡Si es de tu tierra vos! Es el arrepentido, el Emeterio Toj Medrano.

—¡Ah puta! ¡No me digás!

Se acercó más a la ventanilla del vehículo y me dice:

—¿Qué tal vos, no me conocés? Yo soy de Quiché.

—No lo conozco —respondí.

—Con que entonces vas a buscar a tu mujer, ¿no?

—Sí —respondí.

Aquel esbirro podía ser originario de Chitatul, Santa Cruz del Quiché, a juzgar por su físico parecido al de los Pérez o Méndez de aquella aldea. Minutos después estaba cambiada la llanta y seguíamos hacia Urbinas. Quise hacer lo mismo que en septiembre.

—Se quedan aquí, mientras yo voy a la casa —dijo, cuando llegamos en dirección de la casa—. Las armas asustan a la gente —proseguí diciendo.

—¡Babosadas! Usted no se va solo —dijo Isaacs. Y ordenó a los pistoleros—, listos muchá, ¡echen plomo si es necesario!

Nos fuimos hacia abajo los tres. En ese momento si hubiera tenido un machete en mi mano, hubiera agarrado a machetazos a aquellos asesinos. Estaba advertido por dentro. En aquel momento no quería que hubiera nadie en la casa, que cinco meses antes habíamos ocupado. Alguien estaba silbando. Era el dueño de la casa, dándole zacate a sus vacas en la “puerta-calle”.

—¿Qué tal señor?, dispense, sólo pasaba preguntando por la familia que estuvo aquí alquilando, pero parece ser que ya no está.

—¿Y no lo sabe usted, pues? Si aquí sólo estuvieron un mes o menos. Yo ya ni hablé con ellos sólo dejaron recomendado el alquiler con la señorita. Habían dicho que usted había sufrido un accidente y que por eso se regresaron a su tierra —me dijo un poco extrañado.

—Pues sí, fíjese que me accidenté lejos de aquí, y hasta ahora que pude venir por aquí —le respondí.

—¿No sabe a dónde se fueron? —preguntó uno de los pistoleros.

—No le digo pues, parece que se fueron a su pueblo —respondió el dueño de la casa.

—Bueno, señor, muchas gracias.

Le di la mano y nos retiramos rápidamente. Aquella noticia me alentó.

—No hay nada. Sólo noticias tristes hay —le dije a Isaacs al llegar a la orilla del camino donde se había quedado—. Yo creo que es más seguro que ya los mataron ustedes. Sí, ustedes que son capaces de todo —proseguí diciendo.

—¿Y no dijo el señor que se fueron para su tierra? —dijo el pistolero.

—¿Cómo es posible que hayan ido a nuestra tierra, cuando nosotros salimos huyendo de allá? Lo más seguro es lo que me dijeron en Huehuetenango cuando me estaban torturando, que a mi familia la tenían allí. Vamos, ya no quiero seguir aquí —les dije.

—Yo le aseguro que nosotros no la tenemos. Por allí tienen que estar —me dijo Isaacs.

Me hice el deprimido. No quise hablar para nada durante el regreso.

—¿Dónde cree usted que podamos ir a buscarlos? —preguntó.

—No sé, tal vez en algún barrio por allí —respondí desganado.

—Después de almuerzo salimos a buscarlos —dijo.

Ese día no almorcé, no porque no tuviera hambre, sino porque quería estar en buenas condiciones por cualquier oportunidad que se presentara para la fuga. Y porque el ambiente en medio de asesinos y secuestradores no era muy propicio para tener apetito.

—Almuerce, trate de comer algo. Con no almorzar no va a resolver el problema, su familia debe estar por allí —dijo uno de los pistoleros.

Esa tarde del viernes 6 salimos a recorrer algunos barrios de la Zona 7. En mi pensamiento había dos cosas: ver a alguien de la familia y buscar la oportunidad de fuga, pero sin comprometer a nadie, menos a la familia. Pasamos por un lugarcito que, semanas antes del secuestro, habíamos recorrido con mi amada esposa buscando casa, ya que en Urbinas no nos sentíamos seguros porque muchas veces yo regresaba a casa ya de noche y tenía que recorrer un largo trecho solitario, y a pie.

Ese lugarcito de la Zona 7 se prestaba para una eventual fuga. Pedí detener la marcha, y decidido bajé del carro. También se bajaron rápidamente los pistoleros, incluso Isaacs, listos con sus armas. Yo reaccioné diciendo:

—Miren, señores, ustedes no van a capturar asesinos y ni son asesinos a quienes estamos buscando. Si ustedes tienen desconfianza es preferible no ir a preguntar. Porque con esa actitud de ustedes, nadie me va a dar información sobre mi familia.

Bajaron su agresividad, pero no se alejaron en ningún momento de mí. Esa vigilancia me molestó terriblemente porque frustraba mis aspiraciones, pero procuré no demostrarlo. Toqué en la puerta de una casa para no despertar ninguna sospecha de mis intenciones.

Ciertamente que yo deseaba ardientemente ver a mis hijitos. Dentro de mí había un gran deseo de verlos, aunque tuviera que apantalarme la emoción y no hablarles en caso de que aparecieran

jugando en alguna calle. Total, los llevé por lugares donde guardaba la esperanza de verlos, aunque fuera de lejos. Fuimos a aparecer a algunos caseríos aledaños a la ciudad de Quetzaltenango. A esas alturas ya había renunciado a los propósitos de fuga, mi esperanza era que por casualidad pudiera saber algo sobre mi familia. Realmente fueron duras aquellas horas de angustia y esperanza.

El sábado 7 era mi última esperanza y era la que mejor tenía planificada. A las 7:45 de la mañana estábamos saliendo del cuartel para la plaza del sábado en la Fábrica Cantel. Isaacs y otro ocuparon la palangana del pick-up. A mí me introdujeron en la cabina, en medio de los dos pistoleros y el chofer. La misma recomendación a los pistoleros: listos con sus armas. Los dos pistoleros montaron sus pistolas calibre 45, y en cosa de 15 minutos estábamos estacionados a la orilla de la carretera asfaltada que va para la costa, pocos metros adelante de la “cuchilla” o “triángulo” que se forma en la entrada de la Fábrica Cantel.

No había señales de movimiento comercial. Era muy temprano. Yo no sabía que el tianguis empezaba entre 9 y 10 de la mañana. Por tanto, no había nadie en aquel mercadito.

Donde nos llegamos a estacionar había cuatro o cinco hombres, ladinos e indígenas, esperando bus para la costa. Cuando bajamos del vehículo se alarmaron al notar que los que iban en el mismo eran hombres armados. Sin embargo, en tono de confianza me dirigí a ellos preguntando a qué hora empezaban a abrir la plaza. Fue así que supimos que faltarían entre hora y media o dos horas para que empezara.

—Vamos a tener que esperar un poco —le dije a Isaacs.

—No podemos esperar. El carro tiene que salir a otra parte. Vamos —ordenó.

Dicho y hecho, íbamos de regreso para la ciudad de Quetzaltenango. No vi a nadie. Lo único que vi fue uno de aquellos pequeños buses esperando pasajeros a la orilla de la carretera.

Las dos noches y dos días que estuve en el cuartel los pasé en medio de los secuestradores y asesinos vestidos de civil de servicio ahí. A los dos pistoleros que venían desde la capital custodiándome y a mí nos alojaron en los asquerosos cuartuchos que usan los tenebrosos malhechores como dormitorios. Aquellas asfixiantes horas, en medio de aquellos asesinos, las pasé con mucho miedo, porque en cualquier momento podían torturarme de nuevo, o podían sacarme en horas de la noche, como ha sucedido con miles de secuestrados.

En esas dos noches salieron varias veces a efectuar actos terroristas. Del montón de placas de vehículos que tenían en aquel cuartucho, iban a sacar dos o tres cada vez que salían. En una de aquellas mañanas, uno de los asesinos apareció con unos anteojos claros. Evidentemente eran de alguien que fueron a secuestrar o a asesinar esa noche. Los asesinos, vestidos de civil, eran los encargados de llevarles la poca comida a los secuestrados, recluidos, seguramente, en aquellos calabozos que yo conocí en las primeras horas de mi secuestro meses antes. Noté esto porque la comida de la tropa se sirve antes que al resto del personal, por lo que uno de los esbirros se llevaba un bote viejo, de esos de leche en polvo, y unos platos viejos sin lavarlos, e iba a sacar comida y al rato volvía con los platos y el bote viejo vacíos, y los tiraba bajo las camas.

Las veces que fuimos al comedor, vi a un muchacho, ladino, temeroso y huidizo en su mirada, se notaba perfectamente que era secuestrado, no sólo por su comportamiento tímido, sino porque aún se notaban las señas en sus muñecas de que estuvo amarrado. El muchacho parecía ser de San Marcos.

Mientras estuvimos allí nos íbamos a ver televisión a otra sala. No podía quedarme solo, así que los pistoleros me llevaban con ellos a ver televisión. Por cierto, ayudó a relajarme un poco. Dentro del cuartel, en algunos momentos se me atravesó en la mente salir como cualquier particular de los que salían por la entrada principal. Pero no sólo no hubo modo porque no se despegaron de mí los pistoleros, sino porque tampoco tenía el suficiente valor para hacerlo.

Era el domingo 8 de noviembre, y parecía ser que no había helicóptero. En un vehículo que saldría después a la capital nos dijo Isaacs que echáramos nuestras pequeñas cargas porque el helicóptero que iba a llegar era pequeño. A eso de las 9:30 de la mañana se oyó que el helicóptero se acercaba. Todos, incluido yo, nos alegramos. A las 10:30 o 10:45 de la mañana estábamos aterrizando en la Fuerza Aérea. Era el mismo vehículo y el mismo chofer.

Recorrimos aquellas desiertas calles de la capital a toda velocidad. Al llegar al cuartel sólo dejaron rendido parte en la guardia y los pistoleros salieron apresurados para el goce de sus vacaciones. Aquel domingo iba tan sucio que un buen baño me reconfortó. Mientras tanto, me contaron que el tal enfermo mental, el huehueteco, había logrado salir nuevamente. Él mismo, días después, me contó que había llegado hasta Los Encuentros, dispuesto a desertarse, pero cuando pararon la camioneta para registrarla hubo que esperar porque en ese momento estaban registrando a otras camionetas que había allí, momento que él aprovechó sin precipitarse para abordar otro bus de regreso a la capital. Mientras tanto, cabe la casualidad que esa tarde que trató de desertarse llegó su familia a visitarlo, y al no encontrarlo, la mamá empezó a reclamarlo diciendo que entregaran a su hijo. Y fue así como se dieron cuenta en la guardia que no estaba.

Él salió de la manera más sencilla: se vistió de soldado, pues tenía allí un uniforme, y tranquilo se echó a caminar para la guardia, pidiendo permiso para ir a dejar ropa para que se la lavara una señora. Lo mismo dijo en la garita de control, y allá iba para afuera. Al darse cuenta que no podía pasar en Los Encuentros se regresó para el cuartel. Para que no volviera a salir, le recogieron su ropa. Otro poco más y arrestan al personal de enfermería de guardia por la desaparición del huehueteco. Cuando supe aquello se alentó mi esperanza, pero yo no mostré ningún vivo interés.

El 11 de noviembre hice un intento de salir por la guardia, pasé sin decir nada. Pero a los 15 o 20 pasos oí que me hablaban desde atrás:

—¡Sht! ¡Sht! Sht! ¡Usted, usted! —decían.

Unos soldados me alcanzaron.

—Lo llama el teniente —dijo uno.

Me regresé, tal como iba, tranquilo.

—¿A dónde va usted? —preguntó.

—A Canal 5 —le respondí bastante seguro.

—¿A qué va allí? —me preguntó nuevamente.

—Voy a recoger una bolsa de ropa —dije con firmeza y serenidad.

—Pero usted no puede —dijo el teniente, comandante de la guardia.

—Claro que sí puedo, yo he salido otras veces solo y otras veces con el mayor Isaacs —respondí.

—Vaya pues, pero que sea rápido. ¡Muchá! vayan con este señor a Canal 5. No den la vuelta hasta la calle, métanse por donde están levantando esa pared —ordenó.

Llegando a Canal 5 entré a la oficina. Los tres soldados se quedaron esperando en la puerta. Pregunté por el mayor Isaacs.

—No, él no trabaja aquí —dijo el oficinista.

—Resulta que ayer mandamos desde Quetzaltenango unas maletas con ropa y que ya deben estar aquí.

—No, aquí no han traído nada, pero siéntese un poco, don Juan. Tome asiento —dijo oficinista.

—Gracias, muy amable —respondí.

—¿Un cigarrito? —ofreció cortésmente.

—No, muchas gracias, por el momento no fumo.

—¡Ah! Pues fíjese que aquí pocas veces viene el mayor. Sin embargo, si a usted le urge, le podemos telefonear.

—Por favor, pregúntele si él ya recibió las cosas que mandó.

Estuvo llamando varias veces y nadie contestó.

—¡Ah! En el palacio no están atendiendo ahorita, hoy es la fiesta del personal del Estado Mayor Presidencial —dijo.

Yo sabía que había feriado por allí, porque así oí por la radio, entonces le dije:

—¡Qué lástima!, pero vendré otro día a molestarlo. Por ahora los dejo. Tal vez mañana venga por acá.

Nos fuimos de regreso, caminando tranquilo.

—Muchas gracias, teniente. Aquí estamos presentes. Lo molesto nuevamente mañana, ya que no han venido las cosas que tengo que recoger.

—¡Okey! —respondió.

Qué satisfacción sentí por haber logrado salir, controlar mis nervios y había logrado ganar confianza.

El 16 de noviembre nuevamente hice el intento. Después de haber explorado un poco la situación y de enterarme que era la segunda compañía la que estaba de servicio y que había poco movimiento de gente, me encaminé hacia la guardia.

El comandante de guardia era un teniente de la tercera compañía que sabía quién era yo. Con aquel oficial había cultivado

cierta simpatía, tanto que en la cuadra de él, había presenciado uno que otro encuentro de fútbol del campeonato mundial que se transmitía por televisión.

—Voy a Canal 5, teniente —dije serena y confiadamente.

Esbozó una sonrisa algo burlona y dijo:

—¿Prefiere ir solo o quiere que lo acompañen algunos policías (policías militares)? ¡Porque puede perderse!

—Lo dejo a criterio suyo y haga lo que crea conveniente —dije seriamente.

Por supuesto que mandó conmigo a dos policías militares. Esta vez nos encaminamos hacia la garita de control por iniciativa mía. Al pasar por aquel control, dijo uno de los soldados-policías:

—Vamos con el señor a Canal 5.

—Pasen —dijo el oficial sin preguntar nada.

Nuevamente no había nada en Canal 5. Nuestras bolsas no habían llegado. El oficinista se ofreció de nuevo para llamar a Isaacs, pero yo le dije que mejor no, que aquello era mucha molestia. Nos regresamos de nuevo al cuartel.

—Presentes, teniente, gracias —dije.

—A la orden —respondió.

No sentí ninguna frustración, por el contrario, sentí que había dado un paso adelante.

Seguí escribiendo cuestiones sin importancia para esconder un poema que estaba componiendo, queriendo plasmar en él una síntesis de lo que vivía en aquellos días. Seguía haciendo gimnasia con más ganas, ya que después de cada sesión de ejercicios quedaba muy dispuesto, quedaba con reflejos.

En uno de aquellos días, ente el 11 y 15, llegaron a tomarme fotografías unos hombres que claramente se veían ser o de la judicial o de algún cuerpo más especializado en contrainsurgencia.

Entre el 11 y el 20 de noviembre llegó un capitán y otros hombres de civil, también armados, para llevarme al Palacio Nacional. Fue en horas de la mañana cuando llegaron a recogerme sin previo aviso. Yo pregunté para qué me iban a sacar. Me respondió el hombre mal encarado, cuya mirada agresiva escondía detrás de unos lentes oscuros, así:

—Vas a verte con el mero viejo, cámbiate —me ordenó.

Ya cuando íbamos hacia afuera yo reclamé al coronel Lima esa forma de sacarme como cualquier objeto. Él reaccionó diciendo:

—¡Putá! ¿No le habían dicho nada? ¡Desde la mañana estaba ordenado al oficial de servicio para que le dijera y se preparara debidamente!

Partimos en una caravana de seis vehículos. Yo iba en el carro de en medio entre seis hombres armados con galiles, lo cual me dio miedo. Tomamos la misma ruta de la conferencia del 22 de octubre. Entramos por el mismo lugar y subimos por el mismo elevador. Fuimos a dar al tercer nivel. Me llevaron a un cuarto algo grande, donde estuve por algunos minutos. Empecé a rezar en silencio, pidiendo a Dios y al Espíritu Santo iluminar mi pensamiento y guiar mis palabras a la hora de platicar con quien tuviera que hablar. Al rato me condujeron a un cuarto más pequeño, finamente amueblado. Momentos después entró un hombre de avanzada edad, bien vestido, me saludó amablemente.

—Aquí está, doctor —dijo el capitán.

—¡Ah! Bien, muchas gracias —dijo aquél.

—¿Está listo para la entrevista? —dijo.

—¿Qué entrevista? —respondí.

—¿No le dijeron que teníamos que platicar?

—No.

—Creo que no dio tiempo de avisarle, doctor —aclaró el capitán.

—Antes de empezar a platicar, deseo saber para quien voy a hablar y con qué objetivos tengo que hablar.

—Bueno, tiene usted razón. Pues le diré que yo soy periodista y estoy escribiendo un libro sobre la subversión en América, y especialmente en Guatemala —dijo aquel hombre blanco, de acento caribeño.

Empezamos, pues, a platicar. El capitán y otros dos esbirros estuvieron presentes durante toda la entrevista. La temática fue la misma de la conferencia. No podía decir más cosas que lo que ya se había hecho público. La entrevista fue grabada y duró entre 20 y 25 minutos.

26. LAS GIRAS

El sábado 21 de noviembre, a eso de las trece horas, Soto me sorprendió con su visita.

—Prepará tu ropa, siquiera para cambiarte una vez. Vamos a salir, pero ya —dijo.

—Voy a lavar los trastos —dije.

—No, déjalos que lo hagan los de aquí. ¡Enfermero! —gritó.

Al momento estaba allí un ayudante de enfermero.

—Vos, lavá esos trastos y los volvés a dejar allí —le ordenó.

—A la orden —respondió.

Sólo me percaté si llevaba los rosarios, el poema y el calzoncillo viejo y otra hoja de papel con poemas alusivos a mis hijos. El carro estaba estacionado casi frente a la guardia. Era un carro último modelo color azul. Salimos rápidamente. Tomamos calles céntricas de la Zona 1. Al rato estábamos conectando con el Anillo Periférico, por el lado de la Avenida Elena. Y allá íbamos por la calzada Roosevelt y luego por la carretera Interamericana. Iba con

el radio a todo volumen e íbamos a alta velocidad. Yo le pregunté hacia dónde íbamos.

—Vas a trabajar unos días en algunos lugares de estos rumbos —dijo lacónicamente.

—¿De qué se trata el trabajo? —le pregunté.

—A saber en qué te van a meter. Allá te van a indicar. ¡Putavos, estás bien gordo! ¡Sin duda te han cuidado bien! —dijo.

—Pues regular. En cuanto a comida no me quejo. Lo que más me está afectando grandemente es el asunto de mi familia. No me han querido decir nada sobre ellos. ¿Usted qué sabe de ellos? —le pregunté.

—No, no sé nada —me respondió.

—Yo no estoy de acuerdo con esa manera de ir a buscarlos, tal como lo hicimos aquella vez con el mayor Isaacs. Ese señor no permite que se busque como debe de ser. Yo no tengo ninguna confianza con ese señor. Quisiera que usted fuera nuevamente conmigo a buscar a mi familia, si es que de verdad no la han localizado. ¿O es que no me quieren decir la verdad?

—¿Cómo te trata el licenciado, pues?

—Muy desconfiado conmigo —respondí.

—¡Ah, puta! ¡Tenés razón! —dijo, sarcásticamente.

Fuimos dejando San Lucas, y estábamos aproximándonos a Sumpango, cuando se me atravesó la posibilidad de fuga ¡Era la más brillante oportunidad que había tenido hasta el momento! Íbamos solos. Por allí sí podría encontrar a alguien que me daría refugio. ¿Qué hacer? Lo primero que hice fue decirle que parara un momento porque quería orinar.

—No vos, es que llevo prisa, y además tengo órdenes de no parar para nada en esta carretera. En cinco o diez minutos llegamos, esperate un poco.

Entonces se metió por mi cabeza provocar un accidente. Era lo más cercano que tenía y podía hacerlo fácilmente. Pero, ¿quién garantizaba que de allí no saldríamos muertos? ¿O por lo menos malheridos y luego se llegara a saber que yo había provocado aquello? No, la cosa era prácticamente un suicidio, por lo que desistí.

Al rato llegamos a la entrada de Chimaltenango, y tomamos hacia la Alameda. Había carros militares bien artillados en sentido contrario, apuntando y viendo por todos lados. Minutos después, doblamos para el lado izquierdo. Mientras tanto, yo iba poniéndome nervioso, porque cada cosa que estos malvados hacían conmigo, era para hundirme más en el fango del régimen y por consiguiente alejarme de mi pueblo.

Fuimos a dar frente a una puerta alambrada custodiada por soldados. Nos apuntaron con sus armas. Llamó a uno, enseñándole una especie de tarjeta. La revisaron minuciosamente y con mirada desconfiada abrieron el portón de alambre espigado y entramos.

“¿Qué será lo que me espera?”, pensé. Fuimos a estacionarnos junto a un pick-up grande que tenía metida su parte de atrás en una tienda de campaña.

—Esperá aquí, no te movás para nada —dijo Soto.

Salió del vehículo en busca de alguien para rendir parte que ya estábamos allí, creo que fue a un coronel. Al ratito venía acompañado de un uniformado, era Isaacs, en su verdadera dimensión de esbirro asesino.

—¿Qué tal usted? —me fue a decir a la ventanilla.

—Bien gracias —respondí.

Se alejaron un poco y se pusieron a platicar. Luego Soto se fue a decir:

—Salite un poco vos, pero cuidate de no alejarte del carro. ¡Imaginate la gloria con que se cubriría quien te matara! ¡Y el

gran clavo que nos traería a nosotros a nivel internacional! Así que del carro no vayás a salir sino sólo para lo más importante.

A eso de las 3 de la tarde se empezó a oír el rugido de dos helicópteros que se aproximaban al puesto de mando, buscando el campo de futbol que se había convertido en campo de aterrizaje para los helicópteros. Al descender los ocupantes, rápido se acercaron los oficiales de más alta jerarquía y uno de ellos se “cuadró” ante un oficial alto. ¡Era Benedicto Lucas, jefe del Estado Mayor del Ejército!¹ Todo mundo se puso en firmes. Entre los que lo rodeaban estaba un teniente coronel jefe de la G-2 del cuartel “Manuel Lisandro Barillas” de Quetzaltenango, quien me interrogó y presencié mi tortura aquella noche del 7 de julio en aquel cuartel. Yo lo había visto, pero me había hecho el desentendido. Cuando me vio, me lanzó una mirada burlona.

Soto tenía que hablar directamente con Benedicto, por lo que yo le insistí para que le planteara mi situación, especialmente la situación de mi familia. Era una manera de presionar y mantener en movimiento mi situación. Le dije, además, que yo no tenía gusto de estar al lado del ejército, es decir, no era mi vocación lo militar, nunca me gustó ver gente armada ni mucho menos ver matar a la gente. Mi vocación era la del desarrollo, recalqué. Pero especialmente quiero que me entreguen a mi familia, por lo menos que sepa algo de ellos. Ahora, si ya la masacraron que me lo digan, de una vez, le dije.

¹ Benedicto Lucas García, hermano del presidente Romeo Lucas. Benedicto fue condenado a 25 años de prisión en mayo de 2018, bajo los cargos de violación y delitos contra los deberes de la humanidad por la desaparición de Marco Antonio Molina Theissen y la detención ilegal y violación de su hermana, Emma Guadalupe en 1981. [RVE].

—Bueno, yo voy a transmitirle a mi general, si él lo permite, algo de lo que me está diciendo.

Cuando Benedicto se desocupó, Soto se le aproximó junto con el oficial que tenía al mando en el cuartel de campaña. Platicaron buen rato, luego Lucas se reunió con tres o cuatro oficiales de alta jerarquía.

¡Cómo deseé tener una granada en mis manos y lanzarla contra aquellos asesinos que en ese momento estaban reunidos relativamente cerca de mí!

Minutos después llegó Soto nuevamente a decirme que me cuidara porque podía ser que había infiltrados de la guerrilla dentro de sus filas y que me ultimaran allí.

—¿Le dijo al señor lo de mi familia y mi situación? —le pregunté.

—Sí, ya se lo dije —respondió.

—Cuidate, y nos vemos otro día —dijo. Arrancó el vehículo y se marchó.

Yo quedé bajo la tutela de Isaacs, quien tenía como misión dentro del cuartel de campo la propaganda y las operaciones psicológicas. Juzgo así porque en la tienda de campaña donde él estaba, junto con otros que había visto en la terraza del Palacio Nacional, estaba uno completamente rapado quien hacía de dibujante y de quien tuve la impresión que era un secuestrado. En esa tienda de campaña había mimeógrafos, máquinas y abundante papelería. Por allí andaba el coronel Lima, quien a eso de las 6 de la tarde salió del cuartel con varios vehículos artillados, cañones de grueso calibre y mucha tropa. Aquello me dio terror. “A saber a cuánta gente van a ir a matar”, pensé.

Tuve por celda, a partir de aquel momento, la cabina de un pick-up. Sólo salí de allí cuando cenamos. Cuando fuimos a recibir

la cena tuve que irme junto a Isaacs, quien se sentó juntó con sus compañerotes. Yo me sentía mal en medio de aquellos esbirros, y procuraba no darles la mirada y no dar lugar a que me lanzaran preguntas alejándome discretamente dos o tres pasos de ellos. No quería que me hablaran ni tampoco que me conocieran bien. Procuraba estar al lado de los dos centinelas (custodios). Esa noche del sábado 21, Isaacs mandó a comprar tamales y me compartió uno. Aquella primera noche la pasé bajo llave dentro de la cabina del pick-up.

A eso de las 9 de la mañana del domingo 22 se veía movimiento de tropa. Poco después llegó Isaacs a sacarme de la cabina del vehículo.

—Vamos a ir a una aldea, donde usted tiene que ir a hablar con la gente. Usted tiene que ir a decirles que ya no sigan en esas babosadas. Tiene que hacerlo bien, porque de eso depende usted y su familia —dijo.

Inmediatamente nos metimos a un tanque y emprendimos camino hacia Parramos, luego hacia las cumbres de Chimachoy. Tanto los seis soldados como los tres oficiales, así como el artillero, lo mismo que los dos custodios entre ellos un oreja de San Andrés Sajcabajá, que también participó en la conferencia en el Palacio el 22 de octubre iban tensos mirando por todos lados con el dedo en el gatillo de sus armas. De veras esperé deseoso un claymorazo que nos despedazara.

Llegamos minutos después a la aldea. La gente empezaba a reunirse temerosa, con tanto miedo que casi se inclinaban dando los buenos días a los soldados en el lugar de la concentración en el centro de salud y la escuela. Las mujeres llevaban tortillas y comida que ofrecían a los soldados, pero éstos no la recibían. Aquello me llevó a pensar en aquellos terribles días de la invasión español-

la, cuando nuestro pueblo indefenso, con tal de salvar sus vidas, llevaba también ricas ofrendas a los crueles invasores.

Había unas 200 personas entre niños, mujeres, hombres, especialmente ancianos. El capitán militar empezó con palabras groseras recriminando a la población. Luego habló con tono más hipócrita.

—¿Cómo va a ser eso que los delincuentes subversivos los obliguen a cambiar el nombre de sus cantones? ¿Ni modo que ustedes van a permitir que vayan a quitarle el nombre de su cantón que ya tiene cientos de años de tenerlo? ¿Ni modo que ustedes van a permitir que les vayan a quitar los nombres que les puso el padre en el bautismo? (se notaba incredulidad en la gente) Pero quién mejor les puede hablar de lo malo que es la subversión, que uno que fue subversivo, pero que arrepentido del mal camino, buscó la protección del ejército. Así pues que ahorita les va a hablar Eme-terio Toj Medrano.

El contenido de lo que dije fue más o menos lo que ya había empezado Isaacs: —No dejemos quitar el nombre de nuestras aldeas, no deben cambiar sus nombres, arrepíentanse de lo que han hecho, porque esa no es nuestra costumbre, esas son ideas que vienen de lejos.

Al final llamaron a la gente para que pasara por un supuesto chequeo médico. Más bien fue un engaño porque no había ningún médico, lo más que había era, si mucho, algún enfermero. Algunas pastillas sí dieron. Mientras tanto, me dijo el mayor Isaacs que platicara con un señor de ya avanzada edad “para convencerlo” de su mal camino. A cierta distancia, cuatro o cinco metros, nos vigilaban la conversación. Sin embargo, en los ojos nos leíamos puntos de vista comunes.

—¿Cómo está? —le pregunté.

—Me golpearon bastante, tengo todo el cuerpo golpeado —dijo en voz baja.

—Tenga cuidado, sea prudente —le dije en voz baja. Luego le empecé a decir, con voz un poco más alta—. Aproveche ahora que hay medicina y doctor para que le dé un poco, sin duda su familia necesita y usted también. [...] Qué bueno que vino gente a esta reunión, aquí venimos a enterarnos de cómo está la cosa. Ojalá que ya no vaya a haber más problemas. Vaya a ver qué le dice el médico —le dije.

Fue cosa de pocos minutos, después los custodios me llevaron cerca de la tanqueta. Hubo una charla forzada en la que quisieron involucrarme plenamente, sin embargo, yo me limitaba a contestar “sí, no, tal vez”.

Terminado el supuesto chequeo médico, rápidamente abandonamos aquella aldea. Eran más o menos las 10 de la mañana cuando dejamos Chimachoy. Al llegar a la carretera asfaltada que comunica Chimaltenango y Antigua Guatemala, la tanqueta tomó el rumbo hacia Antigua. En cosa de 25 o 30 minutos estábamos atravesando la ciudad de Antigua Guatemala, luego tomamos una ruta conocida para mí y minutos después llegábamos a San Antonio Aguas Calientes. En la plaza había concentración de mucha gente. Las tanquetas, eran dos, habían sido estacionadas a un lado de la iglesia. Al mezclarnos entre la gente, yo me perdí unos instantes de mis vigilantes. En ese momento iba a echar a correr, pero ¿a dónde ir a dar? ¿Con quién esconderme? ¿Y quién sabía cuáles serían las condiciones de alguna gente que yo conocía? El pueblo es demasiado pequeño, y en poco tiempo me localizarían; y por otro lado, las montañas de aquellos lugares no las conocía para nada. Fueron momentos agitados y angustiantes para mí. Entre

tanto mis custodios se pusieron locos a buscarme. Yo mismo les dije —¡Aquí estoy!

—¿Por dónde se quedaron? —pregunté.

—¡Putá, entre este gentío mierda nos perdimos! —respondieron.

Me llevaron a la tanqueta, la cual se había ubicado frente a la municipalidad para que sirviera de tribuna. Empezó a hablar Isaacs, parado sobre una tanqueta recriminando a la gente. Recuerdo que dijo:

—¿Ustedes quieren seguir a los subversivos? Si quieren, háganlo. Nosotros tenemos la medicina para aquellos que quieran seguirlos. Ustedes son unos tontos. Ustedes quieren seguir a esos sus líderes, tales como el sinvergüenza del Mardoqueo.² Ahora ustedes tendrán la oportunidad de escuchar a uno de los subversivos que se dio cuenta a tiempo que ser subversivo no sirve. Que se dio cuenta que estar al lado del ejército es lo mejor.

Como yo estaba metido dentro de la tanqueta, me llamó para colocarme sobre la misma.

—Aquí esta Emeterio Toj Medrano, contento al lado de nosotros. Véanlo, aquí está, no le falta nada, hasta gordo está.

Había que completar irónicamente la escena y por tanto yo empecé diciendo:

—Es cierto, yo estoy muy contento con nuestro ejército, en donde me han tratado bien, etc., etc. Es cierto que yo me perdí unos días y me hice al lado de la subversión, pero me di cuenta a tiempo y entonces aquí me tienen. Les agradezco que hayan veni-

² En su casa vivimos un tiempo. Allí precisamente nos juntamos la familia y yo, luego que ésta salió de Santa Cruz del Quiché por razones de seguridad y yo volví a Guatemala clandestinamente después de la gira organizada por el FDCR por varios países para denunciar la represión gubernamental.

do a escucharnos, les agradezco por esta oportunidad que me han dado, es la primera vez en mi vida que vengo a este famoso pueblo. No pierdo la esperanza de volver otro día”.

Terminada aquella farsa, yo me empecé a sentir enfermo. Sin embargo, no había que demostrarlo. De regreso, no hubo intercambio de palabras. Yo seguí esperando una generosa mina claymore, que en aquellos días estaban muy de moda. Realmente me extrañé que no hubiera nada.

27. BENEDICTO LUCAS GARCÍA

Ese día no almorcé. El encierro dentro de aquella cabina me cayó bien porque no quería hablar con nadie. A eso de las cuatro de la tarde, bajó Benedicto Lucas García. Después de los informes del día, y sin duda entre ellos estuvo lo que se hizo por la mañana, vi que conferenciaron y al rato llegó un teniente coronel de la G-2 de Quetzaltenango a decirme:

—Mirá vos, dice mi general que está muy contento con vos y que le digás en qué querés trabajar, aunque dice que tenés que colaborar bastante con nosotros para volver a calmar a la gente. Vos tenés que ir al extranjero a decir que todo lo que hablaste de nosotros no es cierto. Bueno, pero eso será después. Ahora lo que pregunta mi general es en qué querés trabajar.

—Antes que nada, quiero manifestar mi agradecimiento por su medio por lo que me acaba de decir. No sé qué pasó, lo cierto es que de mis ojos empezaron a brotar lágrimas.

—No te lo decía pues, confiá en el ejército —reaccionó.

—Respondiendo a la pregunta que me hace, definitivamente yo quiero trabajar en la vida civil, quisiera trabajar con cooperativas. En ese trabajo puedo ser más útil y no en el ejército. Sin embargo, lo que más me está lastimando es la situación de mi familia. No sé nada de ella. No es posible que no se le haya podido localizar. Si mi familia fue masacrada, díganmelo —dije finalmente.

—¡Ah! Sí, pero tenés que reparar primero todo el daño que nos hiciste, después veremos lo de tu familia y tu próximo trabajo.

El oficial se regresó a donde estaba Benedicto y, luego de platicar brevemente con él, volvió conmigo al vehículo-celda, para decirme que el general había dicho que sí estaba de acuerdo con que yo me fuera a trabajar a las cooperativas. Cuando oí aquello me brotaron lágrimas y sentí una esperanza grande. No podía confiar demasiado, pero era una posibilidad.

Se fue de nuevo y al ratito el propio Benedicto me mandó llamar y caminamos solos los dos un tanto alejados del grupo de oficiales, quienes se quedaron perplejos, así como la demás gente que estaba alrededor, cuyos ojos estaban puestos naturalmente sobre el más alto jefe de las fuerzas armadas. A unos 15 o 20 metros a la redonda, por donde se movía Benedicto, también se movían varios soldados de su seguridad personal. Platicamos dos o tres minutos.

—Personalmente, lo felicito por el paso que ha dado. Es mil veces preferible estar al lado de nosotros. Nosotros tenemos qué ofrecerle a usted. La subversión no le ofrece nada, porque no tiene nada ¿Qué le van a dar? Si los subversivos mismos no tienen ni siquiera para comer ellos mismos, mucho menos ofrecerle a usted algo bueno. Usted se merece algo mejor, y nosotros estamos

dispuestos a dárselo. Por otro lado, lo felicito porque usted se ha portado bien en todo lo que se le ha pedido y tiene que hacerlo así porque es su deber. Tome en cuenta tanta gente que está sufriendo por la subversión.

—Mire, general, le agradezco mucho este momento que me ha dedicado y lo aprovecho para decirle que de nada me servirá tanto beneficio de su parte si no tengo noticias de lo que más quiero: mi familia. Yo no sé si usted está enterado, pero yo sospecho que mi familia ya no existe.

—Usted puede estar seguro que nosotros no tenemos a su familia y no tenemos idea de dónde está. La hemos estado buscando, pero hasta ahora todo ha sido negativo. De todas maneras, la seguiremos buscando.

—¡Quién mejor para buscarla sino yo! —le dije, pero en voz alta.

—Ya veremos, ya veremos. Pero mientras tanto usted debe estar unos días más con nosotros. Usted tiene que ayudarnos a pacificar el país.

Aquel domingo 22, día de Santa Cecilia, tuve una gran esperanza. Al siguiente día, a eso de las 8 de la mañana, llegó el mayor Ventura, a entregarme una nota con una “cuña” para que la grabara para radio Triunfadora de Chimaltenango. La nota más o menos decía: “Yo, Emeterio Toj Medrano, soy un campesino igual que ustedes, yo les pido que retiren su apoyo a los subversivos, ellos son los culpables de todo lo que les está pasando en estos momentos”. Al retirarse, el mayor Ventura dijo:

—Allá en Quiché tiene que ir a hacer lo mismo.

Un rato después, Isaacs me llevó un texto y me dijo:

—Tiene que aprenderse bien esto, porque tiene que ir a decirlo hoy frente a un grupo de personas.

Era un texto de dos hojas con un contenido ignominioso y denigrante, para todo el movimiento revolucionario, para el pueblo y para mí en lo personal.

En el puesto de mando había bastante movimiento aquella mañana. Hacia las 10 de la mañana, un helicóptero aterrizó en el campo de fútbol. Isaacs, sin mediar palabra, me fue a sacar agitado y subimos al helicóptero. El aparato se dirigió al noroccidente. Tuve miedo. ¿A dónde me llevarían de nuevo? No había gente labrando la tierra. Se notaba una soledad en los campos.

Al momento de descender, se juntaron algunas familias alrededor del aparato. Sólo bajamos y de nuevo emprendió vuelo el helicóptero. En un momento nos quedamos solos en la plaza y se nos amontonaron varias personas. Isaacs tuvo miedo y llamó a unos soldados que hacían posta en las esquinas. Llegaron dos de ellos al llamado.

—¿Dónde está el destacamento, vos? —le preguntó a uno de ellos.

—Por aquí abajo —respondió el soldado.

—Vaya, llévanos allá pues —le ordenó.

En el destacamento había pocos efectivos, unos seis o siete. Los demás habían salido a las aldeas. Se llevó a los pocos que había para la plaza donde iba a ser la concentración. Como no se sabía el lugar exacto, la gente estaba dispersa, así que cuando fuimos llegando, los soldados, en forma agresiva, fueron llamando a la gente frente a la iglesia. Había pocas personas, pocos hombres, sólo ancianos y mujeres.

Frente al público, Isaacs dijo: —Vayan a decirles a los subversivos que nosotros no nos vamos de aquí, si es necesario aquí pasaremos la Navidad y todo el tiempo que sea necesario.

Luego me tocó a mí: —Yo fui un delincuente subversivo. Yo estuve abriendo zanjas y botando árboles en las carreteras, fui a

mentir a las aldeas diciéndoles que el ejército es malo, pero hoy me doy cuenta que los señores del ejército son amigos del pueblo, que son los defensores de la nación.

A cada poco leía las dos hojas que me habían dado en la mañana. Esto lo hacía más para que la gente se diera cuenta que era una cuestión aprendida, memorizada. Terminando aquella denigrante comedia, algunas personas se nos acercaron para ofrecernos “acuayes”. No se les recibió nada, por temor a que estuvieran envenenados. Una señora nos estaba ofreciendo jocotes, yo se los recibí.

Los soldados dispersaron a la gente y nosotros nos metimos a la iglesia a esperar a alguien. Mientras, yo aproveché para rezar un poco y le pedí devotamente a San Martín que me ayudara a salir de aquella situación. Minutos después entramos a la casa del párroco. En ese momento ya estábamos acompañados por el jefe de comisionados militares, quien se unió a nosotros después del mitin.

Isaacs y el párroco platicaron largo rato en privado, mientras nosotros nos quedamos en un pasillo que daba hacia la calle, la puerta estaba abierta y quedaba a unos 10 o 15 metros de donde estábamos sentados el comisionado y yo. Era una oportunidad para salir corriendo hacia la calle. Pero de nuevo surgió la pregunta, ¿hacia dónde ir? Ciertamente yo conozco algunas aldeas, pero ¿cómo estaría la situación por allá? ¿Cómo estarán los caminos? Total, las condiciones no eran propicias para el intento.

Mientras tanto, por dentro estaba ardiendo de coraje por la actitud del religioso que descaradamente estaba del lado de los asesinos del pueblo por convencimiento y no por presiones de ninguna naturaleza. Me costó creer que hubiera religiosos traicionando al pueblo de Dios por convicción. Sin embargo, me

alentaba el hecho de que muchos cristianos auténticos seguían en la lucha a pesar de la terrible persecución. Alrededor de 10 o 15 minutos después salimos de la casa parroquial por la puerta principal de la iglesia.

Llegamos al destacamento, que estaba en el edificio de la escuela. Aún no había llegado el resto de la tropa. Isaacs estaba nervioso porque había poco personal. Había varias personas capturadas, creo que fueron capturadas ese mismo día o en la noche anterior. Estaban reclamando libertad. Se dirigían al jefe de comisionados militares pidiéndole su intercesión. Éste decía que no tenía nada que ver, y que esperaran al comandante. Al rato llegó el resto de la tropa.

El comandante del destacamento era nada menos que el sanguinario capitán Rabanales, a quien había conocido en el Agrupamiento Táctico de la Fuerza Aérea. El teniente era uno que había visto en el Cuartel General Justo Rufino Barrios.

—¡Puta, usted! ¡Yo ya estaba para parir! Yo sentía que toda esa indiada se nos venía encima. Puta, si apenas dejaron unos cuantos soldados aquí —dijo Isaacs.

—¡Sí, hombre! Es que tuvimos una buena información y tuvimos que salir casi todos —respondió Rabanales.

Entre las cosas que traían, había un rifle con mira telescópica, fundas de pistola y gran cantidad de ropa: chamarras, cortes típicos, etc. La esposa y los hijos de uno de los capturados estaban reclamando a su esposo-papá, respectivamente. El teniente dijo:

—Déjenlo ir. Ahora ya se dio cuenta su mujer que aquí lo tenemos. Después lo vamos a ir a traer.

Al día siguiente debía llegar el helicóptero a recogernos, pero no llegó sino hasta el miércoles 25 por la mañana. Durante aquellos días que estuve en aquel destacamento pude observar que ha-

bía varios libros de *Los días de la selva*¹ y varias hojas de papel verde-pálido, escritas a máquina. Por discreción no quise leerlas, sólo de reojo logré distinguir que lo escrito trataba sobre cuestiones organizativas.

El día 24 de noviembre por la noche, en el destacamento, vimos por la televisión que había sido liberado el ministro de Salud.

Ese mismo día, tuve una brillante oportunidad de tomar un galil, desgraciadamente no tenía ninguna práctica en su manejo. Había quedado solo por unos momentos, casi a la mano de una de esas armas, pero me quedé con las ganas. El miércoles 25 a eso de las 8 de la mañana, Isaacs me sacó del cuarto donde estaba y me fue a colocar junto a unos camiones en la calle que habían llegado esa mañana.

—Póngase aquí. De aquí no se mueva que en estos camiones vamos a tener que ir de regreso.

Colocaron una lona, de esas que usan los camiones, de modo que no pudiera observar lo que estaban sacando de unos cuartos. Luego acercaron a uno de los camiones de retroceso y empezaron a cargarlo. Isaacs se acercó a mí para distraerme, mientras el otro camión también se acercó de retroceso para cargar aquello que no querían que yo viera. Me di cuenta que no querían que me enterara de lo que estaban cargando, por lo que yo me hice el desentendido, distrayendo mi mirada hacia otros puntos. Después que terminaron de cargar los vehículos, Isaacs me volvió a meter al patio. Al rato los camiones emprendieron la marcha.

¹ Libro de Mario Payeras, uno de los principales dirigentes del Ejército Guerrillero de los Pobres (EGP), del cual como se vio Toj Medrano era parte. [RVE].

Unos 10 o 15 minutos después se oyó el ruido de un helicóptero que se acercaba. Isaacs se puso contento, y yo en cierto modo también. Cuando íbamos sobrevolando las orillas del barranco de la presa eléctrica observé que aquellos camiones que habían estado cargando algo en el destacamento, lo estaban descargando a orillas de aquellos barrancos.

A eso de las 10 de la mañana, llegamos al puesto de mando en la Alameda, Chimaltenango. Al aterrizar, el general Benedicto Lucas estaba allí.

Bajamos del helicóptero, y yo me encaminé al sitio donde estaba la tienda de campaña, pero el general Lucas me mandó a llamar. Cuando me acerqué a él, me echó el brazo sobre los hombros y así estuvimos caminando por algunos minutos en el campo de fútbol. Luego me llevó a una de las tiendas donde había varios niños que habían sido secuestrados, aunque por supuesto que él no decía así, sino que los padres los habían dejado abandonados para irse a la subversión. Había varios ancianos también capturados. Yo empecé a llorar al ver aquello. Abracé a uno de los niños y seguí llorando. El papá de uno de aquellos niños había muerto al estallar una claymore un día antes, según Benedicto.

Entre otras cosas, Benedicto me dijo que en lugar de ir al Instituto Nacional de Cooperativas (Inacop), mejor me iba a mandar con el coronel Reyes o Castillo (no recuerdo).

—Gracias, general —contesté.

Al poco rato, el helicóptero en el que viajaba Benedicto emprendió vuelo, llevándose consigo a varios niños y a un anciano. Rato después, Ventura me llevaba a otro helicóptero para emprender vuelo; esta vez rumbo a Chupol, Chichicastenango. Desde los linderos de Tecpán empecé a traducir al k'iche' un llamado, escrito en una hoja, llamando a la gente para que volviera a sus cantones.

Sobrevolamos varias veces toda la región diciendo lo mismo. Yo procuré hacer la traducción a manera de rezo de modo que no se entendiera lo que estaba diciendo. En los alrededores de Chupol, había muchas casas quemadas. La casa, que había sido de “Lucrecia” y “Amilcar”, sólo eran cenizas.

Aterrizamos en el destacamento de Chupol. ¡Allí estaba el coronel Lima! Intercambiamos unas cuantas palabras. Me llevó a enseñar varias cosas que habían sido capturadas: algunos volantes del CUC, petardos, estacas, alambre, medicinas (en pocas cantidades) y toda clase de papelería, entre estos un cuaderno en donde había una nota escrita en una de sus hojas: “Que César Vera hable con Emeterio Toj Medrano para que se incorpore al EGP y que se venga con nosotros...”

—¡Ya ve! ¡Ya ve!, —dijo Lima—, ¡cómo estos pisados comprometen a la gente! Así que aunque a usted no le hubiera pasado lo que le pasó, de todos modos hubiéramos sabido de su participación en la subversión.

Yo también lo descalifiqué, diciendo que aquello era una irresponsabilidad en comprometer a las personas. En ese momento tuve mucho miedo, creí que se me iban a complicar las cosas. Yo no quería que me viera la gente que estaba allí requiriendo una tarjeta al estilo de salvoconducto. Era precisamente a esa tarjeta que se refería el llamado desde el helicóptero y era el mismo que hacía el ejército desde vehículos con altavoces que recorrían la carretera.

Después de aquel breve encuentro con Lima, me retiré a unos siete u ocho metros del lugar donde estaba concurriendo una que otra gente para obtener la mencionada tarjeta. A la media hora emprendimos vuelo, aunque antes Lima señaló algunos lugares para sobrevolarlos y para hacer un llamado a la gente para que fuera a sacar la tarjeta, diciéndoles que “el ejército no hacía nada”.

Yo sentí un alivio salir de ese lugar, en vista de que ciertamente yo sabía una que otra cosa del trabajo allí. A eso de las 12:30 llegamos a la Alameda, Chimaltenango. Después del almuerzo, me dijo el mayor Ventura que me preparara para salir. De nuevo empecé a sentir angustia y dolor. Como a la media hora apareció el tal mayor Ventura totalmente desconocido. En lugar del deforme sombrerito de kaibil, un sombrerito de tela, de esos que usan los jóvenes.

—Vamos, lo voy a llevar a la capital —dijo.

No podía creer lo que me estaba diciendo. Por allí andaba Isaacs quien me dijo:

—Deje el *sleeping*, éste pertenece a mi grupo de trabajo.

Yo, por mi parte, le pregunté sobre la ropa que habíamos mandado desde Quetzaltenango hace ya cerca de 20 días atrás.

—No, no sé nada. Tal vez ya haya llegado al cuartel —dijo.

Montamos el pequeño vehículo. Ventura y el guardaespaldas se colocaron en los asientos de adelante y yo en los asientos de atrás. Mientras íbamos, no salía de mi asombro. No podía creer que íbamos rumbo a la capital, fuera de aquella terrible situación en el cuartel de campaña. Pero, ¿quién sabía si en realidad íbamos para la capital? O es que estaban tramando algo para eliminarme, porque ¿cuántos asesinatos no se estaban llevando a cabo en esos momentos? Podrían hacerme aparecer como víctima de la guerrilla. En fin, iba pensando un montón de cosas que podrían pasarme en el camino. Iba tenso porque en cualquier momento podrían interceptar el asiento. Para esconder mi nerviosismo empecé a hojear un periódico que había en el vehículo, eso hice durante todo el trayecto que duró un poco más de media hora.

A medida que fuimos aproximándonos a San Lucas empecé a sentirme un poco tranquilo y a pensar en algunas posibilidades de

fuga. Esos pensamientos me pusieron nuevamente tenso. Podía salir corriendo cuando parara, pero ¿a dónde me iría? Pensé en el IDESAC,² en aquella institución podría encontrar más de algún conocido y tal vez allí podrían darme algún refugio. Sin embargo, no sabía para nada cómo estaba la situación en ese inmueble, y lo más preocupante es que estaría comprometiéndola. Era casi seguro que el enemigo tendría infiltrados allí, y por otro lado, ¿cómo detener la marcha del vehículo, si la Roosevelt es una calzada?

Pensé en Mary, una antigua amiga de la Zona 3 y con quien tuve una relación de noviazgo años atrás. A unas tres o cuatro cuadras había un semáforo donde podría detenerse el vehículo, lo cual aprovecharía para salir corriendo y buscar a aquella amiga que de seguro aún mantenía aquella amistad conmigo, el único problema era que ella no estuviera por allí, sin embargo, su hermana o su hermano podrían brindarme alguna ayuda, no sólo porque somos paisanos sino por la amistad con aquella gente querida de la cual no había razón de haberse deteriorado. Aunque en verdad, no sabía su posición política, más creía que era neutral por su práctica religiosa evangélica. Estaba seguro que Mary no podría fallarme, aunque su postura política fuera contraria a la mía.

Mientras tanto ya íbamos a mitad de la bajada de San Lucas-Guatemala, y por tanto estábamos a las puertas de la ciudad. Encontramos algunos buses que iban para Quiché, llevando a pocos viajeros. Sentí una enorme nostalgia ver aquellos camiones que iban para mi pueblo. Momentos después tomamos velozmente la calzada Roosevelt, luego el Anillo Periférico. Se desvanecieron mis esperanzas de la fuga en la Zona 3, ya no digamos IDESAC por

² Instituto para el Desarrollo Económico y Social de América Central. Su sede quedaba sobre la calzada Roosevelt, en la entrada a la ciudad.

donde pasamos velozmente. Por lo tanto, empecé a pensar en otra posibilidad. Pero antes me atreví a hacerle la siguiente pregunta a Ventura:

—¿Dispense, señor, se puede saber a dónde me va a ir a dejar? Le hago esta pregunta porque yo necesito recoger algunas cosas en el cuartel general —le dije discretamente.

—Allá lo voy a ir a dejar —respondió.

—Gracias —respondí, y seguí hojeando el periódico.

Empecé a analizar alguna otra posibilidad. La única esperanza eran las paradas por los semáforos y tendría que ser un lugar donde yo pudiera encontrar algún refugio. Sólo pude tener una vaga posibilidad en el centro de la ciudad, tomando en cuenta la posible ruta que tomaríamos hacia el cuartel. Esta posibilidad era entre la 7^a Calle y 9^a Avenida donde posiblemente podía encontrar a algún conocido vendedor ambulante que pudiera prestarme por lo menos algún sombrero. Aquella posibilidad no tuvo lugar, pues pasamos sin detenernos en aquellas calles. Nos tocó cruzar todas las avenidas en verde.

A eso de las dos de la tarde ingresamos al cuartel general. No había movimiento de tropa, incluso el comandante de la guardia no era un oficial sino un sargento mayor de la tercera compañía. Al presentarse Ventura, quien iba de civil, dio varias explicaciones sobre mi reencuartelamiento. El sargento no le dio muchas vueltas al asunto, y se limitó a decir:

—Ya, ya, al señor lo conozco. Puede quedarse.

Ventura entonces me dijo que al día siguiente me iría a recoger para llevarme a otro lugar, según órdenes del jefe del Estado Mayor del Ejército.

—Tenga paciencia, mañana lo voy a llevar a su nueva ubicación, según orden de mi general Lucas —dijo.

—Gracias, mayor, mañana será otro día —dije.

Me encaminé hacia la enfermería y allí me encontré con el mismo personal: Cifuentes, Serech y los dos ayudantes, a quienes saludé efusivamente, manifestándoles que posiblemente eran las últimas horas que iba a estar con ellos y les empecé a agradecer sus atenciones y su amistad, sobre todo a Serech. En el cuartito encontré las mismas cositas: el portaviandas, el platito para las veladoras, el frascuito de vidrio que me servía como florero y el radio sobre la mesa.

Poco después me acosté a descansar un rato, reflexionando sobre lo que acababa de vivir. En eso entró uno de los ayudantes, Vargas, el salamateco, bastante preocupado.

—¿Se va a ir don Juan? —me preguntó.

—Sí, posiblemente —respondí.

—Es una lástima porque ya nos hallamos con usted, pero lo que más me está preocupando es lo que le debo, ya ve que hace falta que llegue el pago y yo no tengo cómo pagarle —dijo muy apenado.

—¡Hombre! No se preocupe. Por favor que no le dé ninguna pena. Ya nos encontraremos algún día y si no, dinero siempre habrá, lo que no tendremos siempre es esa amistad que nos hemos cultivado aquí —le dije muy seguro y fraternal.

Aquel hombre se sentía incómodo y apenado por el dinero. Era natural, ya que con quienes había tenido relaciones de deudor lo que había recibido eran recargos en los intereses cuando no había podido pagar en los primeros días del mes. Como ya mencioné, los que prestaban dinero dentro del cuartel cobraban entre 15 y 20 % de interés, no por un mes sino por 15 días.

Ya entrada la tarde llegó el otro muchacho con la misma pena, a quien le había dado días antes tres o cuatro quetzales en calidad de préstamo. Le dije lo mismo, que no se preocupara.

Empecé a hacerles preguntas muy discretas sobre la situación dentro del cuartel. Entre otras cosas me enteré que ese día había ingresado la primera compañía que estaba destacada en no sé qué parte desde hacía tres meses. Y que una parte de ese personal salió de franco sólo por esa tarde, porque el único personal que había en el cuartel era esa compañía.

Aproveché para decirle que aquello no era más que cuidar las cosas de los ricos y no al pueblo, como les decían. Al rato salí a observar por los alrededores de la enfermería, y efectivamente había poco movimiento de gente, especialmente de tropa. Pensé en una fuga en ese momento, pero era difícil porque en la guardia estaba de jefe uno que sabía perfectamente quién era yo. Sin embargo, había que estar muy atento, por si acaso. Toda esa tarde estuve más atento que nunca sobre el movimiento de la tropa. Había una condición que en otro momento no se había dado: gente de la primera compañía no me conocía y sobre todo había poca tropa, y encima de eso, cansada. Aunque a decir verdad veía muy remota la posibilidad de una fuga desde ese cuartel. Y, además, estaba por salir de aquel lugar, ya que, según el mayor Ventura, al día siguiente debería salir de allí.

28. LA FUGA: 26 DE NOVIEMBRE DE 1981

Después de mi primer rezo del día, a eso de las 9 de la mañana, llegó un personaje vestido de civil de muy buena apariencia, y dijo que iba a nombre de un tal coronel Reyes o Castillo (no recuerdo) y que preparara mis cosas porque pasaría a recogerme para llevarme a otra parte.

—Prepárese, sólo voy a arreglar su salida, y vengo en un momento —dijo.

Salió del cuartito, y mientras tanto en una cajita de cartón empecé a guardar las cositas que tenía, un pantalón, una camisa, el radio y otras cosas que había escrito. Empecé a rezar para tener fuerzas frente a la nueva situación.

Pasó una hora, dos, tres, cuatro horas; llegó la hora del almuerzo, fui a recoger mi almuerzo, almorcé, y aquel individuo no llegaba. Empecé a ponerme tenso y a sentir una fuerte incertidumbre. A eso de las dos de la tarde, el jefe de la enfermería, Jaime Cifuentes, se fue a despedir de mí.

—Bueno, don Juan, cuídese. Yo voy a salir de franco.

—Bueno, don Jaime, que le vaya bien. Ojalá que algún día nos encontremos por allí —le dije.

De 3:00 a 3:45, hice un poco de gimnasia hasta sudar. La invocación-rezo se convirtió para mí en una fuente de fuerza. Tres veces al día rezaba el rosario y ese día así lo hice. Pero antes del tercer rezo, más o menos a las 4 de la tarde, salí a dar un vistazo para ver cómo estaba la situación afuera de la enfermería. En la puerta estaba el enfermero Serech arreglando su bicicleta. Estaba sumido en ese quehacer. Con el personal de la enfermería no tenía yo ningún problema, ya que no eran los que me custodiaban. Así que, si salía a dar una vuelta por los alrededores de la enfermería, no tenía que pedirles permiso.

Así que salí a dar el vistazo y me di cuenta que no había mucho movimiento. Me enteré de que el sargento había sido relevado de la jefatura de la guardia. Las condiciones estaban mejores que el día anterior, incluso. Regresé a la enfermería y me puse a rezar profundamente. Como todos los días, mi petición era volver al seno de la familia, al seno de la lucha, al seno del pueblo.

Media hora después, empezó una llovizna fuerte, yo estaba a la altura del Quinto Misterio de Gozo, pidiendo fuertemente el reencuentro con mi pueblo, al igual que el Niño Jesús y María se encontraron de nuevo, luego de aquella desaparición del Niño Jesús y su hallazgo en el Templo. Al terminar de rezar el Quinto Misterio pedí muchas fuerzas, porque me sentía débil, besé el suelo y dije: —Señor, creo en Tí, confío en Tí, Tú ayudas a quienes confían en Tí. Y yo, Señor, creo en Tí, confío en Tí, y a pesar de mis debilidades sé que estás conmigo. Sé que me estás dando una dura prueba. Señor, este rezo que suspendo en este momento, lo continuaré estando ya en la calle.

Recé las tres Aves María, y dije de nuevo las letanías de este rosario. Besé el suelo de nuevo, me levanté, revisé los bolsillos del pantalón para comprobar si llevaba los rosarios que con tanto cariño hice durante varios días, entre lágrimas y esperanzas, para mi esposa y para mi hija María del Rosario, que en octubre habría cumplido años. Me cercioré de tener los tres poemas, uno tratando de describir mi situación anímica y moral, el otro dedicado a mis hijos y el último a mi esposa. Me aseguré de tener puesto el calzoncillo viejo y de llevar el dinero que tenía desde septiembre.

Esta revisión la había hecho cuantas veces vi posibilidades de fuga. Así que sin decir nada al enfermero Serech quien seguía entregado a la labor de reparar su bicicleta, salí de la enfermería, bajé las cinco o seis gradas que separan a la enfermería de la callejuela interior que conduce a la guardia,¹ me encaminé con decisión, pasé frente a la oficina de la S-2 que estaba cerrada, seguí caminando con serenidad y sin precipitación. Al momento de empezar a atravesar el zaguán donde estaba instalada la guardia, sentí un escalofrío. Sin embargo, al pasar frente al oficial que estaba sentado detrás de una mesita de madera que le servía de escritorio me dirigí a él diciendo:

—Voy a Canal 5 —y pasé.

Pero el oficial reaccionó inmediatamente y me detuvo diciendo:

—¿A qué va?

—Voy a recoger unas cosas que tengo allí —respondí serenamente.

—¿Qué cosas? —preguntó.

—Ropa y papeles —respondí a secas.

¹ De la enfermería a la guardia había unos setenta y cinco metros, más o menos.

—¿Dónde trabaja usted, pues? —dijo.

—Me extraña, teniente, yo tengo meses de estar trabajando en la enfermería.

—¡Ah! Sí, es verdad que usted ha estado por aquí desde hace un buen tiempo.

—Bueno teniente, vengo en un momento —le dije con acento amable pero seguro.

El oficial no supo qué decir. Caminé con paso seguro y despreocupado. Desde la guardia hasta la salida a la calle hay un recorrido de aproximadamente 250 metros y es sobre una especie de minicalzada de dos carriles con un arriate de flores y palmeras en medio, aún dentro de la instalación militar.

A unos 25 metros antes de llegar a la salida que da a la calle, que es garita de control, se abrió una de las puertas grandes para darle paso a un vehículo que entraba al cuartel. En ese *jeep* iba personal de la G-2, lo cual me preocupó, pero no me vieron gracias al arriate en medio de las dos vías y a que yo iba en la vía contraria. Pero aunque se hubieran dado cuenta y me hubieran hablado, yo tenía mi respuesta segura. No estaba cometiendo ningún delito, pero quién sabe si me hubieran dejado salir solo.

Al llegar a la salida, o sea, la garita de control, dije:

—Voy a Canal 5.

—Ta' bueno mano —respondió el oficial sin voltear a verme.

Salí serenamente. ¡Estaba en la calle! ¡A un paso de la libertad o de la muerte!

Seguí caminando con naturalidad los 200 metros que había entre la garita de control y el portón de entrada a Canal 5. Cuando faltaban 50 metros para llegar al portón que queda en la esquina de la instalación militar, discretamente volteé a ver hacia atrás para ver si no me venían siguiendo.

Allá, saliendo de la garita venían dos soldados al mismo paso que yo traía. Es decir, no venían corriendo para alcanzarme, pero podía ser una vigilancia discreta. ¿Qué hacer en ese momento crucial? Si me echaba a correr era seguro que me dispararían y se alertaría a toda la tropa. Al hacer cualquier cosa anormal estaría delatando mi plan. ¡Y si por desgracia sólo me hirieran! Si no lograran herirme, me recapturarían, ¡y ya sabía lo que me esperaba! Así que decidí entrar a las instalaciones de Canal 5. Esa decisión fue una cuestión de segundos, sin titubeos.

En el portón estaban dos centinelas que custodiaban la entrada a dicha instalación.

—Con permiso —dije con serenidad y firmeza.

—Adelante —respondió uno de ellos.

Del portón a las oficinas había unos 150 metros, más o menos, los cuales recorrí lentamente tratando de hacer tiempo para ver si aquellos soldados me venían siguiendo a mí o fue una casualidad que salieran.

—¡Buenas tardes! Perdonen que los interrumpa, vengo de parte del mayor Isaacs a preguntar de nuevo sobre las cosas que mandamos desde Quetzaltenango hace ya días, ojalá hayan llegado ya —dije, mientras entraba a las oficinas.

—Pues aquí no han venido a dejar nada. No sé qué ha pasado, pero no hay nada aquí.

—Búsquelas por allí, de repente vinieron a dejarlas mientras no estábamos —le dijo a uno de ellos.

Se puso a buscar, pero no había nada. Habían pasado tres o cuatro minutos entonces, y no había señales de la presencia de los soldados.

—Bueno, es una lástima que no hayan llegado todavía, de todos modos, se las recomiendo por si acaso llegan. ¡Ah!, sí, aprove-

cho esta oportunidad para despedirme de ustedes ya que me van a mandar a otra parte. ¡Les deseo feliz Navidad!, aunque ciertamente todavía nos falta un mes.

—Ah, muchas gracias... qué lástima que se va.

—¿Cuándo se va?, preguntó uno de ellos.

—Tal vez hoy o mañana —dije—. Bueno, señores, se cuidan y ojalá que nos veamos.

—Gracias. Por si acaso vienen sus cosas aquí se las guardamos —dijeron.

Me despedí, dándole la mano a cada uno, haciéndolo lo más lento posible para dar tiempo que se fueran los soldados. Esos saludos eran muy *jalados*,² ya que en el fondo yo no sentía ningún afecto por esa gente. Pero había que hacerlo.

Salí con paso lento, caminando despacio. Cuando alcancé a divisar la salida, no había más soldados que los dos centinelas.

—Con permiso —dije secamente.

—Que le vaya bien —dijo uno de ellos.

Cuando salí, alcancé a ver todavía a los dos soldados que iban entrando a la garita. Caminé unos 20 o 25 pasos, vi que no había nadie que me estuviera viendo desde la garita, que por cierto estaba metida algunos metros, lo cual les permitía ver hacia donde yo estaba, y sin pensarlo más, crucé la calle y me pasé a la otra acera, y caminé de regreso. Allí estaba consciente que estaba poniendo en juego mi vida. Empecé a sentir pesado el cuerpo.

Sin mirar para nada hacia donde estaban los centinelas, tomé la calle buscando el centro de la ciudad. A media cuadra, empecé a sentir un gran miedo, una impotencia, sentía que las manos me empezaban a sudar, las piernas las sentía como plomo. Tuve un

² En el contexto, forzados. [RVE].

momento de indecisión, sentía que no podía avanzar, incluso llegué a pensar en que era mejor regresar al cuartel, cuando en eso oí una voz que me decía: —Esta es tu oportunidad, si no la aprovechás vas a comer mierda.

Había una tiendecita antes de llegar a la otra esquina, quise entrar, pero preferí seguir caminando. Estando apenas a dos cuerdas del cuartel, empecé a calmarme un poco. Lo que había que hacer era retirarme del área, pero debía tomar un vehículo rumbo al norte de la ciudad.

Estaba lloviendo fuerte, eso me favoreció. Pasaron dos o tres buses y ruleteros,⁵ pero para el centro de la ciudad. Yo sentí que aquellos segundos eran horas. Pero en eso se apareció una camioneta y sin pensarlo le hice la señal de alto, tan pronto como se paró quise meterme, pero el piloto dijo “¡Bajan!”.

Bajaron dos personas, me metí, segundos después nos alejamos del lugar. En el vehículo iba un policía nacional, yo sentí que era por mí que iba allí. Mientras íbamos buscando la Zona 6, de repente pensé: “Sin duda ya saben que no estoy en el cuartel, qué les cuesta ordenar un puesto de registro por el puente Belice. No, no conviene ir por allá donde había pensado, o sea, con la suegra de Chon”,⁴ quien no sabía que había caído. Así que me decidí ir a la Zona 1, dirección occidente para mí. Pensé en Alberto (Justo Medrano Pérez) quien seguro, no tanto por razones políticas sino por amistad y hasta por razones humanitarias, me recibiría, tal vez sin desconfianza alguna, tal vez sin prejuicio alguno.

⁵ Transporte público.

⁴ Encarnación Zapeta Toño fue secuestrado por las fuerzas represivas en la ciudad capital el 5 de septiembre de 1981.

Exactamente a la altura de donde vivieron Cristina y su familia, en la Zona 6, a unas 10 o 20 cuadras de donde tomé el vehículo, bajé. No bajó nadie más que yo. Caminé unos cuantos pasos hacia donde vivió Cristina, mientras se alejaba el vehículo, después regresé sobre mis pasos y atravesé la calle.

Recuerdo que por allí, en una cuchilla, había un mercadito callejero y dos o tres carros de alquiler, de esos llamados taxis casuales de personas individuales. Estuve unos instantes frente a uno de esos vehículos para ver si podía trasladarme en alguno de ellos. Sin embargo, no se apareció el chofer. Así que continué caminando, sin rumbo seguro. Aparecí por una calle ancha de doble vía, y después de andar unos cuantos metros me di cuenta que era la calle Martí. Me pasé a la otra vía que conduce al centro de la ciudad.

Seguía lloviznando, por lo que me cubrí la cabeza con la chumpa,⁵ menos por la lluvia que para cubrirme un poco la cara con una de las mangas. Yo sentía que cualquiera podía reconocerme en cualquier momento. A pesar de la lluvia, yo estaba sudando mucho. No había modo que pasara algún bus o ruletero para alejarme más de aquellos rumbos, que por cierto no eran muy retirados del cuartel. Momentos después apareció un ruletero, le di la señal de alto, aseguré cubrirme más la cara simulando dolor de muelas. Ni siquiera me cercioré a dónde iba el carro. Uno o dos minutos después, aparecíamos por la iglesia de la Parroquia, Zona 6. De pronto vi al montón de policías en el cuerpo policial que está casi frente a la iglesia. Momentos después vi el letrero de la Zapatería Melinda, me dieron deseos de bajarme, pero no sabía cómo estaba Abelina (la dueña de la zapatería), peor que quisieron involucrar a mi hermano Baltazar en el desaparecimiento de su

⁵ Chamarra. [RVE].

hermano en 1978, sólo por el hecho de que él lo vio el mismo día de su desaparición. Podía ser, pues, que ella estuviera en contra del proceso revolucionario.

Entonces, ya en terrenos del parque Morazán, al norte de la Zona 1, empecé a preocuparme porque podía ser que el vehículo tomara por el Anillo Periférico, y yo tenía que buscar un punto cerca del INCA. Pero finalmente el ruletero tomó rumbo al centro, dirección sur, por la Primera o Segunda Avenida, Zona 1, pasando a una cuadra nada más de donde quería yo llegar.

—En la parada, por favor —le dije al piloto.

Ya afuera, esperé unos segundos para ver si alguien bajaba también. No bajó nadie. Sin correr, pero viviendo momentos angustiantes, busqué la casa donde Alberto tenía una oficina para los asuntos de un proyecto que él dirigía. No estaba el pequeño rótulo que indicaba el nombre social del proyecto. Dudé, pero de todas maneras toqué el timbre, cuyo sonido me era un tanto familiar. Momentos después se abrió una pequeña ventanilla, y apareció el rostro de una mujer joven detrás de las pequeñas rejas.

—Señorita, perdone, ¿está el señor Justo Medrano Pérez?

—No, aquí no vive nadie con ese nombre —respondió con cara enojada.

—Señorita, disculpe, ¿no sabe usted desde cuándo se retiró la oficina de esta casa? —pregunté, casi desesperado.

—No —respondió a secas.

—Gracias señorita, buenas tardes.

En ese momento me sentí desamparado. ¿Para dónde ir ahora? No sabía qué hacer. Para entonces era seguro que ya habrían descubierto que me había escapado, porque a la hora de la cena, que es entre las 5 y 6 de la tarde, generalmente preguntaban por mí para llevarme a traer la cena o recoger el portaviandas para

llevarme la comida. En esos momentos de confusión, incluso llegué a pensar en regresar.

Aparecí por la Avenida Elena, al occidente de la Zona 1 (el centro), y caminé de tres o cuatro minutos sobre esa avenida. En eso apareció una radiopatrulla en sentido contrario, lo que me provocó mucho miedo. Me metí en un taller de no sé qué cosa que estaba abierto, y haciendo grandes esfuerzos por no demostrar nerviosismo, pregunté no recuerdo si por cuero o madera. El hombre que estaba allí se me quedó viendo y dijo:

—¿No mira que esta mierda es taller de (ya no recuerdo de qué era el taller)?

—¡Ah! Perdone, señor —dije.

En eso pasó la radiopatrulla de la policía con sus luces rojas dando vueltas. Yo pensé que me habían detectado por esos lugares.

Me pasé a la otra vía que busca el occidente de la ciudad. Por pura intuición iba buscando esa dirección: las zonas 3, 7, 8, 11, etc. Me acordé de la casa de Manuelita y Estelita en la Zona 7. Así que a buscar la Zona 7, aprovechando el gran movimiento de personas a esa hora. Monté el primer bus que apareció. Recordaba que por allí pasa la “4-A”, pero la que monté no era esa. No me había fijado qué número era porque aún no había llegado al lugar de parada cuando le hice la señal de parada, me rebasó y tuve que correr un poco para alcanzarla. Casi no me di cuenta del recorrido que hizo; estaba como ido de la mente. Sólo volví en sí cuando me di cuenta que el bus estaba llegando, dirección sur y sobre la Tercera Avenida de la Zona 1, a la 19 Calle. Como empujado por algo, me bajé en la parada de esa calle y Tercera Avenida, Zona 1, según yo para buscar la Avenida Bolívar. Caminé, pues, buscando alcanzar esa avenida.

El recorrido de la 19 a la 20 Calle lo hice sin sentir, pero en el momento de llegar a la 20 Calle me acordé que Daniel (Domingo Hernández Ixcoy) me había contado que por allí había alguien que simpatizaba con la revolución y que por cualquier cosa él era muy solidario. Pero, además, esa persona era muy amiga mía, crecimos juntos. Nuestros abuelos y padres fueron socios en “cumplir con la devoción a la Virgen de Candelaria de Santa Rosa Chujuyub”, incluso eran familiares lejanos. Ciertamente hacía ya muchos años que no teníamos ninguna relación, pero si él estaba en su tallercito tenía que brindarme ayuda. Así que crucé para la 20 Calle.

Ya casi oscurecía. Esto es lo que yo considero un milagro. Justo lo encontré con los brazos cruzados parado en la puerta de su tallercito. Sin más ni más, le hablé en k'iche' y le dije:

—Mirá, hermano, dame posada por favor —y diciendo eso me introduje en el tallercito—. Mirá me acabo de escapar. Me tenés que ayudar. Dame posada por unos minutos nada más.

Él quedó aturdido al verme. Por unos instantes quedó mudo. —¿De verdad, vos, te escapaste? ¿Peor si estás con el gobierno? Como así dijeron —fue lo primero que me dijo.

Esa duda fue un duro golpe para mí. Sin embargo, haciendo esfuerzos para que me creyera, le dije:

—La historia te dirá la verdad. O por lo menos vos serás el primer testigo de lo que te voy a decir. No es cierto que yo me haya entregado ni mucho menos haber traicionado al pueblo.

—Venite por acá —me dijo.

Me llevó a un rinconcito de un metro y medio más o menos que le servía a él como dormitorio.

—Aquí no entra nadie. Solo mis hijitos y yo cuando están aquí, entremos —dijo.

Cerró el taller y luego platicamos lo más esencial.

—Sólo te pido que me prestés algo de dinero y algunas ropas, eso me ayudará un poco para seguir mi camino. Prestame un pantalón, una camisa, un sombrero y unos cuantos quetzales.

Me dio uno de sus pantalones, que me quedó *bailando* de tan grande que era. Me dio una camisa y uno de sus sombreros tejidos, aunque me dio el más viejo. Recogió la ropa que llevaba puesta y la quemó.

—No quiero que la vengan a encontrar conmigo —dijo.

Habían pasado 10 o 15 minutos desde mi entrada.

—Voy a abrir la puerta ya que no acostumbro cerrar a esta hora, y además a esta hora vienen muchos paisanos al taller a platicar, a jugar cartas o a ver televisión. Tuvimos suerte porque a esta hora hay mucha gente en el taller, y ese día no había. —Voy a abrir para ver si no hay nada y entonces salís. Vengo ahorita —dijo.

Pero no había pasado ni un minuto cuando llegó la primera persona, y así sucesivamente fueron llegando otras, lo cual ya no me permitió hacer ni el menor ruido, mucho menos salir.

Pasaron los minutos. Encendió el televisor. A eso de las 8 de la noche se fueron yendo las personas. Uno de ellos se quedó más tiempo, 10 o 15 minutos más o menos viendo televisión. El muchacho era del mismo cantón, y según me contó después el compañero, era un individuo bastante indisciplinado y de dudosa postura.

—Vos —le dijo en k'iche'—, yo miro que tenés alguna preocupación.

—¿Preocupación, yo? ¿Qué mirás de mí, pues?

—No sé, pero se ve que estás preocupado.

—¡Ah! Es que me vinieron noticias de mi casa y me mandan a avisar que mis hijos están enfermos. Eso es lo que me tiene preocupado.

—¡Ah! ¿Y cuándo te llegaron noticias de la casa?

—Hoy... Bueno, vos, voy a traer mi cena —dijo, y apagó el televisor.

—Yo también voy a cenar —dijo el muchacho.

Salió el muchacho. Casi detrás de él salió el compañero, efectivamente a traer la comida. Me ofreció algo para comer, pero no comí nada. Mientras tanto terminé de rezar el rosario que había interrumpido horas antes e iniciado otro con más fervor aún. En el pequeño cuarto había un altarcito y una veladora encendida que iluminaba débilmente el rinconcito.

Desde que entré en aquel tallercito estaba viviendo momentos angustiosos. A tres o cuatro metros tenía la calle, separado por unas láminas que hacían de pared. Estaba en un lugar vulnerable y a un paso del enemigo.

Más o menos siendo las 8:15, estaba listo para salir y continuar mi camino hacia la Zona 7.

Estaba cambiado totalmente: el pantalón grande, una camisa distinta, una chaqueta sololteca, el sombrero tejano y un maletín de cuero en la mano. No recuerdo cómo convencí a mi querido amigo de acompañarme a la parada, pero lo cierto es que estaba listo a salir conmigo, no sólo a la parada sino al lugar donde tenía que llegar. Recuerdo que entre otras cosas le dije:

—Si me recapturan, por favor regás la noticia que hice el intento de escapar. Vos serás mi único testigo, y decile a mis hijos y a mi familia que sigan adelante. De seguro que vos no los conocés, tampoco ellos te conocen, pero algún día se encontrarán.

Al tomar el bus o el ruletero, dije:

—Nos haremos los desconocidos. Vos te sentarás alejado de mí, de manera que no nos relacionen. Y si ves que me descubren, no te alarmés y cumplí con divulgar la noticia, algo es algo.

Nos persignamos y salimos. A menos de dos cuadras de donde estábamos fuimos a tomar el ruletero, en la 21 Calle y 2a. Avenida, Zona 1. Había poca gente y hacía bastante frío. Yo sentí interminable aquel breve recorrido. Esperamos dos o tres minutos. El compañero estaba parado a unos tres o cuatro metros de mí. Yo me fui a apoyar en la pared. Había tres o cuatro personas más esperando transporte. Llegó un vehículo cruzando la Tercera Avenida, que por suerte era uno que iba para la Florida, dirección occidente.

Quedamos casi de frente dentro del pequeño vehículo. Puse el maletín sobre mis rodillas, puse los codos sobre el maletín, me incliné sobre él, simulando algún dolor de muelas que justificara tener la cara semicubierta.

Aquel interminable recorrido me estaba poniendo tenso y sudoroso. Después que pasamos el Anillo Periférico el ayudante empezó a cobrar. Al momento que iba a pagar, el amigo reaccionó.

—¡No, no, voy a pagar yo! —dijo.

En lugar de aumentar mi nerviosismo, más bien me relajó y hasta me hizo brotar una sonrisa por aquella ingenuidad espontánea.

Por fin fuimos aproximándonos al lugar donde tenía que llegar.

—¡Parada! —ordené al piloto.

Junto a nosotros bajó otra señora que siguió otro rumbo.

—Bueno, hermano, ya estoy cerca de donde tengo que llegar. Podés regresarte —le dije.

—No, te acompaño hasta que vea que encuentraste a la persona que buscás —afirmó.

Y diciendo eso, nos encaminamos al lugar. De la calzada San Juan a la casa a donde íbamos había unos 200 metros. Casi a la entrada del callejoncito estaba estacionado un carro sospechoso, pero sin hacerle caso y con naturalidad seguimos caminando. Toqué

la puerta. Volví a tocar. Toqué por tercera, cuarta y quinta vez, y nadie salió. Ni luz ni ruidos adentro.

¡Qué desgracia! No había nadie en casa. En la casita de madera de enfrente se notaba que había gente. Hablé desde la cerca de palos que servía de división entre la calle y el predio. Toqué una especie de puerta vieja que había.

—¡Señora! ¡Señora! —dije.

Alguien salió a la puerta de la casucha.

—¿Qué quiere? —dijo desde allí.

—Perdone, busco a la familia que vive en la casa de enfrente, pero ya toqué varias veces y no responde nadie —le comenté—. Por casualidad, ¿los ha visto si están aquí? —pregunté.

—No, ya hace días que se fueron. Creo que se fueron para su tierra, como el señor es maestro ya está de vacaciones —respondió.

—¡Ah!, si pues —dije—. Bueno, muchas gracias, doña —dije, despidiéndome.

—¿Hermano, qué hago? —le dije desconsolado a mi amigo Felipe.

Caminamos buscando la salida.

—Mirá, hermano, vos ya viste que vine y pregunté, pero no están las personas que busco. Me tenés que dar posada, aunque sea sólo por esta noche —le rogué.

—A la mano de Dios. Vamos —dijo.

Eso me dio ánimos. Nos pusimos a esperar carro de regreso. Apareció un bus, y lo paramos. Llevaba ya apagadas las luces interiores, eso indicaba que estaba fuera de servicio, pero paró. Iba vacía la camioneta. Creo que era una “7”. Nos fuimos a sentar hasta atrás. Casi llegando al Trébol el amigo me dijo:

—Mirá vos, fijate que estoy pensando que es mejor que te deje en un hospedaje. Yo tengo un lugar de confianza, la señora me co-

noce bien. Te voy a dejar bajo llave. De tu comida no tengas pena, yo te voy a llevar algo de comer. Es que en el taller llega mucha gente y te pueden ver —concluyó diciendo.

—No, allí no. En esos lugares es donde más deben estar controlando. No, en ese caso, es mil veces mejor en tu taller —reaccioné diciendo casi espontáneamente.

—Vamos, pues —dijo confiado.

En el Guarda,⁶ cinco policías nacionales abordaron el bus en el que íbamos; a mí me dio miedo. Los policías habrían terminado sus turnos, pero yo sentí que me iban a sacar del bus.

Bajamos en la 22 Calle y Avenida Bolívar. Había que caminar tres cuadras. Felipe ya iba bastante afectado de los nervios, mientras que yo me sentía cada vez más fuerte. Hubo un momento que se alejó de mí más de lo que habíamos convenido. Yo comprendí por qué. Faltando unos metros para llegar a la 20 Calle, me dijo que debía esperar en la acera del otro lado de la calle, mientras él se iba a ver si no había problemas para entrar, ya que el tallercito lo compartía con un familiar suyo para dormir.

—Si no hay problemas, te doy un silbidito y es señal de que podés entrar —dijo.

Atravesó la calle, abrió la puerta e instantes después un silbido. Entré sin problemas, encendió el televisor y de repente me dijo:

—Mirá vos, y esos malditos ¿no tienen aparatos en estos televisores como para localizar a la gente?

Parecía ingenua la preocupación, pero no dejaba de ser lógica para él, por cuanto la imagen aparentemente está viendo al televidente.

—No, hermano. No tengas pena.

⁶ Antigua garita que delimitaba la salida sur de la ciudad de Guatemala.

—Mirá vos —dijo al rato—, no resisto tanta carga ya reviento. ¿Vos qué decis? Aquí cerca está mi cuñado, y quiero contarle a él esta situación, que como te digo, ya no soporto solo. Y además este es un gran compromiso, no sólo para mí, sino para mucha gente.

—Pero, ¿él es de confianza? —le pregunté.

—¡Ah, sí!, yo creo que sabe más de estas cosas que yo —afirmó.

—Si vos creés que no hay problemas, que venga —le dije.

Salió y a los pocos minutos entraron. En un abrazo prolongado el hombre expresó su emoción al verme. Yo, por mi parte, empecé a sollozar. No pude contenerme.

—Gracias a Dios, gracias a Dios por volver a tenerlo... con nosotros —dijo.

Esas palabras me hicieron llorar más y no pude decir palabra alguna durante largo rato.

—¿Me recuerda? —preguntó.

—Dispense, pero no logro reconocerlo —le dije.

Empezó a hablarme de quién era, y sus actividades como miembro y directivo de Acción Católica. Pero la verdad es que no logré reconocerlo.

—No tenga miedo —dijo—, no pasa nada. Si lo hubieran visto entrar ya lo habrían venido a sacar esos malditos. Tranquilícese, aquí está seguro. ¿Ya comió? —preguntó.

—El compañero me ofreció comida, pero no tengo hambre —le respondí.

—Bueno, si estamos aquí, es para ver en qué podemos servirle. En primer lugar, tenga estos centavos que de seguro le van a servir —dijo.

Me entregó un billete de diez quetzales.

—Gracias, este dinero me sirve, pero lo que más necesito es encontrar un contacto, lo más pronto posible, ya sea con el CUC o con

Justicia y Paz, a estas dos organizaciones tal vez sea menos difícil encontrarlas, y los únicos lugares donde hay alguna esperanza de encontrar algún contacto es en los departamentos de Quetzaltenango o Totonicapán —le dije.

—Ah... mire usted, yo voy por allá el sábado, si en algo puedo servirle, con mucho gusto. Mi viaje es hasta el sábado, pero puedo irme mañana si hay necesidad —dijo.

Aquello me llenó de gran esperanza.

—Si usted me hace el favor, lleve un mensaje —le dije.

—Está bueno, haga la carta despacio y bien pensada, vengo mañana temprano a preguntar por usted. Por ahora descanse —dijo muy tranquilo.

Más o menos eran ya las 10 de la noche. Como saliendo de una irrealidad, Felipe preguntó sorprendido:

—¿Vos? Ya es tarde y aquel no ha venido —le dijo a su cuñado, refiriéndose al otro cuñado suyo con quien compartía el taller para dormir, hermano de quien acababa de llegar con nosotros.

—No tengás pena hombre, ya vendrá —le contestó.

Se fue el cuñado de Felipe y nos quedamos solos los dos. Eran ya las 11 de la noche y no llegaba el muchacho.

El nerviosismo le fue subiendo cuando dijo que el muchacho era el encargado de atender el tallercito de José (hermano de Felipe) quien en abril había sido secuestrado de su casa en Tabil, Quiché, y hasta la fecha no había aparecido ni siquiera su cadáver.

Felipe durmió algo. Yo no dormí nada esa noche, estuve rezando mucho de agradecimiento por esa oportunidad de estar libre, aunque con grandes riesgos de volver a ser recapturado.

29. AL DÍA SIGUIENTE

A eso de las 6:30 de la mañana tocaron la puerta. Felipe se levantó a ver quién era.

—¿Qué te pasó vos, por qué no veniste anoche? —expresó sorprendido y algo enojado.

—Era ya muy tarde, por eso ya no me animé a venir, mejor me quedé a dormir en el otro taller —dijo el muchacho.

Sólo eso llegó a decir y a llevarse no sé qué cosa. El muchacho no se enteró que yo estaba allí. Yo me puse un overol y me manché un poco la cara con lo negro de las llantas que había en el taller.

—En algo me puede ayudar —le dije a Felipe.

—Vos —me dijo—, vamos a rezar —y me llevó a las puertas del taller, que aún permanecía cerrado—. Pidamos a Dios que durante el día no vengan los enemigos a esta casa —dijo.

Nos hincamos y en oración fervorosa pedimos que no nos pasara nada. A las 7:30 de la mañana llegó el cuñado de Felipe a preguntar cómo había amanecido. Yo no había podido ordenar mis

ideas, por lo que no tenía nada preparado. Aunque de todas maneras él llegó con la propuesta de no hacer las cosas a la carrera.

—Mejor esperemos un poco más, de repente se resuelven las cosas por aquí. Aunque si usted dice que me voy, yo no tengo problemas, allí tengo el pick up y me puedo ir en cualquier momento —dijo.

Llevaba pan y café, pero no comí nada. No tenía hambre.

—Por aquí viene mucha gente, y pudiera ser que logremos encontrar a alguien —dijo confiado.

—Ojalá —dijo Felipe.

—Yo no puedo opinar nada. No sé cómo andan las cosas —les dije.

—Manténgase tranquilo —me dijo el cuñado de Felipe.

—Y procurá no hacer ningún ruido, porque al taller viene mucha gente —dijo Felipe.

—Pero vos también —le dijo su cuñado—, tenés que ser como todos los días, no te vayás a poner nervioso, trabajá pensando en que nadie sabe de este asunto, sólo tu corazón sabe. Tengamos fe y confianza, y por cualquier cosa, me llamás —finalizó diciendo aquel decidido compañero.

Al rato, Felipe me llevó el periódico del día. No recuerdo nada de lo que leí en aquel periódico. Transcurrió la mañana, sin novedades, más que las cosas cotidianas en el taller. A la altura del mediodía, llegaron personas al taller, que al parecer por la conversación que se escuchaba tan animada y de confianza que sostenían con Felipe, eran personas de su confianza.

Al ratito entró Felipe al cuartito. —Vos —me dijo—, fijate que está mi tío por aquí, seguro que vos lo conocés bien porque me ha hablado mucho de vos.

—¿Quién es? —le pregunté.

—Es don Leandro Velázquez y su hermano Chus.

—Por supuesto que los conozco.

—¿Qué decís, los llamo?

—¿No sabés cómo están ellos con respecto a la lucha? —pregunté.

—Yo creo que están comprometidos, ellos se sintieron muy preocupados y golpeados cuando a vos te agarraron. Sin duda ellos se van a sentir felices al conocer la noticia; seguro que ellos tienen más de algún conocido por allí —dijo.

—Pero es muy peligroso que otras gentes sepan que estoy aquí —le dije—. Mejor que entre sólo don Leandro.

A saber cómo haría para comunicarse a solas con don Leandro, lo cierto es que momentos después don Leandro me abrazaba efusivamente. Ambos sollozamos en silencio, mientras la radio ahogó los débiles sonidos que hicimos.

—¡Dios mío! ¡Será cierto lo que estoy viendo! —exclamó—. ¿Qué pasó, lo dejaron libre ya? —preguntó.

—¡Qué va a ser! Logré escaparme ayer. Por eso estoy aquí como me ve.

—¿Y así con esa ropa logró escapar? —preguntó, curioso.

—No, aquí el hermano me dio esta ropa para ayudarme un poco, por si acaso —le respondí.

—¡Ay! Gracias a Dios, por estar vivo. Pero especialmente gracias a Dios por tenerlo de nuevo junto a nosotros —dijo.

—Cuéntenme, por favor ¿Qué dice la gente?

—La gente no cree en las grandes mentiras del gobierno. La gente dice: “A saber qué clase de amenazas le están haciendo o a saber qué clase de drogas le están dando, tal vez en su comida, por eso lo están haciendo pensar así”. Otras gentes dicen: “Lo que dijo en lengua (k’iche’) cuando habló en la radio, fue una buena orien-

tación para nosotros. Porque él nos dio a entender quiénes son los que matan, quienes son los que secuestran, y además, nosotros ya conocemos quiénes son los que hacen esas cosas”. Otra cosa que quiero decirle es que su familia está bien, no tenga pena por ellos. Su mujer, sus hijos, su mamá y sus demás hermanos todos están bien. El pasado domingo una persona conocida almorzó con ellos, y él me contó lo que le estoy contando ahorita.

Esas noticias, tanto sobre lo que dijo la gente como sobre mi familia, fueron noticias que me ayudaron grandemente en esos momentos de tensión y tristeza.

—Muchas gracias por esas palabras don Leandro. No sabe cuánto bien me hacen en este momento. Usted debe saber que en ningún momento he renunciado a la lucha, ni mucho menos haberme entregado al enemigo y pasarme a su lado —le dije llorando.

—No, no, nosotros sabemos que usted no se entregó y nunca perdimos la esperanza de que algún día se aclararía esto. Sepa que nosotros nunca perdimos la fe en su persona. Lo importante en este momento es asegurar que a usted no le pase nada; que esté en un lugar más seguro y que con el tiempo pueda seguir trabajando junto al pueblo —dijo.

—Don Leandro, muchas gracias de nuevo por esas palabras alentadoras, y quiero decirle que lo que más necesito en este momento es conectarme con gente del CUC o de Justicia y Paz. Si usted pudiera ayudarme en ese sentido, le ruego que lo haga.

—Hoy por la tarde voy a platicar con una persona, de repente consigo algo con él.

—Si platica con él, no le cuente nada sobre este asunto —le supliqué—. No conviene que sepa.

—Pero yo creo que esa persona lo conoce bien a usted. Es la persona que almorzó el domingo con su familia. Para ser más cla-

ro le diré que se trata de Emeterio Tipaz, del Quinto Xatinap, con él voy a pasar dentro de un rato.

—De todas maneras no le diga nada. Es muy peligroso que haya más gente que sepa esto y peor todavía que tengan datos concretos como los que usted sabe en este momento, como por ejemplo dónde me encuentre y cómo me encuentre. Estas cosas son muy riesgosas que nos pueden conducir a la muerte, en cualquier instante. Ni siquiera a su hermano Chus puede contarle. No conviene, no porque le tenga desconfianza, sino porque así debe ser en estos momentos tan delicados. Imagínese si el enemigo nos llegara a detectar —le dije.

—Sí, tiene razón —afirmó—, bueno, en nombre de Dios, vamos a ver qué consigo.

Salió del cuartito con naturalidad y me puse a rezar. Interrumpí brevemente mi rezo sólo cuando Felipe me llevó algo de comer.

Como a la hora, don Leandro llegó de nuevo bien agitado.

—Tenemos suerte —expresó contento—, porque encontré a unas personas por medio de aquel hermano del Quinto Xatinap. Esos amigos son de confianza y creo que tienen bastante que ver con el CUC. Les conté que me urgía hacerles un encargo y les dejé un contacto por aquí cerca, a las 2 de la tarde. No les quise decir de qué se trataba el asunto. Sólo les dije que era muy importante. Yo sólo vine a preguntarle si conviene que vengan a platicar con usted —dijo.

—¿Usted los conoce? —le pregunté.

—Sí los conozco, son compañeros de allá de nuestra tierra —afirmó—. Aunque no los conozco de nombre, pero sí sé que son buenas gentes. Es seguro que a usted lo conocen bien y hasta creo que han trabajado juntos.

—¿Cuántos son ellos?

—Son dos.

—¿De ninguno de ellos sabe su nombre o su cantón?

—¿Cómo le digo? De nombre no los conozco, yo creo que son de Xesic, pero no podría decirle de qué centro son.

—Si usted garantiza que no pasa nada, dígales lo que usted sabe. Aunque le ruego que no diga todavía el lugar donde me encuentro. Usted tanteo, si ve que les agrada la noticia, entonces dígales.

—Bueno, voy a salir, a ver qué dicen.

A los minutos regresó. —Cuando les dije la noticia no lo creían. Pensaban que estaba bromeando con ellos, y me preguntaron varias veces si lo que estaba diciendo no eran tonterías. Yo les reafirmé y reconfirmé que era verdad lo que les estaba diciendo. Al darse cuenta que les estaba hablando en serio, entonces me pidieron que querían verlo y platicar con usted lo más pronto posible. Y yo les dije que sí. Así que van a venir a las 3:30 de la tarde, sin falta. Sólo estamos preparando una buena pantalla para que puedan entrar a platicar con usted, pero vamos a ver si Felipe está de acuerdo. ¿Vos qué decís, Felipe? —le preguntó a su sobrino.

—Pero ¿cómo hago yo para saber si son ellos? —le dije.

—De eso no tengan pena, ellos van a traer una seña para identificarlos. Bueno, sólo eso les vengo a decir, yo ya no regreso aquí porque ya es mucho entrar y salir, eso puede despertar sospecha. Vengo a preguntar mañana a ver qué pasó —dijo y se fue.

Aquella espera la sentí interminable y con una serie de dudas. ¿Quiénes eran? ¿Comprenderán esta situación? ¿Se me dará oportunidad para explicarle a mi pueblo que yo no le he traicionado? ¿Será que podré ver a mi esposa, a mis hijos, a mis mejores amigos y explicarles que no deben avergonzarse de mí y que me acepten como el último de sus amigos?

Eran las 3:15, 3:20 y 3:25. Ya iba llegando la hora. ¡Las 3:30! La presión arterial me iba subiendo poco a poco.

Las 3:45, las 4:00... y nada. ¿Qué pasaría? ¿Habrá ocurrido algún accidente? ¿Se habrían arrepentido?

A las 4:30, llegó don Leandro.

—Dicen los compañeros que mejor dispusieron entrar hasta las 8 de la noche. Ahorita hay mucha gente en el taller y además dijeron que iban a esperar porque podía ser una trampa. Dijeron que tenían que explorar bien el lugar. Me mandaron a avisar que tenga paciencia y que ellos están muy contentos que usted haya logrado salir de las manos de esos malditos.

Aquella situación me inquietó. En esos momentos, ¿qué no se podía hacer conmigo? Mi situación era tan frágil que se le podía dar cualquier rumbo, según sea la persona o grupo con quien lograra comunicarme primero.

Ya casi llevaba 24 horas de fuga. Ya me estaba habituando a ese ambiente, a esa nueva situación y a esa nueva experiencia en tan corto tiempo. Durante aquel día había permanecido sentado en el piso, y habíamos quedado con el amigo Felipe que si por casualidad entraba alguien que yo me hiciera el bolo¹ y que aparentara estar allí tirado.

La veladora seguía encendida frente a la imagen de no recuerdo qué santo. Poco rato después iniciaban sus emisiones los radioperiódicos. Las noticias eran las mismas de siempre: asesinatos, secuestros, robos, atropellados, violaciones, etcétera.

A eso de las 7 de la noche, se oyó entrar a alguien de confianza, de todos modos, yo me recosté en el suelo y me hice el bolo.

¹ Borracho.

—Es mi cuñado, que llegó de la Terminal, hoy se vino —me fue a decir Felipe—. Levantate, él es un patojo.² Creo que no se da cuenta.

Minutos después, entró aquel individuo que la noche anterior había notado que Felipe estaba preocupado, sólo que esta vez llegó bolo, y empezó a hablar un montón de cosas, pero lo que más llamó la atención fue lo que dijo referente a lo que estaba pasando en los cantones de Quiché en ese momento.

—Por causa de esos pisados que no buscan trabajo, están pasando muchas cosas en nuestros cantones. Yo no estoy de acuerdo con esas cosas que andan diciendo. Yo estoy conforme con mi vida, así es mi suerte y así tengo que morir —decía.

Se aproximaban las 8 de la noche, y aquel hombre no daba señales de irse. Felipe empezó a decirle que se fuera a descansar, que ya era tarde, que esto, que lo otro. El colmo fue que aquel hombre dijo que se iba a quedar a descansar allí en el taller.

—Mirá vos, aquí no te vas a poder quedar, es que yo voy a salir a hacer un mandado y regreso muy tarde, y después tal vez me vaya para El Quiché. Así que no te podés quedar aquí —le dijo.

—¡Ah puta!, vos, ¿entonces me tenés desconfianza? ¿Vos creés que te voy a robar tus cosas? No, hombre, yo no te voy a robar esas tus cosas viejas que tenés aquí —dijo aquel hombre, en tono ofensivo.

—Bueno —le dijo Felipe—, si vos querés quedarte encerrado aquí, hasta que yo venga de Quiché entre unos 10 o 15 días, entonces te podés quedar.

—No, lo que pasa es que no me querés, ya hace días que me he venido dando cuenta que vos no me tenés confianza —dijo.

² Niño.

—Ya es hora de irme, perdóná que ya no tenga tiempo para seguir platicando, vamos, vamos a tomar un agua a la calle para demostrarte que te tengo aprecio —le dijo Felipe, y diciendo eso lo saca casi a la fuerza.

Ya en la calle, a dos o tres metros tal vez de la puerta, se escucharon cuchicheos entre Felipe y su cuñado.

Sin duda le habló sobre mi presencia y la llegada de los dos compañeros, por si acaso no pudiera desprenderse pronto de aquel bolo.

—Lo fui a dejar por allí —dijo Felipe al regresar.

Ya eran las 8 de la noche. Estábamos atentos de la llegada de las dos personas. ¡Pasaron 10, 15, 20, 25 minutos y nada! ¡Las 8:30! ¡Toques suaves en la puerta! ¡Momentos de expectación, de esperanzas, de dudas!

Apresurado, Felipe salió del cuartito y fue a ver si se trataba de quienes esperábamos ansiosamente. Se abrió la puerta, se oyeron pasos sigilosos, se oyeron cada vez más cerca, instantes después aparecieron dos figuras cuyos rostros no logré distinguir a causa de la debilidad de la luz de la veladora encendida en el altarcito. Me puse de pie. Ellos se acercaron a mí con los brazos abiertos y cada uno de ellos me abrazó calurosamente.

¡Qué sorpresa agradable! ¡Eran dos compañeros de Xesic Segundo! Mingo Hernández Ixcoy y uno de los hermanos Chitic Morales, cuyo nombre no recuerdo ahora. Mingo (Daniel) me volvió a abrazar y a estrecharme fuertemente la mano.

—¡Hermano, hermano! Qué gusto volverte a ver —dijo.

Yo lloré como un niño, sin poder contener el sollozo largo rato.

—Gracias, Dios mío, por este regalo —exclamé. Gracias hermanos por haber venido. Gracias al corazón del cielo que hayan sido ustedes quienes supieron de esta noticia —les dije.

Platicamos de muchas cosas, pero más les conté a grandes rasgos de dónde y cómo logré fugarme. Ellos dijeron que antes de entrar tuvieron que mirar bien por si el lugar estaba controlado por el enemigo. Mingo me habló de mi familia, diciéndome que él tenía control de ellos.

—En este momento —dijo Mingo—, lo más importante es tu seguridad. Mañana a las seis de la mañana te vengo a recoger en carro. Mientras tanto traté de tranquilizarte algo. Aunque comprendemos que eso es muy difícil en estas condiciones, pero de todos modos hice esfuerzos para descansar algo.

Salimos del cuartito, y ya para despedirse se estacionó un vehículo casi frente al establecimiento. Felipe se acercó a la pared de lámina, y por una rendija vio de qué vehículo se trataba. Se volteó de puntillas hacia donde estábamos nosotros.

—¡Muchá —exclamó—, es un carro de la judicial! Son de esos *jeeps* blancos.

A mí se me pusieron los nervios de punta. Pero lancé una mirada a mi alrededor. Había pedazos de hierro y palos. “De aquí no me sacan vivo”, pensé.

Instantes después, cosa de segundos, Felipe apagó la luz. Yo reaccioné diciéndole que volviera a encenderla inmediatamente. Así lo hizo. Nos quedamos quietos, pero dispuestos a defendernos con lo que fuera. Cuatro o cinco minutos después arrancó el carro y se marchó.

Pasados aquellos momentos tensos, Mingo volvió a decir:

—Bueno, vos, mañana vengo a recogerte. Aquí está jodida la cosa.

—Por favor, muchá —suplicó Felipe—, pongan al hermano en otro lugar lo más pronto posible.

—Mañana estoy aquí —le respondió Mingo.

—Bueno vos, cuidate. Allí nos veremos —dijo Chitic.

Al momento, a tantos años de aquel encuentro con Chitic, no lo he vuelto a ver.

Ocho o diez minutos después, volvieron a tocar la puerta. Me puse en alerta máxima, dispuesto a todo. Con un cuchillo en la mano, de esos para cortar llantas. Me fui a colocar detrás de un rintero de llantas, con los nervios de punta.

—¿Quién será? —preguntó quedito Felipe, y después más fuerte—: ¿Quién es?

—Somos nosotros vos, respondieron desde afuera.

Felipe entreabrió la puerta, desconfiado.

—Somos nosotros, vos —le dijeron.

—¡Ah, qué susto, vos, pensamos que era otra gente!

—¿Y aquél? —preguntaron.

—Allí, metido entre las llantas —respondió.

—Vos, salí de allí —dijo Mingo.

Con el cuchillo en la mano, salí.

—Vos, fijate que pensamos que es mejor que nos vayamos de una vez ahorita a otro lugar. En la calle no hay nada, todo está tranquilo. Nosotros creemos que hay condiciones para irnos. Quitate ese overol y te arreglás rápido.

No hice más que quitarme el overol y limpiarme un poco la cara. Me puse unos anteojos claros que me había comprado el cuñado de Felipe a petición mía durante el día.

—Por favor Felipe, préstame tus papeles, sólo para salir —le dije.

—¿¡Cómo va ser!?! No se puede. La foto, la fe de edad... No hasta allí si ya no puedo.

—No tengás pena, vos, hombre. Si en eso piden papeles, yo voy a decir que no andás connmigo, que sos mi tío y que hoy te robaron

tus papeles con todo y dinero. Y, además, vos, no hay nada, tené confianza.

Fueron momentos emocionantes aquellos cuando nos despedimos. Ni siquiera nos percatamos que aquel muchacho, hermano de la mujer de Felipe, ya estaba haciendo suyo el ambiente de tensión y emoción del momento, sin saber de quién se trataba, ni de qué se trataba la situación.

En el mismo lugar donde tomamos el bus la noche anterior, volvimos a tomar uno que nos condujo al sitio donde Mingo había decidido llevarme. El mismo rumbo, sólo que ahora yo iba con lentes y sin el maletín.

Tomamos el primer vehículo que apareció. A la altura del cine Bolívar nos rebasó un bus amarillo del servicio urbano, que fue a detener su marcha en la parada frente al cine. Bajamos apresurados del vehículo y corrimos a darle alcance a dicho bus. Viajamos parados durante largo rato, hasta que fueron bajando las personas poco a poco. Yo iba tapándome algo la cara con un pañuelo, simulando tener dolor de muelas. Bajamos hasta donde finalizó el recorrido, y aún tuvimos que caminar largo trecho a pie. Cuando íbamos caminando, me dijo Mingo que íbamos a su casa.

Sacó el llavero de uno de los bolsillos y abrió lentamente. Un pequeño patio apareció frente a mí.

—Esperame aquí un momento, voy a anunciarle a mi mujer antes. Si entramos de repente, le puede dar un ataque al verte. Es que esto que estamos viendo y viviendo es algo increíble, es como ver resucitar a un muerto.

Yo me quedé en el corredorcito. Tres o cuatro minutos después, se abrió de nuevo la puerta del cuarto. Mingo me fue a traer, echó su brazo sobre mis hombros y entramos juntos.

—¡Mirá Juanita a quién traigo aquí! —exclamó emocionado.

—¡Dios Santo! ¿¡Será cierto lo que estoy viendo!? —exclamó Juanita. Abrazos y lágrimas—. Gracias a Dios que lo dejaron libre —dijo.

—No, Juanita, se escapó de las manos del enemigo. Por eso hay que hablar quedito porque él está en un grave peligro y, por lo tanto, nosotros también junto con él a partir de este momento —aclaró Mingo.

Con esta pequeña familia estaba una patoja, hija de don Pan-chito, el ciego. Ella también se emocionó viviendo esos momentos de alegría junto a nosotros.

Eran ya más de las 10 de la noche. Mingo no había cenado, yo tampoco. Así que Juanita recalentó la sencilla cena. Ese primer reencuentro en una mesa familiar fue muy emotivo y un gran regalo. No podía creer que a un poco más de 24 horas de mi fuga estuviera ya sentado en la mesa familiar de uno de mis compañeros de trabajo.

Después de la cena, Mingo tuvo que salir a hacer no sé qué cosa a la calle.

—Tengo que salir. Vengo dentro de una hora más o menos. Además, mañana a las cinco de la mañana tengo que ir a un lugar lejos de aquí —dijo a Juanita—. Procurá descansar y tranquilizate. Nosotros tenemos consolidada una buena pantalla aquí. No creemos estar detectados por nadie —me dejó dicho.

Recé fervorosamente en agradecimiento por aquello que se estaba desarrollando como que hubiera sido fruto de una planificación perfecta, pero que en realidad nadie planeó. *Esto parecía puro milagro.*

A la altura de las 11 de la noche el sueño me estaba venciendo. Durante todo el día no me di cuenta que la noche anterior no había podido dormir ni un solo instante, pero ahora que ha-

bía una relativa tranquilidad, lo físico empezaba a reclamar su correspondiente descanso, aunque recordé que este mismo cuerpo había resistido más de 24 horas sin dormir, en los primeros días de secuestro, en medio de otras torturas, además del hambre, la sed y otros tormentos físicos, psíquicos y morales.

Aquel feliz encuentro con Felipe, con don Leandro y luego con Mingo, condujeron a que el domingo 29 de noviembre, a eso de las 9:30 de la mañana se montara un operativo para trasladarme a otra casa donde tuve otro feliz encuentro. Esta vez fue con el querido compañero “Poncho”, Gustavo Meoño, miembro de la Dirección Nacional del EGP, con quien el compañero Mingo se encontró casualmente en Alta Verapaz un día antes.

Poncho, con su característica madurez, su equilibrio emocional y político, por su cuenta y riesgo, hizo lo que él consideró correcto y justo en aquellos momentos difíciles. La permanencia de Poncho y Mingo conmigo durante varios días consecutivos, fue para mí alentador y un faro de luz en aquellos momentos inciertos.

De no haber tenido la suerte de que fuera Poncho mi primer contacto del EGP, difícilmente hubieran tenido el mismo curso los acontecimientos posteriores, y por consiguiente, mi suerte habría sido otra.

Así fue el milagro... y curiosamente mi secuestro sucedió entre las 16:45 y 17:00 horas y mi fuga también entre las 16:45 y 17:00 horas.

*

Este testimonio fue escrito entre lágrimas en varias ocasiones al revivir momentos de dolor, tristeza, emociones, fe y grandes esperanzas. Tengo la confianza que otras voces confirmarán lo que

pasó, que otros ojos sabrán ver con imparcialidad desde ángulos justos lo vivido, que otras mentes equilibradas sabrán dar su juicio sobre lo relatado, que otros corazones sabrán sentir lo que viví durante aquellos 146 días en manos del ejército más criminal.

Noviembre de 1984.⁵

⁵ En este punto finaliza el escrito de Toj Medrano y continúa la entrevista. [RVE].

PARTE III. LA MONTAÑA

30. CLANDESTINO EN LA CIUDAD

Ese milagro de fuga que jamás planifiqué, pero que se dio, culminó aquel domingo 29 de noviembre cuando nos encontramos Daniel (Domingo Hernández Ixcoy) y Poncho (Gustavo Meoño). Era lógico querer saber cómo logré fugarme. Sólo si la persona lo vive lo cree, si no es difícil. Las circunstancias en las que se dio eran poco creíbles, pero Meoño siempre confió en mí. Confió en lo que estaba diciendo, tal vez de manera torpe y no muy hilada. Él creyó en mis palabras.

Había que hacer algo, era el sentimiento que transmití desde el primer momento. Dije: —lo que yo quiero es que se sepa lo más inmediatamente posible que yo no he traicionado a mi pueblo—. Mi reclamo, mi reivindicación, era comunicarme con el pueblo, mi pueblo.

Decidimos hacer una grabación para reproducirla en una toma militar que hicimos en varias radiodifusoras. Cuando escuché mi voz en las emisoras parecía que estaba soñando. Aparecí de nuevo

en la tele con imágenes de la conferencia de prensa, pero diciendo otra cosa, todo me pareció un sueño. ¡Era posible! Esa era una de mis angustias, de haberme hecho hablar en contra, de haber aparecido como un renegado, un frustrado, un arrepentido. No era cierto. Era mi ansiedad revertir eso. Se logró en poquísimos días, el 13 de diciembre.¹

Cuando Goyo² me escribió una notita diciendo “le has dado un golpe fuerte al ejército”, sentí que no hablaba conmigo, porque yo no lo concebía. Seguramente mi fuga sí destanteó al ejército, que respondió hasta cinco o seis días después. Los periodistas insistieron en que el ejército hiciera una declaración y tardó en decir algo.

Después de mi encuentro con Domingo Hernández, el 27 de noviembre de 1981, permanecí durante los meses de diciembre, enero, febrero y marzo, viviendo clandestinamente de casa en casa. Recuerdo que fueron tres casas, viviendo al lado de familias. No conocí dónde estaban ubicadas esas casas, porque así requería la vida clandestina en aquellos momentos. Lo cierto es que fue en la capital. Estando en esa situación, viviendo clandestinamente, fue cuando empecé a escribir el testimonio de mi secuestro. A finales de febrero hubo una emergencia en una de las casas y ese manuscrito se tuvo que quemar, así como otros papeles. Hay que recordar que en aquellos momentos la persecución feroz del ejército contra la organización en la ciudad fue terrible. Caía casa tras casa. Por supuesto, donde yo estaba no estábamos lejos de ese peligro. Durante esos meses viví una vida bastante inestable. Normalmente no fumo pero en aquellos días llegué a fumar una ca-

¹ La toma de radios fue en realidad el 2 de diciembre. Véase “EGP informa haber liberado a Emeterio Toj del cuartel general”, en *Inforpress Centroamericana*, núm. 472, 12 de diciembre, 1981. [RVE].

² Se refiere a Gregorio Chay, también militante del CUC y del EGP. [RVE].

jetilla de cigarros diaria, seguramente por la tensión terrible que se vivía.⁵

Recuerdo que estuve en una casa donde estaba una señora con su hijo. Ella era del EGP. En cierto momento tuve una contradicción con ella. Recibí de parte de la señora un trato indigno, lo cual me hirió profundamente por la situación en que me encontraba, y porque no se esperaba un acto de discriminación hacia mi persona de una compañera de la organización. Me dijo que mi vida no valía nada, ni cinco centavos. Yo recuerdo haberle dicho algo porque se desperdiciaban mucho las cosas en esa casa, el patojo estudiaba y desperdiciaba recursos y comida, se colgaba del teléfono horas. Acostumbrado a señalar las cosas como son, se lo dije. Lo hice ver como compañero, pero eso le cayó mal. Me dijo que yo no tenía que decirle algo de esa naturaleza y que debía entender que yo allí estaba pendiente de un hilo y que mi vida no tenía ningún valor en aquel momento. Otilia Lux⁴ me contó en algún momento que una mujer, no me quiso decir el nombre, le habló de que varios miembros del EGP estaban arrepentidos de no haberme matado cuando recién me había fugado. Sólo eso me dijo Otilia.

⁵ Payeras (*El trueno en la ciudad*, 2006) ofrece un relato, visto desde los ojos del EGP, acerca de la derrota militar en la ciudad. [RVE].

⁴ Otilia Lux fue después parte de la Comisión de Esclarecimiento Histórico y luego funcionaria del gobierno del militarista Frente Republicano Guatemalteco (FRG). Tras su salida ayudó a fundar el partido mayanista Winaq. [RVE].

31. EMPECÉ A RESUCITAR

Al salir de la capital en marzo de 1982, andaban conmigo María del Rosario y Chavela, son los nombres de estas dos personas que me acompañaron en el viaje de Guatemala hacia el Frente Augusto César Sandino (FACS). Ese día, 21 de marzo, penetramos en las montañas de Sololá. El trayecto lo hicimos por la Costa Sur, pernoctamos en Quetzaltenango, donde estuvimos unas cuantas horas. Luego seguimos camino buscando el territorio controlado por el FACS. A la media tarde, en una acción militar muy rápida, nos introdujimos en las montañas, entre Argueta y Nahualá.

Adentro nos encontramos al lado de los compañeros. Recuerdo que la persona al frente de este campamento era un querido compañero de Sololá, Julio Iboy. Julio tenía a su cargo la parte de Sololá. Él era un compañero muy querido, a quien antes yo había conocido en el sector cristiano. Fue un maravilloso encuentro porque no había pensado que él estuviera ya alzado. Como sabemos finalmente, en 1984, en una acción todavía no muy clara, cayó él

junto a otros compañeros. Es una cuestión que todavía no está clara. No se sabe si lo agarraron vivo. Se dice que había una reunión del Frente en Guatemala y en esa actividad cayeron. La reunión estaba infiltrada.

Hay que entender que el FACS era grandísimo, toda la parte sur de Quiché, norte de Sololá y parte de Chimaltenango. Era un lugar enorme. Él estaba atendiendo la parte de Sololá y otros compañeros se ocupaban de Joyabaj, Zacualpa y Chichicastenango, que también son grandes.

En el campamento nos recibieron con una alegre cena, destazaron un carnero, se juntó toda la gente. Pasamos esa primera noche y seguimos camino adentrándonos más al territorio del FACS, no sin antes pasar enormes peligros. Para entonces, estoy hablando del 21 y 22 de marzo, los patrulleros y el ejército estaban quemando todos los árboles de la montaña que había en esos lugares. Naturalmente no íbamos vestidos de guerrilleros sino de civiles, pero se evidenciaba que no éramos de la región. Ante todo, María del Rosario, que es blanquita y con el calor que llevamos se le notaba aún más el color de la piel.

Pasando por la aldea Pixabaj un motorista nos vio, arrancó su moto y huyó muy rápido. Horas después nos enteramos que fue a dar aviso al destacamento militar, que estaba ubicado en Los Encuentros. La aldea está de Los Encuentros a ocho kilómetros. Luego nos contaron que pasó una patrulla del ejército rastreando los lugares de la aldea. Nosotros íbamos con la pantalla que éramos un grupo religioso. Seguramente no logramos despistar a nadie.

En la tarde del 22 pernoctamos en una casa en Chichicastenango. Allí me encontré con Gregorio Chay, quien nos estaba esperando. Fue un encuentro muy emotivo. Desde el secuestro yo no me había encontrado físicamente con él, sólo a través de unas notitas.

Al día siguiente seguimos camino, pero hasta la noche, ya que en esas circunstancias no es posible la movilización durante el día.

Recuerdo una ocasión en que pasamos a visitar un campamento de compañeros que estaba ubicado en una montañita, habríamos de haber estado una hora con ellos. Luego nos contaron que dos horas después había sido tomado ese campamento. Varios de los compañeros cayeron muertos en ese lugar. Eso lo supimos días después. Cuento esto porque yo me salvé de la muerte muy seguido.

Al día siguiente tendríamos que emprender el camino, pero en el día debíamos estar escondidos en esa casa y allí escuchamos el golpe de Estado contra Lucas García. No nos sorprendió la caída, pero sí que Ríos Montt se quedara al frente del gobierno.¹ Hay que recordar que este militar había estado como candidato a presidente, de hecho ganó la presidencia en 1974 con el Frente Nacional de Oposición, integrado por la Democracia Cristiana, el Frente Unido de la Revolución Democrática y el Partido Revolucionario Auténtico, que era una fracción disidente del Partido Revolucionario. En ese momento no sabíamos cuál sería su postura. La historia nos dice cómo actuó él desde marzo de 1982 a agosto de 1983.

Seguimos camino para el FACS buscando lugares seguros. De los lugares más seguros estaba un distrito que le llamábamos el Distrito Maya, donde estaban las estructuras del Augusto César Sandino y donde se tenía la protección de la población. Para ese

¹ El golpe del 23 de marzo de 1982 le entregó el poder de la presidencia a Ríos Montt, por medio de una facción de oficiales jóvenes del ejército. Los propósitos del nuevo gobierno, según Francisco Villagrán Kramer (*Biografía política de Guatemala. Años de guerra y años de paz*, t. II, Guatemala, Flacso, 2004, p. 249), eran anular las elecciones que acababan de llevarse a cabo, disolver el Congreso y establecer nuevas elecciones, restablecer la *moral pública*, y terminar con la insurrección. [RVE].

entonces no había patrullas de autodefensa civil en ese lugar.² Aquellos encuentros fueron hermosísimos. Puedo decir que con esos encuentros yo empecé a resucitar. Los días vividos clandestinamente en la ciudad eran una cuestión terrible. Si bien es cierto que los últimos días estuve en la casa de Domingo Hernández, de absoluta confianza, yo sentía un vacío todavía y el riesgo era una cuestión permanente. Ya adentro del FACS me sentí como en casa, y sobre todo el recibimiento fraterno de los compañeros y compañeras me llenó.

En una de las comunidades de Chichicastenango me encontré con mi esposa y mis hijos pequeños, que habían adoptado una especie de movimiento nómada, como lo que pasó con las Comunidades de Población en Resistencia (CPR) en los frentes Ho Chi Minh y Ernesto Guevara. Prácticamente me encontré con mi familia “enmontañada”. Entre comillas porque era en comunidades, pero cuando era necesario salir de la casa, salían y se iban a enmontañar. Cuando el ejército se retiraba volvían las familias desplazadas. Recordemos que las patrullas civiles buscaban eso, que la gente no se moviera, que se quedará allí en sus asentamientos.

La vivencia entre la querida población de Joyabaj, Chiniqué, Chiché, Zacualpa, inclusive en los cantones de Santa Cruz del Quiché, fue una cosa maravillosa. Cuando tuve la oportunidad de acercarme a mis viejos amigos fue una cosa indescriptible porque la gente no creía que volvería a ver a alguien que estuvo al lado

² Las Patrullas de Autodefensa Civil (PAC) fueron reconocidas legalmente con el Acuerdo Gubernativo 222-83 del 14 de abril de 1983. Más allá de este formalismo, desde 1981 se habían empezado a organizar en varias regiones del país grupos de autodefensa civil, que en esencia cumplían la misma función. Desde 1982 actuaron en forma coordinada con los planes de campaña del Ejército Victoria 82 y Firmeza 83 (CEH, 1998). [RVE].

de ellas tanto en Acción Católica, las cooperativas y el CUC. Fueron encuentros muy hermosos.

Recuerdo uno con el jefe de patrulla civil, que era un querido amigo, presidente de Acción Católica durante mucho tiempo, del Tercer Centro Choacamán. Fuimos a dar a su casa un mes de septiembre de 1982. Entramos y, como no había luz, fuimos a encender un candil. Él dejó a las personas en su casa para descansar parte de esa noche. No sabía de quiénes se trataba. Cuando me reconoció, nos dimos un abrazo muy largo y fraterno, y me dijo: —Gracias a Dios que usted está vivo. Cabal hace ocho días vino el ejército y nos puso en fila. Nos formó a todos los patrulleros civiles frente al oratorio y nos dio la noticia que habían matado al Emeterio Toj Medrano. Y nosotros tuvimos que dar vivas por la acción del ejército, porque mataron a uno de los guerrilleros más perseguidos. Nosotros aplaudimos y dimos gritos de que era un buen triunfo del ejército. Pero en mi corazón yo estaba llorando porque cómo era posible que hubieran matado al compañero después de que logró escapar. Bueno, por lo menos supimos que siempre estuvo con nosotros.

Así como esos encuentros, se fueron dando otros sobre todo en los cantones cercanos a Santa Cruz del Quiché. Yo estuve a unos cinco kilómetros de ahí. No sé exactamente dónde ubicaron un faro que alumbraba a gran distancia. Recuerdo que cuando íbamos caminando por esos lugares y cuando nos acercábamos al reflector nosotros nos tirábamos al suelo para que no nos detectaran.

El tema de mi familia era una tensión que yo llevaba muy adentro desde los días del secuestro. Todavía tenía la duda si estaban o no estaban. Mingo ya me había dicho: —Tu familia está bien. Pero yo no los había visto desde el día del secuestro en julio del '81. Mi permanencia al lado de mis compañeros y mis hijos me

dio vida. Para entonces, estaban alzados en el FACS tres de mis hijos: Selvin, su verdadero nombre Juan Carlos, quien cayó finalmente en octubre de 1989 en la selva del Ixcán; Manuel, su seudónimo Joaquín, Luis también se llamó muchas veces; y el hijo mayor Justo Rufino, su seudónimo era Javier y así se sigue llamando hasta la fecha. Estaba al lado de ellos, muy cercanos en el mismo equipo de trabajo. También estaba al lado de mis sobrinos Mario Morales, cuyo seudónimo fue Miguel; Jorge Morales, mi hermana y otros amigos. Eso a mí me llenó mucho. Me restituyó la vida que me había tratado de destrozar el ejército.

Repito, considero que fue una resurrección política y material esta vida, por lo que decidí quedarme allí. Inmediatamente me asignaron tareas. Aunque todavía no tareas en que se tomaran decisiones, por lo que me fui dando cuenta que a pesar de los esfuerzos de Goyo —él no perdió confianza en mí y tampoco los demás compañeros de la base— sí se notaba que la incorporación no era plena. Seguramente había orientación que fuera así. A lo largo del resto del año mi incorporación a la organización fue así, periférica. Me dieron la importante tarea del Equipo de Formación Política del Frente Augusto César Sandino.

En el mes de mayo del '82 Goyo y yo nos enfrentamos —en el buen sentido de la palabra— a cientos de compañeros de las comunidades de Chichicastenango. Una muchedumbre nos pidió nuestra opinión sobre qué hacer. ¿Sería prudente aceptar las patrullas civiles o no? Nosotros tuvimos que decir dolorosamente que sí. Lo que estaban pidiendo eran armas, no era otra cosa. Deseaban armas. La organización no tenía capacidad de entregar armas a toda la gente que había. Tuvimos que decirles tristemente que aceptarían las patrullas civiles pero que no se voltearan contra su pueblo. Yo creo que nosotros logramos en buena parte que las patrullas civi-

les no actuaran contra su pueblo. A tal grado que éstas fueron para nosotros una protección. En cada operación que hacían, cuando podían, nos avisaban con tiempo. Nos decían —compañeros, no caminen por este rumbo porque allí vamos a patrullar mañana. Les suplicamos que no pasen por ahí, porque si nosotros no actuamos a nosotros nos matan.

Ya sabíamos por dónde no debíamos pasar. Como la disciplina no es cabal, hubo compañeros que no respetaron eso y cayeron en manos de las patrullas junto al ejército. Tuvimos que acatar muy seriamente lo que nos decían los patrulleros civiles. De allí que yo considero que la acción de las patrullas civiles fue una protección para las diezmadas estructuras en el FACS.

Hay que decir que no era toda la patrulla civil, eran compañeros muy comprometidos con la revolución que llegaron a tener cargos en las patrullas civiles los que nos trasladaban esta información. Ya para entonces había gente que se había rebelado contra la organización, por lo tanto no se podían decir claramente estas comunicaciones entre guerrilla y patrulleros civiles.

En esas circunstancias, la mayor parte de la gente de las patrullas militares de la organización fue trasladada a los frentes guerrilleros de la montaña del departamento de Quiché, el Ho Chi Minh y, luego, al Ernesto Guevara, que se asentó en la selva del Ixcán. Prácticamente las estructuras quedaron diezmadas en el sur del Quiché. Quedó sólo lo necesario para mantener una organización básica en el FACS.

Por ese entonces ya había una especie de resentimiento, de frustración entre las comunidades. Si hubieran llegado las armas aún como patrulleros civiles, probablemente la gente hubiera dejado las del ejército y hubiera tomado las de la guerrilla. Pero nunca llegaron y empezó la persecución. Además de los golpes que

le dieron al movimiento guerrillero en diciembre de 1981, hubo un ataque fuerte a la columna más importante del FACS e hicieron varias bajas. Allí murió una compañera de nombre María que era de Cantel, ex esposa de Martín Alvarado. Era una enfermera profesional y que a raíz de mi secuestro tomó inmediatamente la decisión de alzarse. El 5 de diciembre cayó en ese combate junto a otros más. Llegó el ejército y no estaban preparados. Allí habría que decir, aunque esto es un asunto o materia en la que yo no soy autoridad, pero a la larga se ve que el aspecto militar no estaba muy claro: ubicaron a una fuerza militar en un lugar desfavorable.

La cuestión militar propiamente dicha en el FACS dejó mucho que desear. Un asunto que hizo mucho daño fue el triunfalismo. Otra cosa fue haber desplazado a las autoridades propiamente de la comunidad. Vinieron los patojos y tomaron decisiones sobre las comunidades y yo creo que eso también resquebrajó su fuerza.

La vida en el FACS en un primer momento fue de una efervescencia tremenda. Prácticamente era como un territorio libre, los compañeros se movían por sus pistolas con un entusiasmo grande. Se decía que el triunfo estaba cercano. El levantamiento de las comunidades era una cuestión que se venía arrastrando históricamente. Hay que recordar la historia de nuestros pueblos, de sometimiento, de esclavitud a lo largo de la llamada conquista, colonización, la falsedad de la independencia. Todo esto se viene arrastrando como una frustración y un deseo de liberación. El movimiento guerrillero ofreció una esperanza. De allí se explica por qué la incorporación a la guerra fue masiva. No se hizo de manera individual, sino familiar. Fueron familias enteras las que se incorporaron al movimiento guerrillero. No se podía dejar a éstas en el abandono, son ellas las que sufren la opresión. Todas esas frustraciones y desencantos, esos corajes allá escondidos, fue lo que hizo

que la gente se incorporara y, repito, diera una esperanza: la revolución era una esperanza. Muy claro tenía la gente que estamos dominados por la fuerza y sólo mediante ésta se podría liberar.

Pero no se pudo. Digo lo que yo vi en Chupol: en el rostro de la gente se veía una enorme tristeza. Ya se sentía que la fuerza guerrillera no era capaz de contener la autoridad militar que estaba haciendo presencia allí. Hay que recordar que ya habían dado golpes fuertes. Yo hablo ahora de la gente que estaba bajo el control del ejército, no hablo de quienes estaban todavía bajo control del movimiento guerrillero. Su esperanza eran las armas que nunca llegaron.

Así mantuvimos nuestro trabajo de formación política dentro de las bases del FACS. Esta tarea era clandestina. Hacíamos escuelas con toda la seguridad periférica, nos juntábamos treinta, cuarenta, hasta cincuenta personas. Se hablaba de la realidad de ese momento, de las raíces históricas. La gente lo tiene presente, aunque no sistematizado, pero sabe.

Además del encuentro de formación propiamente dicha, era el encuentro del montón de gente y sabernos unidos. Uno de estos encuentros lo hicimos en Santa Lucía La Reforma, del departamento de Totonicapán, que abarcaba el FACS. Hicimos la caminata de noche. Eran compañeros de varios lugares del FACS y nos fuimos concentrando poco a poco, como riachuelitos que desembocaban en el gran río.

En el punto donde teníamos que hacer la concentración (en San Pedro Jocopilas) llegamos con tres camiones llenos de gente. Algo de plata había en esos lugares porque hablar de camiones era hablar de gente que tenía plata por Santa Lucía y Santa María Chiquimula, que es tierra de comerciantes. Luego nos fuimos por la orilla de un río en Santa Lucía La Reforma. Ese encuen-

tro duró como quince días. Era un encuentro que además de la formación propiamente dicha, era de convivencia. Hacíamos una serie de simulacros de evacuación, que incluía lo que se hacía con los ancianos y los niños. Estando allí —habría sido en agosto de 1982— supimos de la caída de Fernando Hoyos, rumbo de Santa Eulalia. Carlos era su seudónimo.

Eran encuentros grandototes, pero también hacíamos encuentros pequeños de diez o quince personas. Era lo que nos alimentaba en medio de esa soledad. Nos habíamos quedado muy pocos en el FACS. A mediados de 1982 se dio la orden de que la fuerza militar se trasladara al Ho Chi Minh, más al norte.

Allí nos enfrentábamos y llorábamos. En esos años se dieron casos terribles, acciones del ejército en las que obligó a la gente de las patrullas civiles a matar a su propio hijo o a su propio papá. Hubo un caso por los lugares de Zacualpa, San Antonio Sinaché, en que el ejército concentró a la comunidad y amenazó con que si un determinado señor no mataba a su hijo delante de todos, iba a ser masacrada toda la comunidad. El dolor que habrá experimentado este señor, ya nos podemos imaginar poniéndonos en su lugar, al agarrar el palo y matar a su hijo a garrotazos, luego que el propio hijo cavara su propia tumba. Eso nos dejó muy marcados y posiblemente frustrados. Para entonces no teníamos capacidad de generar acciones militares que pudieran desahogar esos dolores tan grandes.

Hay que decir algo. Cuando hay un encuentro armado donde se oye balacera de ambas partes, la gente se siente bien porque hay una respuesta. Allí están los nuestros respondiendo. En cambio, en el FACS para entonces no sucedió eso. Esos sentires, ¿cómo estarán en este momento o durante esos años? Habría que ir nuevamente y rescatar el sentir de la gente. Nosotros teníamos que enfrentar

ese tipo de cosas. Ante ese dolor, ante esa frustración, ante ese coraje, la gente pudo habernos linchado. Porque en algún momento se dijo, “es culpa de aquellos”. Además, así lo dijo el ejército: lo que les está pasando es culpa de los guerrilleros, es culpa de los subversivos, de los terroristas, y así insistió, bombardeó constantemente con ello. Todo lo que les está pasando es porque ustedes escucharon a los subversivos. A alguna gente se le metió eso en la cabeza. Corríamos un riesgo tremendo. El pueblo es otra selva. Estamos hablando de Tumulché, Tolomché, Chiché, Zacualpa, todas partes de Quiché.

Nosotros por nuestra parte insistíamos en que lo que acontecía, es decir, las masacres no eran una casualidad, recurriamos a la historia. Lo de la Embajada de España era reciente, explicábamos que esto obedeció a tal cosa y no como les están diciendo, es porque ellos defienden sus intereses en contra de los nuestros. Dábamos a conocer la tenencia de la tierra y cómo la habían adquirido quienes ahora la tienen. Además, era evidente, allí estaba la finca de los Herrera Ibargüen. Allí tenían varias fincas de mozos, que es como tener una finca de ganado, sólo que en lugar de ganado era gente que la tenía a mano para llevarlos a sus fincas de la Costa Sur. No estábamos hablando en chino ni de otro mundo, si no de su mundo. Pero a pesar de eso no dejaba de calar en la conciencia y el corazón de la gente lo que bombardeaba el ejército. Lo bueno es que el ejército dice una cosa y hace otra. Eso ayudaba a la gente a darse cuenta que era una completa mentira.

La vida en el FACS no sólo no fue tan fructífera, sino que yo sentía que el peligro y acecho era demasiado fuerte por lo que pedí mi traslado a la zona donde estaba el conflicto en su apogeo. Yo pensaba “esta vida la tengo de ganancia y la tengo que utilizar lo mejor posible para la revolución”.

El hecho de haber pedido mi traslado era porque veía que mi vida no era muy útil en el Augusto César Sandino, y había que darla al máximo en otros lugares y pensaba que esos lugares eran donde había enfrentamientos. Ho Chi Minh era el Frente que más sonaba. Uno quiere estar en el teatro de las operaciones. También porque veía -otra vez- lo que la gente sentía, hay que recordar que soy del pueblo. Las acciones militares llevadas a cabo en el Ho Chi Minh constituían una esperanza, se estaba combatiendo a la fuerza principal del Estado represor, del Estado excluyente. Cuando alguien está entregado a una causa quiere verla realizada hasta las últimas consecuencias. Mis ilusiones no estaban en el FACS a pesar de que estábamos al lado de este querido pueblo, pero no le veía allí perspectivas a la revolución, sino donde estaban las acciones más importantes.

De esa cuenta pedí subir al frente guerrillero Ho Chi Minh, en el Ixcán. Mi pequeño hijo Selvin dijo no sentirse bien en que yo fuera sólo, sino que quiso acompañarme a este nuevo frente guerrillero. Pedimos entonces nuestro traslado al frente Ho Chi Minh a finales de 1983 y en 1984 ya sabía que se me habían concedido el privilegio de estar en uno de los frentes guerrilleros donde la guerra estaba caliente.

No estoy bien claro si fue a finales de 1983 o de 1984 que nos despedimos de la familia. La organización nos ubicó en Pixabaj para estar junto a ella. Yo andaba con seguridad en ese entonces. Estuve esos últimos meses con la familia porque el proyecto era sacarla, ya que era imposible resistir. Las patrullas civiles habían sido infiltradas, ya no se podía vivir clandestinamente con mi familia. Por lo tanto, pensamos en el traslado a Los Altos, Totonicapán o a Quetzaltenango. Yo no sabía exactamente dónde iba a parar. Era lógico no saberlo. Lo primero que pregunta el enemigo

es por la familia y por los demás cercanos a ella. Por lo tanto, estuve de acuerdo en no saber el lugar exacto donde se iba a ubicar a mi familia. Lo cierto es que llegó el momento, la despedida desgarradora de mi familia y mis hijos pequeños, estoy hablando de Chema, Pancho, Tita, Chiqui, Vicky, que eran pequeñas y andaban juntos con su mamá, María Zacarías. Solamente las fui a encaminar a unos cien metros de la carretera rumbo a Totonicapán o a Xela. Me di cuenta que se subieron a un pick up y hasta allí. Hasta finales de 1991 nos volvimos a ver en México.

32. CAMINO A LA FRONTERA CON MÉXICO

El traslado al Frente Ho Chi Minh fue temerario. La primera caminata comenzó un 3 de septiembre. Llegamos a la orilla de río Blanco, por Zacapulas, y luego a Chiché, por la jurisdicción de la finca Choacorrall. Por los rumbos del Llano Grande, El Jocote, más al norte de Zacapulas, sufrimos un ataque nocturno. La columna era de más o menos quince personas, y una seguridad de unas seis. Fue terrible porque no conocíamos el terreno. Había que salvar la vida a como diera lugar. Cada quien se tiró donde pudo, pero la balacera siguió y nos tuvimos que mantener contra el piso. ¿Y mi hijo!? No estaba a mi lado, sólo otro compañero. Pasó el tiempo, dos horas, tres horas, y nada. Después del ataque una persona muy hábil logró ir a contactar a los compañeros dispersos. Por supuesto, ya no seguimos adelante. Regresamos al campamento de donde habíamos salido. Estamos hablando unas cinco horas de camino. Sólo un compañero no aparecía, y el riesgo era que no conociera el lugar del que salimos. Mientras tanto se dejó una persona en

el lugar por si aparecía. Efectivamente, amaneciendo apareció el compañero perdido. Y se tomó la decisión de regresar otra vez al Distrito Maya, que era el lugar más seguro para el movimiento guerrillero. Regresamos nuevamente al lugar en octubre, habría sido el 25 que estábamos de regreso en el Distrito Maya. Estuvimos hasta el mes de diciembre cuando hicimos el segundo intento.

Salimos un 16 de diciembre de nuevo al Ho Chi Minh. Una travesía muy hermosa, llena de peligro, pero de muy ricas experiencias. De noche, de día, hay que esconderse como se puede, porque hay lugares que son descampados. Había un río hondo y nos quedamos tres días esperando a que bajara. Hasta la noche del cuarto día lo atravesamos. Las caminatas eran agotadoras. Pero al llegar el amanecer acampamos y a tomar nuestro pinol.¹ ¿Cuál era nuestra comida? Pinol, un poco de agua y azúcar.

Ya en el Ho Chi Minh llegamos a finales de enero. Recuerdo que en la toma de posesión de Vinicio Cerezo estábamos en esa caminata.² Ya se puede imaginar que la Nochebuena y el Año Nuevo nos la pasamos caminando metidos en las montañas de Joyabaj. De tierras templadas a tierras terriblemente frías. Con traslados de esa naturaleza, muchos compañeros valiosos y jóvenes cayeron en el intento. Recuerdo ahora a tres compañeros, jovencitos, deseosos de participar en la revolución, de la aldea de donde éramos, del primer centro de Xatinap, en 1989 cayeron y nunca jamás aparecieron.

En el primer intento mi hijo, los demás y yo que íbamos en calidad de trasladados, no íbamos armados. Ignoro las razones. En

¹ El pinol es un refresco a base de masa de maíz. [RVE].

² Vinicio Cerezo, presidenciable de la Democracia Cristiana, tomó posesión el 14 de enero de 1986. [RVE].

el segundo intento pedimos que nos dieran armas y argumentamos que nos había atacado el ejército. Tanto a Selvin como a mí nos dieron armas, cortas, pero teníamos. Íbamos preparados para cualquier cosa cuando menos caer combatiendo. Ese es el anhelo de un combatiente cuando está en esas condiciones.

En el Ho Chi Minh me encontré a mi hija María del Rosario, que tenía como seudónimo Elisa Maribel. Ella estaba alzada en ese frente y ya sabía que íbamos a llegar. Allí estuvimos otros dos meses. Según yo, nos íbamos a quedar ahí, ese era el anhelo, pero nos dijeron que teníamos que ir a una actividad durante seis meses en territorio mexicano. Se trataba de la Escuela Nacional de Cuadros Antonio Fernández Izaguirre (AFI).

La travesía de todo el Ho Chi Minh fue a través de la Sierra de los Cuchumatanes. Una cosa tremenda con un grandísimo esfuerzo. En esa travesía nos fuimos encontrando con población en resistencia. Era la primera vez que me encontraba con comunidades, con población civil. Ésta no estaba enmontañada pero sí fuera del control de ejército. Estoy hablando de la población de Nebaj, Chajul y Cotzal, que son las llamadas Comunidades de Población en Resistencia de la Sierra. Estuvimos allí con ellos compartiendo un poco, a la par de las estructuras militares del EGP. Aunque en el caso del Frente Ho Chi Minh las estructuras militares eran mucho más estrictas. Por esto estaban, no digo más aisladas, sino compartimentadas respecto a la población. La población allá no tuvo las características de la población en resistencia de la selva, en Ixcán. Las poblaciones no estaban enmontañadas, estaban en sus casas, o en casas desocupadas. Cuando la gente escuchaba del ejército, rápido iba a esconderse, pero nunca estuvieron tiempo prolongado fuera de sus casas. Un día, medio día, a lo mucho dos días, y luego

regresaban. Cuando el ejército arrasaba con todo, lo que quedaba entonces le servía a la población movilizada.

Una de las características de estas comunidades es que en estos lugares se hacía mercado, donde vendían frutas, granos, y otras cosas. Debo decir que en las comunidades en resistencia del Ho Chi Minh no había la cantidad de recursos que había en las CPR de Ixcán. Por ejemplo, en la Sierra no había sal. Tampoco había hilo, agujas, botas, sino que era una condición muy precaria. Por ponerle un ejemplo, una libra de sal costaba 32 quetzales. Una onza costaba, por ende, dos quetzales. ¿Y cómo era que adquirían estos comerciantes estos productos, sobre todo la sal, que es tan importante? Pues lo que hacían era entrar clandestinamente a los pueblos, ya sea a Nebaj, Chajul o Cotzal, principalmente, y allí compraban en poquito y lo llevaban a los lugares donde la gente estaba en resistencia. Entonces se hacían esos mercaditos.

Siguiendo con los precios, una aguja costaba un quetzal con cincuenta centavos. Su precio normal era un centavo, o dos centavos, cuando mucho. Un conito de hilo si mucho le llegaba a costar cinco centavos de quetzal, mientras en los mercaditos de la Sierra tenía el precio de dos quetzales. Y estos artículos eran sumamente necesarios, en esas condiciones la ropa se iba desgastando rápidamente.

Los comerciantes eran de las mismas comunidades. Mucho se dijo después, que estos comerciantes hicieron mucha plata. Y con el tiempo llegaron a tener hasta camiones. Pero claro, esto habrá que investigarlo.

Al intentar digerir la comida era sumamente difícil hacerlo por la falta de sal. Yo sufrí mucho porque simplemente no pude comer. Nunca me acostumbré. Nosotros, como población en armas, llevábamos sal en nuestras mochilas, pero daba pena usarla con

la gente que no la tenía. Entonces, por cuestión de solidaridad, ya que llevábamos tan poquita, decidíamos no usarla porque no había para todos.

Creo que nos llevó cuatro días salir del último campamento en el que estábamos de las CPR de la Sierra para bajar a la selva del Ixcán. Una cosa muy difícil. Las pendientes que uno se encuentra son muy pronunciadas. Obviamente, no hay carreteras, lo que había eran veredas, y ni siquiera transitadas constantemente ya que el traslado era clandestino. No se podían usar los caminos usuales, ni andar así a las claras. Entonces llegamos a un lugar que se llama Tocolá, antes de atravesar el río Xalbal. Esto sería más o menos entre lo que actualmente es Xalbal y Valle de Candelaria I. Allí estuvimos con los compañeros alrededor de ocho días hasta que se recibieron condiciones para atravesar el río.

El ejército sabía que ese paso era el único, por lo que constantemente patrullaba el área. Nuestro destino no era ése, había que seguir. Esta patrulla nos encaminó y nos pasó el río Xalbal. Allí fue el traslado de día, con mucho cuidado por la aviación, ya que si nos divisaban era un riesgo bastante grande.

Una vez que llegamos, a quitarse la ropa y a tirarse a la hamaca. La felicidad duró menos de medio minuto porque al rato estábamos llenos de zancudos y de un mosquito que le llaman el chaquiste. No se podía hacer nada, por lo que no fue una noche de descanso, como nos veníamos preparando.

Continuamos la caminata un día más y llegamos a la primera comunidad de CPR-Ixcán, que se llamaba Pinitos. Cabalmente de Pinitos era la que hoy es mi compañera, María. Pero por supuesto, en esa primera oportunidad yo no la vi allí. Después supe que ella era de esa comunidad.

Allí nos recibieron con mucho entusiasmo, con mucho cariño, nos ofrecieron banano, tamalitos, yerbitas con sal, en fin, era una cosa distinta.

La situación de las viviendas era sumamente precaria. Eran casas provisionales, champas, no eran viviendas formales porque en cualquier momento se tenían que dejar por la llegada del ejército. Si había urgencias, se retiraban, llegaban a un lugar seguro y armaban de nuevo su champita. Lo que sobraba en ese entonces era madera, eso sí sobraba. Manaque, es la hoja de un árbol parecido al de coco y sus hojas sirven muy bien para hacer el techo.

De allí seguimos camino a un lugar que le llamaban Limones, un campamento de CPR también. Allí estuvimos un día, y lo mismo. El entusiasmo y la solidaridad de la gente me impactaron enormemente.

El estado físico de la gente era distinto. Yo estaba acostumbrado a ver gente de tierra fría, chapuda, con color, y cuando llegué al Ixcán vi gente casi verde. En mi mente, en mi cabeza, yo dije, “¿y esa es la gente que va a hacer la guerra? Ay Dios”. Yo empecé a subestimarla. Eso no lo comenté con nadie, sólo lo tenía en la mente. Tiempo después esa lástima se volvió en contra mía porque eran hombres y mujeres tremendamente fuertes. Lo de la palidez era por la falta de sol, pero eran hombres y mujeres curtidos por su experiencia política.

Seguimos camino a las CPR, en un campamento llamado Menchú. Allí estuvimos bastante tiempo, yo diría que unos dos meses. Fue hasta que nos movieron otro tanto, siempre buscando el norte, y nos ubicaron en un campamento que se llamaba Chiquimula. Allí pasamos la Semana Santa de 1986.

En el campamento Menchú nos encontramos con dos familias k'iche'. En las CPR era raro encontrar familias k'iche'. No había.

Estoy hablando de las CPR, más al norte, porque las de Santa María Tzejá, que en su mayoría salieron al refugio, sí son k'iche'. En este campamento entonces nos encontramos con estas familias y nos quedamos haciendo amistad con ellas. Al llegar al otro campamento, al Chiquimula, nos encontramos con descendientes kaqchikeles, que son cercanos a los k'iche'. Entendemos más o menos el idioma y las costumbres. Las señoras, cabalmente una de ellas vive en Primavera del Ixcán, se llama doña Juliana Tun, fue una de las que nos recibió con mucho cariño, nos atendía, y nos hizo pasar una buena Semana Santa. Fue muy grato el momento que compartieron con nosotros. Acostumbrados —aún en el FACS— a hacer algo especial para estas fechas, en la CPR no había nada de eso. Sin embargo, las familias kaqchikeles sí llevaron sus costumbres. El Viernes Santo de ese año nos convidaron un almuercito de huevo torta con chirmolito, frijol blanco, y otras cosas. Era una comida especialísima.

Pocos días después de la festividad nos trasladamos a la escuela de formación Fernando Izaguirre. Esta escuela funcionaba por tandas. Se organizaba una de compañeras y compañeros, terminaba, y luego se organizaba otra. La escuela estaba ubicada en territorio mexicano. Antes de atravesar la frontera, iba ya sólo con mi hijo; María del Rosario, la hija que nos había acompañado, se había ido al exterior a trabajar asuntos del CUC, específicamente la reconstrucción de la organización.

Antes de llegar a la AFI, ya habría sido como abril, nos ubicaron en uno de los lugares de la frontera, que más tarde sería famoso por los bombardeos que sufrió en el año de 1988. Este campamento estaba ubicado en el área de lo que hoy es Cuarto Pueblo, muy pegado a la frontera con México.

En un punto cercano a la frontera hay una brecha que divide al país. Pasando ese punto estaba ubicada la escuela, en lo que hoy es

la Selva Lacandona. Yo creo que nos llevó cosa de un día llegar al campamento. Llegamos a fines de abril de 1986 y estuvimos hasta septiembre de ese mismo año. Y una vez terminada la escuela, ésta se trasladó a territorio guatemalteco. Nosotros estuvimos seis meses porque en algunos momentos se interrumpió la escuela por emergencias.

La escuela era parte del EGP. Este curso estaba a cargo del Equipo de Formación Política (Efop). Uno de los compañeros, ahora recuerdo, era Gallardo, cuyo nombre legal era Juan Betancourt. La gente que participó en la escuela procedía de varios lugares, inclusive de México. Hay que recordar que en México había una base muy fuerte del EGP, bases de refugiados y cuadros de logística.

En esos meses recibimos formación política y militar: entrenamiento básico en lo militar, el manejo y el desarme de las armas, los distintos tipos de armas que existen, además de la disciplina militar. Pero también las tácticas, la estrategia y lo político-ideológico. Aunque eso se estudia desde el momento en que uno se incorpora a la organización, pero en la AFI se desarrollan en profundidad los principios por los que se regía el EGP. Estas son acciones, principios, características propias de cada organización. La preparación militar era básica, lo cual implicaba hacer simulacros de tomas, de un combate de noche, uno de día, uno sobre un río. Todos los escenarios posibles que pueda haber. Por ejemplo, una retirada en la que no se deje huella alguna. Toda la amplia gama básica militar se desarrollaba en la escuela.

La formación no era sólo una cuestión teórica y militar, incluía desde el aporte en la cocina y en la vigilancia, y la calidad humana en la relación con los compañeros. Todo ello formaba parte de la formación política-ideológica de la escuela.

Las tareas iban desde cocinar, recoger leña, y hacer champas. También pasando por la necesaria disciplina que todo revolucionario debe asumir. Un horario rígido. Cuando digo horario rígido, si la levantada es a las 5 es a las 5, el desayuno a las 6 a las 6.

La formación político-ideológica se manifiesta y se debía manifestar en el quehacer diario. Éste significaba hacer posta, un tipo de vigilancia alrededor del campamento; significaba hacer una ronda alrededor del campamento, tres kilómetros a la cuadra. Implicaba cumplir esas tareas, conozcás o no la selva, porque estás aprendiendo.

Esas actividades nos tocaban a todos. En la cocina también se manifestaba el amor por lo que estábamos haciendo. ¿En qué consistía la comida? Arroz y un atol hecho de maíz, que no es de nixtamal. También frijol, cuando había, hierba, palmito, y lo que sí no faltaban eran los tamalitos de maíz. En los tamalitos se esmeraba uno por batir bien la masa, ya que no era una masa cocida. Hay quienes nada más ven que comienzan a hervir y ya, a sacarlos. Nosotros tratábamos de tomarnos nuestro tiempo. Esperábamos, así, hasta que el atol quedara bien espesito y sabroso, para que nuestros compañeros se sintieran felices tomando su vaso de atol. Nos tocaba cada semana, si no estoy mal los domingos en la noche, tomar arroz con leche. Aquello era todo un acontecimiento. El atol se dejaba cocer por diez o quince minutos, pero no al gusto. A algunos nos gustaba servir a los compañeros como se lo merecían, entonces le dábamos muchas vueltas al atol. Le dábamos vuelta y vuelta hasta que se espesara. Los compañeros preguntaban ¿qué le echaste al atol? Tres onzas de cariño y una onza de responsabilidad. Eso es todo lo que le echamos. En ese tipo de cosas se iba manifestando el cariño por lo que estábamos haciendo, y en ese

sentido se daban los reconocimientos que eran simbólicos, de carácter moral.

Selvin fue dos veces abanderado de la escuela. En un ejercicio militar a él le tocó tener los ojos vendados y escuchar pasos y olores. Fue por azar y a mí me tocó ser el que iba a encontrarlo, o más bien a fregarlo. El simulacro se hace en un área abierta: uno comienza a caminar lo más sigiloso posible, la otra parte no lo sabe porque está vendado y con su arma trata de detectar al enemigo. A mí me echaron una loción, y ya cuando me iba acercando, él percibió el olor. Cuando uno se concentra en algo logra captar lo que a simple vista no es capaz. Selvin captó el olor antes que el ruido como a unos cinco metros.

A mí me tocó, por suerte, ser abanderado en una ocasión, pero resalto lo de mi hijo, quien recibió el reconocimiento dos veces. Era la primera vez en la historia de la escuela que un alumno era seleccionado como abanderado más de una vez.

Terminada la escuela, nos tocó trasladarnos con todo y escuela a territorio guatemalteco. Eso fue en septiembre de 1986. Se nos dejó en un punto, y la escuela agarró su rumbo. Entonces nos trasladamos de nuevo a la selva del Ixcán.

33. CPR-IXCÁN

Ante la presión de miles de campesinos que tenían poquísima tierra, y ésta ya no daba para el sustento de maíz y frijol para el año, o no tenían nada, se trató de buscar nuevos horizontes. Así es como en tiempos de los abuelos se comenzó a hablar, allá a lo lejos, del Ixcán. Esa idea corría por allá en tierra fría, por Quiché, por Huehuetenango, en fin, por las tierras altas de Guatemala. Se veía eso como una esperanza, aunque un poco lejana para algunos, para resolver el problema de la tierra. De esa cuenta que las primeras familias que llegaron al Ixcán en los setenta fueron de Huehuetenango.

Hay quienes dicen que desde hace cien años, por ejemplo, en la parte sur de lo que hoy es el municipio de Ixcán, ya había gente. Sobre todo en la parte que se llama la tierra de Chinique. Esta tierra fue cedida a milicianos de ese municipio seguramente en alguna guerra de los presidentes liberales, tal vez Barrios o Reyna Barrios. Unos cuantos se animaron a venir y otros nunca conocieron el lugar. Por eso se dice que hace cien años ya había gente por

acá. Y también había hermanos q'eqchi' que, años después, fueron tomando posesión de estas tierras, sin saber que los chiniquenses eran dueños de ellas.

Pero también en el occidente del municipio, que es ahora la microrregión IV, había una que otra familia, de milicianos, sólo que ahora es parte del municipio de Chiantla, y también les dieron posesión, aunque una que otra familia se vino. Por allá en los años cincuenta se atrevieron a venir.

Pero los procesos más fuertes de migración hacia el Ixcán se dieron en los años sesenta y todo el setenta. Los primeros en llegar al lugar fueron familias de Huehuetenango apoyadas por la Diócesis de ese mismo departamento, por los Maryknoll principalmente.¹ Y se ubicaron en lo que hoy es Xalbal, Mayaland, y que más tarde se llamó Ixcán Grande. Mientras que por el lado de familias k'iche' y algunas familias ladinas, más que todo de Joyabaj, Chinique, y otros lugares, se juntaron alrededor del proyecto de la Diócesis del Quiché. Entraron a un proyecto que se llamó de la Zona Reina. Este proyecto lo coordinó por muchísimo tiempo, y hasta el momento todavía viene por estos rumbos, el padre Luis Gurriarán. Él, después de tantos trabajos de ver terrenos, de juntar gente de los varios municipios de Quiché, comenzó a venir con gente a las tierras de la zona de lo que se llamó Ixcán

¹ La orden Maryknoll, que daba atención a la Diócesis de Huehuetenango, comenzó a negociar con el Instituto Nacional de Transformación Agraria (INTA) para recibir autorización y poder colonizar las tierras nacionales que se encontraban entre los ríos Xalbal e Ixcán. Charles Strauss, *Catholicism, Central America, and United States politics during the Cold War, 1943-1988*, 2011 (Tesis de doctorado, Universidad de Notre Dame); Gema Suárez de Galgami, *De la montaña al claro. Experiencia educativa de la Comunidad Primavera del Ixcán*, 2004 (Tesis Universidad de Granada), p. 10. Área que sería conocida como Ixcán Grande. [RVE].

Chiquito. Esto abarca Santa María Tzejá, Santa María Dolores, Valle I y Valle II. Entonces se ubicaron muchas familias de Quiché, coordinadas por el proyecto diocesano de Quiché, para venir a tomar posesión de tierras vírgenes en esa zona que le digo. Allí formaron una cooperativa que todavía existe y se llama Cooperativa Santa María Tzejá.² Y también las familias que vinieron de Huehuetenango que forman la Cooperativa de Ixcán Grande que abarcaba —porque ahora ya no se organizan así— la cooperativa de Cuarto Pueblo, Xalbal, Mayaland, Los Ángeles, y la de Pueblo Nuevo. Estas cinco cooperativas se constituyeron en la cooperativa de Ixcán Grande.

Se fueron, tomaron posesión de las tierras y se parcelaron. Hubo todo un gran proyecto de urbanización de las cabeceras de las cooperativas, y hay un desarrollo creciente en los años setenta. Pero con el inicio de la represión aquí en Ixcán, la gente comenzó a ser perseguida, se vio obligada a abandonar sus tierras de manera masiva, y muchos llegaron a México.

Se sabe de cierta relación clandestina de las cooperativas con el EGP por esos años. Había contactos con personas sobresalientes de la cooperativa, pero nunca fue institucional. Esa fue la relación, no pasó a más para no comprometer a la población.

Cuando se dieron las masacres en el Ixcán, yo estaba en el Frente César Augusto Sandino, en el sur de Quiché. Al mismo tiempo, había masacres en Chiché, Zacualpa, Quiché. Entendíamos bien las masacres que se estaban dando en Ixcán, porque nosotros las estábamos viviendo desde las tierras frías. Más coraje para quienes

² Sobre el caso de Santa María Tzejá, puede revisarse el trabajo de Clark Taylor, *El retorno de los refugiados guatemaltecos: reconstruyendo el tejido social*, trad. de Lourdes Penados, Guatemala, Flacso, 2002. [RVE].

teníamos la posibilidad de defendernos. En el corazón de la gente, que estaba indefensa, yo no podría decir qué sentían. Seguramente un terror, porque igual el ejército se ensañó con la población civil. Pero ponerse en el zapato de la gente que no podía más que correr o meterse en un refugio, cuál sería su sentimiento, no sé, habría que platicar con ellos. Nosotros que podíamos defendernos sentíamos un tremendo coraje, y con más ganas de combatir. Con más ganas de que la guerra avanzara.

Aquí en Ixcán, lo mismo. Es que en el Ixcán había más posibilidades de combate, no tanto por la menor presencia del ejército, sino porque las condiciones del terreno y la preparación militar de los combatientes, eran adecuadas. Y repito, las condiciones geográficas del terreno eran tremendamente favorables a la guerrilla. Los soldados venían y no sabían dónde estaban. Mientras que la guerrilla conocía la selva como la palma de su mano.

Pero retomemos, las cooperativas se deshicieron prácticamente en 1981 y 1982, y se desarticularon completamente. Dejaron de funcionar como cooperativas y la mayoría de la gente salió al refugio. Otras familias se quedaron en las montañas, que luego se convirtieron en Comunidades de Población en Resistencia. Otras tantas familias se regresaron a sus tierras de origen temporalmente. Hubo familias que se fueron por su cuenta a refugiarse a la capital. Otro tanto no se fue y se hizo PAC. Aunque hay que decir que de la gente de las cooperativas no se quedaron bajo el control del ejército.

Más tarde en el refugio, seguramente con un trabajo más fino del ejército, se logró formar un grupo de lo que después llamaron repatriados. La categoría que se dio a las familias de campamentos de refugiados ubicados en México al regresar a Guatemala fue la de retornados. En cambio, los regresos organizados por el ejército se

llamaban repatriados, y comenzó antes. Los primeros fueron en 1985, y siguió todavía en 1988, en plena ofensiva, y seguía llegando gente con engaños. El ejército le decía a la gente que regresara, que no había guerra, y ya cuando estaba acá... la guerra. El ejército quería a gente que les apoyara, como parapeto, pero también para formar las patrullas civiles. De éstas hubo en todo Ixcán, a excepción obviamente de las CPR.

Mis primeras impresiones de las CPR son de gente muy solidaria, que físicamente no presentaba las mejores condiciones, sin embargo, era un prejuicio mío que se desvaneció poco tiempo después al regreso del curso de formación. Al volver, nosotros salíamos a trabajar también a la par de ellos. Y allí es cuando me di cuenta del espíritu de esta gente. Allí fue cuando mis prejuicios se hicieron trizas. Aquellos con un quintal de maíz corrían a trote, desde un lugar bastante lejos. No era allí nomás, es cosa de dos horas desde donde están las trojas hasta donde hay que ir a dejar el maíz. Allí me di cuenta de la fortaleza física, increíble, de esta gente... verde. Estos eran hombres y mujeres de bronce, muy, pero muy fuertes. Muy preparados físicamente.

Después al rescatar las luchas de nuestro pueblo se dice que en la época de la invasión española, los mames, los kaqchikeles, los k'iche', por Chichicastenango, tuvieron experiencias de vivir de forma nómada en las montañas. Se dice que hubo experiencias de esa clase.⁵ Lo que ya se registra con una lucha más clara contra el Estado guatemalteco y su ejército, es esto que se dio aquí en el

⁵ Se refiere a la rebelión de los kaqchikeles ante los españoles por un periodo de casi quince años. El relato, por los mismos kaqchikeles, se encuentra en Simón Otzoy, *Memorial de Sololá*, Guatemala, Comisión Interuniversitaria de Conmemoración del Quinto Centenario del Descubrimiento de América, 1999. [RVE].

Ixcán. Hasta la fecha yo mismo me considero CPR. Las familias se consideran CPR. Es una verdadera escuela, un verdadero aprendizaje de cómo una población está decidida a luchar por lo que quiere y sobrevive.

Todo en las CPR era en colectivo. Eso de saber compartir fue una cosa muy hermosa. Eso se me clavó a mí en el corazón. Me ganó el corazón. No había cosa que no compartiera la gente con uno. Había una comunidad que la llamábamos Maravilla, quedaba cerca de las playas del río Xalbal, pegado hoy a San Lucas, y producía plátano por la libre. Cada vez que pasábamos allí decían: “compañeros lleven todo lo que puedan”. Nos daban un vaso de atol y lo que tuvieran a mano.

Eso fue lo que a mí también me resucitó, una segunda resurrección. Aquí me vine a ser hombre de nuevo. Por eso me quedé y por eso me voy a quedar. La CPR me dio nueva vida y nueva familia también.

Al llegar ya en definitiva a trabajar en las CPR, las comunidades ya estaban muy bien organizadas. Hay que tomar en cuenta que las CPR en la época de las masacres de tierra arrasada no existían. La organización revolucionaria no tenía pensado que eso sucediera. Se dio un gran desconcierto. Lo cierto era que había que defender y salvar la vida, por lo que la gente se fue a “enmontañar”. Hubo un tiempo en que por la falta de experiencia hubo gente que cayó, pero todavía no había CPR. Éstas se formaron oficialmente a finales de 1983, cuando se dio una primera gran asamblea y se formó el primer Comité de Parcelarios del Ixcán (CPI). En diciembre de 1983 y en 1984 se formaron las CPR y se creó este órgano de dirección.

Esa es otra característica que yo no había visto al inicio. Era una organización extraordinaria. Estaba la comisión de producción, los

encargados de la seguridad y los encargados de la organización. Cada comunidad tenía su comité, y éste era el que gobernaba casi todo. Tenía el control de la seguridad, de la producción, tenía el control de los recursos. Por ejemplo, algo que caracteriza a las CPR Ixcán es que tuvo sus recursos como las botas, que son artículos imprescindibles en la selva. No se puede vivir sin ellas. Aunque muchas mujeres aguantaron con sus caites, pero la mayoría tenía botas. Que si bien es cierto que tenías un par de botas para determinado tiempo, tenías que cuidarlas, si se rompían se tenían que remendar. Allí fue donde aprendí a remendar botas de hule. Se arreglan con otro pedazo de hule y con fuego. Era realmente toda una experiencia. La ropa, también. Así, era una muda en la mochila y otra puesta, pero siempre hubo ropa. En tanto que la característica de la CPR Ho Chi Minh (Sierra), no. Allí había una tremenda carencia de recursos.

Las de Ixcán se caracterizaron por su organización y por tener la solidaridad cercana de los refugiados. Porque los refugiados eran una fuente de logística muy importante. Si algo se ganó la CPR Ixcán fue la solidaridad de los hermanos internacionales y, por supuesto, de la Iglesia.

Entonces los recursos los distribuía de manera equitativa y justa el comité. Recordemos que el Comité de Emergencia de los Parcelarios de Ixcán, el CEPI, como se le llamó después, es como la cabeza, es el coordinador de las CPR. El CEPI se encargaba de obtener los recursos de México y de las organizaciones solidarias. Ellos tenían los contactos. Este comité de parcelarios tenía sus contactos directos con todos los comités comunitarios, y también tenía sus asambleas. No sólo era la asamblea general, que se hacía generalmente en diciembre, para elegir nuevos comités de parcelarios en la cabeza de cada comunidad. Se hacían también asambleas

frecuentes para dar organizaciones generales, para ver políticas de defensa, en fin, era una organización de defensa, en todo el sentido de la palabra. Dentro de cada comité comunitario había cuatro personas, y cada una era responsable de una de las ramas de organización y del contacto con el CEPL. Estos comités no son los Comités Clandestinos Locales, no es lo mismo. Éstas eran estructuras propias del EGP, y los comités eran de las comunidades.

Hubo alrededor de 38 comunidades, de aproximadamente 30 a 35 familias por comunidad. Pero este era el máximo por cada comunidad. No se podía realmente tener más, porque mover 100 familias no es lo mismo que mover 30. Era mucho más fácil la movilización, que constantemente había que hacerla por la presencia del ejército.

Cuando llegué a las CPR, la seguridad estaba muchísimo mejor que al inicio. Se aprendió a través de la experiencia de los primeros años. Cuentan los compañeros que al inicio el ejército hizo un daño significativo a sus comunidades. La seguridad era entonces una cuestión prioritaria. Seguridad alrededor del campamento, que en esa época equivale a decir comunidad, donde se hacía una ronda en un área más o menos distante para detectar incursiones del ejército. Y los campamentos de la guerrilla, por supuesto, hacían lo mismo. Por lo tanto, había una vigilancia, un control del terreno, todo el día. Esa era la prioridad. Además, estaba la vigilancia tipo posta, en varios puntos alrededor de la comunidad.

En general, con la seguridad el comité estaba vigilante ante cualquier ruido y monitoreaba cualquier tipo de aparato aéreo. La ropa, por ejemplo, había que secarla, y había que buscar un espacio donde el sol le diera. Cuando se oían ruidos a lo lejos, era porque la ropa había que recogerla inmediatamente para no dar pistas. Pero aun así, hubo errores en algunas de las comunidades.

Cuando había una emergencia, las embarazadas eran las primeras en salir, los ancianos y los niños igual. Si había un bombardeo, cada comunidad, y después cada familia, tenía un refugio antiaéreo. Los primeros en meterse en los refugios eran las mujeres. Éstos eran hoyos profundos tapados con troncos muy fuertes. Tenían su autodefensa las comunidades.

Al ir a la siembra, había que poner vigilancia en puntos especiales donde se podía observar la proximidad de tropas del ejército. Se daba el aviso para que se realizara la retirada. Hubo una que otra oportunidad en que los trabajadores fueron sorprendidos por el ejército, pero por suerte no hubo bajas. Pero digamos que todo estaba muy vigilado.

Las cosechas se tardaban, en total, es decir, todo el proceso, alrededor de tres meses y medio. Primero se iba al guataleo, que es bajar la montaña, limpiar el terreno para poder sembrar. Se hacía ese trabajo y después la quema. Una vez quemada se hacía la siembra, y allí se quedaba un tiempo. Eran terrenos enormes, no era un pedacito sino que era hasta cien cuerdas. Esto en cada comunidad. Seguramente cuando los helicópteros volaban por arriba se veían los sembradíos y la milpa por todos lados, pero ¿dónde estaban las comunidades? Nadie sabía.

La gente obviamente se regresaba a su comunidad. Nunca se vigiló la siembra. A lo más que se llegó en los sembraderos fue a poner trampas. Si el ejército entraba, que no lo hiciera impunemente. Se hacían unos hoyos grandes, abajo se echaban púas y se cubrían muy bien. Es a lo más que se llegó. La producción se dejaba allí y los trabajadores se regresaban a los campamentos donde había otro sinfín de actividades.

Después de la siembra se hacía el trabajo de la tapisca, que es desgranar la mazorca. Pero se tapisca no totalmente, sino sólo

una parte. La experiencia demostró que si el ejército encontraba una troja, se le facilitaba más quemarla. En tanto que quemar o machetear todo un sembradío le llevaba más tiempo. Pero también destruyó muchas veces las trojas donde guardábamos el maíz. Entonces no se tapiscaba todo, sino una parte, y esa parte se iba a traer de a poco. A veces se aporreaba de una vez el maíz, y se traía a las comunidades. Allí es donde se demostraba una vez más la fuerza física de los compañeros, en un ratito aporrear el maíz y traerlo a las comunidades. Mientras tanto nosotros, ineptos con ese trabajo, nos tenían que ayudar a hacer nuestra parte. Sufrían bastante con nosotros los que desconocíamos esas tareas tan fuertes.

Todo el mundo sembraba sus hortalizas, su cebollín, su hierba, su frijol. Por cierto que el frijol se comenzó a sembrar masivamente hasta 1989. Antes era sólo hierba, yuca, carne de animal de monte. Coche de monte era por la libre, más bien era un tormento porque se comían la milpa. Los animalitos de monte eran enemigos de la producción, el pizote también se comía la milpa. Eran partidas escandalosas de pizotes, que terminaban siendo comida para la población. La producción de maíz era en colectivo, el frijol en colectivo, la hierba en colectivo. Por ejemplo, si se mataba un coche de monte o jabalí se repartía y alcanzaba perfectamente para el grupo, igual con la yuca y todo lo que se producía.

No hubo hambre, la comida siempre alcanzó, aún en las ofensivas más fuertes. En tanto en las comunidades del Ho Chi Minh dicen que sí pasaron muchas penas con el maíz. Acá no, acá se producía. Si el ejército botaba, sembrábamos más. Claro, hubo unas ideas que decían que no, no había que sembrar, para qué si viene el ejército y lo quema. Pero la mayoría de la gente decía que sí, que había que sembrar, es más, había que sembrar más. Si no, ¿qué se comía? Digamos que esa combatividad de las CPR del Ixcán fue

un sostén principal para el desarrollo de la guerra en el Ixcán. Se trataba de hacer todo lo posible, además, para no perder lo que ya se había sembrado. Cuando las comunidades eran asechadas por el ejército y eran obligadas a moverse, siempre trataron de buscar los sembradíos.

Recordemos que había otras cosas qué hacer en función de la guerra. El traslado de cuestiones para los combatientes, no solamente ropa sino también otro tipo de cuestiones. Allí la población colaboraba. Lo hacía de manera voluntaria porque era la defensa de su vida. Nunca se dijo: “Mirá, allí en tu carga traés tiros” o “allí en tu carga traés tal cosa”. No, porque eso no le tocaba saberlo a la población. Pero sí había cargas pesadas y se sentía que eran cosas de guerra. Todos sabían de lo que se trataba.

Esta carga se llevaba a través de los ríos. Porque la mayor parte de consumo venía por el río y se descargaba de noche. Era un trabajo tremendo todo lo que había que descargar. Yo asemejo la tarea de las CPR con el de las hormigas. Había que hacer toda esta faena para proveer a combatientes y población de varias cosas que no se producían localmente. Las CPR no producían sal, no producían azúcar, lo que daba la CPR a los combatientes era el maíz, y cuando se podía frijol también.

El ejército no tuvo la capacidad de desplegarse tan rápido de un lado a otro. Siempre tenía que moverse en fila india. Esto era sumamente limitante para ellos. Si chocaban alguna vez con un campamento era porque tenían una información concreta. Pero de allí a que haya tenido libertad de movilización, no la tuvo. Por tanto, las comunidades no se retiraban tan lejos de su abastecimiento. En los únicos momentos que estuvieron lejos de sus suministros fue en el '92 y en el '94. En Guatemala ya no había señas de guerra, sin embargo aquí sí. Y sólo fue una parte de las CPR, la

que estaba más al norte. Los compañeros tuvieron que entrar a territorio mexicano porque el ejército tenía la misión de destruir todo lo que sonara a CPR por la franja del norte.

Recordemos que entre las CPR y las Comisiones Permanentes para Refugiados había un convenio en el que se establecía que las CPR se quedarían en una franja de tierra en ese lugar, cerca de las cooperativas. Entonces pudo tener una relación entre esa ofensiva fortísima que desató el ejército y ese convenio. Aunque esto es una suposición mía.

Con la ofensiva la CPR de más al norte tuvo que salir hacia México, y entonces les quedó lejos su comida. Pero de todos modos en la noche se buscaba la comida en las trojas, o se iba a tapiscar, y ya se llevaba la comida. Y recuerdo que en algún momento la ONU a través del ACNUR⁴ llevó alimentación temporalmente en el lado de México. Pero normalmente la gente se mantuvo con sus propios esfuerzos.

Entonces estaba la organización política, la seguridad, la producción y también estaba la salud. En ella había un grupo de promotores que recibía frecuentemente talleres de formación por parte de compañeros de la organización guerrillera. Porque la organización sí tenía un aparato muy bien equipado que se llamaba Monibó, que era casi un hospital. Allí recibían su capacitación los y las promotoras para atender lo mínimo, lo más elemental de salud en cada comunidad.

Pero algo que caracterizó a las CPR fue que la prevención y la higiene fueron fundamentales. Eso fue básico para la salud. Porque más vale no enfermarse que estar tomando pastillas. Las y los compañeros de salud eran muy estrictos en todo. Cuando había algún enfermo se le daba su descanso y su lugar especial. Si había

⁴ Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados. [RVE].

emergencia se nombraba a alguien para que lo sacara. Los embarazos, igual. Allí se dieron, en la selva. Uno de mis hijos, Jacinto, él nació en 1992, cabal en esas condiciones. Él tenía tres días de nacido cuando hubo necesidad de evacuar la comunidad donde estábamos, un poco pegados a la frontera de México.

No podemos decir que había una autonomía absoluta de las Comunidades de Población en Resistencia. Eso era imposible. En un lugar de guerra, que cada quien hiciera por su cuenta lo que le diera la gana, no era posible. Las comunidades tenían su propio interés: la tierra. Muchos no teníamos ese interés porque no éramos de Ixcán, gente que vino de Barillas, de Piedras Blancas, que no se consideraban de Ixcán, pero que a la organización de la CPR sí la querían hasta la muerte. Eso es amor por la comunidad.

Es importante mencionar cómo se daban los vínculos entre las comunidades en resistencia y la guerrilla. ¿Qué apoyo directo recibían los comités de cada comunidad de parte del Koljós,⁵ órgano en el que yo estaba en un inicio? Este equipo era de la organización, y era un apoyo directo a las comunidades por medio del CEPI y directamente con los comités. Este grupo estaba compuesto por compañeros y compañeras del EGP que atendían directamente los asuntos de población, es decir, de las CPR, porque sí había una distinción bien clara entre población civil y combatientes. No era lo mismo. Sin embargo, para que tuvieran vida y orientación política e ideológica, este equipo se encargaba de atender estos problemas.

⁵ Los Koljós eran colectividades agrarias creadas por el Estado soviético durante la década de 1920, con el fin de organizar a los campesinos en granjas colectivas y no de manera individual, como se venían organizando. Edward Carr, *La revolución rusa. De Lenin a Stalin (1917-1929)*, Madrid, Alianza editores, 1981, p. 36. Es en memoria de estas entidades que el órgano bisagra del EGP con las comunidades recibió su nombre. [RVE].

Porque hay que decir una cosa. Todo grupo humano, políticamente organizado, que no se alimente con ideas y con información se le desmoraliza, pierde el norte y su conciencia. Si no se dan orientaciones de por qué rumbo debe ir la producción, qué debe hacerse, muy trabajadores serán, pero se necesita de la combinación de las cosas prácticas con otras cosas más a largo plazo.

Ese papel lo jugó el llamado Koljós, que era multidisciplinario. Había gente muy calificada en hacer planificación, gente muy preparada en la formación política, otra muy calificada en la cuestión de la producción. Éramos cinco personas. Es aquí donde le digo que nosotros no podíamos quedarnos mirando a la gente cómo trabajaba. Teníamos que dar el ejemplo con los hechos.

Nosotros no vivíamos dentro de los campamentos, vivíamos cerca de ellos. Pero no pertenecíamos a las CPR, era necesario hacer ver esa diferencia para no confundir. No por asunto de capricho o de superioridad, sino porque había distinción bien clara entre nosotros, gente armada de la organización revolucionaria, y población civil, tenía que hacerse. Esto no quiere decir que en las CPR hubiese gente que, de manera clandestina, estuviera comprometida con el EGP, pero es una cosa distinta. Allí podríamos hablar de los Comités Clandestinos Locales, los CCL, que a veces coincidían con los comités de cada comunidad. Había comunidades donde había uno o dos CCL. Repito, a veces coincidían las dos estructuras, pero no siempre. En otros lugares no se podía hacer eso, cuando hablaba del Distrito Maya también había CCL, que eran patrulleros civiles, pero allí para nada se podía decir esto, pero aquí sí se podía y se lo imaginaba la población. El comité de producción normalmente sí era CCL, porque la producción se veía de la manera más estratégica. Dejar de producir era un desastre, no se podía. Entonces sí, generalmente era CCL el que formaba parte del comité

de cada una de las comunidades, más que todo en la parte de la producción. En los CCL sí había que hablar claramente qué cosas había que hacer, qué cosas había que corregir.

Se sabía que nosotros éramos de la organización y la población lo reconocía plenamente. Sus asambleas las trabajábamos y preparábamos coordinadamente. En los informes los ayudábamos a darles forma. Naturalmente, cuando había incursiones del ejército la primera información nos llegaba a nosotros, y como la prioridad era la vida avisábamos a la población.

Nosotros manteníamos comunicaciones diarias, siempre diarias con el Estado Mayor del EGP. La coordinación la teníamos con la Coordinación Nacional de Organización (CNO), con ellos teníamos el vínculo directo, teníamos las orientaciones y llevamos el sentir de la gente. Éramos como la bisagra, recogíamos las aspiraciones de la gente, qué sentía, qué le molestaba, y lo mismo lo que la organización quisiera de la CPR. Ese vínculo éramos nosotros.

Nos dijeron que un año estaríamos destinados a esas tareas, sin embargo, pasó el tiempo y cuando estábamos próximos a salir llegó una contraorden porque el ejército estaba preparando una gran ofensiva en 1987. La ofensiva que nos interrumpió la salida duró una semana. Para mí, el plan inicial era regresar al Ho Chi Minh porque cuando pedí mi traslado fue a esa unidad. ¿Por qué? Porque allí estaba María del Rosario, mi hija. Pero resulta que esa ofensiva que se empezó en junio ya no nos permitió salir. En ese contexto los atrasos son distintos. Un atraso de un día puede equivaler a quedarse hasta tres o cuatro meses esperando otra oportunidad. Incluso pueden pasar años.

A esa ofensiva la llamó el ejército la “ofensiva final”, y se dio entre septiembre de 1987 y marzo de 1988.

34. LA OFENSIVA FINAL

En septiembre de 1987 se dio la mayor ofensiva vista en Guatemala sobre un territorio como el Ixcán.¹ El 27 de septiembre fue el primer ataque sorpresivo y traicionero del ejército, al incursionar por la parte sur de donde estaban situadas las CPR, es decir Mayalán y la parte sur de Pueblo Nuevo. Una incursión aérea de helicópteros, aviones pilatos A-37 hicieron un bombardeo pero tremendo. Éste comenzó como a eso de las cuatro de la tarde y

¹ Para 1987 el ejército lanzó la Ofensiva Final en el territorio del Ixcán, que fracasó en su anulación de las bases del EGP en el área. Mientras tanto, el gobierno de la Democracia Cristiana se embarcó por un lado en tímidas negociaciones con la Unidad Revolucionaria Nacional Guatemalteca (URNG) en Madrid, mientras recibía presión de los sectores más recalcitrantes, que realizaron dos intentos fallidos de golpes militares entre mayo de 1988 y mayo de 1989, véase Schirmer, *op. cit.*; Susanne Jonas, *De centauros y palomas: El proceso de paz guatemalteco*, Guatemala, Flacso, 2000, pp. 89-91; Miguel Ángel Sandoval, *El sueño de la paz*, Guatemala, F&G Editores, 2011, pp. 184-188. [RVE].

terminó aproximadamente una hora y media después. Al día siguiente comenzaron a penetrar fuerzas militares, principalmente infantería, en la parte sur, en la parte norte y en la parte sureste donde estaban ubicadas las CPR.

Las tropas entraron por el puente Xalbal, que ahora es la carretera que va hacia Mayalán. Tropas penetraron por la parte sur del lado de Mayalán y así entraron de varios lugares para aniquilar a la guerrilla. Según los planes del ejército esta ofensiva no duraría mucho, creían que la guerrilla estaba muy debilitada y no tenía mucha fuerza. Entraron 13 mil efectivos en un área tan pequeña como es el Ixcán. Entró con ese propósito de aniquilar, pero como ha sucedido en muchas guerras, una guerra se sabe cuándo comienza, pero no cuándo termina. Se empantanaron y no pudieron salir. Claro, nuestros combatientes y la población jugaron un papel heroico en esa ofensiva. Si bien el número de combatientes nuestros era poco, cada combatiente valía por treinta soldados. Su entrega y su capacidad de dominio superaban el número y armamento del ejército.

Recuerdo que en la Navidad y Año Nuevo de 1987, hubo combates fuertes y sí logró penetrar en territorio controlado por la guerrilla. De esa cuenta se ubicó un destacamento militar en Pueblo Nuevo, otro en Cuarto Pueblo, uno en el Puente Xalbal y uno más en Mónaco. Sin embargo, no pudieron accionar a sus anchas y fueron motivo de hostigamiento todo el tiempo. Al grado que el destacamento militar de Cuarto Pueblo quedó completamente aislado por aire y por tierra. Los compañeros lograron cercar el destacamento y cuando el ejército intentaba dejar la comida. Terminaron dejando caer su carga, que era comida, que más bien pasó a las manos de los combatientes del EGP.

Esa ofensiva ciertamente hizo sufrir a la población, pero bajas directamente fuertes no hubo. Creo que esta derrota militar fue

lo que hizo que se pensara seriamente en un proceso de diálogo. Porque se vio claramente que derrotar a la guerrilla por lo militar no era posible. Eso también lo menciona Gustavo Porras en su libro.² Derrotarla totalmente no hubiera sido posible porque como se encarnaba una aspiración auténtica del pueblo, entonces hubiéramos quedado unos cuantos defendiendo hasta el último cartucho ese anhelo.

De esa cuenta es que esa ofensiva prácticamente fue derrotada. El ejército llamó a este lugar el infierno del Ixcán y, efectivamente, fue un infierno para ellos. De aquí salieron soldados y oficiales embolsados. La ofensiva bajó de ritmo en marzo de 1988.

En el campamento de una de las comunidades de la CPR, Nueva Chiquimula, dos personas de la población cayeron por acción directa de esa ofensiva. Durante la ofensiva había constantemente sobrevuelo de aviones y helicópteros. En la CPR había una costumbre de cocinar de las 3 a las 5 de la mañana, inmediatamente se apagaba todo indicio de fuego porque si salía humo era señal de que había gente. Esa era una disciplina y con mayor razón durante la ofensiva militar. En ese día parece ser que más de alguna familia se levantó tarde. En esa mañana, la aviación empezó temprano a explorar y al detectar el humo, concentró allí el bombardeo. Lanzaron bombas por la libre. Unos jóvenes aterrorizados por el bombardeo salieron de la trinchera. Cundió el rumor que el ejército venía y la gente se confundió y estos dos patojos salieron y les cayeron esquirlas encima. Son los únicos que se registraron caídos por la acción de esa ofensiva.

² Gustavo Porras, *Las huellas de Guatemala*, Guatemala, F&G Editores, 2009. [RVE].

Nuestros combatientes aprendieron muchísimo, una autoestima increíble se vivió después de esa ofensiva. También es bueno saber que durante la ofensiva la población y los combatientes nunca dejaron de hacer fiestas. Había fiestas por cualquier motivo, aunque hubiera lodo nos amarrábamos las botas con bejuco y hacíamos nuestros bailes.

Los aprendizajes militares fueron importantes, aprendimos la posibilidad de dar golpes certeros sin que sufriéramos bajas. Además, conocíamos el terreno. En esa ofensiva se le entendió el verdadero valor de hacerlo. Basta con que una tropa no conociera que al lado había un barranco, donde había una navajuela fuerte —que es una planta que corta el cuerpo— para volverse una ventaja nuestra.

En esta ofensiva se hizo necesario que las comunidades se reorganizaran en grupos más grandes, pero siempre manteniendo su autonomía. Juntos, pero no revueltos. Su seguridad, digamos, era ahora combinada. Las comunidades ahora tenían que apoyarse en la seguridad desde diferentes lados. Y como ocupan un área más grande, el área que hay que vigilar se amplía. Lo mismo sucedía con la producción, cada comunidad seguía siendo encargada de su propia producción.

Durante la ofensiva hicimos cinco grandes grupos. Esa era cabalmente la importancia de la estrategia de parte de la organización. Las comunidades no tenían la visión amplia, mientras que la organización sí tenía esa perspectiva de lo que estaba pasando. Si las comunidades en ese momento se hubieran quedado como estaban antes de la ofensiva, se hubiera perdido muchísimo. En cambio, juntos, las cosas eran diferentes y mejores.

De esa cuenta, como digo, es que había cinco grandes sectores, como les llamábamos. Estaban Los Ángeles, San Francisco, Los

Altos, el sector Unión, y el otro que no recuerdo. A veces se constituían en cinco o siete comunidades cada agrupación, y repito que mantenían su autonomía en cuanto a salud, producción, seguridad y educación. Con la salud se contaba ahora con un solo centro para hacer las vacunas, las visitas, y todo lo que era necesario para la salud.

De los cinco grandes grupos, uno se ubicó en la parte norte, hubo un sector que se situó casi a la orilla del río Ixcán por la parte de Los Ángeles, otro más se ubicó en el centro, que luego se convirtió en Santiaguito. Otro en la parte sur, se le llamó el sector Girón y otro uno más se ubicó más o menos entre Cuarto Pueblo y Los Ángeles. Cuando había fiesta nos juntábamos un montón. Acuérdesse que decíamos que entre más juntos estábamos en un momento de peligro más nos solidarizábamos y agarrábamos fuerza. En ese sentido, durante la ofensiva el Koljós tuvo un papel preponderante, al fortalecerse la relación con las comunidades.

Falta algo más que decir. Durante la ofensiva de 1987 y 1988 el Koljós se tuvo que consolidar con más personal, ahorita recuerdo. Hubo presencia de esta estructura en los cinco lugares, permanentemente. No era como antes que visitábamos las comunidades cada cierto tiempo. No, era permanente el acompañamiento. No bajaban de dos; entre dos y tres eran los compañeros que apoyaron permanentemente a las comunidades durante la ofensiva.

A los soldados heridos se les atendió como a cualquier persona. Se les decía que no tuvieran miedo, que la población probablemente los pudiera ver mal pero que entendieran que era porque andaban de pinto. Pero que nosotros entendíamos que eran otros seres humanos y que pronto llegarían las tortillas. Otros se salieron del ejército por hambre. Con el tiempo se quedaron como CPR. Uno era de San Mateo, duró poco tiempo y se fue a su pueblo. Se

fue convencido. Si alguna cosa había en la CPR era el trato humano, la solidaridad a flor de piel. La crítica también, no había comité ni autoridades que no fueran sometidos a una crítica. Eso lo vieron los ex soldados.

35. LA CAÍDA DE SELVIN

De nosotros nadie conocido cayó, fue hasta después que cayeron compañeros por cuestiones que ya eran fortuitas. En el caso de Selvin, mi hijo, eso ocurrió en 1989. El ejército mantuvo un destacamento militar en Pueblo Nuevo, todavía hasta el '89. De esa cuenta que en octubre de 1989 en una de esas acciones fue que Selvin cayó.

Nuestra fuerza militar tenía sus medios para interceptar mensajes del ejército. Entonces se detectó un mensaje sobre una patrulla en el destacamento del Pueblo Nuevo. En una columna guerrillera ubicada cerca del destacamento, se le pidió la misión a dos compañeros para que fueran a explorar la posible salida de esa patrulla. Eso ocurrió el 11 de octubre de 1989. Se pidió a dos voluntarios y dentro de ellos, Selvin dio un paso adelante e instantes después otro compañero, casi de la misma edad, dio otro paso adelante. La misión, muy peligrosa, era de noche. Sin embargo, los soldados se habían posicionado en una emboscada, éstas tar-

dan dos, tres o cuatro días. Los soldados se ubican allí y aguantan. Seguramente esa tarde ya se habían posicionado a la orilla de un riito que se llama río Negro, pegado a Pueblo Nuevo, como a diez minutos de este lugar. Allá hicieron la exploración los muchachos y en esas actividades cayeron en la emboscada. Uno de ellos logró salir, Erick, pero Selvin ya no lo logró, posiblemente cayó herido. Sin embargo, se nota que Selvin combatió, se vio que hubo forcejeo, hubo combate, los compañeros fueron a localizar dónde había sido el combate. Encontraron cositas de él, su gorra y otras cosas. No se supo exactamente qué ocurrió.

Estuvimos con la incógnita varios días. Los compañeros tenían la esperanza de poderlo encontrar. Hubo una misión directa que fue a darme la noticia de que Selvin había caído. Algunos compañeros ya lo sabían, pero yo no. En uno de esos cursillos largos que preparábamos para reorganizar la educación de las CPR bajo las montañas es que oficialmente me dieron la noticia de Selvin. Él cayó el 11 de octubre y el 18 me dieron la noticia en pleno cursillo. Yo no podía quebrarme, no lo podía hacer. No sería consecuente quebrarme ante los compañeros cuando estábamos buscando que ellas y ellos fueran las personas que iban a llevar el pensamiento de la revolución, el pensamiento de la creación del hombre nuevo. El hombre nuevo que requiere de enormes sacrificios, incluso la vida. Me aguanté muchas horas sin demostrar ningún resquebrajamiento de mi moral. Pero el 20 de octubre, cuando cerramos el cursillo y me tocó dar las palabras de cierre, hice la mención de la muerte de mi hijo. Allí lo valiente se quedó porque no me aguanté y me puse a llorar profundamente ante los compañeros, pero ya habíamos terminado el cursillo. Les dije que me permitieran hacer eso porque era necesario. Por supuesto que los compañeros y compañeras lo aceptaron, para entonces me estaban acompañando

mi hijo Manolo —Manuel es su nombre— y mi sobrino Mario, quienes me dieron apoyo moral. Asumimos ese reto tan duro de aceptar la caída de nuestros seres queridos, en ese caso mi hijo.

Después de mi secuestro en el '81, éste fue uno de los golpes más fuertes porque, como había comentado antes, su entrega a la revolución fue desde muy niño. Casi niño se alzó. Era un patojo muy entregado, disciplinado; como ya dije, en la escuela de cuadros, donde estaban los mejores de los mejores, en dos ocasiones fue homenajeado. Era todo un hombre, toda una persona de gran valor, entonces lo sentimos muchísimo, tremendamente muchísimo, porque no sabemos si lo enterraron y si se sabe dónde quedó. Es cierto que perder a un ser querido es doloroso, pero saber dónde cayó es un alivio, no hacerlo es tremendo. Esa es una de las razones por las que estoy en Ixcán. No puedo retirarme de Ixcán hasta que sepa de Selvin. No puedo.

36. EDUCACIÓN PARA LA LIBERACIÓN

A fines de 1987 a mí me sacaron del equipo bisagra, el Koljós, y me llamaron al campamento que se llamaba J-Col, que era la Jefatura de Columna, donde estaba el Estado Mayor del EGP. Me ubicaron en un lugar cercano de la estructura militar. No dentro de la estructura, sino en un lugar periférico a ella. Me dieron instrucciones de reorganizar la educación de las CPR.

Me dijeron que tenía todo el campo y todo el tiempo para pensar cómo sacaríamos la educación en las CPR. En una revolución la importancia de la educación es que de allí emanen las ideas que van a regir a los niños, a los jóvenes y a la población. Tuve la suerte de ser el designado para llevar a cabo esta tarea. Primeramente, un honor y luego una enorme responsabilidad, porque hacer educación para una población tan valiosa es un reto y una brillante oportunidad de hacer algo por nuestro pueblo.

Pasé mucho tiempo pensando a quiénes llamar y convocar para integrar el equipo de educación. Fueron varias semanas así, has-

ta que escogí a tres personas: María Matías, que era promotora de Educación; Melesio López, que no era promotor sino alzado, pero tenía cualidades para apoyar, y Juan Pascual, cuyo seudónimo era David. El equipo empezó a laborar estrategias y métodos, y a leer sobre las experiencias de educación en otros lugares. Nos llevó mucho tiempo, hasta que en abril de 1988 ya teníamos más claro todo: teníamos unas guías sobre qué queríamos en matemáticas, en idioma, estudios sociales, y estudios de la naturaleza.

Pero no teníamos al personal preparado. Los que estaban llevando a cabo la alfabetización con un contenido revolucionario tenían a lo sumo un sexto grado, de ahí pura gente que sabía leer y escribir, aunque con un contenido político muy claro.

Comenzamos a hacer entonces folletitos con palabras generadoras. Teníamos la lección fusil, también estaba la lección soldado, para la s. Las palabras generadoras se usaban porque se prestaban para discutir, para generar alrededor de esa palabra temas, como ya le dije antes. Por ejemplo, recuerdo la lección milpa. Esta era la palabra generadora para aprender el sonido y las sílabas ma-me-mi-mo-mu. Pero de esta palabra se generaban entonces cuestionamientos como ¿Para qué servía la milpa? ¿Qué significaba la milpa para las CPR? ¿Y qué hacían los soldados con la milpa? Porque lo que hacían los soldados con la milpa era machetearla. Ellos no respetaban nada de eso. Entonces las palabras generadoras despertaban discusiones, brotaban ideas. Ese fue nuestro planteamiento, pero para que estas ideas tuvieran vida tuvimos que escoger a varios promotores.

De cada comité comunitario se sacó por lo menos un maestro. Cada grupo quiso tener su propia escuelita, pero no se podía. Lo que hicimos fue juntar una escuela con varios grados. Por eso fue necesario sacar de cada comunidad una o un promotor. Hecha esta lista se les convocó a un cursillo.

El primer cursillo que hicimos fue de veinte días. Logísticamente, lo que representaba preparar un cursillo de veinte días en la selva, con alrededor de 35 gentes, era una cosa muy seria, sobre todo para el sector donde se ubicó el cursillo. No era posible ir a buscar a otra parte, había que hacerlo allí mismo en las CPR. Entonces la población misma debía de abastecer, ofrecer seguridad, porque no era así nada más, había que cubrir esas necesidades. Para este cursillo la ofensiva ya había terminado, por lo que ya estábamos un poco más tranquilos, aunque siempre viviendo con el mismo riesgo de que podía penetrar fácilmente el ejército.

Preparamos a estas personas después de numerosas prácticas, que consistían en las clases demostrativas. En éstas cada una de las personas realizaba una simulación de clase. ¡Qué difícil fue el asunto! Porque era nada menos que darles clases a los mismos compañeros, entonces muchos hacíamos de niños o de niñas para que el maestro se pudiera desarrollar.

Al terminar el cursillo ya estábamos por mayo o junio del '88. En ese año ya no graduamos a nuestra primera promoción. Fue más de organizar la educación, hacer repasos, calcular más o menos a qué grado pertenecería cada niño o cada joven.

Los niños que recibían la educación eran, primeramente, los que estaban en la edad escolar, de siete a catorce años. Hubo flexibilidad porque incluso había jóvenes de quince y hasta dieciocho años, que también fue un pleito para obtener la aceptación, no de parte de nosotros, sino de las comunidades, porque ellas necesitaban mano de obra para la producción y generar alimento. Entonces había una especie de lucha allí. Una lucha entre los jóvenes, que querían asistir a la escuela, y las comunidades diciendo que los jóvenes ya no estaban para eso, tenían que trabajar.

Creo que esto nos obligó a crear la alfabetización para adultos, darles chance no sólo a los jóvenes sino también a la gente grande. Que viniera y estudiara en las tardes. Después de la producción, venir y estudiar en la tarde. Otros pidieron en la noche, y se hizo.

Total, que en 1989 ya hubo formalmente escuelas en las comunidades. Y la formación para los promotores era una cosa ya más sistematizada. En este sentido discutimos, ya de forma más coordinada, mejoramos la metodología y los temas. Seguimos produciendo material, muy artesanalmente, usando unos mimeógrafos manuales en la producción de materiales para los maestros. Nunca fuimos capaces de hacer para todos los alumnos, era demasiado, pero sí se podía compartir muy bien.

El papel que desempeñó la escuela en las CPR fue muy importante. No nos quedamos sólo con las cosas para aprender a leer y escribir, sino que buscábamos desarrollar ideas para entender por qué suceden las cosas.

Además nos metimos al campo artístico y al deportivo. En el artístico, los patojos aprendieron canciones tradicionales, pero también canciones revolucionarias. Recuerdo una canción tradicional que se cantaba en su momento muy de moda, que se llamaba *Chiquitita*, de un grupo europeo, Abba, entonces aprendimos a cantar *Chiquitita*, también aprendimos a cantar la canción *Eres tú* de un grupo español.

Esos eran nuestros esfuerzos. Para entonces ya entraban personas a conocer nuestra experiencia. Incluso antes de los acompañantes. Venía gente de la solidaridad, muchos europeos, que querían conocer la experiencia de las CPR. Y así nuestra tarjeta de presentación era con los niños. La gente no concebía que la educación se diera en la montaña. Entonces cantábamos las canciones. Tal vez las revolucionarias no eran muy conocidas, pero estas sí

lo eran. La gente se maravillaba, tomaban fotos, aquí y allá, en fin, impresionante para la gente ver que en las montañas sí había educación.

Hacíamos concursos de dibujos; cada año lo hacíamos con todas las escuelas. Hacíamos una gran exposición con todos los niños. Imagínese unas 1 500 exposiciones entre todas las escuelas en una especie de galería. Una cosa muy linda. En la selva del Ixcán teníamos la ventaja de tener materiales, había crayones y papel. Esto venía de la solidaridad internacional, a través de los campamentos de refugiados y luego de la montaña. Claro, era bastante difícil conseguir el material, pero había que hacerlo de manera clandestina, no se podía ir por allí a la libre. Entonces con estos crayones hacíamos dibujos, y todo se convertía en una cosa muy alegre.

También hacíamos nuestras pequeñas olimpiadas. Los niños y los jóvenes aprendieron a jugar voleibol, deporte que no conocían los jóvenes. Entonces comenzamos a hacer carreras de relevos, porque era lo único que podíamos hacer, carreras de largo alcance. No podíamos hacer otra cosa.

Las escuelas eran muchas veces bajo los árboles, en champas, algunas veces de *posh* —rama de un árbol como palma— y nailon, pero muy camuflajeadas porque la aviación nos perseguía. Ese fue uno de los trabajos que más me llenó y que llenó el vacío que dejó Selvin en mi alma. Encontré a muchos Selvines en las CPR. A muchísimos patojos que veía que se reencarnaban. A la fecha, todos los maestros que tenemos en Primavera, todos, son de la misma comunidad e hijos de esa educación que se dio bajo la montaña desde 1989 hasta cerca de los Acuerdos de Paz.

Estas actividades hicieron que la vida de las CPR, en un ambiente muy represivo, fuera más alegre, pasaron muchas cosas

con nuestros jóvenes y niños. La educación creó cuadros, la mayor parte de jóvenes que pasaron por las escuelas de las CPR luego llegaron a ser maestros y maestras en sus respectivas comunidades. Se pudo, de manera formal, aunque sin el aval del Ministerio de Educación, entregar certificados. Fechas a mano y coloridos diplomas para los primeros promovidos de sexto grado. Algunos de esos diplomas aún están por allí conservados con cariño por algunas familias.

Otra cosa que hicimos en la educación fue comenzar a aprender y hacer educación a través de los idiomas mayas. Ahí ya contamos muy certeramente, y de manera muy importante, con el apoyo del padre Ricardo Falla.¹ Él nos ayudó para hacer una especie de investigación, porque él es antropólogo también, con las palabras que podían ser palabras generadoras en el idioma maya. De esa cuenta que hay un folletito por allí, que también lo publicaron en la Landívar,² aunque un poco modificado. Ahí ya se usaban esas palabras, en los distintos idiomas de las CPR. Porque hemos de recordar que a las aulas llegaban niños de las diferentes etnias que existían en las CPR. En estas aulas se podía usar ese método para aprender k'iche', q'anjobal, para aprender akateko, porque las raíces de las palabras son iguales, hay un cierto cambio, pero en la mayor parte son iguales.

El Equipo de Educación Popular no siempre estuvo integrado por las mismas personas. Recuerdo que por el equipo pasó Robelio Juan, María Matías, Pedro Ramírez, Juan Pascual, Melesio López, y un compañero que no venía de la selva sino del Ho Chi Minh,

¹ Antropólogo jesuita, que durante años acompañó a las CPR y a los refugiados en su resistencia. [RVE].

² Universidad Rafael Landívar, jesuita y privada. [RVE].

él se llama Domingo, es un ixil. Él está ahora en Guate, recuerdo que formó parte del equipo de la Reforma Educativa. En fin, por el equipo de educación pasaron varios compañeros, con los que logramos aprender mucho. Aprendimos a discutir, aprendimos a crear, a organizar.

El equipo siguió hasta llegar a Primavera del Ixcán. Yo me desligué del equipo al momento del traslado. No fue por razones personales, sino por orientación de la organización. Yo me quedé todavía un año asistiendo a la población del refugio que recién estaba regresando a lo que hoy es Pueblo Nuevo, Mayaland y Cuarto Pueblo.

Ya después el sistema absorbió ese trabajo, los compañeros no fueron capaces de defenderse. Allí fue un error de visión nuestra. Siempre pensamos en la guerra, pero no nos preparamos adecuadamente para la guerra política, para estar fuertes en la lucha política. Los compañeros se derritieron ante el Ministerio de Educación por más que luchamos. Hasta ahora es que se trata de rescatar y se trata de tomar conciencia que sí era posible haber batallado en ese campo. Nuevamente los muchachos y compañeras tratan de retomar lo que hubiera sido uno de los frutos más hermosos de la CPR.⁵ Los que eran jóvenes y niños ahora son dirigentes de la cooperativa, maestros, son gente que lleva el proceso de sostenimiento de este proyecto que se llama Primavera del Ixcán. Allí va la lucha de mantener nuestros principios, nuestra manera de ser.

⁵ Acerca de este proceso de transición, así como en general la educación de las CPR-Ixcán, puede revisarse el trabajo de Rodrigo Véliz Estrada, "Education in Communities of Population in Resistance in the Ixcán: State denial and educational mediation", en *Interamerican Journal for Education in Democracy*, vol. 4, núm. 2, enero de 2013. [RVE].

37. LA SALIDA AL CLARO Y EL ÉXODO

Llegó el momento de “salir al claro”, como le llamamos, de salir de la selva y buscar una vida normal nuevamente. Pero antes hubo todo un proceso. Hay que recordar que las CPR no estaban reconocidas. El Estado nunca reconoció a las CPR, siempre las conoció como guerrilla, o sea, población armada. El primer ejemplo lo dio la CPR de Ho Chi Minh. Como ya dije, la CPR de Ho Chi Minh no se enmontañó sino se mantuvo al claro y así mantuvo su lucha. En 1991 una delegación de la CPR de Ho Chi Minh fue a la capital a pelear su derecho para ser reconocida como población civil, sólo que no quería estar bajo el control del ejército. Ese ejemplo sirvió para que la CPR de Ixcán hiciera lo mismo. Fue así como a finales de 1991 se nombró una delegación para que fuera hacer trabajo político a la capital, con el miedo y el riesgo que implicaba porque éramos blanco del ejército. Con el apoyo de la sociedad y la solidaridad de organizaciones afines a la lucha se nos permitió que nuestra delegación lograra su objetivo, y fue así como en

1992 se realizó una visita histórica a las CPR, que le llamamos “la tripartita”. Vino gente religiosa, sindicalistas, y de las muchas expresiones de la sociedad civil guatemalteca. Llegaron a un punto de la selva y luego entraron a pie, con un riesgo tremendo, para verificar que efectivamente había niños, mujeres, ancianos, que era población civil. Eso sirvió muchísimo porque fueron los portavoces de la CPR.

Este no fue ningún favor del ejército o del Estado. Para 1994 estaba Ramiro de León Carpio, ex procurador de los Derechos Humanos, en la presidencia, pero ni aun así las CPR fueron reconocidas.¹

Con la fuerza de la sociedad guatemalteca se crearon las condiciones para salir al claro. Esto ocurrió el 2 de febrero de 1994 y se dio en tres lugares: Santiaguito, Mayalán y Los Ángeles. Nos costó dar el paso, a sabiendas de lo traicionero que es el ejército. Fue difícil que la gente aceptara salir al claro.

En Santiaguito se dio un encuentro de personalidades, y seguramente orejas del ejército. A mí la organización no me permitió aparecer públicamente en ese gran encuentro. Después nos enteramos que llegó gente de Cantabal, que ya para entonces era

¹ De León Carpio llegó a la presidencia luego del golpe de Estado que se autoproponió Serrano Elías, con el fuerte respaldo de la línea menos institucional del ejército, se abolieron el Legislativo y el Judicial, además de destituir a funcionarios claves. El hecho generó una fuerte oposición civil que rápidamente se organizó en coordinadoras multisectoriales que buscaron darle una salida institucional a la crisis política que desató la arbitraria medida. Al final de las negociaciones y presiones, el golpe fue abolido y las instancias civiles, principalmente la Instancia Nacional de Consenso, habían logrado ejercer un fuerte control para lograr una salida conveniente sin alterar en mucho el sistema político. Jonas, *op. cit.*, pp. 91-96; Paul Dosal, *El ascenso de las élites industriales en Guatemala. 1871-1994*, trad. de Ronald Flores, Guatemala, Piedra Santa, 2005, pp. 288-296; Héctor Rosada-Granados, *El lado oculto de las negociaciones de Paz*, Guatemala, Fundación Friedrich Ebert, 1998, pp. 29-38. [RVE].

municipio,² como el primer alcalde, que estaba completamente plegado al ejército. Por lo tanto, la organización tuvo razón de no permitirme salir al claro, aunque yo me acerqué a la fiesta en la noche. Mi pareja era mi hijita María Francisca, hoy toda una patoja ya grande, maestra, estudiante de la universidad. Cuando me acerqué al baile vi que estaba bailando solita, me dio tal tristeza que ni qué seguridad ni qué nada, me fui con ella y empecé a bailar. Cuando ella me miró, no me había visto, yo estaba escondido, se sorprendió. Y bailamos bastante, qué fregados. No había pieza que no bailara con ella.

Cerca estaba la casa de los acompañantes, Joseph, un vasco, y otras patojas vascas. Después del baile me fui con ellos. No sé cómo consiguieron trago, pero yo me tomé un par de tragos de la emoción.

Por esos meses el ejército trajo a gente repatriada, que fueron a ocupar tierra que no era de ellos. Cuando se dio el retorno organizado por la ONU en 1994, el retorno de Victoria 20 de Enero, sabemos que trataron de ubicarse en sus lugares de origen sólo para toparse con el problema que sus tierras estaban ocupadas.

Creo que fue una maniobra del ejército muy fina. Usó la inteligencia militar para hacer esta maniobra sucia: desconocer a la CPR y provocar conflictos entre nosotros. Es a través de esta serie de maniobras que los que estaban a favor del ejército lograron mantener la cooperativa Ixcán Grande. Le hicieron averías por doquier a la cooperativa y la quebraron. Se apropiaron de camiones, de dinero, y hasta la fecha hay gente con bastante poder económico en las comunidades gracias a los robos que le hicieron a la cooperativa. Y se sabe quienes son estas personas, allí están.

² Ixcán se oficializó como municipio en 1985. [RVE].

Pero lo mismo, los hermanos refugiados regresaron con una mentalidad rara. A saber qué era lo que estaba pasando por la mente de los compañeros. Al llegar los refugiados dijeron que no, que ellos necesitaban tierra para ellos mismos y para las nuevas familias que se formaron en el refugio. Regresaron y empezaron a acaparar parcelas.

A comienzos de los noventa hubo una serie de pláticas entre los representantes de refugiados, que serían los de las Comisiones Permanentes, y los representantes de la población en resistencia, para negociar la estadia de las comunidades en una parte de lo que fue la cooperativa de Ixcán Grande. Concretamente, es una franja que forma parte de Cuarto Pueblo con alrededor de 200 parcelas, de la que la Diócesis de Quiché compró 125 parcelas para dárselas a las familias de las CPR. Aunque muchas familias ya no quisieron retornar. Unas porque se avocindaron en México, otras porque se fueron a sus tierras, y ya no quisieron regresar al Ixcán.

Mucha gente de la CPR estaba dispuesta a pelear, y con justa razón, si peleamos y logramos sacar al ejército, cómo no podemos sacar a éstos. Hubo expresiones muy fuertes contra la falta de cumplimiento de este convenio. Allí jugamos nosotros un papel importante con la dirigencia. La gente estaba dispuesta a agarrar el machete y echar riata.⁵ ¿¡Cómo íbamos a permitir que nos matáramos entre nosotros!? Nos dolió muchísimo la traición, pero que se derramara sangre entre nosotros era caer en la trampa del ejército. Eso lo detectamos muy rápidamente. Lo dijimos: “miren, esa es maniobra del ejército, si nosotros caemos en esa trampa lo estaríamos haciendo conscientemente”. Una cosa dolorosa. Sentimental y políticamente dolorosa. Se logró con la dirigencia, con

⁵ Pelear. [RVE].

los comités hacer muchas asambleas de explicación. Hubo malestar un buen tiempo. Creo que ese dolor por allá está escondido. No creo que vaya a ser problema con el tiempo, pero allí está. Sería en mayo (2008) cuando tuvimos un festival intercultural, donde participaron retornados, las CPR, y patrulleros civiles. Cabalmente a quien le tocó hablar en nombre de las CPR mencionó lo siguiente:

nosotros no quisimos pelear con los hermanos retornados porque habíamos tenido un convenio de que nos íbamos a quedar allí (Ixcán Grande), pero ellos desconocieron ese convenio. Sin embargo, nosotros supimos manejar el asunto, no quisimos pelear contra nuestros hermanos, aunque razones y fuerzas teníamos para hacerlo. Pero no lo quisimos hacer y ahora nos encontramos felices donde estamos.

Efectivamente así estamos, y estamos bien.

No pelearnos implicaba buscar un lugar a donde ir a ubicarse, porque tampoco estábamos de acuerdo en irnos en forma dispersa. Ya habíamos tomado la decisión de mantenernos como CPR. Se pidió un tiempo para que nos quedáramos allí donde estábamos.

Ante esto se formó a fines de 1994 una comisión de tierra, que se dedicó a la búsqueda de terrenos a lo largo del siguiente año. Hubo viajes al Petén y muchísimos a Alta Verapaz. Por fin, después de larga búsqueda de tierras, porque se necesitaba tierra grande, no pequeña, éramos más de 300 familias, se encontró finalmente una finca, la Finca San Isidro. Al inicio esta finca parecía ser propiedad de la familia Leal, de Cobán, pero con tierras en el lado de Quiché.⁴

⁴ Un miembro de la familia Leal, Ernesto Leal Pérez, se había hecho famoso en 1953 por presentar un amparo que frenó por unos días la Reforma Agraria de Árbenz. Leal era parte de la poderosa Asociación Guatemalteca de Agricultores. [RVE].

Fue por mediación de la Diócesis que se consiguió un préstamo de poco más de siete millones de quetzales con Cáritas de Francia. La meta era comprar 43 caballerías de tierra, pero no se logró en su totalidad.

Durante el proceso de compra-venta hubo trampas. Uno de los miembros de la familia Leal —no recuerdo ahora el nombre— robó, así, literalmente, más de 300 000 quetzales. Ya se le había pagado la tierra y resulta que aparecieron otros dueños. Él vendió tierras que no eran de él. Total, que se aprovecharon de esta situación para hacer plata los que siempre han acaparado. Estas personas adquirieron la tierra porque la han tomado, así, de manera ilícita. Nosotros fuimos víctimas de un robo de más de 300 000 quetzales. Este monto se tuvo que volver a adquirir para comprarle de nuevo la tierra a los verdaderos dueños.

Y fue una compra de emergencia, podríamos decir, porque los retornados ya no nos podían aguantar más en sus lugares. Nos ubicamos en cinco campamentos temporales ocupando las tierras de la cooperativa de Ixcán Grande. Teníamos la presión de salir lo más pronto posible. Pero además por dignidad, la CPR no se sentía bien en un lugar donde no se le quería. Entonces se adquirió la tierra y 18 o 20 familias hicieron una avanzada para tomar posesión de San Isidro. Esta finca queda en las riberas del río Chixoy, en la parte sur del municipio de Ixcán, a unos 35 kilómetros río arriba. El viaje se hizo siempre por lancha, ya que no había camino aún. Y se hizo sin ningún apoyo del gobierno.

Se propuso que voluntarios se ofrecieran para formar parte de esa avanzada de familias para tomar posesión de las tierras. Entonces de los diversos grupos salieron familias que se apuntaron a ubicarse en los nuevos terrenos. Esto ocurrió, si no mal recuerdo,

en octubre de 1995, aunque habrá que corroborarlo.⁵ El traslado comenzó a inicios de 1996, y fue un traslado muy fuerte, costoso y doloroso. Se estaba dejando un territorio donde se desarrollaron las CPR y donde, no solamente sobrevivieron, sino que hicieron una grandiosa resistencia durante doce años.

Muchos lloramos al voltear a ver y dejar para siempre ese lugar donde se escribieron hechos heroicos, todo con tal de preservar la paz entre nosotros. Ese fue otro asunto muy desesperanzador. Después de haber luchado fuertemente sobre esas tierras había que abandonarlas. Digo esto porque ¿qué fue lo que pasó con los hermanos refugiados? Todos, además del grupo de oportunistas que se apropiaron de los bienes de las cooperativas, entraron en esta lógica. Incluso hubo refugiados que se quedaron con dos, tres parcelas.

Pasado el primer traslado, que no duró más de dos o tres días, se ubicaron las familias en Pueblo Nuevo. Para entonces era presidente de la cooperativa de Pueblo Nuevo el finado compañero Francisco Esteban, uno de los líderes históricos de las CPR, que nos dio posada para ubicar todas las cosas por allí, y estar una o dos noches. Para entonces la CPR ya tenía un camión, además de un pick-up, pero ¿cómo le hicieron? No me lo pregunte, el caso es que ya tenían unos.

Entonces las cosas al camión a llevarlas a un punto cerca de Salacuín, ponerlas cerca de la orilla del río y después, por medio de lanchas, el traslado de todas las cosas. Cuando digo cosas me

⁵ Efectivamente, según documentos del CEPI actual, en octubre se finalizó la compra del inmueble. Se logró obtener en calidad de crédito la cantidad de Q7 320 686.24 para la compra de 2 662.6 hectáreas (43.6 caballerías) de tierra para las 315 familias que decidieron trasladarse. En total sumaban casi 1 500 habitantes. Los costos totales y gastos por los trámites de certeza jurídica y en la compra de la tierra sumaron la cantidad de Q8 940 697.11. [RVE].

refiero a las tablas, láminas, sartenes, más los animales, coches, gallinas, bestias. Yo no sé qué rumbo tomaron los compañeros que se fueron caminando para llevar unas cuantas bestias de carga que había. El traslado para cruzar el río fue entonces por lancha. Solamente las mujeres viajaron por el camión, porque viajar por el río, si bien es una cosa muy hermosa, se topa uno con un cañón, llamado El Pellán, donde hay un paso de unos 100 o 150 metros, que es tremendamente peligroso. En este punto el río se concentra en un paso de unos cuatro metros, a lo mucho, y se vuelve demasiado tumultuoso. Imagínese pasar eso en lancha. A las mujeres y niños no se les puso en ese riesgo, sino que fueron en camión, junto con las cosas, a la par del río.

Este traslado duró varios días. Yo diría que poco más de un mes. Eran bastantes familias y bastantes cosas. Total, que en marzo de 1997 se hizo la primera gran asamblea. Pero antes, cuando se ubicaron las familias en esos lugares, se vivió otra vez con lo más mínimo posible, con las champas de nailon. Recuerdo que con las primeras lluvias de mayo hubo un tremendo viento que arrancó los techos de nailon de todas las champitas. Se pasaron así unos días muy difíciles, previo a la lotificación —como se le llamó al proceso de ubicar a tantas familias, porque era un asunto de emergencia—. En esos momentos todos estábamos hacinados en un puntito. Recuerdo lo que hoy es el barrio 27 de septiembre, se ubicó donde ahora se encuentra la oficina comunitaria.

Luego cada familia tomó posesión de sus lotes, sabiendo que ya era ése su hogar definitivo. Yo no participé totalmente, sino que fue mi compañera María y mis niños, que para entonces eran pequeñitos, pero se recibió la solidaridad de mis compañeros para ayudarnos al traslado. Yo podría mencionar muy concretamente a Robelio Juan, a Monzón, y a Juan Pascual, ellos tres fueron a dar

una mano para levantar una champa en nuestro lote. Repito que yo no estaba allí permanentemente porque a mí, como persona alzada en el EGP, me asignaron la tarea de quedarme dentro de las comunidades de retornados para dar acompañamiento a lo que estaba ocurriendo para entonces.

Pero volviendo a lo de las CPR, ya establecidas las familias en sus lotes, hubo una tranquilidad finalmente. Porque si bien es cierto que no se tiene el hogar adecuado, si ya se sembró un poste es porque vamos a estar allí por un tiempo largo. Esto fue en el mes de marzo de 1997. Se logró estabilizar así la tenencia de la tierra y hasta la fecha todos tienen sus títulos, aunque todavía a nombre de la Diócesis. En el 2009 hubo un proceso de pasar los títulos a nombre de la cooperativa, pero es algo que lleva tiempo. Y para entonces estaba en la fase de hacer los papeles para las familias.

Hay una cosa de las CPR que es bueno mencionarlo. Desde un principio se acordó que los bienes de la tierra se tuvieran en propiedad individual 50 %; mientras la otra mitad se debía tener en propiedad colectiva, para los proyectos productivos que están sirviendo para pagar la tierra y para el desarrollo de las familias de las CPR. Hasta la fecha esto se mantiene así.

Llegó entonces marzo de 1997, que es cuando se hizo la primera asamblea en San Isidro, hoy Primavera del Ixcán. En esta primera asamblea es donde se acuñó el nombre de Primavera del Ixcán. Lastimosamente yo no estuve. Lo que se decidió, y fue muy importante en esa asamblea, fue la creación de la cooperativa de la comunidad. Se tomó la decisión de formar la cooperativa porque se necesitaba un ente legal.⁶

⁶ Un importante estudio en el tema de la cooperativa, su organización y producción puede encontrarse en José Miguel Duro, *Luces y sombras del de-*

Fue una cuestión histórica porque las CPR se fueron a ubicar en el seno, en medio, de comunidades de ex patrulleros, que no son las patrullas de las que le hablé del Frente Augusto César Sandino, sino patrullas que sí estuvieron plenamente al servicio del ejército. Una cosa bien difícil, mucha desconfianza y con cierto hostigamiento, tanto para las CPR como para las comunidades alrededor de Primavera. Cuando las CPR estaban por llegar, el ejército sacó la noticia de que allí iban a llegar los guerrilleros. Entonces había una especie de miedo, de desconfianza entre la gente. Recuerdo una comunidad cercana a Primavera, Xectún, donde hay familias ladinas, que fue de las más celosas. Sin embargo, en esa primera asamblea el único que se deslizó con un discurso confrontativo fue Andrés Sebastián, quien siempre lo ha hecho así.

Como alegres que somos lo primero que hicimos fue hacer fiesta, hacer juegos y a demostrar que no éramos amargados a pesar de lo que nos había pasado. Hubo marimba, mucha gente, hubo de todo. Fiesta tras fiesta y alegres. Era una manera de matar la nostalgia que nos provocó dejar las tierras de Ixcán Grande y asentarnos en un nuevo lugar desconocido y hostil desde el punto de vista de la población. Eso nos abrió puertas, además nuestro servicio de educación y sobre todo de salud, porque por allí ni señas de un servicio de salud. La CPR llevó toda su instalación de salud, inclusive de salud dental. Dijimos en las fiestas que veníamos en plan de paz, que nuestros servicios estaban a la orden de la población que quisiera. Efectivamente al poco tiempo la población ya llegaba a las consultas.

sarrollo en una comunidad de desplazados por la guerra. Comunidad Primavera del Ixcán, Guatemala, 2004 (Tesis, Universidad Pontificia de Salamanca). [RVE].

Tuvimos además del aporte de la salud humana, la salud animal con veterinarios. Resulta que la tierra que nos vendieron nos la vendieron con todo y ganado, porque eran fincas y entonces nosotros sin experiencia de ganadería, tuvimos que recurrir a gente experimentada en el asunto. De esa cuenta nos llegaron personas solidarias, mexicanas sobre todo, a contribuir con nosotros a mantener el ganado. Se ofrecía también ese servicio a los pobladores cercanos. Poco tiempo después la comunidad Primavera del Ixcán se convirtió en un centro, una referencia para cualquier cosa. Años después nos pidieron los dirigentes de las demás comunidades que les dijéramos cómo en tan poco tiempo habíamos logrado lo que ya teníamos y ellos que llevaban cuarenta, cincuenta años no lograban lo mismo. Querían saber el secreto. Por supuesto se los contamos: les dijimos que era nuestra organización. Eso era. Todos estábamos organizados, no había nadie que no estuviera organizado. El sector cristiano estaba organizado, los jóvenes tenían su organización. Todo estaba movido por una fuerte organización.

En ese momento mucha gente de Primavera no tenía nada, por lo que mucha gente de las comunidades llegó a vender su piña, llevó su caña, fruta en general, y la gente compró bastante. Entonces nos beneficiamos con las vecindades. Se abrió amistad, les dimos la bienvenida a los hermanos y hermanas de otras aldeas, dimos a conocer nuestro origen. Este discurso de decir la historia como es, sin caer en lo confrontativo, a mucha gente le da miedo y no quiere escucharla. Decir que somos producto de una resistencia, que empezó cuando el ejército hizo tal y tal cosa, a la gente no le gusta, mucho menos en ese tiempo. Acababa de terminar el conflicto armado y estaban confrontadas las posiciones.

Entonces, primero se hizo la asamblea, que tardó casi dos días, y después de la asamblea se hizo la fiesta. De esta manera quedó instituida la fiesta el 2 de febrero.

Nos formamos en cuatro grupos y dos sectores. Uno de los grupos donde yo estoy ahorita se llama “27 de Septiembre”. Ese 27 de septiembre es para marcar cabalmente aquel 27 de septiembre de 1987 cuando comenzó la Gran Ofensiva, donde aprendimos tanto. Hay otro que le llaman “2 de Febrero”. El Grupo 2 de Febrero por la salida al claro y que se sigue celebrando en Primavera del Ixcán. Se mezcla con una cuestión religiosa, el Día de Candelaria y el Día de los Mártires. Otro grupo es “Unión 87”, aquel hecho sucedió cuando las comunidades dispersas se hicieron cinco grandes agrupaciones. El otro grupo se llama “2 de Noviembre”, que ya conté que en esa fecha cayeron una muchacha y un muchacho durante un bombardeo.

38. LOS ACUERDOS DE PAZ

Yo estaba en Cuarto Pueblo cuando me propusieron acudir a Guatemala para estar en la firma de los Acuerdos de Paz. El 25 de diciembre de 1996 salimos de Cuarto Pueblo a pie para ir a Cantabal. Nos quedamos una noche allí y tomamos un camión, nos tardamos todo un día, salimos a las 5 de la mañana y llegamos hasta las 8 de la noche a Cobán. Al día siguiente salimos de nuevo. Estuvo tremendo el camino porque había que estar empujando el carro a cada rato. Después tomamos un bus a Guatemala y nos quedamos afuera del Palacio Nacional con compañeros, con población, con amigos de casi todo el país, a reencontrarnos en el Parque Central. Dicen que en los días previos hubo muchos actos. Recuerdo que en la Concha Acústica varios compañeros estaban tocando canciones revolucionarias.

En ese momento, los Acuerdos de Paz eran toda una esperanza, una plataforma para echar adelante lo que soñábamos para esta Guatemala. Era una aurora, un amanecer.

Me pasé el Año Nuevo con mis familiares en un asentamiento en Villa Nueva, con mi hermana y un montón de amigos. Pero pasada la euforia de las fiestas de fin de año y de los acuerdos, me regresé a Ixcán. Ya me habían dicho acerca de una disyuntiva. La URNG proponía que me desmovilizara en El Quiché ¿Cuál era el argumento? Que soy allí conocido, por lo que convenía reinser-tarme en el pueblo. Eso implicaba volver a Santa Cruz, pero qué hacer con la familia, que ya estaba en Ixcán. ¿Qué hacer con el lote que ya estaba ahí? Era una cosa un poco fuerte. Implicaba un vuelco tremendo a la vida. Yo lo discutí en el seno de la familia. Tengo hijos grandes, por lo que les consulté también. Decidimos entonces desmovilizarnos allá, pese a que la familia de Ixcán no quiso moverse. El punto era hacer acto de presencia y retornar al pueblo de donde uno salió por primera vez a la clandestinidad. Toda la intención era volver a Santa Cruz del Quiché y continuar con los procesos que dejamos antes de la guerra. Creo que esa era la intención. Y claro, motivar a los compañeros: había que desmo-vilizarse y entregar las armas. Pero entregar las armas era como quedarnos sin nada. Y efectivamente eso fue, quedarnos sin nada.

Recuerdo que el 7 de febrero, que es el aniversario de la fundación de la URNG, fuimos a hacer un mitin en una de las comunidades de Santa Cruz del Quiché, en Choacamán, Cuarto Centro. Fuimos con mucha de la gente que se iba a desmovilizar, acompañados de sus familias. Efectivamente, nos reencontramos con mucha de la gente con la que nos habíamos dejado de ver por muchos años. Fue una gran alegría para ellos y para mí.

En eso se construyó el campamento en Tuluché, aunque las fuerzas organizadas no estaban en ese lugar. Se hizo un traslado para los compañeros de Tuluché, sobre todo para los combatientes que estaban en las aldeas más lejanas del lugar. En ese mismo

lugar se desmovilizó el FH, por Fernando Hoyos Rodríguez. Ese zonal se trasladó desde Colotenango hasta Santa Cruz del Quiché en carro y en varias camionetas. No tengo presente la fecha, pero fue una cosa muy hermosa. Los compañeros de allá se fueron por la Interamericana y los fuimos a buscar a Los Encuentros. Al regreso, veníamos en una gran columna desde Los Encuentros hasta Santa Cruz del Quiché. Muchísima gente se veía en los alrededores vitoreando a los combatientes que se iban a desmovilizar.

Recuerdo que a la entrada de Santa Cruz del Quiché —yo iba en un carro de uno de mis familiares, y no había tenido vida pública desde los finales de los setenta—, me detectaron los periodistas y me abordaron. Se hizo pública mi presencia y mi vida, porque hasta entonces no se sabía nada públicamente de mi existencia. Había personas que sabían que estaba con vida, pero no era de conocimiento público. En tanto que esa tarde se desplazó la gran caravana, que pasó por Chichicastenango hasta Santa Cruz del Quiché, para llegar a Tuluché.

Aparecer en Santa Cruz del Quiché, allí sí que diríamos que por la puerta grande, para mí fue un enorme regalo, nunca pensé que así iría a suceder. Camino a Tuluché nos acompañaban soldados de casco azul, de la ONU, que nos rodearon, mientras portaban su bandera blanca.

Mi sorpresa fue encontrarme en Tuluché una serie de instalaciones, seguramente montadas rápidamente, donde se encontraban ya muchos de los combatientes. El lugar era bastante grande, yo diría que un kilómetro a la redonda, y cada uno de los frentes tenía su lugar asignado. Estaban las cocinas, los campamentos, y la gran cantidad de gente, que había. El día del acto llegó muchísima gente más. Más amigos con quienes yo tenía duda si todavía mantenían la amistad o no, esa mañana demostraron una gran alegría

de verlo a uno vivo, y yo de verlos a ellos. Total, fue un encuentro muy hermoso.

Luego de la desmovilización, dentro de muchos compañeros hubo una mezcla de sentimientos muy fuertes, de tristeza al desmovilizarse, sobre todo de entregar las armas, pero al mismo tiempo un sentimiento de alegría de que termina la guerra y uno se integra nuevamente a la vida civil. Pero también con un futuro incierto.

No sé si se dio una desmovilización paralela oficial, porque hubo similares en Mayaland, en Ixcán, hubo también en Ho Chi Minh, en la Costa Sur, creo que también hubo en Guatemala. Pero la desmovilización del occidente, que es lo que más recuerdo yo, tal vez sea lo más significativo durante la guerra. Porque hay que recordar que el levantamiento notorio e histórico se dio en esa zona de Quiché, y también allí se dio la derrota militar, porque hay que reconocer que sí hubo una derrota militar en el '82. Pero no se podía concebir ese fracaso como definitivo, porque la consigna era que había que seguir la lucha por medios políticos y efectivamente la lucha se sigue dando por tales medios. Yo creo que a eso se debe el que me hayan pedido desmovilizarme en Santa Cruz del Quiché. Podríamos decir que termina allí un capítulo importante de mi vida y de la historia de Guatemala.

Yo no me quedé en Quiché, sino que me fui a Guatemala para incorporarme en la Fundación Maya para empujar el Acuerdo de Identidad y Derechos de Pueblos Indígenas a través de la Coordinación de Organizaciones de Pueblos Mayas de Guatemala (Copmagua).¹

¹ En Bastos y Camus puede encontrarse un recuento bastante minucioso del proceso, así como valoraciones de los personajes que participaron activa-

Copmagua tenía como fin la participación organizada para hacer los cambios necesarios en el proceso de paz. Si no mal recuerdo el Acuerdo sobre Identidad y Derechos de los Pueblos Indígenas (AIDPI) estipulaba ocho comisiones. Allí se abrió la posibilidad para que cada uno de nosotros participara en ellas. Como bien se sabe, las comisiones estaban integradas por la gente del gobierno y de la sociedad civil. Y ésta estaba compuesta por ex guerrilleros y otros personajes. Por ejemplo, se recuerda a Demetrio Cojtí, a Juan León, que no estuvieron directamente alzados.

Había apertura, pues. Pero sí estábamos buena parte de los que estuvimos alzados en esas comisiones. Había compañeros de FAR, compañeros de ORPA, y creo que compañeros del PGT. Aunque no estoy seguro, más bien creo que no, porque el PGT no tenía bases indígenas.

Aparte de mi persona, de parte del EGP participaron Gregorio Chay, Francisco Raymundo, de los muy prominentes, María Mejía y Pablo Ceto. Creo que Ceto no se metió a esto de Copmagua, sin embargo, sí tenía que ver. Igual nos reuníamos nosotros como gente de EGP en Fundación Maya (Fundamaya), donde él era fuerte, para ponernos de acuerdo previamente en las cosas.

Yo escogí estar en la comisión de participación a todo nivel. En el seno de Copmagua había un gran problema y era la voracidad por cooptar los puestos dentro de las comisiones. Había una pelea por los cargos. Eso no permitía trabajar armónicamente y nos desgastó mucho. En la comisión donde estaba era igual.

Además, que la parte gubernamental, que representaba a la burguesía vieja, acuérdesese que en ese momento estaba Arzú, tra-

mente en él, que pueden contextualizar y matizar lo expresado por Toj Medrano. [RVE].

taba de dar golpes bajos, y nosotros en algunos momentos fuimos ingenuos.

Comenzaron a llegar muchos recursos financieros a Copmagua y, claro, esto fue otra forma de desgaste interno por ver quién manejaba el dinero. Fue triste. Había gente de la URNG muy avorazada, que sólo llegaba por la plata. A mí me golpeó fuertemente eso, porque esa no es nuestra costumbre. Uno no debe malgastar el dinero, debe justificar los gastos personales. Entonces varios de nosotros comenzamos a cuestionar. “Miren, esto no es así, esto no es revolucionario, esto es corrupción”. Se daban entonces todas estas discusiones internas que provocaron un marcado alejamiento. Imagínese, todas estas discusiones internas y aparte las discusiones con el gobierno. Se vuelve una cosa imposible lidiar con dos frentes. Finalmente desgastó y prácticamente desbarató la esperanza.

Entonces me alejé de Copmagua. ¿Para qué desgastarme? Preferí regresar a Ixcán. Creo que me retiré a tiempo.

A pesar del malestar que había en mí, acepté ser uno de los cien promotores de la conformación del partido de la URNG. Recuerdo que uno de los encuentros se hizo en la Zona 7 de Guatemala con el acta constitutiva de la Junta Directiva Provisional por la formación del partido. Yo seguí con la esperanza que a través del partido se lograra una mejor participación. Pero ahí mismo me di cuenta que aquello que vi en Copmagua también se estaba reflejando en la conformación del partido. Había una actitud arribista impresionante. Dejar en el camino a cualquiera, pasarle encima a quien sea, con tal de ocupar puestos. A mí eso me desmoralizó. ¿No es este el partido de todos?

Conmigo no va eso, porque yo tuve la tradición de estar sirviendo a la comunidad desde distintos lugares. Digamos, Acción Católica, las cooperativas, asociaciones, en las CPR nunca pretendimos

lugares. Siempre fue el espíritu de servicio. Me pareció contraproducente esta actitud. Me desencanté.

Todos estos procesos se vieron de manera distinta desde la CPR, que como hablamos estaba en un proceso de traslado y asentamiento en su nueva comunidad. Básicamente, en cuanto a la lógica de los partidos, no había experiencia, era una cosa nueva. Para entonces no teníamos candidato a la presidencia, pero diputados sí. Allí fue cuando llegaron Nineth, Manuela, Antonio Móbil, de los conocidos.² Este fue un primer acercamiento de las CPR a este proceso. Con el Frente Democrático Nueva Guatemala la gente supo que ése era su partido y votó por él. Y más cuando Marcos Ramírez, que era de las CPR, quedó de alcalde en Ixcán, la identificación fue más plena.⁵

En la URNG comenzaron a plantearse, entonces, las nominaciones para las elecciones de 1999. Se convocó a asambleas, y una de las cuestiones que a mí me terminó de romper el encanto fue una asamblea departamental realizada en San Andrés Salcabajá para nominar a candidatos a diputados distritales por URNG. La gente reconoció cierto liderazgo, se mencionaron los nombres de

² Se refiere a Nineth Montenegro, fundadora del Grupo de Apoyo Mutuo, y ex diputada al Congreso de la República por Encuentro por Guatemala; Manuela Alvarado; y Antonio Móbil, histórico militante que comenzó sus actividades políticas durante la época de la Revolución de 1944. [RVE].

⁵ Marcos Ramírez es conocido dentro de Primavera del Ixcán como parte de los “líderes históricos”. Fue de los primeros jóvenes en integrarse a las estructuras de las CPR, específicamente al CEPI, y cuando comenzaron las pláticas con el gobierno para ser reconocidas como población civil su participación fue muy importante. En las primeras elecciones de vida legal, en 1999, Ramírez participó como candidato a alcalde de Ixcán por la URNG, quedando electo en dos ocasiones seguidas, hasta el 2008, cuando se retiró para pasar a dirigir la Junta Directiva de la Cooperativa Primavera del Ixcán, Recursos Limitados. [RVE].

Juan León, de Gregorio Chay y de Emeterio Toj. Pero Gregorio Chay manipuló de manera que los nombres de Juan y de Emeterio no aparecieran en el listado. A nosotros ni nos invitaron a esa asamblea. Y apareció Gregorio como el nominado número uno. Él quería quedar nominado y lo demás le importó poco.

Días después nos hablaron a nosotros, a Juan y a mí, para que ocupáramos la segunda y la tercera casilla para diputación. Cuando a mí me dijeron eso, pregunté en qué asamblea quedamos nominados así. ¿Quién dijo eso? Y no, no hubo una aclaración. Y así no se juega, ¿cómo va a ser eso? Que la gente lo diga, sí, pero ¿a dedazo? Es contradictorio con lo que predicamos.

Y entonces eso terminó de molestarme. No concibo que una organización revolucionaria que practica la democracia haga chanchullos⁴ de esa naturaleza. Pues no, conmigo chocó totalmente. Eso rompió mi vinculación con la URNG, y nos quedamos sueltos.

Nos quedamos digo porque nos pusimos de acuerdo con Juan León, con Rosalina Tuyuc, con Manuela, porque ellos tampoco fueron tomados en cuenta en las otras nominaciones. Con Rosalina creo que el conflicto fue más grande, porque muchos queríamos que Rosalina acompañara a Álvaro Colom en el binomio presidencial que presentaba la URNG para 1999. Ella contará cómo estuvo esto. Es que no fue sólo una cosa de Emeterio, una cosa sólo de Rosalina, fue una cosa pareja.

En eso, el Frente Democrático Nueva Guatemala se reestructuró, porque había quedado golpeado, o desmantelado, por decirlo así, ya que la gente que le dio vida al Frente Democrático Nueva Guatemala fue jalada a la URNG, pero así quedó registrada.

⁴ Trampas. [RVE].

El que asumió el papel de secretario general —que no recuerdo ahorita el nombre de esta persona— nos convocó a una asamblea en el Parque de la Industria, en la capital. La asamblea del nuevo Frente Democrático Nueva Guatemala. Creo que hubo elecciones para comité nacional, y al mismo tiempo nominación de candidatos a presidente y vicepresidente, y a diputados. Recuerdo que se nombró en la nómina a Catalina Soberanis y a Juan León como pareja para la pelea de la presidencia. No recuerdo en qué mes de 1998 pasó esto. Le apostamos entonces al Frente Democrático Nueva Guatemala por la marginación que nosotros sufrimos de la URNG.

Yo estaba trabajando en un programa que se llamó el “Desarrollo comunitario para la Paz”, un proyecto de la cooperación canadiense y el gobierno de Arzú aquí en Ixcán. Pedí un permiso de tres meses, y a mi retorno varios miembros de la URNG querían que me dejaran en la calle, como un escarmiento. No fue así, más bien me abrió paso a otras posibilidades en Ixcán. Así se cerró mi relación con la URNG. Sobre todo, quedaron muy lesionadas las relaciones con Gregorio, con Pablo Ceto, con Víctor López —que en paz descansen—. Ellos nos trataron bastante mal. Hicieron todo lo posible para echarnos lodo.

A mí no me tocó vivirlo, pero sí a una compañera cercana. A ella le dijeron que era una traidora. Ella preguntó que por qué. “Ah, porque así nos vinieron a decir los compañeros, con ustedes hay que tener cuidado, no hay que darles entrada, porque ustedes son traidores, ya se pasaron del lado del ejército”. Así, con esas palabras, y en las comunidades. Aunque dicen aquéllos que nunca lo dijeron. Pero llegó a oídos de la gente, pasó de boca en boca. Sí nos destruyeron. Nosotros esperábamos de la derecha una cosa así, pero no de la URNG.

Usted sabe que en este proceso el Frente Democrático Nueva Guatemala no alcanzó el número necesario y desapareció. En la URNG había una especie de alegría sobre el cadáver.

Hay que ver un poco de dónde venían estas actitudes arribistas, oportunistas, e incluso racistas.

Y es que aquí en Ixcán también se vivió otra situación. Aquí el convivir con la gente era una cosa de matrimonio. Eso por un lado, pero por otro, aquí había muy poca gente ladina alzada. Se podía contar con los dedos. La relación era, de verdad, de compañero a compañero. Por eso cuando hubo que dar abasto, hubo que dar lo necesario para mantener a los combatientes, se hacía con mucho cariño. Eran compañeros. Pero además eran hijos de los compañeros de las CPR. Eran hijos, eran hijas, los que estaban alzados, ¿sí?

Por eso no calaron en las CPR los ataques a mi persona, porque a mí me conocen y yo seguí estando aquí en la CPR. Seguí participando como si nada hubiera ocurrido. No aminoré para nada mi participación en la CPR, ahora Primavera del Ixcán.

39. LA VIDA EN EL IXCÁN

Regresé al Ixcán desencantado y sin trabajo. En la búsqueda de trabajo me contacté con un viejo amigo, que conocí en 1976 en IDESAC, Manolo García, ahora en SERJUS. Por medio de él tuve comunicación con los directores del Programa DECOPAZ-CECI y fui contratado para trabajar en Ixcán. Laboré en el programa entre los años 1998-2000. En esa relación laboral construimos una fecunda amistad entre Alejandro Zepeda y su compañera Lucía España, y yo. Incluso me hicieron ser uno de los padrinos de bautizo de su hijo Diego. Tuve también la sincera amistad del ingeniero Marvin Gómez, originario de Cobán.

Aquel trabajo me permitió conocer en profundidad a las comunidades del municipio de Ixcán, las cuales recorrimos a pie porque entonces no había carreteras hacia las comunidades. Para mí fue una gran escuela trabajar con comunidades que de manera directa vivieron los rigores de la guerra en Ixcán.

Entre 2001-2003, trabajé en la Defensoría Maya, a la par de Juan León en un proyecto que se llamó “Un Estado y una nación para todos”. El trabajo con la Defensoría me llevó a Xela, Baja Verapaz y Quiché. Por incongruencias del personal con los objetivos del proyecto, renuncié y regresé al Ixcán.

A comienzos de 2004, PRODESSA me contrató para ser director del Instituto Diversificado Guillermo Woods en Pueblo Nuevo, Ixcán. En ese instituto era constante la renuncia de directores, por lo que me pidieron como mínimo dos años en el cargo. El quehacer del instituto se basaba en los postulados de la educación popular, pero esos postulados no se veían en la práctica.

Empecé entonces a promover el diálogo (esencia de la educación popular), creamos condiciones para que los estudiantes se expresaran, discutieran, dialogaran, que dijeran su palabra, como lo sugiere Paulo Freire. Para ello abrimos un espacio que llamamos el Festival de la Palabra: una serie de actividades de teatro, poesía, canto, oratoria, diálogo, discusiones, etc. Pero este quehacer chocó con la manera de trabajo que venía haciendo años atrás la subdirectora, que poco tenía que ver con la educación popular.

La crisis llegó a su punto candente en agosto de 2004, cuando los muchachos y muchachas, con mi aval, participaron en un concurso de teatro a nivel de establecimientos educativos de nivel medio, en ocasión del aniversario de la creación del municipio. El evento se llevó en la cabecera municipal de Ixcán. A pesar del poco tiempo que se tuvo para la preparación de la obra, a causa de la negación de permisos en los cursos de catedráticos bajo influencia de la subdirectora, la obra obtuvo un honroso segundo lugar. De madrugada, al siguiente día, sin aviso, la subdirectora viajó a la capital a presentar su renuncia con sesgos sutiles poco éticos. Días después, me llamó el director de PRODESSA a la capital para ver si

se podía llegar a una solución. Ante las posiciones opuestas sobre la visión del quehacer de la educación dentro del instituto, y la presión de la renuncia de la subdirectora, me llevó a renunciar de manera irrevocable al cargo.

Mientras estuve trabajando en el instituto Guillermo Woods, en el mes de junio, falleció mi madre Francisca Medrano Mendoza, en mi casa en Primavera del Ixcán, a la edad de 82 años.

Después de mi renuncia, el profesor Antonio Ixcotayac, me propuso una plaza como maestro/director en una escuela en la comunidad el Buen Camino, rumbo a los Valles en la microrregión IV. Allí estuve hasta el 2008. Me sentía muy feliz, pero económicamente no pude aguantar porque tenía dos patojos estudiando fuera del municipio. Uno en Chichicastenango y otra en Antigua Guatemala. Era sumamente complicado el sostenimiento con un sueldo de maestro en clase A. Antes de renunciar, empecé a buscar un trabajo que cubriera los gastos básicos. Casi a finales del 2008, alguien me comunicó con la presidenta de Copredeh¹ para un trabajo en esa institución. Fue difícil la decisión porque era trabajar con el gobierno de Álvaro Colom. La presidenta me dejó entender que podíamos aprovechar el espacio para trabajar de verdad con las comunidades en materia de derechos humanos y otros temas de conflictividad social. La línea de trabajo en la institución estaba bajo la presidencia de Ruth del Valle, quien fue coherente con el interés de las comunidades en materia de Derechos Humanos. Total laboré como asesor regional en esa institución hasta comienzos

¹ Comisión Presidencial de Derechos Humanos, dependiente del Ejecutivo, en esos años a cargo de personajes con antigua militancia en las organizaciones guerrilleras en alianza con Álvaro Colom, entonces presidente la República. [RVE].

de 2012. Con el gobierno del Partido Patriota ya no fue compatible seguir.

En el 2000, tomé la decisión de seguir estudiando y completar mis estudios que había dejado 25 años atrás. Mencioné que mi primer año escolar lo realicé a finales de los años cuarenta. Años antes de casarme, llegué hasta cuarto grado de primaria en la escuela nocturna. El quinto y sexto grado se logró después porque a finales de 1958 sólo hubo hasta cuarto grado. Tuve una interrupción por lo del servicio militar forzado en el '59 y parte del '60. Cerré la primaria en 1962, siempre en la escuela nocturna, con buenas notas y con diplomas de primer lugar en redacción, oratoria y ortografía. En 1965 se abrió el instituto privado nocturno de Educación Básica El Esfuerzo. En ese instituto cursé los tres grados de educación básica.

A inicios del '70, intenté estudiar magisterio, mientras trabajaba en Radio Quiché de 4 a 9 de la mañana, pero el trabajo en la radio y mi participación política y social, sólo me permitieron cursar el cuarto grado en la carrera de Magisterio en el Juan de León, que comenzaba con esa carrera. Las clases se desarrollaron en una de las aulas del viejo edificio que albergó los primeros años el Instituto Básico Francisco Ximénez.

A partir del 2000, un grupo de compañeras y compañeros que atendimos educación bajo la montaña en CPR y en el refugio en México, fuimos beneficiados por el Instituto de Varones Santiago. Finalmente en 2001 nos graduamos como maestros de Educación Primaria.

En noviembre 2006, ESEDIR nos graduó como Profesores de Enseñanza Media-PEM. Después el mismo ESEDIR nos dio la posibilidad de seguir estudios de licenciatura en Educación Bilingüe Intercultural, con Énfasis en Cultura Maya.

Estos últimos años de estudio los hice sin afán por un título, o por escalar posición social, lo hice y lo estoy haciendo con la finalidad de demostrar que la edad no debe ser pretexto para no estudiar. Ésa es una razón. Por otro lado, me di cuenta que en esos espacios se puede debatir, analizar, proponer. Yo no quiero pasar por las aulas con una educación bancaria de la que habla Paulo Freire. Esto es parte de mi vida. Donde no hay debate yo me siento sin vida. Además, es necesario que esos espacios sean bien aprovechados porque los que salen graduados son maestros, son educadores y educadoras que van a compartir después los aprendizajes.

Actualmente hay un acercamiento con algunas personas de la URNG local. Pablo Ceto me escribe con cierta frecuencia sobre el tema del 13 B'aktun, lo cual me hace bien. Yo no le escribo. Quizá hay algo que falta sanar. En cambio, con Gregorio Chay sí nos escribimos. Ha prevalecido la vieja amistad que teníamos mucho antes de ser militantes de la URNG. Desde patojo conocí a su familia, incluso estuve trabajando un tiempo costurando sombreros en esa casa en los primeros años del '70. Él es de Santa Cruz del Quiché, yo también. A Pablo lo conocí en los años setenta. No conozco a sus padres. Sí conocí a dos hermanos que fueron secuestrados por el ejército en los años '80.

Hay algo que no hemos hecho colectivamente los que nos juntamos en torno a la lucha de comienzos de los setenta. Nos hace falta hacer una buena reflexión sobre lo que hicimos, lo que no hicimos, en general, lo que pasó.

Nosotros, como familia Toj, estamos tratando de reencontrarnos para fortalecer los lazos familiares y con el tiempo reconocernos como un linaje, como un clan, como forma organizativa maya: el clan familiar. Pudiera ser una forma de organización fuerte con identidad familiar. Además, en este tiempo, cuando las organiza-

ciones políticas están por los suelos, estos espacios familiares nos parecen posibles. Nosotros ya comenzamos a hacerlo en abril del año pasado. Hubiera querido que se hiciera nuevamente en abril de 2010 pero la mayoría opinó que no podía. Juntar a mucha gente cuesta. Lo dejamos entonces para noviembre. Quienes estamos promoviendo este encuentro son mis hijas, Manuel Camposeco, hermana y sobrinos y algunos primos, y claro, yo también.

En el primer encuentro sólo nos juntamos mi rama familiar, es decir decir, mis hijas e hijos y sus respectivas descendencias, y la rama de mi hermana. Toda la gran familia Toj, falta.

Estuve en Quiché en los meses de noviembre y diciembre de 2010 por el accidente que sufrió mi patojo, nos encontramos con varias de esta rama y platicamos de la idea. Se mostraron muy deseosos de que nos encontremos.

Goyo Chay me contó que ellos, como familia, se reunieron también. Le conté la experiencia, y parece que les gustó la idea y lo hicieron. Como estas cosas así son, se van generando, lo van haciendo otras familias. Quizá estas iniciativas no sean ajenas a la forma como estaban organizadas las familias k'iche' antes de la cruenta invasión española.

La guerra, y el sistema mismo, rompieron todos estos lazos familiares. Pero también hubo prácticas y resistencias, como lo conté al inicio, con aquellas caminatas familiares que mezclaban lo cristiano y lo maya, y que viví a la par de mi abuelo.

FUENTES

ARCHIVOS Y HEMEROTECA

Archivo General de Centroamérica, ciudad de Guatemala

Fondo Decreto 900

Archivo Histórico de la Policía Nacional, ciudad de Guatemala

Archivo Legislativo, ciudad de Guatemala

Actas de Sesiones del Congreso de la República

Biblioteca del Congreso de la República, ciudad de Guatemala

Registro de Servicios de Diputados

Hemeroteca, Biblioteca Nacional, ciudad de Guatemala

Prensa Libre

El Gráfico

Inforpress Centroamericana

National Archives and Records Administration (NARA), College

Park, Maryland

Civilian Records, G 59

ENTREVISTAS

Cojtí, Demetrio, ciudad de Guatemala, 6 de mayo, 2010.

García García, Manolo, ciudad de Guatemala, 3 de octubre, 2017.

Hernández Ixcoy, Domingo, Chimaltenango, 6 de julio, 2010.

BIBLIOGRAFÍA

Adams, Richard, *El sector agrario inferior de Guatemala, 1944-1965*, Austin, Universidad de Texas en Austin, 1967 (Series de Institute of Latin American Studies, 64).

_____, “El surgimiento de la identidad maya: 1944-1990”, documento inédito, Guatemala, 1990.

_____ y Santiago Bastos, *Las relaciones étnicas en Guatemala, 1944-2000*, Antigua Guatemala, CIRMA, 2003.

Amaro, Nelson [ed.], *El resto del desarrollo en Guatemala*, Guatemala, Financiera Guatemalteca, 1970.

Arias, Arturo, “Changing Indian identity: Guatemala’s violent transition to modernity”, en Carol Smith [ed.], *Guatemalan Indians and the State (1524-1989)*, Austin, University of Texas Press, 1989, pp. 230-257.

Ball, Patrick, Paul Kobrak y Herbert Spierer, *State violence in Guatemala, 1960-1996: A quantitative reflection*, Washington, CIDH/AAAS, 1999.

Bastos, Santiago, *Etnicidad y fuerzas armadas en Guatemala. Algunas ideas para el debate*, Guatemala, Flacso, 2004, 320 pp.

_____ y Manuela Camus, *Quebrando el silencio. Organizaciones del pueblo maya y sus demandas. 1986-1992*, 3ª ed., Guatemala, Flacso, 1993, 216 pp.

_____, *Abriendo caminos*, Guatemala, Flacso, 1996, 197 pp.

- _____, *Entre el mecapan y el cielo*, Guatemala, Flacso, 2003, 347 pp.
- Beverly, John, “The margin at the center”, en *Modern Fiction Studies*, vol. 35, núm. 1, 1989, pp. 11-28.
- Boc Tay, Santiago, *Memorias del Tajumulco. Testimonio de la guerra interna en Guatemala*, Guatemala, Imprenta y Litografía Los Altos, 2015.
- Boff, Leonardo, *Teología de la Liberación*, 4ª ed., San José, DEI, 1987.
- Brockett, Charles, “The structure of political opportunities and peasant mobilization in Central America”, en *Comparative Politics*, vol. 23, núm. 3, 1991, pp. 253-274.
- Bulmer-Thomas, Victor, *The political economy of Central America since 1920*, Nueva York, Cambridge University Press, 1988, 416 pp.
- Camey, Carmen, *Relato testimonial*, Guatemala, Comisión de Asuntos Políticos de la Mujer de URNG, 2001.
- Carmack, Robert, *Historia social de los Quichés*, Guatemala, José Pineda Ibarra, 1979.
- _____, *Evolución del Reino Quiché*, Guatemala, Piedra Santa, 1979.
- _____, “The story of Santa Cruz Quiché”, en Robert Carmack [ed.], *Cosecha de violencia*, San José, Flacso, 1991, pp. 39-69.
- _____, *Rebels of Highland Guatemala*, Oklahoma University of Oklahoma Press, 1995.
- _____ y John Weeks, “The archaeology and ethnohistory of Uta-tlán: A conjunctive approach”, en *American Antiquity*, vol. 46, núm. 2, abril de 1981, pp. 323-341.
- Carr, Edward, *La revolución rusa. De Lenin a Stalin (1917-1929)*, Madrid, Alianza Editores, 1981, 254 pp.

- Carrillo, José, “La fuente oral como documento para la historia de las mujeres y las guerrillas en Guatemala”, Ponencia para el VI Congreso Centroamericano de Historia, Universidad de Panamá, julio de 2002.
- Casaús, Marta, *Guatemala: linaje y racismo*, Guatemala, F&G Editores, 2010.
- Ceto, Pablo, “Rebelión indígena, lucha campesina y movimiento revolucionario guerrillero. Reflexiones y testimonio”, en Manolo Vela [coord.], *La infinita historia de las resistencias*, Guatemala, Sepaz, 2011.
- Chea, José, “The process and the implications of change in the Guatemalan Catholic Church”, 1989 (Tesis de doctorado, Universidad de Texas en Austin).
- Chen Osorio, Carlos, *Historias de lucha y esperanza*, Guatemala, ADIVIMA, 2009.
- Cojtí, Demetrio, *Políticas para la reivindicación de los mayas de hoy*, Guatemala, Cholsamaj, 1994, 86 pp.
- _____, *El movimiento maya*, Guatemala, Cholsamaj, 1997, 158 pp.
- Colby, Benjamin y Lore Colby, *The daykeeper. The life and discourse of an ixil diviner*, Nueva York, Harvard University Press, 1981.
- Comisión para el Esclarecimiento Histórico (CEH), *Guatemala: causas y orígenes del enfrentamiento armado interno*, Guatemala, F&G Editores, 2000.
- Cullather, Nicolas, *CLA. Guatemala, Operación PBSuccess*, 2ª ed., Guatemala, Tipografía Nacional, 2009.
- Davidson, J. R., *The rural credit and cooperative development project in Guatemala*, Washington, AID, 1976.

- Diócesis del Quiché, *El Quiché: el pueblo y su iglesia*, Quiché, Diócesis del Quiché, 1994.
- Dirección de los Archivos de la Paz, *El Estado Mayor Presidencial en Guatemala: una aproximación*, Guatemala, Sepaz, 2011.
- Dosal, Paul, *El ascenso de las élites industriales en Guatemala. 1871-1994*, trad. de Ronald Flores, Guatemala, Piedra Santa, 2005.
- Dröschner, Barbara, “El testimonio y los intelectuales en el triángulo atlántico. Desde El Cimarrón, traducido por H. M. Enzensberger, hasta la polémica actual en torno a Rigoberta Menchú, de Elizabeth Burgos”, en *Istmo*, Lateinamerika-Institut/Freie Universität Berlin, 2001.
- Duro, José Miguel, *Luces y sombras del desarrollo en una comunidad de desplazados por la guerra. Comunidad Primavera del Ixcán, Guatemala*, 2004 (Tesis de licenciatura, Universidad Pontificia de Salamanca).
- Early, John, *La población de Guatemala. La estructura y evolución demográfica de un sistema campesino*, Miami, CIRMA/Vermont/PMS, 2000.
- Ebel, Roland, *The misunderstood caudillo*, Nueva Orleans, Tulane University, 1998.
- Einstein, Albert, *Notas autobiográficas*, Madrid, Alianza Editorial, 1979.
- Falla, Ricardo, *Quiché rebelde*, Guatemala, Editorial Universitaria, 1995.
- Figueroa Ibarra, Carlos, *Los que siempre estarán en ninguna parte. La desaparición forzada en Guatemala*, México, BUAP/GAM/CIIDH, 1999.
- Forster, Cindy, “‘Miles de machetes en alto’: las luchas campesinas de la costa sur en el surgimiento de la revolución guatemalteca,

- 1970-1980”, en Manolo Vela [coord.], *La infinita historia de las resistencias*, Guatemala, Sepaz, 2011.
- Freire, Paulo, *Pedagogía del oprimido*, 48ª ed., México, Siglo XXI Editores, 1996.
- Gaddis, John Lewis, *The landscape of history. How historians map the past*, Nueva York, Oxford University Press, 2002.
- García Ferreira, Roberto, *La CIA y el caso Árbenz*, Guatemala, CEUR, 2009.
- Gardner, Nathaniel, “El subalterno excepcional: testimonio latinoamericano y representación”, en *Hipertexto*, núm. 4, 2006, pp. 36-49.
- Garrard, Virginia, *Protestantism in Guatemala. Living in the New Jerusalem*, Texas, University of Texas Press, 1998.
- Gleijeses, Piero, *Shattered hope: The Guatemalan revolution and the United States, 1944-1954*, Nueva Jersey, Princeton University Press, 1992.
- Gramajo, Héctor, *De la guerra... a la guerra*, Guatemala, Fondo de Cultura Editorial, 1995.
- Grandin, Greg, “To end with all these evils: Ethnic transformation and community mobilization in Guatemala’s Western Highlands, 1954-1980”, en *Latin American Perspectives*, vol. 24, núm. 2, 1997, pp. 7-34.
- _____, *Panzós: la última masacre colonial. Latinoamérica en la Guerra Fría*, Guatemala, AVANCSO, 2007.
- _____, *La sangre de Guatemala: raza y nación en Quetzaltenango. 1750-1954*, Guatemala, CIRMA y Plumsock, 2007.
- Gutiérrez, Marta, *Sindicalistas y aparatos de control estatal. Elementos para una historia del movimiento sindical*, Guatemala, Sepaz, 2011.

- Hale, Charles, "Consciousness, violence, and the politics of memory in Guatemala", en *Current Anthropology*, vol. 38, núm. 5, 1997, pp. 817-838.
- Handy, Jim, *Revolution in the countryside. Rural conflict and agrarian reform in Guatemala, 1944-1954*, Chapel Hill, North Carolina Press, 1994.
- Hill, Robert, *Los kaqchikeles de la época colonial. Adaptaciones de los mayas del altiplano al gobierno español, 1600-1700*, Guatemala/Cholsamaj/Plumsock, Mesoamerican Studies, 2001.
- Jonas, Susanne, *De centauros y palomas: El proceso de paz guatemalteco*, Guatemala, Flacso, 2000.
- _____ y David Tobis, *Guatemala: una historia inmediata*, México, Siglo XXI Editores, 1976.
- Levenson, Deborah, *Sindicalistas contra el terror. Ciudad de Guatemala, 1954-1985*, Guatemala, AVANCSO, 2007.
- Lovell, George, Christopher Lutz y Wendy Kramer, *Aterrorizar la tierra: Pedro de Alvarado y la conquista de Guatemala*, Guatemala, F&G Editores, 2016.
- Mackenbach, Werner, "Realidad y ficción en el testimonio centroamericano", en *Istmo*, Johann Wolfgang Goethe/Universität Frankfurt am Main, 2001.
- Martínez Peláez, Severo, *La patria del criollo*, Puebla, BUAP, 1982.
- May, Rachel, *Terror in the countryside. Campesino responses to political violence in Guatemala, 1954-1985*, Ohio, Ohio University, 2001.
- McCreery, David, "Debt servitude in rural Guatemala", en *The Hispanic American Historical Review*, vol. 63, núm. 4, 1993, pp. 735-759.
- Montejo, Victor, *Testimonio. Muerte de una comunidad indígena en Guatemala*, Guatemala, Editorial Universitaria, 1993.

- NACLA, *Guatemala*, Washington, NACLA, 1974.
- Narváez, Nathalie, “¿Guerrilla unisex? Ser mujer u hombre en el conflicto guatemalteco a partir de testimonios de combatientes”, en *Kamchatka*, núm. 6, 2015, pp. 416-499.
- Otzoy, Simón, *Memorial de Sololá*, Guatemala, Comisión Interuniversitaria de Conmemoración del Quinto Centenario del Descubrimiento de América, 1999.
- Palencia, Sergio, “Santiago Boc Tay y la memoria revolucionaria indígena, 1974-1981”, en *Utopía*, vol. 2, núm. 4, 2017, pp. 97-138.
- Payeras, Mario, *Los días de la selva*, 8ª ed. en español, México, Joan Boldó y Climent Editores, 1989, 143 pp.
- _____, *El trueno en la ciudad*, 3ª ed., Guatemala, Ediciones del Pensativo, 2006, 111 pp.
- Picornell, Mercé, “Autoría, autoridad y verdad. Apuntes para una nueva lectura ‘en frío’ de la polémica Menchú-Stoll”, en *Kamchatka*, núm. 6, 2015, pp. 349-379.
- Piel, Jean, *Sajcabajá. Muerte y resurrección de un pueblo de Guatemala (1500-1970)*, México, CEMCA, 1997.
- Porras, Gustavo, *Las huellas de Guatemala*, Guatemala, F&G Editores, 2009.
- Pratt, May Louise, “Lucha-libros: me llamo Rigoberta Menchú y sus críticos en el contexto norteamericano”, en *Nueva Sociedad*, núm. 62, 1999.
- Randall, Margaret, “Qué es y cómo se hace un testimonio?”, en *Testimonios*, San José, CEA, 1983.
- Reyes Illescas, Miguel, *Patrimonialismo y participación: del control estatal a la lucha de los pueblos, Guatemala 1970-1998*, Guatemala, Flacso, 1998.

- Reyna Cabá, Engracia, *Relato testimonial. Kal Bóp. Relato testimonial*, Guatemala, Comisión de Asuntos Políticos de la Mujer de URNG, 2001.
- Rosada-Granados, Héctor, *El lado oculto de las negociaciones de Paz*, Guatemala, Fundación Ebert, 1998.
- _____, *Solados en el poder: proyecto militar en Guatemala (1944-1990)*, 4ª ed., Guatemala, Embajada de Taiwán, 2011.
- Rus, Jan, "If truth be told: Introductory essay", en *Latin American Perspectives*, vol. 26, núm. 6, 1999, pp. 5-14.
- Sáenz de Tejada, Ricardo, *Revolucionarios en tiempos de paz. Rompimientos y recomposición en las izquierdas de Guatemala y El Salvador*, Guatemala, Flacso, 2007.
- Sandoval, Miguel Ángel, *El sueño de la paz*, Guatemala, F&G Editores, 2011.
- Santos, Carlos, *Guatemala. El silencio del gallo*, Barcelona, Debate, 2007.
- Schirmer, Jennifer, *The guatemalan military project. A violence called democracy*, Filadelfia, Pennsylvania University Press, 1998.
- Schlesinger, Stephen y S. Kinzer, *Fruta amarga*, México, Siglo XXI Editores, 1987.
- Schmid, Lester, *The role of migratory labor in the economic development of Guatemala*, 1967 (Tesis de doctorado en Economía, Universidad de Wisconsin).
- Sexton, James, *Son of Tecún Umán. A Maya indian tells his story*, Tucson, Arizona University Press, 1981.
- _____, *Campesino. The diary of a Guatemalan indian*, Tucson, University of Arizona Press, 1985.

- Sklodowska, Elizbieta, “La obsolescencia no-programada: una circunnavegación alrededor del testimonio latinoamericano y sus avatares críticos”, en *Kamchatka*, núm. 6, 2015, pp. 897-911.
- Smith, Carol, “Market articulation and economic stratification in Western Guatemala”, en *Food Research Institute Studies*, núm. 2, 1972, pp. 203-233.
- _____, “Local history in global context: social and economic transitions in Western Guatemala”, en *Comparative Studies in Society and History*, vol. 26, núm. 2, 1984, pp. 193-228.
- Solano, Luis, *Contextualización histórica de la Franja Transversal del Norte*, Guatemala, CEDFOG, 2012.
- _____, *Guatemala: petróleo y minería en las entrañas del poder*, Guatemala, Inforpress, 2016.
- Sommer, Doris, “Sin secretos”, en John Beverley y Hugo Achúgar, *La voz del otro*, Lima, Latinoamericana Editores, 1992.
- Soriano, Silvia [coord.], *Guatemala en la memoria*, México, CIALC-UNAM, 2018.
- Stoll, David, “Evangelistas, guerrilleros y el ejército: el triángulo ixil bajo el poder de Ríos Montt”, en R. Carmack [comp.], *Guatemala: cosechas de violencias*, San José, Flacso, 1991, pp. 155-199.
- _____, *Rigoberta Menchú y la historia de todos los guatemaltecos pobres*, Madrid, Unión Editorial, 2008.
- Strauss, Charles, *Catholicism, Central America, and United States politics during the Cold War, 1943-1988*, 2011 (Tesis de doctorado, Universidad de Notre Dame).
- Suárez de Galgami, Gema, *De la montaña al claro. Experiencia educativa de la Comunidad Primavera del Ixcán* (Tesis, Universidad de Granada).

- Taracena Arriola, Arturo, *Invencción criolla, sueño ladino, pesadilla indígena: Los Altos de Guatemala, de región a Estado (1740-1871)*, Guatemala, Serviprensa, 2011.
- _____, Juan Pira y Celia Marcos, *Los departamentos y la construcción del territorio nacional en Guatemala, 1825-2002*, Guatemala, Asies y Soros Guatemala, 2002.
- _____, *Etnicidad y nación en Guatemala*, vol. II, Antigua Guatemala, CIRMA, 2004.
- Taylor, Clark, *El retorno de los refugiados guatemaltecos: reconstruyendo el tejido social*, trad. de Lourdes Penados, Guatemala, Flacso, 2002.
- Torres-Rivas, Edelberto, “Evolución histórica del sector público en Centroamérica y Panamá”, en *Problemas en la formación del Estado nacional en Centroamérica*, San José, EDUCA, 1983.
- _____, “Guatemala: el golpe militar de 1963”, en *Centroamérica: la democracia posible*, San José, Flacso/EDUCA, 1987, pp. 95-110.
- Vázquez, Juan, “Guatemala testimonies. Five militantes works within historical-literary archetype”, en *Historia Autónoma*, núm. 1, 2012, pp. 137-155.
- Vela, Manolo [coord.], *La infinita historia de las resistencias*, Guatemala, Sepaz, 2011.
- Véliz Estrada, Rodrigo, “Education in Communities of Population in Resistance in the Ixcán: State denial and educational mediation”, en *Interamerican Journal for Education in Democracy*, vol. 4, núm. 2, enero de 2013.
- _____, *Triunfo electoral y derrota política? las estrategias de las Democracias Cristianas centroamericanas (1955-1974). El caso guatemalteco*, 2020 (Tesis de doctorado en Historia, CIESAS).

- Villagrán Kramer, Francisco, *Biografía política de Guatemala. Años de guerra y años de paz*, t. II, Guatemala, Flacso, 2004.
- Wolf, Eric, "Closed corporate peasant communities in Mesoamerica and Central Java", en *Southwestern Journal of Anthropology*, vol. 13, núm. 1, 1957, pp. 1-18.
- Yudice, George, "Testimonio and postmodernism", en *Latin American Perspectives*, vol. 18, núm. 3, 1991, pp. 15-31.
- Zimmerman, Marc, "El 'Otro' de Rigoberta: los testimonios de Ignacio Bizarro Ujpán y la resistencia indígena en Guatemala", en *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, vol. 18, núm. 36, 1992, pp. 233-247.
- _____, "Testimony, Menchú, Me and You", en *The Journal of Midwest Modern Language Association*, vol. 33, núm. 3 y vol. 34, núm. 1, 2001, pp. 4-10.

Cuando el indio tomó las armas. La vida de Emeterio Toj Medrano, editado por el Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe de la UNAM, se terminó de imprimir en digital el 16 de abril de 2021 en los talleres de Gráfica Premier S. A. de C. V., 5 de Febrero, 2509, Col. San Jerónimo Chicahualco, Metepec, México. Se tiraron 400 ejemplares en papel Book cream de 60 gr. La formación tipográfica, en Walbaum MT Std de 12:15.2 y 10:12 puntos, estuvo a cargo de Irma Martínez Hidalgo. La preparación digital del original estuvo a cargo de Beatriz Méndez Carniado y el cuidado editorial bajo la responsabilidad de Leticia Juárez Lorencilla.

El recorrido de la vida de Emeterio Toj Medrano muestra a un organizador compulsivo, transita en las principales organizaciones que ayudan a detonar la oposición a los gobiernos militares. Emeterio es parte de una generación de jóvenes mayas que decidió tomar las armas para buscar un cambio en sus comunidades, luego que las vías institucionales se les cerraron una y otra vez. Su vida hilvana una tradición local de oposición de larga data con vivencias muy particulares en un momento de cambio político, a escala nacional y centroamericana. Sus acciones tuvieron un precio: fue secuestrado y torturado por el ejército de Guatemala a fines de 1981. Tras seis meses sin tener juicio alguno, logró escapar y entrar a la clandestinidad. Como lo plantea Ricardo Falla en el prólogo: «este libro no sólo es de denuncia de las torturas inhumanas que practicó el ejército de Guatemala como método de contra-insurgencia psicológica. Es un libro de resistencia a dichas torturas. No mira a la víctima pasiva, sino al luchador que busca la fuga, más aún, que no busca el suicidio, como se recomendaba [...] Colaboración e intención de fuga van caminando juntas y hacen tolerable la contradicción atormentadora de ser un traidor y a la vez de no serlo. Este libro, por eso, creo que es fascinante y puede mover a muchos luchadores del pasado, que no se atreven todavía a abrirse, a mostrar su riqueza y, a la vez, a sanarse al comprender su proceso dentro de un marco más amplio».

ISBN 978-607-30-4317-5



CIALC
Centro de Investigaciones sobre
América Latina y el Caribe